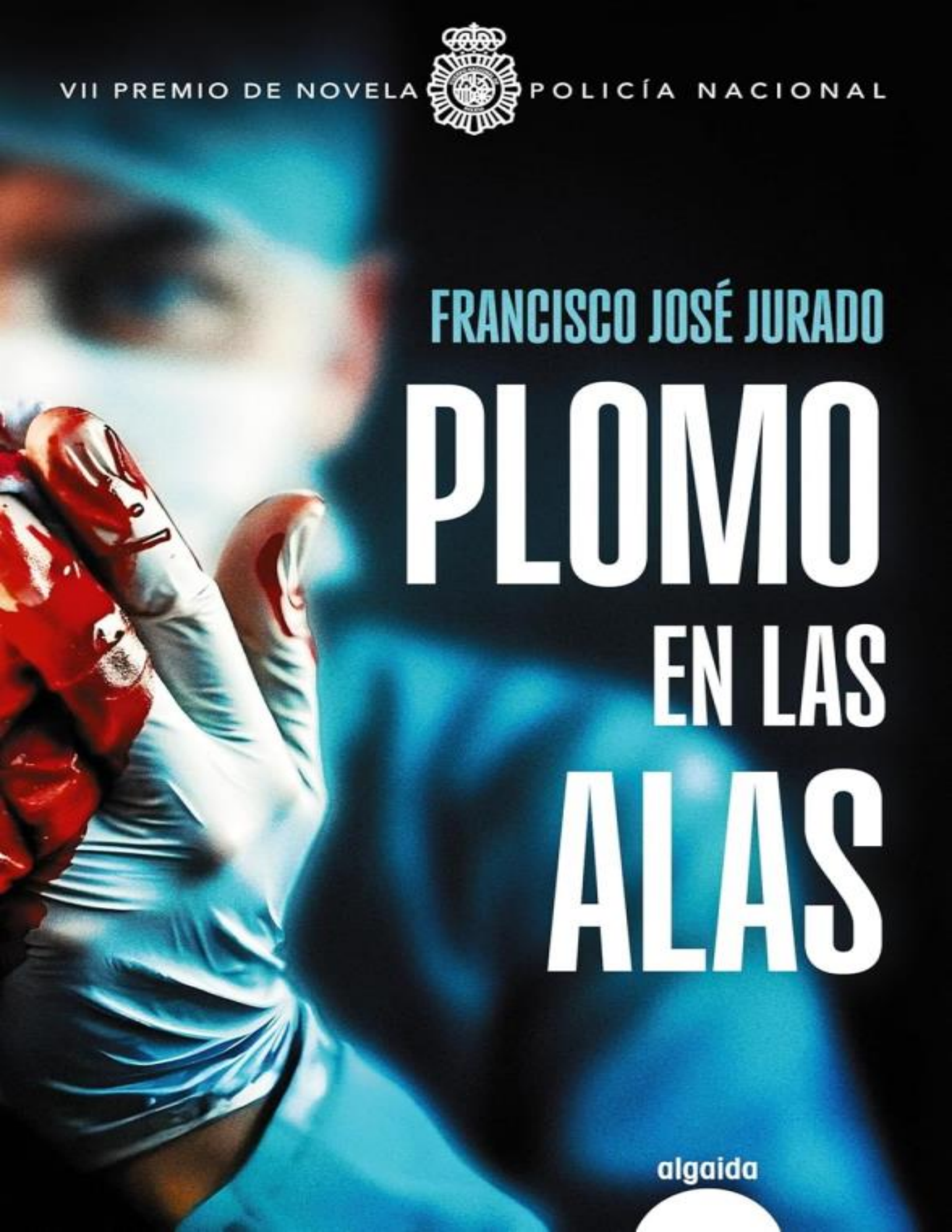
VII PREMIO DE NOVELA POLICÍA NACIONAL



FRANCISCO JOSÉ JURADO

PLOMO EN LAS ALAS

algaida

VII PREMIO DE NOVELA POLICÍA NACIONAL

FRANCISCO JOSÉ JURADO

PLOMO EN LAS ALAS

algaida

Índice

Primera parte

Lola
Una desaparecida por partida doble
El alumno más formal de la clase
Lección de anatomía, de Rembrandt (versión 2.0)
Palermo for president!
Menuda mañanita
Lo peor de la infancia

Segunda parte

El pijo, el prófugo y el proveedor
Pies de plomo

Tercera parte

Guapa y *«echá pa'lante»*
Jurar en arameo
Como un perro
Sesión de cine
El Grupo IV de Tercera División
Plomo en las alas
Otro día de cojones
Seguimos adelante, pues

Créditos

Primera parte

Lola

—Pues, un coño, qué va a ser, si no. ¿Para eso me llamáis? —rezongó Benegas mientras pensaba «Joder, si ya ni siquiera eso tenemos claro, mal asunto» apartando con la punta del pie un mazacote de hierba y tierra húmeda que le impedía ver por completo el estado de semiputrefacción de los restos recién encontrados. También pensó: «¡Lo que habrá pasado en su vida esta pobre chica hasta llegar aquí!», porque él era rápido de neuronas y podía pensar varias cosas a la vez, no como el común de los mortales, que con una idea que medio vislumbren a la semana ya van que chutan—. ¿Habéis preguntado en aquel bar de lucecitas si se les ha perdido alguna *niña*, o al menos un trozo de ella? —tiró de sarcasmo el inspector, señalando con la barbilla el no muy lejano puticlub que podía verse al otro lado de la gran avenida que dividía en dos el inmenso polígono industrial.

—Ya lo hemos hecho, jefe, y no falta ninguna de la lista. Ni en ese, ni en los otros dos que hay por aquí cerca. Bueno, en uno dicen que son una sala de *strippers*, pero para el caso es lo mismo —respondió el subinspector Vázquez, tapándose la nariz con un pañuelo—. Déjanos un par de horas para comprobar los del resto de la ciudad. Sampedro y Maqueijan están en ello. A ver si hay suerte y, a lo largo de la tarde, te puedo contar algo.

—¡Ajajá! —asintió Benegas.

«Dios no quiera que sea un asunto de las mafias del Este enredando con la trata», deseó. De acuerdo que Córdoba no era Tbilisi ni Minsk, pero cada vez había más gente de esos países residiendo o brujuleando por la ciudad. O por Andalucía, en general.

—No sé si van a encontrar algo por ahí —escuchó a su espalda el inspector.

—Ah, ¿no? ¿¡Y eso por qué!? —exclamó, sorprendido y un tanto molesto—. Bueno, en primer lugar, ¿usted es...? Si puede saberse, claro —la interpeló. Treintaytantos cortos, un poco más alta que la media nacional, complexión delgada, tez pálida con pequillas y media melena castaña ligeramente ondulada, jalonada de mechas más rubias que el resto del cabello. Ciertamente atractiva con su aire naif, podría decirse. Y, si no estabas convencido de ello, bastaba mirar sus ojos claros: limpios y sinceros, de los que no hace mucha falta maquillar para que destaquen.

—Carolina Sanchís, la nueva forense. Encantada de conocerle, inspector —se presentó la joven sustituta de Pozo, el cual, oteando la prejubilación, había decidido soltar lastre profesional y dedicarse sólo a la docencia en la Facultad de Medicina, dejando el campo de batalla anatómico-patológico a gente con más empuje, más tiempo y más ganas de complicarse la vida. Un par de semanas atrás le había comunicado su decisión a Benegas. Aún no le había dado tiempo al inspector a echarlo de menos en el escenario de algún crimen. Pozo tenía sus cosas y manías —como cada cual tiene sus cabronadas y particularidades, por otra parte—, pero, más allá de sus chistes macabros y las insufribles peroratas sobre sus imaginarios ligues y conquistas femeninas, se hacía querer y, de hecho, con el paso de los años, Benegas llegó a apreciarlo sinceramente. No sabría decirse el inspector si habían llegado a convertirse en amigos, como tampoco sabría decirlo de Maqueijan —el veterano agente con el que llevaba veintidós años compartiendo servicio— o de sus subordinados más jóvenes: el subinspector Vázquez, la oficial Margarita Céspedes y el policía más novel, Pepe Sampedro. «Homicidios al completo», como solía bromear cuando quedaban para tomar algo fuera de comisaría, orgulloso del grupo de trabajo que habían formado. No, no podría decirlo, aunque en su fuero interno Benegas sabía que, en realidad, él no tenía amigos. Quizás nunca los hubiese tenido; que, antes de que su vida diera un vuelco

y todo se descabalase, había sido un tipo afable, dicharachero, buen conversador, sí, es cierto, pero incapaz de trabar una sólida amistad o relación duradera con nadie. En fin, cada uno tiene sus cabronadas y particularidades, sus manías y maneras de ser.

Pozo también era un buen profesional. Eficaz, discreto y muy respetuoso con los protocolos. Y, aunque la joven que ahora lo miraba desconcertada había pronunciado esas palabras con cierta prudencia y sin ánimo de importunar —coincidamos en ello—, a Benegas se le hacía difícil imaginar que Pozo hubiese dicho una frase tan tajante como la que acababa de pronunciar su sucesora; así, tan a bocajarro: un viejo sabueso siempre merodea y olisquea el hueso antes de hincarle el diente, eso lo sabe todo el mundo. De ahí que el inspector, obviando toda cortesía como darle la bienvenida, presentarla al resto del grupo de homicidios —que probablemente ya la conocieran de habérsela cruzado en los pasillos— o fingir que se alegraba de su presencia, y aun con la picazón, le preguntase:

—¿Y por qué no vamos a encontrar nada, según usted?

—Tengo que analizar los restos en profundidad, inspector, porque no están en el mejor estado que digamos, como usted puede ver. Pero esa vulva —ella se guardó mucho de decir «coño»— no parece ser de una prostituta. He visto otras y, créame, es algo muy distinto a esto —comentó, agachándose y toqueteando los restos con un bastoncillo—. En todo caso, podría ser de una prostituta muy joven, sin mucha carrera a sus espaldas, no sé si me explico. Pero entonces estaríamos hablando de otra cosa. Creo yo.

—Pues, sí —asintió Benegas un tanto contrito; tampoco deseaba verse de nuevo inmerso en un asunto con menores de por medio.

Ya tuvo bastante con aquel caso que los medios regionales titularon pomposamente «Las fauces del diablo», con escorts de lujo, *sugar babies* y medioniñas fetichistas en ambientes universitarios. Él no tenía hijos adolescentes ni, sobre todo, hijas adolescentes, matiz este de suma importancia (de hecho, no tenía hijos; aunque, de haber cedido cuando Blanca se lo pidió ya rebasada la cuarentena, eso era lo que ahora le tocaría: bregar con

acné y discusiones), pero aquello fue una verdadera mierda que le reventó en la cara y lo dejó muy tocado. Ese tipo de cosas que te reafirman en tu idea de morir sin descendencia.

—Una pregunta, doctora —terció el subinspector Vázquez señalando los restos desenterrados, una parte significativa de un tren inferior femenino que iba desde el pubis hasta un poco más arriba de la rodilla. Del tronco, la cabeza o las pantorrillas nada se sabía. Los de la Unidad de Guías Caninos estaban al llegar para hacer un barrido por todo el polígono—. ¿Qué nos podría decir del corte? O los cortes.

—No es una carnicería, pero tampoco una incisión de manual —respondió Sanchís sin mojarse esta vez—. Déjenme trabajar y, cuando termine, tendrán su informe. No se preocupen, intentaré que sea cuanto antes.

—Le tomo la palabra —dijo el inspector. Porque, de cumplirla, la muchacha se apuntaría un tanto frente a Pozo, que muy veloz no era el hombre, desde luego—. Y encantado de tenerla por aquí —fue más cortés en la despedida.

—Muchas gracias, inspector. Ha sido un placer conocerle —reiteró la doctora Sanchís elevando la comisura de sus finos labios, esquiva sonrisa de *madonna* renacentista—. Terminamos lo poco que nos queda y, en cuanto el juez termine con el papeleo, levante de una vez los restos y me los lleven, me pongo a ello. Si me necesita, ya sabe dónde estoy —se despidió la forense.

Benegas la observó darse la vuelta, impartir un par de órdenes a sus técnicos y alguna apreciación a un agente de la Científica que aún proseguía con las fotos y la minuciosa inspección ocular, y montarse en una furgoneta gris marengo que la devolvería a su mundo de formol, asepsia y eterna quietud.

—Por cierto, ¿has visto quién nos ha tocado hoy en la bonoloto? —le preguntó a Vázquez, ahora que la forense había traído a colación a su señoría.

—Montesinos en persona —respondió el subinspector. Benegas hizo un gesto que lo mismo podía significar «¡ahí lo llevas!» que

«bueno, podría haber sido mucho peor».

Realmente, a Benegas no acababa de caerle del todo bien el magistrado Montesinos, pero era un tipo que te dejaba hacer. Muy minucioso, pulcro y apegado al procedimiento, le gustaba conocer el tempo de la investigación y que le informaran de todas las líneas que se fueran abriendo durante la misma —cosa que Benegas hacía a veces no, y a veces tampoco—, pero es cierto que no le costaba demasiado autorizar registros o intervenciones telefónicas cuando Benegas llegaba con la sorpresa. Eso sí, bien justificadas y dentro de los estrictos límites que les marcaba en sus autos.

Montesinos pertenecía al ala conservadora de la judicatura y su nombre sonaba para cubrir alguna vacante en la Sala de lo Penal de la Audiencia Provincial. Lo que peor llevaba Benegas del juez es que, a pesar de no rebasar los cuarenta, Julián Montesinos tenía ramalazos de esa vieja guardia judicial que estimaba que, en los juzgados —y, para muchos de ellos, incluso fuera de los juzgados—, la condición de juez iba aparejada con la de semidiós. Y exigía que los pobres mortales que pululaban a su alrededor le reconocieran dicha jerarquía. Día sí, y día también. De hecho, Montesinos era de los que llamaba a la Brigada de Policía Judicial «mi policía»; así, como si la hubiera creado él mismo y la pagara de su bolsillo.

Pero, sopesando los pros y los contras, no habían salido malparados: mejor Montesinos que cualquier viejo caimán que esté de vuelta de todo, o algún progre garantista que te busque las cosquillas si molestas más de la cuenta al señor delincuente. ¡Pobrecito mío, ya habrá sufrido bastante con esta sociedad que lo margina y maltrata!

—Oye, otra cosa, Andrés: si la doctora tiene razón, se me ocurre otra posibilidad —elucubró Benegas posibles hipótesis—: como los Ripollet tengan algo que ver con esto, yo mismo los voy a meter en el ataúd y les voy a clavar los clavos a toda la familia con un martillo hidráulico. ¡Para que no salgan en cien años!

—¡Jefe, por favor, es que los tienes enfilados! Vamos a esperar al menos los resultados de la autopsia, ¿no te parece? —replicó el

subinspector, señalando los restos sin querer mirarlos—. Que no se van a ir de rositas. Que ya están empapelados y han probado jarabe de calabozo. ¿Quién les iba a decir eso a ellos hace mes y medio? Nadie, evidentemente. Calma, pues.

—Si yo me calmo todo lo que tú quieras —se sosegó Benegas—, pero ¿dónde están ahora mismo? En casita. Y por estafa.

—Sí, jefe; a ver... Lo que les hemos podido probar hasta ahora, ¿no? Esto funciona así —tiró Vázquez de técnica procedimental.

—Si esto tiene algo que ver con los Ripollet ya estaríamos hablando de otra cosa —prosiguió Benegas, deseando que así fuera—. No es lo mismo traficar con ataúdes vacíos que trocear la mercancía.

—Eso también es evidente, jefe.

—¿Ves? Ya nos vamos entendiendo —llevó la conversación a su terreno—. Por eso, lo más discretamente que puedas, hazme un pequeño favor, Andrés: entérate de cuántas adolescentes o chicas muy jóvenes han muerto en Córdoba o pueblos cercanos en el último mes, o mes y medio. Tanto por enfermedad como por accidente, no sé..., me inclino más por esto último. Y también si alguna de ellas fue incinerada en el tanatorio Ripollet. Lo haría yo, pero tengo el fin de semana muy achuchado —no quiso ahondar más el inspector.

—Déjalo de mi cuenta —comprendió Vázquez la situación. Uno debe estar en cada momento donde debe estar, y Benegas no era de los que se ponen de perfil.

—¿Esa es la que encontró el pastel? —preguntó éste, señalando con un leve alzamiento de cejas a una mujer que estaba con Marita, la mejor oficial de toda la comisaría y reciente esposa de Vázquez, tras varios años de relación. Muy nerviosa, la señora se mordía compulsivamente el labio inferior y se pasaba la mano por la frente, masajeándose de vez en vez los párpados.

—Sí —respondió Vázquez—. Nos ha dicho que suele salir a pasear en bici por esta zona con su perro porque hay poco tráfico y que el animalito se puso a escarbar allí, junto al arroyo y, de repente,

empezó a ladrar y a ladrar y...; bueno, que se encontró el pastel, como tú dices. Y desde entonces está un poco en estado de shock. Por cierto, se llama Lola.

—Lola, ¿qué más? —preguntó Benegas, aunque ya intuía por dónde iba su subinspector, tan dado como era al surrealismo y a los diálogos de besugos.

—Lola y ya está, jefe. Me refiero al perro. Bueno, a la perra. Que se llama Lola —puntualizó Vázquez, en su salsa.

—Aaaah, que es una hembra —concedió Benegas—. Y dices que se llama Lola, mira tú qué bien: María Dolores, como mi abuela —volvió a concederle, cáustico, dándole carrete.

A Benegas le dieron ganas de abofetear a la buena señora, una buena hostia a mano abierta, peliculera y medicinal, a ver si así salía del trauma. De hecho, le daban ganas de abofetear a la gente que le ponía nombres humanos a sus mascotas, esos que en el parque, cuando él paseaba a «Navidad», gritaban para que todos los oyeran: «Ven con mami, Mateo». O José Luis. O Marisol. Y allá que iba un bichón maltés o un cocker con su papá, su mamá o su puta parentela, moviendo el rabo y haciendo cucamonas. Benegas no era capaz de imaginarse qué podía pasar por la cabeza de un ser humano para llegar a ese punto. Prefería no ahondar. Él llamó a su perro «Navidad» porque, cuando hace unos años se lo regalaron sus subinspectores, parecía un pequeño copo de nieve.

De repente, recordó que tenía que comprar un saco de pienso para su samoyedo comilón que, al paso que iba, ya mismo se convertiría en un oso polar. Un saco de pienso, latas de gelatina y sacarlo a pasear de vez en cuando, que desde que Blanca no podía hacerse cargo de él —y de casi nada, en realidad— todo se había vuelto más complicado. Más complicado y más feo. Toda la vida se había complicado y hecho más fea, sin duda, se dijo Benegas, deseando volver con ella.

—¿Quieres interrogarla o la dejamos ir? —preguntó Vázquez con un deje gallego que no conseguía limar tras muchos años en Andalucía.

—¿Qué me va a contar a mí que no os haya contado ya a vosotros? Nada, ¿verdad? Puede marcharse cuando quiera.

—¡Marita! —levantó la voz el subinspector Vázquez para captar la atención de su esposa. Cuando ésta lo miró, le hizo un gesto con la mano para indicarle que dejase ir a la testigo. La mujer se puso el casco, llamó a su perra chasqueando los dedos y se dispuso a pedalear lo más lejos posible del peor rato de su vida.

Benegas se quedó pensativo, meditabundo, mirando al suelo. Sabía que Vázquez le había dicho algo que podía ser importante, pero no acababa de comprender qué. De repente, creyó intuirlo y gritó:

—Un momento, señora. Un momento, por favor.

El inspector recorrió los doscientos metros que lo separaban de la mujer, apartada como estaba del lugar del hallazgo. Conforme se acercaba, constató que desde el casco de kevlar hasta el culote o los calcetines cortos, todo hacía juego; de alto precio y colorín fosforescente. Tenía el pelo largo y con un ligero tono cobrizo, nariz y boca fina —la nariz quizás algo retocada— y una musculatura en el tren inferior que demostraba que el ciclismo era algo más que un pasatiempo dominical. Una cuarentona de bonito perfil y muy buen ver con demasiado tiempo para dedicárselo a ella misma, dedujo Benegas cuando estuvo a su altura.

—Disculpe, señora, pero les ha dicho a mis compañeros que suele usted venir por esta zona con su bicicleta y con su perro, ¿no es así?

—Sí, así es. Con mi perra. Con Lola —corrigió la mujer.

—Sí, eso es. Con Lola —le siguió el juego Benegas. E inmediatamente le dieron ganas de darse dos hostias, a mano abierta—. Pero ¿podría ser un poco más concreta, por favor? Cuando dice que suele venir por aquí, ¿cuántas veces es «suele»?: ¿una vez a la semana, cada quince días? —quiso saber el inspector.

—Pueeeess..., no sé —dudó la mujer—. Yo diría que todos los fines de semana. Bueno, el pasado no, porque llovió mucho, se acordará usted. Y si tengo algún día de descanso en el trabajo, como hoy, pues también lo aprovecho; pero no sabría decirle con

exactitud. ¿Por qué? ¿Es importante? —quiso saber si podrían molestarla un buen rato más.

—Y siempre viene con su pe..., o sea, con Lola —se corrigió ahora él mismo, y ya lo que deseó es cortarse la yugular.

—Sí, sí, claro. Me la traigo para que haga ejercicio —aseveró la testigo, obviando la otra razón: «porque no tengo con quien dejarla»—. Pero ¿qué tiene eso que ver con...? —intentó insistir la testigo.

—No se preocupe, señora...

—Almenara. Soledad Almenara —respondió ella.

—Ya le digo: no se preocupe, señora Almenara. Nos ha sido de gran ayuda, de verdad. Muchísimas gracias. Puede marcharse cuando quiera, pero procure estar localizable, por favor —la despidió Benegas—. Y si recuerda algo que haya visto durante sus recorridos por la zona, algo extraño o que le haya llamado la atención, aunque usted crea que es algo sin importancia, no dude en llamarnos, si es tan amable. Tenga, esta es mi tarjeta y ese es mi número directo —le dijo, señalándole el directorio de su despacho.

Soledad se la guardó en el bolsillo trasero del *maillot* —donde los profesionales se colocan el dorsal—, se ajustó las gafas, se despidió de Marita con un leve asentimiento de cabeza y dio media vuelta.

—Los perros son animales de costumbres, ¿no es eso, jefe? —lista como el hambre, Marita; que conocía al inspector como si lo hubiese parido. Bueno, como eso no; como eso, no. Tampoco hay que buscar más problemas y embrollos de los debidos en el primer capítulo.

—Correcto —corroboró Benegas—. Y siempre suelen jugar, marcar su territorio y hacer sus cositas más o menos en la misma zona. Así que, teniendo en cuenta que hoy es viernes y la testigo dice que no vino el fin de semana pasado, lleva unos doce o trece días sin aparecer por aquí. Y hasta hoy mismo, Lola —en fin, dejémoslo ahí, bastante sangre hemos hecho ya— no había rastreado ni encontrado nada raro.

—Desaparecida en las últimas dos semanas. Y, según me ha apuntado la forense, posiblemente menor, ¿voy bien? —terminó el razonamiento Marita.

—Vamos a tirar por lo alto y buscar en el último mes, o mes y medio —le dibujó Benegas el mismo marco temporal que a su marido—. Cierto que la humedad puede deteriorar más rápido los restos, pero tampoco ha caído el diluvio universal en estos días —razonó.

Y era verdad, estaban a finales del benévolo invierno andaluz y encarando ya la primavera. ¿Que esos días llueve en Córdoba? Pues sí, pero tampoco como para llamar a Noé.

—Perfecto. Pues ya tenemos trabajo —afirmó Marita.

Y, como ya no había nada más que decir respecto a la incipiente investigación, se quedó súbitamente callada, muy seria. Ella y Vázquez llevaban un tiempo sin preguntarle, así lo habían acordado los dos (aunque estaban al tanto de la evolución, como es lógico), porque tampoco querían agobiarlo cada mañana y que estuviera todo el rato pensando en lo mismo; estos tragos tan duros nadie sabe cómo gestionarlos con sensatez. Pero, qué diablos, en ese momento su jefe le pareció tan vulnerable, tan desvalido y desorientado que quiso saber cómo estaba ese hombre que le había enseñado el noventa por ciento de su profesión, así que le preguntó:

—¿Todo bien, verdad? —con el temor titilando en la voz, induciéndole una respuesta afirmativa.

—Ahí vamos. A veces bien y otras no tanto, ya sabes cómo son estas cosas —contestó Benegas—. Ahora está un poco de bajón y la han dejado ingresada. A los tres o cuatro días, se queda prácticamente sin defensas.

—Ya —concedió Marita—. Pero verás como todo va bien. ¡Ya lo verás! Blanca es dura de pelar, ¿no has dicho tú eso siempre? —quiso animarlo.

—Sí, sí que lo es. Y vosotros, ¿qué tal?

—Pues, más o menos igual: a veces bien y otras no tanto, ya sabes cómo son estas cosas, ¿no? —lo parafraseó Marita.

—Pues no, la verdad es que no sé cómo son esas cosas —requebró Benegas y ambos sonrieron—. Y ya estoy un poco mayor para saberlo.

—Después de la última vez, quizás a mí también me haya dado un poco de bajón, lo reconozco: la oposición ahí encima, la presión añadida que todo esto conlleva. No sé, jefe... No sé muy bien cómo va a acabar todo esto —se sinceró Marita.

—¡Pues bien! ¿Cómo va a acabar? Esto tiene que terminar bien. En bautizo. No sé el camino que tendréis que recorrer, pero acabará bien —intentó ahora animarla él—. Es cuestión de paciencia. Bueno, y de práctica, claro. Que todavía sois muy jóvenes.

—Treinta y cinco ya, jefe. Para treinta y seis; en octubre —se condolió Marita.

—Pero muy bien llevados. Y eso seguro que cuenta —la consoló, echándole el brazo por encima del hombro y dirigiéndose hacia su nuevo coche.

Debía marcharse ya si quería llegar a tiempo, atravesar Córdoba de parte a parte en una hora que ya empezaba a ser punta; desde el polígono industrial de Chinales (en cuyos límites habían encontrado los restos) hasta la ciudad universitaria Reina Sofía, un verdadero conglomerado médico —ciertamente una «ciudad dentro de la propia ciudad», y pulmón económico de la misma— integrado por varios hospitales de tecnología punta, centros de investigación del máximo nivel y todos los servicios sanitarios requeridos para pelear contra las peores enfermedades y plagas de este siglo XXI. Desde allí llamaría al comisario Espadas para darle la mala nueva y también, se dijo, a Paco Palermo, su homólogo jefe de la UFAM, la Unidad de Atención a la Familia y Mujer, para anticiparle que lo mismo el lunes le endosaba un expediente de los chungos y —como también cabía la posibilidad de que no fuese así— preguntarle si, según su criterio y olfato profesional, alguno de los casos que estaba llevando en estos momentos, o tal vez en los últimos meses, podía haber desembocado en un desenlace tan truculento. Era la mejor hora para llamarlo —viernes y a punto de marcharse para casa—, si

quería ahorrarse una de sus típicas chapas quejándose amargamente de su ingrato puesto, de lo injusta que es la vida con las personas decentes que pagan sus impuestos y de la baja estofa y ralea con la que él, y solamente él en este mundo según parece, se veía obligado a bregar.

Condujo todo lo rápido que el tráfico le permitió y aparcó en el solar semiasfaltado que hay justo enfrente del ala dedicada a maternoinfantil. Vio entrar por urgencias una parturienta que daría a luz en pocas horas, con sus prisas, con sus andares torpes, la familia cargada con el ajuar prenatal, y se acordó de Marita. Vio un par de hombres deambulando ensimismados mientras hablaban por sus móviles. Esos no festejaban un reciente nacimiento, sino que sorteaban como podían la incertidumbre de una dura batalla que no tenían que pelear ellos, sino sus hijos pequeños en la UCI. Se vio a sí mismo, reflejado en el retrovisor. Y se acordó de algunos buenos momentos vividos con Blanca. El aparcacoches, que ya lo conocía, no le aceptó el euro de rigor. Eran las dos y media de la tarde. Blanca ya habría comido —si reunía fuerzas y ánimo para ello— y tenía pensado estar con ella hasta mañana por la mañana. Dejó a su izquierda la inmensa mole del Hospital Universitario, el más moderno, y se encaminó hacia el edificio gris borroso del Hospital Provincial, a unos cuatrocientos metros del aparcamiento. Subió la escalinata de granito, típica de los setenta, atravesó la cristalera diáfana que daba al vestíbulo de recepción e ingresos —al tiempo que aspiraba el inevitable olor a sopicaldo que les habrían dado ese día también a los enfermos— y, en lugar de usar el ascensor, decidió subir por las escaleras. Quinta planta. Allí estaba Blanca ingresada tras la inevitable bajada de defensas que seguía a cada ciclo.

Quinta planta: Oncología.

Una desaparecida por partida doble

El lunes llegó al despacho bastante más tarde de lo habitual porque esa mañana le daban el alta a Blanca y no se va poco tiempo, precisamente, entre el papeleo administrativo que eso conlleva, esperar a que en la farmacia central les fabricaran dos compuestos necesarios para proseguir el tratamiento en casa y recoger la ropa y pertenencias antes de desalojar la habitación; aunque en esto último ya se daba especial celo el inspector.

Cuando lo vieron entrar, todo el equipo hizo ademán de levantarse al unísono, eran muchos los asuntos que debían tratar con él tras las pesquisas del fin de semana. Al verlo un tanto relajado y distendido, Maqueijan intuyó que las noticias no deberían ser del todo malas. Con su enorme corpachón, su pelo medio despeinado y su barba y mostacho entrecanos, se le acercó para confirmar su corazonada levantándole el pulgar como los césares romanos cuando se sentían clementes, e inquiriendo información con los ojos muy abiertos y las cejas enarcadas. Benegas confirmó con un asentimiento de cabeza y media sonrisa: ya estaba en casa otra vez, y con buenas perspectivas. «Siempre dentro de un orden», puntualizó ya ante todos, en la sala de reuniones, «que no hacía ni tres meses desde la operación».

—Así que, venga, ¡al lío!, que, si no, entre unas cosas y otras, los que nos vamos a tirar tres meses aquí somos nosotros; que estamos regular de tiempo. Y perdonad el retraso —se excusó Benegas sin que hiciera falta—. ¿Qué tenemos por aquí? —preguntó, mirando a Sampedro y a Maqueijan.

—Pues, más o menos, lo que ya te adelantamos el viernes por la tarde, jefe: poca cosa. Por no decir nada —le contestó Sampedro

con la anuencia de Maqueijan—: que se sepa, nadie echa en falta a nadie, ni se ha dejado de ver a nadie por ahí.

—Que los chulos te mareen tiene un pase, jefe —terció Maqueijan—, pero las chicas tampoco saben nada ni han oído cosas raras. Ninguna de las *confites* ni de las que nos tienen ley. Y esas no te engañan cuando intuyen una movida gorda como pueda ser ésta; ya sabes.

—De todas formas, jefe —continuó Sampedro—, el sábado por la noche Maq y yo estuvimos de ronda por los polígonos y por los clubes del centro, sonsacando a dos o tres macarras que sabemos que no se pueden ni ver entre ellos, por si había suerte y a alguno se le aflojaba la boca contra la competencia. Pero, ya te digo: nada. Quizás sea cierto lo que dice la nueva —concluyó, acordándose de las palabras de presentación de la forense Sanchís.

—Bueno, ya veremos —contemporizó Benegas, nada dado a descartar hipótesis a las primeras de cambio—. ¿Qué tal tú, Marita? —le dio pie el inspector, dejando para el final a Vázquez con el asunto que más le interesaba y al que no dejó de darle vueltas en las dos noches de duermevela en el hospital.

—Pues tampoco mucho; no te vayas a creer —comenzó la oficial—. En el último mes y medio no nos consta ninguna denuncia de menores o adolescentes aún sin resolver. Hubo dos fugadas tras las Navidades, os acordaréis, pero aparecieron las dos: una en la estación de Málaga y la otra en casa de un pariente lejano —y todos asintieron ante lo que no dejó de ser una chiquillada tras la típica discusión familiar, la primera; y unos amoríos a contracorriente entre clanes mercheros, la segunda—. Entonces me puse a buscar en el último año. Y encontré a otras dos que, con suerte, podrían encajar en nuestro perfil: Anabel Infante y Valeria García Borrás. Llamé a la forense Sanchís para ver cuánto podía medir la asesinada y me dijo que, con ese fémur, ella diría que un metro sesenta y ocho, aproximadamente. Eso descartó a Valeria, que apenas llegaba al metro sesenta, según su ficha en el Centro Nacional de Desaparecidos.

—¿Y la otra? —quiso saber Benegas.

—Pues tampoco nos vale, porque de Anabel Infante tenemos el ADN de sus familiares directos en nuestra base de datos, que lo cedieron para facilitar las investigaciones. Sanchís lo cotejó con el de los restos encontrados y no hubo *match*.

—Intuyo que el resto de nuestros amiguitos tampoco tienen o saben nada; ¿me equivoco? —aventuró Benegas.

—No, no te equivocas. Dado que no tenemos huellas dactilares en los restos encontrados, lo primero que hice fue dar de alta la aparición de los mismos en el sistema de «Personas desaparecidas, cadáveres y restos humanos», y también di traslado al *Cenesdé.* Por protocolo y porque siempre hay que llevarse bien con ellos —apostilló—. Luego, le pedí a Sanchís que, en cuanto le enviasen el perfil genético de nuestra fallecida desde el laboratorio de Sevilla, me lo mandara y lo grabé en la base central de patrones de ADN, a ver si coincidía con algo que tuviera la Guardia Civil o algún otro cuerpo autonómico. Pero no había nada. Nuestra chica no estaba fichada, jefe. Ni por nosotros, ni por los picoletos ni por los Locales. Por nadie. Por último, dado que ni Sanchís ni la Científica han podido hacer la necroreseña dactilar, pues no podemos cotejar sus huellas en el SAID ni en la base de datos del DNI, como comprenderás.

—Es evidente —asintió Benegas, pues los guías caninos no habían encontrado aún las extremidades superiores.

—Aun así, Sanchís me dijo que esperásemos un poco porque, aunque fuera fin de semana, iba a hacer algunas gestiones con los de su gremio, en el Instituto de Medicina Legal, llamando a Madrid. A ver si por ahí teníamos suerte.

El «Sistema de Información de personas desaparecidas, cadáveres y restos humanos» a que hacía referencia Marita fue creado por la Secretaría de Estado de Seguridad para evitar el grave problema de dispersión de datos que existía anteriormente, ya que cada cuerpo policial poseía sus propias bases informáticas y no había posibilidad —ni buena voluntad—para contrastar o compartir información entre unos y otros. Dicho sistema propicia la gestión

integral de todas las denuncias de desaparición que se formulen en España, así como el hallazgo de cadáveres o de restos humanos en cualquier punto de la geografía nacional. Amén de crear como herramienta fundamental la base de datos de patrones del ADN, un superfichero informático que recoge datos volcados por todos los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado: Policía Nacional, Guardia Civil, Ertzainza, Mossos..., y que todos podían consultar obviando trámites administrativos y, por qué no decirlo, el contacto directo entre instituciones que a veces no se miraban precisamente con simpatía.

Este sistema y su base/fichero de patrones genéticos pusieron fin a la habitual descoordinación entre los diferentes cuerpos policiales en España. Cuerpos con competencias en una amplia parte del territorio, se entiende. Porque ya si le sumábamos las policías locales o pequeño-forales, daban ganas de suicidarse, pues más de una investigación se había ido al traste por recelos profesionales, rencillas entre mandos, por la puñetera política regional o, simplemente, por no compartir la necesaria información a su debido tiempo.

También ayudaba en la identificación de cuerpos o restos sin nombre el denominado SAID, siglas que hacían referencia al Sistema Automático de Identificación Dactilar, que era donde la Policía volcaba todas las huellas de aquellos que se hubiesen visto envueltos en una detención o hubieran cometido alguna irregularidad administrativa, básicamente contra la Ley de Extranjería; o sea, inmigrantes ilegales. Es decir, y hablando en román paladino, donde un delincuente quedaba fichado tras tocar el piano. Pero estaba muy claro, como bien había indicado Marita, que poco o nada podría ayudarles el SAID en esta ocasión (o el inmenso fichero del DNI, que almacena las huellas de todos los españoles y también es consultado por la Policía cuando es necesario), dado que no se había podido realizar la necroreseña o toma de huellas al cadáver.

Por si todo eso no bastara, en España se creó el *Cenesdé*, como lo llamó Marita en argot policial; esto es, el Centro Nacional de Desaparecidos (CNDES), un organismo no policial que se ocupaba de las alertas, la atención a familiares y víctimas, y la coordinación de todo tipo de actuaciones en cuanto se producía una desaparición en cualquier punto del territorio nacional. Además, estaba en permanente contacto con la mayor parte de las asociaciones privadas que trabajaban en este campo y con los principales medios de comunicación. En definitiva, un armazón policial, jurídico y asistencial que había situado a España como un país puntero en la investigación y resolución de este tipo de delitos.

Aun así, por su propia dinámica y complejidad, seguían siendo casos de muy difícil manejo. Especialmente, si ni siquiera sabes por dónde empezar a abordarlos. De ahí que Benegas continuase el diálogo con su subinspectora diciendo:

—Pero no la hemos tenido, claro. —Lo cierto es que él no creía mucho en la suerte, el destino, los druidas y ese tipo de «religiones».

—Pues no. Esta misma mañana le han confirmado tanto desde el *Cenesdé* como desde Toxicología, en Madrid, que no tienen nada que pueda ayudarnos. O sea que, como ves, poco o nada —finalizó Marita.

—Pues siento decepcionarte yo también, jefe —no esperó Vázquez a que el inspector le cediera la palabra—, pero la vía Ripollet no nos lleva a ninguna parte. En el último mes y medio no encontré nada de lo que me pediste. Y desde que empezó el año sólo ha fallecido una joven en Córdoba o zonas limítrofes. Fue en accidente de moto y se mató junto a su novio. Pero ella fue incinerada en el Tanatorio Municipal.

Benegas chasqueó la lengua e hizo un gesto de resignación. Bien le hubiera gustado a él que la aparición de esos restos humanos fuesen una bifurcación del «caso Ripollet», un escándalo que hace un par de meses hundió la empresa y la reputación de la principal funeraria de la provincia, y llevó a varios miembros de la familia

propietaria al calabozo, tras la denuncia de un trabajador despechado que consideró injusto su despido y la posterior indemnización. Durante varios años, quizás intuyendo desventuras laborales, el tipo se había dedicado a guardar cientos de documentos y archivos informáticos que incriminaban a la empresa en el reciclaje y tráfico de ataúdes de primera calidad; con un macabro *modus operandi* que él mismo había grabado en varios vídeos con el móvil. Se necesitaban dos premisas para el negocio: que la familia del fallecido, o la mutua aseguradora, hubiesen contratado un ataúd de alto *standing*, y que hubiera cremación del féretro, no entierro.

A partir de ahí, justo antes de proceder a la incineración, algunos empleados sacaban el cadáver del lujoso ataúd y lo introducían en otro más barato, o en precarias cajas de madera o en cutres planchas de palés industriales. Incluso, a veces, depositaban el cuerpo en el horno envuelto únicamente en el sudario, como quedó reflejado en los vídeos aportados por el denunciante.

Por último, el ataúd de buena calidad y madera fina se remozaba y se volvía a utilizar de segunda mano —aunque sería más exacto decir de segundo cuerpo; cuerpo entero e insepulto—, o bien se vendía como nuevo a otros tanatorios de la ciudad, de pueblos cercanos a Córdoba o de localidades limítrofes de las provincias fronterizas de Jaén, Málaga y Sevilla. Todo un negocio. Un lucrativo negocio que estuvo funcionando casi veinte años sin que nadie se diera cuenta de nada. Casi veinte años. Hasta que un empleado renuente y borrachín quiso más dinero. No es que Benegas tuviera entre ceja y ceja a la acaudalada familia Ripollet —el padre, don Arturo, y dos de sus muchos hijos fueron finalmente los únicos imputados—, como le reprochó Vázquez el viernes por la tarde, si bien es cierto que le daban especiales náuseas ese tipo de personas que no respetan ni el dolor ni la indefensión que producen la enfermedad y la muerte. No era eso. Es que llevaban veinte años profanando la dignidad última de las personas. Entre ellas, quizás, la de su propia madre, maldijo Benegas; pues en ese tanatorio la veló

e incineró después. Cinco años iban a cumplirse en verano. Por eso deseaba prolongar el caso con cargos y delitos más graves, puesto que, señores de bien y alto *standing* como eran, los empresarios contrataron a dos de los mejores bufetes penalistas de España —apoyados por el abogado de la familia, Asís Morales, el más reputado jurista y asesor financiero de Córdoba—, y todo quedó en una simple estafa. Una estafa, una buena fianza pagada a tocateja y a casita hasta el benévolo juicio. Por eso echó de menos un martillo hidráulico: para que los malditos Ripollet no pudiesen reciclar su propio ataúd. Pero, tal como también le dijo Vázquez ejerciendo de gallego integral, las cosas son como son y en un juicio te condenan por las pruebas presentadas en tu contra, no por el asco y las náuseas que provocas en los demás.

Así que por eso hizo un cansado gesto de resignación.

—O sea, que tenemos una desaparecida por partida doble: ahora que está muerta, y antes cuando estaba viva. Nadie la reclama y nadie la echa de menos —reflexionó en voz alta—. ¿Y eso a dónde nos lleva?

—A mendigos y transeúntes, a trastornos mentales, a inmigrantes sin papeles —empezó a contestarle Sampedro.

—Y por la edad que le suponemos a la chica, adonde nos llevaría en concreto es a menores inmigrantes —terció Vázquez—. Esos, en cuanto pueden, se largan del centro donde los tienen tutelados y, si te he visto, no me acuerdo.

—El viernes llamé a Palermo y me dijo que iba a mirar, pero que no esperásemos gran cosa porque lo que se traían entre manos era la morralla habitual: hurtos, pequeños robos, reyertas entre marroquíes y ecuatorianos... —les informó Benegas—. Pero nosotros vamos a empezar por ahí, Andrés —concedió Benegas—. Tú, Sampedro y Maqueijan poneos a ello. Primero con las asociaciones privadas y ONG. Luego ya me encargo yo también de la Junta, si hace falta —puntualizó—. Y tú, Marita, aunque sé que la chica está poniendo todo de su parte, a ver si puedes apretarle amablemente a tu amiga forense para que nos dé el informe completo cuanto antes,

¿vale? —le encomendó el inspector sin saber que no haría falta que Marita la invitase a café y buñuelos porque los tres suaves toques que acababan de sonar en la puerta anunciaban la presencia de Carolina Sanchís.

—Muy buenos días y disculpe la interrupción, inspector —saludó la forense—. Ya tiene el informe en su mesa. También se lo he enviado por correo electrónico.

—¡Pues no sabe cómo se lo agradezco! —respondió Benegas constatando la rapidez y diligencia de Sanchís—. Perdone, doctora, pero, ya que está usted aquí, ¿podría adelantarnos algo? Verá, respecto a la edad, me gustaría saber si...

—No me trate de usted, inspector. ¡Y no me llame doctora, hombre! —dijo Sanchís sin poder evitar una sonrisa—. Si vamos a trabajar juntos, es mejor tutearnos, ¿no?

—Eeehh, sí, claro —concedió Benegas, a quien siempre costaba un poco manejarse con las relaciones sociales, sobre todo al principio—. Pues eso, Sanchís, que nos gustaría saber...

—A mí me gusta más Carol. Todos me conocen así. Desde pequeña —volvió a cortarlo la forense. Vázquez, Maqueijan y Marita se miraron, divertidos. «No sabe la nueva dónde se está metiendo como le toque mucho las narices», se decían telepáticamente.

—¡Ajá! Carol. Muy bien. Carol, entonces —volvió a concederle Benegas, esperando cerrar de una vez el capítulo de las presentaciones y poder hacerle la pregunta sin más dilación—. Pues, como te decía, Carol, ¿puedes confirmarnos tu primera impresión sobre la edad de la chica?

—Totalmente. Es cierto que hubiera sido mejor tener alguna mano o las costillas —puntualizó Sanchís, pues con la osamenta de dichas partes se establece con mayor precisión la edad—, pero una tiene que trabajar con lo que hay, y lo que hay es la cadera, el fémur y sus soldaduras articulares, porque los guías caninos no han encontrado nada más en todo el fin de semana. Aun así, me reafirmo en lo que dije el viernes: el fémur presenta una epífisis distal consolidada que concuerda con una edad, en las mujeres, de

entre diecisiete y veinte años —les ilustró Sanchís sin utilizar demasiados términos médicos, costumbre habitual de Pozo que desquiciaba a Benegas.

—¿Causa última de la muerte? —inquirió éste sin mucha convicción.

—Con lo que tenemos, no se puede determinar con total exactitud —contestó Sanchís echando de menos el tórax o el cráneo—, pero sí puedo decirte que hubo una evidente pérdida de sangre, una hemorragia importante.

—Muy bien. ¿Algo más que debamos saber? —la interpeló.

—Pues, sí. Sí que hay algo más, jef..., ¡uy, iba a llamarte jefe! —se frenó Sanchís, tapándose artificialmente la boca con la palma de la mano—, pero si se enteran los míos de verdad me matan. ¿Cómo puedo llamarte yo? ¿Inspector, tal vez? O por tu apellido, como hacen ellos —preguntó Sanchís señalando a la concurrencia, y Benegas se encogió de hombros y asintió, rezando en su fuero interno para que no se le ocurriera llamarlo como solía hacer Pozo mientras se descojonaba de él: Benny.

—¿Y nos lo vas a contar o tenemos que adivinarlo? —a punto de resoplar el cuatrimencionado. La fluidez en la exposición de datos no era el fuerte de esta chica, desde luego.

—Me ha llamado la atención el mal estado que presenta el útero. Está muy deteriorado para su edad. Demasiado, diría yo. También se observa la realización de un legrado reciente, lo cual tampoco es indicativo de nada, más allá del aborto, o abortos, que se hayan podido producir —parecía reflexionar en voz alta la forense—; pero la irritación y el deterioro de las paredes uterinas no son muy normales, inspector.

—¿Alguna enfermedad que produzca esas secuelas? —quiso saber Benegas.

—No, no presentaba ninguna patología. Solamente digo que tenía el útero como el de una madre de familia —muy gráfica en los ejemplos Sanchís.

—¿Podríamos estar hablando de un aborto casero, clandestino? ¿De una chapuza que salió mal? —barajó posibilidades el inspector.

—No lo sé. Yo me limito a reseñarlo en el informe. Ahí está todo. No sé si os servirá de algo.

—Pues eso es lo que tenemos que ver nosotros a partir de ahora —prefiguró Benegas otra posible línea de investigación, dando por concluida la reunión de la mañana—. Yo lo que sí quiero es agradecerte la rapidez en el trabajo y la ayuda que le has prestado a Marita con la parafernalia del ADN. ¡Usted y yo nos vamos a llevar muy pero que muy bien! —la despidió con una sonrisa, señalándola con el índice.

Como ya eran casi las dos y media, Benegas decidió no ir a casa a comer y picotear algo en cualquiera de las tabernas cercanas a la calle Kairuán o al Postigo de la Luna, ese enorme arco ojival en medio de la muralla almohade que sirve de entrada a la Judería cordobesa, la zona fetén del casco histórico declarado Patrimonio de la Humanidad. Mientras tanto, llamó a Blanca para ver si se le habían pasado los mareos, telefoneó también al comisario Espadas y al juez Montesinos para que tuvieran conocimiento de la fase inicial de la investigación —que luego, cuando todo se precipitaba, ambos eran una queja continua detrás de otra, y de otra y encadenada a la siguiente—, ordenó muy por encima un par de expedientes de asuntos que aún coleaban del año pasado y *googleó* cuántas ONG o asociaciones se dedicaban en la ciudad a acoger menores tutelados por la Junta de Andalucía, ya fuesen inmigrantes no acompañados o nacionales. En la recámara guardó la última bala que acababa de dispararles Sanchís: «clínicas abortivas que pudiera haber en Córdoba. Husmear un poco», escribió en su ajada libretita de anillas de espiral. «Línea secundaria de investigación», añadió y subrayó.

Iba a telefonear a Paco Palermo por línea interna, para ver si el de Familia y Menores podía adelantarle algo, cuando Marita llamó a la puerta de su despacho y la entreabrió de inmediato sin esperar respuesta. Asomó medio cuerpo y le dijo:

—Jefe, verás, eehhh..., respecto a eso que ha dicho Carolina de la desaparecida... —dudaba la oficial cómo encarar la cuestión—; es que, bueno, Andrés y yo hemos estado dándole vueltas y queríamos comentarte algo; a ver qué te parece.

—Claro. Vosotros diréis.

—Sí, estooo..., como es algo personal y tampoco tenemos muy claro que sirva para algo, pues, si a ti no te importa, preferimos que no sea en comisaría —se azoró un tanto la subinspectora.

—¡A mí qué me va a importar! —exclamó Benegas, mientras apagaba el ordenador y se levantaba—. Lo que vamos a hacer es que, mira, ¡os invito a comer! Y ya me contáis allí lo que me tengáis que contar. Pero, antes, déjame hacer una llamada, ¿vale? Acabo rápido —deseó Benegas que Palermo no se enrollase demasiado esta vez.

El alumno más formal de la clase

Y no lo hizo el hombre, hay que decir en su descargo, aunque un buen cuarto de hora departiendo no se lo quitaba nadie, durante el cual el inspector jefe de la UFAM —tras revisar durante esa mañana los expedientes aún abiertos que le había suministrado su grupo de Menores— no pudo añadir información relevante más allá de lo que le había anticipado el viernes; además de puntualizarle que, «en tanto en cuanto no se declarase oficialmente menor a la fallecida, el marrón se lo comían él y su grupo de homicidios»; el marrón enterito, subrayó Palermo. ¡Como si Benegas no lo diese por descontado!

Miró el reloj. Pasadas las tres. «Pasadas las tres», masculló. «Esto va a resultar imposible». Imposible de todas todas, porque...

... porque es una verdad universalmente conocida —que diría Jane Austen de sus amores desclasados entre pijos de alta cuna y amables menesterosos— que la primavera en Córdoba es temporada altísima de turismo internacional, a tope bares y tabernas de pálidos nórdicos y japoneses en tropel, así que fue imposible encontrar una mesa libre (o un tonel libre, o un trocito minúsculo de barra libre, lo que fuera libre..., ya cualquier cosa les valía) en varios establecimientos en los que pretendieron almorzar, y buen trabajo les costó convencer al encargado de Casa Pepe de la Judería para que les hiciera un hueco en aquel rincón del fondo, daba igual que estuviese cerca de los aseos, eso también les venía bien, pues así podrían hablar con cierto sosiego, se dijo Benegas, encaminándose raudo a la mesa con elegante zigzag entre camareros y parroquianos, un tanto intimidado por la muy seria mirada e imponente testuz de *Aguafiestas*, *colorao* ojo de perdiz, 539 kilos,

ajusticiado por Finito en Pontevedra de pinchazo hondo, estocada y descabello certero. Una oreja con fuerte petición de la segunda, rezaron las crónicas.

Como plato al centro pidieron un par de raciones de salmorejo, plato estrella de la cocina cordobesa exportado a medio mundo, cuyos modestos ingredientes son el pan, el agua y un par de tomates. Todo batido hasta convertirse en una salsa densa y extrañamente sabrosa a pesar de su simpleza, aunque para darle caché se suele adornar con trocitos de huevo duro muy picado y tacos de jamón ibérico. «Delicioso», se dijo Benegas al punto de babeo. Como solía hacer, Vázquez se empeñó en unas berenjenas fritas con miel de caña caramelizada, herencia andalusí que le entusiasmó desde el primer día que las probó, recién llegado a Córdoba de novato. Así que, para equilibrar culturas y civilizaciones —y dado que invitaba él—, Benegas pidió media de croquetas de bacalao, y otra media de croquetas de piñones y espinacas, pues es sabido que para el inspector la croqueta era el más excelso logro conseguido en el Occidente judeocristiano *per secula seculorum*, como le recitaban en misa cuando estaba en los salesianos.

—Bueno, pues eso, que vosotros diréis —volvió Benegas a darles pie; el mismo que les dio al final del capítulo anterior—. Hummm... ¡Pruébalas, Marita, están buenísimas! —la instó al verla un tanto desganada, poniéndole algunas croquetas en su pequeño plato, mientras él ya masticaba a dos carrillos y se había bebido la primera cerveza del tirón.

—Verás, jefe, es en relación con lo que ha dicho Carolina sobre la muerta... Sobre el útero de la muerta —comenzó a explicarse Marita.

—¡Ajá! —asintió Benegas. A él también le había extrañado.

—Bien. Vamos a ver... es que no sé por dónde empezar —ya no supo seguir Marita su discurso.

—Por el principio. Siempre es conveniente hacerlo así —la animó Benegas con una sonrisa, llevándose una generosa cucharada de salmorejo a la boca y pidiendo un par de cañas más, una para él y

otra para Vázquez, que permanecía mudo, mordisqueando sus berenjenas dulces.

—Sí, claro. Bueno, el caso es que, como bien sabes, nos está costando mucho trabajo tener un niño. Mucho trabajo y mucho sacrificio —se soltó Marita, y Benegas, dentro de su desconcierto, asintió—. Como de forma natural parece ser que es imposible, o muy difícil, desde hace año y medio, más o menos, estamos yendo a una clínica de reproducción asistida, Gymné Oviplús, imagino que la conoces, en la avenida del Brillante —puntualizó, y Benegas volvió a asentir, sin saber aún muy bien adónde quería llegar su brillante oficial con tan íntima confesión—. A ver si así tenemos más suerte. O más posibilidades —se corrigió Marita, exhalando un triste suspiro, que en realidad era un deseo. También se le saltaron las lágrimas, aunque intentó evitarlas a toda costa.

Benegas dejó de masticar y guardó silencio, comprendiendo de golpe el dolor de aquella mujer a la que tanto admiraba, y el verdadero suplicio que para ambos debía suponer el camino emprendido: los molestos y dolorosos tratamientos para ella —que modificarían su organismo y su sistema hormonal, quizás para siempre—; la nuclear humillación para él, incapaz de cumplir con la naturaleza en algo tan primario como inseminar a una mujer; la ansiedad, el vacío y la frustración compartida ante cada fracaso tras un nuevo intento. Y tras otro. Y tras otro, una vez más, resquebrajando la inicial fortaleza y confianza en un futuro mejor, en un futuro juntos con una familia unida y feliz, erosionando tanto dolor y reproche los cimientos básicos sobre los que se asienta cualquier relación. Quizás no se había parado a pensar suficientemente en todo eso, se dijo el inspector mirando al suelo —bien es cierto que él también cargaba un pesado fardo en los últimos meses—, ni en cómo esa situación afectaba a dos de las personas que más quería en esta vida.

—No soy capaz de imaginar todo lo que estáis pasando, pero me hago cargo —balbuceó el inspector.

—Al final, lo asumes. Es lo que hay. Bueno, en realidad es que no hay otra cosa si queremos conseguir lo que vamos buscando —se recompuso Marita.

—Como comprenderás, jefe, todo este tiempo intentándolo nos ha hecho casi unos expertos en la materia, por así decirlo —intervino Vázquez, dándole un respiro a su mujer—. Porque, como sabrás, hay varias técnicas y maneras para conseguir un embarazo.

—Sí, claro; supongo —admitió Benegas—. Pero, vamos, que no domino yo... —En realidad no sabía qué dominaba o dejaba de dominar; pero lo que no sabía con total seguridad es qué diablos decir, así que lo dejó en esos puntos suspensivos. La situación empezaba a parecerle demasiado embarazosa, y bien que se arrepintió por pensar justo esa palabra.

—Marita y yo hemos pensado que quizás una de esas técnicas pudiera producir daños en el útero parecidos a los que describe la forense Sanchís. —De repente, Benegas volvió a la Tierra y centró toda su atención en los restos encontrados el viernes.

—¿Qué técnica? —preguntó como un resorte—. Además, un momento, Andrés, espera un momento: estamos hablando de una chica de dieciocho o veinte años. Como mucho. Y tengo entendido que este tipo de tratamientos se empiezan a hacer cuando la mujer ya tiene una cierta edad, ¿no es así, Marita? Tú misma me lo has dicho.

—Sí, pero deja que te explique: nosotros empezamos con la inseminación artificial, que es lo más básico, para que tú te hagas una idea. Lo hemos intentado cuatro veces y no ha sido posible, así que ahora estamos con la fecundación *in vitro*, ¿vale? —Benegas asintió, dando por hecho que eso era un nivel superior—. La primera vez tampoco ha habido suerte, porque los óvulos que me han ido extrayendo cada vez tienen menos calidad o menos fuerza, o vete tú a saber qué —renegó con amargura.

—Pero, bueno, vamos a intentarlo una segunda vez, ¡verás tú como ahora todo sale mucho mejor! —intentó consolarla su marido cogiéndole la mano, aunque ella hizo amago de retraerla. Benegas

se dio cuenta y, si bien es cierto que ambos evitaban cualquier muestra de cariño durante la jornada laboral, se sintió incómodo y quiso retomar de inmediato el derrotero de la investigación.

—Pero esa no es la técnica de la que habláis, ¿no? ¿O sí? —ya no sabía a qué atenerse el inspector.

—No, esa no. Esa es bastante simple: me extraen varios óvulos, los inseminan en un laboratorio con esperma de Andrés para crear un embrión, y luego, cuando esos embriones ya presentan un cierto crecimiento, me los vuelven a trasplantar directamente en el útero para que se vayan desarrollando de forma natural. O sea, como un feto concebido de forma biológica. Lo mismo. Es molesto, no te voy a decir que no, pero el útero no sufre daños apreciables —lo ilustró Marita.

—La técnica que creemos que puede producir esos daños o irritaciones de las que habla Sanchís es la donación de óvulos, jefe —intervino Vázquez—. Pero no en la receptora, sino en la donante —puntualizó.

—Y ahí sí tiene cabida nuestra joven veinteañera —reunió las piezas Benegas y completó el puzle.

—Podría ser. Ten en cuenta que en España no existe un límite legal para realizar donaciones de este tipo, salvo que con los óvulos de esa hipotética donante ya hubieran nacido seis niños; es decir, que esos óvulos hayan tenido mucho éxito, no sé si me explico —puntualizó Marita.

—Te explicas. Te explicas perfectamente —aseveró Benegas, dando un traguito a su cerveza y removiendo el salmorejo.

—Seis niños, incluidos los que esa hipotética donante haya tenido de forma natural; eso es importante, jefe; que tampoco se puede hacer esto a tontas y a locas. El objetivo es prevenir futuras consanguinidades inadvertidas, como podrás imaginar. Especialmente en ciudades medianas o pequeñas —aclaró Andrés.

—Ya. ¿Y cada cuánto tiempo se puede realizar una donación? Porque eso debe ser doloroso. Eso no es como donar semen. Y no hagamos chistecitos al respecto —profundizó el inspector.

—Sí, debe de ser jodido. Hay que estimular los óvulos, sacarlos uno a uno con una punción a través de la vagina...

—Pero eso lo que te podría destrozar son los ovarios, ¿no? ¿O también el útero y el resto del aparato reproductor? —razonó con lógica el inspector.

—Esa es una de las cosas que queremos que nos cuente quien sabe de esto, jefe; y no mirarlo nosotros mismos en internet, que a veces no hay por dónde meterle mano a ese lenguaje que tienen los médicos —le adelantó intenciones Marita.

—Bien, bien. ¿Y respecto a los plazos?

—Si estás en buena forma física y no tienes enfermedades, pues cada tres o cuatro meses es posible hacerlo —respondió Marita, que había estudiado más a fondo la materia, pues ya estaba empezando a asumir en su interior que, si no tenían éxito con la *in vitro*, esa técnica pasaría a ser ya algo más que una lejana opción.

—Dada la edad que le calculamos a nuestra desaparecida, jefe, supongamos que aún no ha tenido hijos biológicos, aunque tampoco sea descartable, por lo que habría podido donar cuatro o cinco veces en un corto espacio de tiempo —siguió prefigurando el escenario Vázquez.

—Porque todo esto no se hace por amor al arte o por altruismo con el prójimo, o con la prójima, ¿voy bien? —acertó Benegas.

—Cada donación está remunerada, claro. Y con algo más que calderilla para permitirte un simple capricho; así que hay chicas, especialmente universitarias o de capas sociales bajas, que lo ven como una manera fácil de ganar dinero —le corroboró Vázquez.

—Hemos pensado que, como tenemos que ir dentro de unos días a la clínica para iniciar otra nueva fase, si a ti no te importa, jefe, podemos preguntar por allí —propuso Marita—. Tenemos bastante confianza con nuestra doctora y, no sé..., tampoco le vamos a pedir nombre y apellidos de todas las donantes que hay en Córdoba, pero, por lo menos, que nos oriente un poco sobre este mundillo y ver por dónde podemos tirar —concluyó, buscando la anuencia de su esposo con la mirada.

—Podría ser una línea complementaria muy interesante —admitió Benegas—. Id con discreción, que no se note demasiado que vamos dando palos de ciego, y a ver qué sacáis por ahí. ¿Qué día vais?

—El jueves, pero, como saben nuestros horarios de trabajo, tienen el detalle de cambiarnos las citas cuando no podemos acudir; sobre todo yo, claro. O nos dejan que vayamos de un día para otro casi sin avisarles si tienen un hueco libre. Los llamo a lo largo de la tarde y pregunto si podemos ir mañana a primera hora, ¿te parece?

—Me parece perfecto —cerró el asunto Benegas—. Oye, Marita, otra cosa: estooo... si no te las vas a comer, ¿te importa? —le preguntó, cogiendo una de las tres croquetas que la buena mujer aún tenía en su platito y que no había tocado—. Es que se van a enfriar —se justificó el inspector degustando esa maravilla que supone mezclar tiernas espinacas de las huertas junto al Guadalquivir con los sabrosísimos piñones de Sierra Morena.

*****

—Es una sensación extraña, jefe. La doctora Ávila siempre ha sido muy cercana y afable con nosotros para cualquier cosa que hayamos necesitado durante este tiempo, así que no le importó que le hiciéramos algunas preguntas técnicas sobre el caso. Todo iba bien mientras hablábamos de generalidades, de los síntomas o las secuelas que podría dejar tal o cual tratamiento o enfermedad —resumía el subinspector Vázquez la visita a la clínica Gymné Oviplús que habían hecho esa misma mañana, tras la llamada de Marita la tarde anterior solicitando el adelanto de la cita.

—Pero... —impaciente Benegas, bien sabía él que cuando alguno de sus policías le largaba carnaza era por algún motivo de peso.

—Pero cuando le enseñamos el informe de Sanchís y vio alguna de las fotos de la autopsia cambió de actitud y se cerró en banda —continuó Marita la exposición—. No te voy a decir que nos pidiera una orden judicial para seguir hablando, pero nos dio a entender

que nuestra cita había terminado porque, de repente, se había acordado que tenía muchísimo trabajo a miles de kilómetros de allí.

—¡Ajá! Pues, tal como lo pintáis, a lo mejor hay que pedir una orden judicial para continuar la charla. O citarla para que nos dé una clase particular aquí, en comisaría —apuntó Benegas.

—Jefe, para nosotros es una situación muy incómoda, entiéndelo —confesó Vázquez, azorado—. ¡Mira que intentamos no mezclar lo personal con el trabajo! Pero esta vez... no sé, quizás nos hayamos equivocado acudiendo a ella. Para nosotros es un tema muy delicado. No nos podemos permitir que nos suspendan el tratamiento por un mal rollo y tener que empezar de cero en otro sitio. Ni por el tiempo ni por el dinero que ya llevamos gastado.

—Lo entiendo perfectamente —conjuró Benegas sus miedos. El miedo: ese gran dictador que todo lo gobierna cuando una pareja inicia un tratamiento de fertilidad, se dijo—. Quedaos al margen de todo esto. Pero sois conscientes de lo que debemos hacer, eso no tengo que decíroslo yo. La llamaré y le pediré que me deje hacerle esas preguntas que a vosotros no os dio tiempo. Dame el teléfono de la clínica, Marita —le pidió.

—Tengo su móvil personal.

—Vosotros, al margen. Os lo acabo de decir. El número de centralita o de recepción, o como se llame —se impacientó Benegas.

Marita le tendió una tarjeta muy cuqui con mucho colorín pasteloso, una madre gestante sonriendo justo en el centro y el logotipo de la clínica a ambos lados de la embarazada. Llamó y se presentó lo más adusta y formalmente que pudo: inspector Benegas, jefe del Grupo de Homicidios de la Brigada de Policía Judicial de Córdoba, póngame con la doctora Ávila, por favor, quiero hablar con ella y ver cuándo me puede recibir; espero, faltaría más...

Vázquez y Marita permanecían en silencio, a la expectativa. Un par de minutos estuvieron así, muy largos minutos, hasta que la chica de recepción pudo dar con la doctora y esta pensó y repensó qué demonios le convenía más.

... ¿Doctora Ávila?, sí, muy buenos días, soy el inspector Benegas. Homicidios de la Policía Judicial de Córdoba —le repateaba presentarse así, pero hay veces que la única salida es acudir al respeto que da la jerarquía—. Me gustaría hablar con usted sobre un asunto delicado que tenemos entre manos, y blablablá, blablablá; como ya le habrán adelantado esta mañana el subinspector, Andrés Vázquez, y su esposa, la también oficial de este grupo, Margarita Céspedes, que son pacientes suyos; claro, evidentemente, me hago cargo, todos estamos muy ocupados, pero yo tengo cierta prisa en este asunto, ¿sabe?, y más blablablá, blablablá...

Hasta que, finalmente, colgó.

—¿Qué te ha dicho, jefe? —preguntó Marita con inquietud.

—Que esta tarde a primera hora puede hacerme un hueco. Es verdad eso que decís: es una clínica muy comprensiva y entienden perfectamente nuestros horarios de mierda —sonrió satisfecho el inspector.

Decidió ir en su coche, no en uno de los K. «K de camuflado, menuda gilipollez. ¡Se habrá quedado sin meninges el que lo inventó!», masculló el inspector mientras conducía plácidamente escuchando a Bambino en el reproductor de CD's. Así se iba haciendo a su nuevo vehículo. Porque, con mucho esfuerzo, tirando de trienios y echando demasiadas cuentas, había decidido licenciar su viejo Nissan Almera y comprarse un Volvo, que siempre le había hecho ilusión y tilín esa marca sueca. Uno de gama media, nada de esos mastodontes familiares que parecen blindados y cuestan una pasta; no, él se compró un V40, un coupé discreto y coquetón, de kilómetro cero, que sacó a buen precio de un concesionario cuyo dueño le debía algo más que un favor.

Estaba especialmente bonita la avenida del Brillante en esa primera hora de sobremesa casi primaveral, con su olor a césped recién cortado en los chalets que la jalonaban, a cloro de piscinas que pronto se inaugurarían ante el inminente calor; a confort

doméstico de cuidado interiorismo y colonia cara, olor a ausencia de cualquier necesidad vital.

La avenida del Brillante y su inmenso dédalo de calles adyacentes eran la zona más adinerada de Córdoba y una de las de mayor poderío económico de Andalucía. Desde principios del siglo XX, las familias de la alta burguesía local se habían ido construyendo chalets o casas de verano en la empinada cuesta que comunicaba el casco urbano con el piedemonte de la cercana Sierra Morena, impagables vistas y total tranquilidad a apenas diez minutos del centro de la ciudad. Con el correr del siglo y la llegada de la era digital, algunos hijos y nietos crápulas de aquellos burgueses emprendedores de la *belle époque* no pudieron mantener el patrimonio inmobiliario de la familia —ni el inmobiliario ni ningún otro—, así que muchos de esos chalets decadentistas acabaron reconvertidos en los últimos veinte años en lujosas clínicas de las más diversas especialidades médicas no suficientemente cubiertas por la sanidad pública; dígase cirugía estética, oftalmología, implantes dentales y, sobre todo, reproducción asistida, conformando de hecho un complemento privado a la seguridad social cuyo evidente faro en Córdoba era el hospital universitario Reina Sofía, la segunda casa de Benegas en la actualidad. «Un complemento si puedes costeártelo, claro», rezongó Benegas girando hacia la avenida de la Arruzafa, la que lleva al Parador Nacional, esa horrorosa mole blanca que vigila toda la ciudad desde los terrenos en los que (se conoce que ya desde el siglo VIII la zona tenía notable valor urbanístico) Abderramán I le construyó una villa-palacio a su amante mora, Ruzayfa, para alegrarle los accesos de súbita melancolía que padecía la muchacha.

Benegas dejó a su izquierda un edificio ultramoderno de metacrilato y acero hecho con cubos, o rombos, ¿o eran paralelepípedos? —que, según leyó en el rótulo luminoso, era un gabinete de logopedia y psicología infantil— y hacia la mitad de la avenida vio la clínica Gymné Oviplús, entre un instituto de estética y un enorme chalet que estaban reformando sus nuevos propietarios.

Aparcó en la misma avenida, entró sin llamar porque la pequeña puerta metálica que daba acceso a toda la finca estaba entreabierta y se internó por un estrecho sendero de losas de pizarra gris flanqueado por arbustos podados con primor. Parecía inmerso en un jardín japonés, con los parterres y alcorques de los pequeños árboles ornamentales por completo rellenos de piedra caliza blanca, de esa que parece que han espolvoreado con azúcar glasé.

Conforme se acercaba al edificio que ocupaba la clínica, una enorme puerta corredera de cristal se abrió de par en par en cuanto sus sensores olieron la presencia del inspector, y Benegas se vio sin solución de continuidad en el vestíbulo-recepción, una agradable estancia con paredes revestidas por entero de maderas nobles y suelo de parqué crujiente, presidida por un largo mostrador de la misma calidad. Una estancia que daba paso a la zona de consultas a través de un pasillo a la izquierda; a la sala de espera justo enfrente —tras la zona de mostrador—, y a varias dependencias, o laboratorios, o váyase uno a saber qué, en la parte derecha del edificio. Una bonita estancia donde, por cierto, no había nadie.

—Le están esperando —oyó que decía una voz a sus espaldas, y del sobresalto pegó un respingo interior que casi se le cae la carpetita donde llevaba el informe de Sanchís. Al parecer, en el ala derecha también estaban los servicios y de allí salía la recepcionista con la que habló esta mañana.

La señora podría encuadrarse entre los cuarentilargos y los cincuentipocos, pero así, a botepronto, sin ajustar por lo preciso, Benegas le echó veintidós, tal era la tersura de su cutis huérfano de arrugas, inmaculado de esas molestas manchas con que nos va tarifando el tiempo; tal el radiante resplandor que desprendía aquella piel esponjosa y flexible en el contorno de pómulos y ojos, en modo alguno cercados estos últimos por hirientes venillas o patas de gallo, por rictus de contrariedad o amargura en la mirada, sino, muy al contrario —observó Benegas—, vivos y ágiles, espectacularmente abiertos los párpados, como si la mujer viviese en permanente estado de asombro o alerta. La ardua labor de

cirugía continuaba con un finísimo tabique nasal que no lo hubiese soñado el mejor de los delineantes y que le daba a la musa un perfil respingón y alborotado que ella quizás pretendiese grecorromano pero que al inspector le recordó al de las putinguis de Las Vegas que él veía en los telefilms cutres de la tele. El conjunto se remataba con un cuello suave pero firme, modelado y grácil, que no había disfrutado semejante lozanía ni siquiera el día que ella nació. Pero había un problema en aquella magna obra de quirófano y bisturí. Benegas se percató nada más verla. ¡Era tan evidente! La boca. Al cirujano se le había ido la mano, o ella se había pasado de rosca al pedir la talla de labios, de forma y manera que más que una inyección de bótox para darles un coqueto y sensual toque, parecía que a la *donna* le hubiesen trasplantado en medio de la cara, sin rubor alguno, los labios vaginales al completo, los cuatro —«bueno, al fin y al cabo trabaja en una clínica ginecológica», se malició el inspector, imposible que dejara pasar un chiste fácil, era su debilidad—; tan es así que, cuando la mujer se le acercó y le dijo: «Acompáñeme, yo le indico», Benegas se puso inmediatamente de perfil, no fuera a ser que lo despeinase la ventolera procedente de aquel amasijo de carne en erupción.

«Le están esperando», había puntualizado la recepcionista. Tercera persona del plural. Y así era, efectivamente, porque, cuando la mujer le señaló una de las cinco puertas que había en el pasillo y el inspector la abrió tras llamar tímidamente y preguntar: «¿Se puede?», allí no había una doctora, sino dos. Las dos muy serias, con sus batas blancas. Una era de estatura media, morena, con el cabello recogido en una cola, cara sonrosada y algo de sobrepeso. La otra era lo que las abuelas antiguas habrían definido como «poquita cosa»»: menuda y delgada, rubita de cara aniñada y gafas sin montura.

—Buenas tardes, inspector. Soy la doctora Ávila —se levantó una de ellas, la morena y más grande, para darle la mano—. Me he tomado la libertad de pedirle a mi colega y socia en la clínica, la

doctora Ruiz, que nos acompañe, porque ella es obstetra y sabe más que yo de lo que usted nos quiere preguntar.

—Encantado, señora Ávila. Y señora Ruiz—respondió Benegas, estrechándole la mano a la primera—. Y muchas gracias por atenderme con tanta rapidez. Bueno, por lo que le han comentado esta mañana Andrés y Margarita, sus pacientes, ya sabrán ustedes que hemos visto ciertas anomalías en el aparato reproductor de una fallecida sin identificar cuyos restos encontramos la semana pasada —comenzó el inspector con lenguaje preciso y procedimental. Ambas doctoras asentían.

—En concreto, en las paredes del útero, en la parte superior —pronunció sus primeras palabras la doctora Ruiz—. ¿Me permite, señor Benegas? —le dijo, señalando el informe que el inspector había depositado sobre la mesa.

—Así es, doctora —afirmó Benegas, dándole la carpeta—. Nuestra forense apunta que, además de un evidente legrado posaborto, por el estado del órgano parece que pudieran haberle practicado algunos más. Dada la juventud que creemos que tiene la fallecida, nos ha resultado muy extraño que...

—No estará insinuando que aquí hacemos abortos de ese tipo, ¿verdad, inspector? —lo cortó la doctora Ávila. Eso es lo que la alertó esta mañana, lo que la llevó a cambiar de actitud con Marita y Andrés. Bueno, eso y otra cosa más—. Porque aquí hacemos justo lo contrario, como usted ve. —Más que ponerse a la defensiva, fue un ataque en toda regla.

—Yo no he dicho eso. Y creo no haberlo insinuado —diplomático el inspector, acordándose de los miedos expresados por el matrimonio unas horas antes—. Yo lo que digo es que si mi forense observa que hay varios posibles abortos y que esa pobre chica presentó una grave hemorragia antes de morir, pues tengo que calibrar todas las posibilidades, ¿no cree usted? —se frenó Benegas, que notaba como iba subiendo el tono de réplica—. Porque, que se trafica y se gana mucho dinero con partes sobrantes de fetos no es ninguna novedad. Basta mirarlo en internet. Otra cosa es que

podamos probarlo porque se tapan unos a otros. —Sí, mejor refrenarse un poco, Benegas; ¡mejor te paras que te conoces!

—Por lo que me ha contado la doctora Ávila y he podido leer aquí —intervino la doctora Ruiz, sujetando en alto el informe de Sanchís y reconduciendo la situación—, será mejor centrarnos en la fase previa.

—¿Disculpe? ¿En la fase previa de qué? —un tanto descolocado el inspector, aunque le vino a la cabeza la Champions League.

—Que para que haya un aborto, antes ha tenido que haber un embarazo, ¿no es así? —evidenció la doctora Ruiz.

—Estooo..., sí, claro; evidentemente —afirmó Benegas pensando: «Hasta ahí llego yo solito».

—Pues por el estado que presenta este útero que se ve en la fotografía —volvió a fijarse la doctora Ruiz en el informe forense—, que tampoco es que sea calamitoso, inspector, yo diría que, de haberse producido esos posibles abortos que usted menciona, estos se habrían realizado con muy pocas semanas de gestación, en una fase muy embrionaria aún. De lo contrario, toda esta zona de aquí —señaló la doctora con la punta de un boli la parte central de la foto— estaría en peores condiciones, señor Benegas. Bastante peores, créame.

—Y, según su experiencia, ¿eso a qué conclusión nos lleva, doctora? —le preguntó, a ver si empezaba a vislumbrar un poco de luz, lego total como era en asuntos médicos. No se diga ya ginecológicos, como la brutal mayoría de los hombres.

—Pues nos lleva a que quizás lo que usted va buscando no tiene nada que ver con la donación de óvulos para reproducción asistida, como comentaron esta mañana sus compañeros, ni con el tráfico de órganos de fetos abortados, que por supuesto sabemos que existe; ¡no vamos a saberlo, inspector! Y vaya por delante que, si pudiera usted encerrarlos de por vida, sería la primera en alegrarme —endureció el tono la doctora Ruiz.

—Nada que ver con abortos, y sí con los embarazos previos. Es lo que me está diciendo usted, ¿verdad? —resumió el inspector

mirando de reojo a la doctora Ávila por si le saltaba al cuello otra vez, pues ese asunto sí que entraba de lleno en el objeto social de Gymné Oviplús S.A.

—Correcto —confirmó la obstetra Ruiz.

—Embarazos realizados no para tener descendencia como, por ejemplo, hacen ustedes aquí, debo entender —Benegas intentaba poner en orden sus ideas conforme preguntaba—, sino para practicar un aborto en una fase temprana de la gestación, ¿me equivoco? —quiso corroborar.

—No, no se equivoca —contestó esta vez la doctora Ávila. Dado que la lección de obstetricia había concluido, era ella la que tomaba ahora la palabra—. Embarazo y aborto realizados de manera programada y artificial.

—Imagino que será para fines científicos, o de investigación superior, pero, si quieren que les sea sincero, no consigo entender para qué —les confesó el inspector—. Ni a quién puede beneficiar en Córdoba una cosa así, la verdad.

—Es que todo eso que usted se está preguntando nos lleva a un terreno muy delicado, inspector —tanteó la doctora Ávila.

Ese pantanoso terreno era, en efecto, su segundo y crucial miedo cuando esta mañana la interrogaron amablemente Marita y Andrés.

—Ya, claro; me hago cargo —concedió Benegas, que supo que, llegados a este punto, tenía que dar otra vuelta de tuerca más para no quedarse a medias—. Lo que no consigo entender es por qué, habiendo tantos medios científicos, o tantos embriones sobrantes para investigar y hacer con ellos lo que quieran, es necesario provocar un embarazo y un aborto, o varios, en una chica de dieciocho años. O en varias chicas. —El inspector dio forma a sus temores y calibró la entidad del caso si se confirmaba lo que las doctoras apuntaban.

—Bueno, vamos a ver, inspector: con los embriones sobrantes en cualquier fecundación, pongamos por ejemplo, no podemos hacer lo que a nosotras nos dé la gana —lo corrigió la doctora Ruiz en su papel de socia y condueña de la clínica.

—Ya, ya lo sé. Era una forma de hablar mientras dejaba volar la imaginación —se excusó Benegas, que antes de acudir a esta cita se había empapado la Ley de Reproducción Asistida. Bueno, empapado, lo que se dice empapado, tampoco. Se la había leído, así por encima.

—Y, respecto a lo que usted dice, pues es cierto que a día de hoy disponemos de técnicas y medios muy avanzados. Aquí mismo, en Gymné, tenemos la última tecnología —se ufanó la doctora Ávila, dejando claro que ella también era cotitular de la empresa—. Y que cumpliendo todos los requisitos legales se pueden manipular embriones, pues sí; claro que sí. Pero a veces eso no es suficiente para conseguir lo que uno va buscando. O lo que verdaderamente necesita.

—Y siempre hay alguien que está dispuesto a dar un paso más allá, ¿no es así? —dedujo Benegas.

—Eso lo ha dicho usted —echó balones fuera la doctora Ruiz.

A punto. A puntito de llegar adonde Benegas quería.

—¿Y qué es eso que «tanto se necesita»? Y, sobre todo, doctoras: ¿quién puede tener en Córdoba los medios y la tecnología para hacer una cosa así? —inquirió, notando cómo el fango del pantano le llegaba a las rodillas.

—Inspector, estaríamos hablando de información confidencial. Extremadamente confidencial. Y susceptible de perjudicar la reputación de empresas muy solventes y de compañeros de profesión —contra el corporativismo había topado Benegas. Tocaba tacto y diplomacia, esa mano izquierda que tanto se le acalambraba a Benegas cuando necesitaba hacer uso de ella.

—Les doy mi palabra de que sólo utilizaremos lo que me digan si ello tuviera relevancia para la resolución del caso, señoras. Y, como ustedes comprenderán, nunca revelamos nuestras fuentes de información ni su clínica se verá perjudicada. Nunca. De hecho, yo ni siquiera he estado aquí —añadió Benegas para reforzar su compromiso—. Así que, si tienen a bien seguir con la lección...

—Es largo de explicar —se resignó la doctora Ávila.

—Bueno, yo tengo toda la tarde —se retrepó Benegas en su silla, con la libretita abierta y el boli preparado, listo para tomar apuntes como el alumno más formal y aplicado de la clase.

Lección de anatomía, de Rembrandt (versión 2.0)

Y, en efecto, casi toda la tarde estuvo allí, en clase. Tomando nota sobre conceptos, alteraciones celulares y técnicas biomédicas o biogenéticas de las que, quizás, había oído hablar alguna vez en los medios —que últimamente daban bastante cancha a los avances científicos en la materia—, pero que, como el común de los mortales, desconocía por completo. Tres horas de reloj. De hecho, cuando salió de la clínica, tras agradecerles sinceramente a las doctoras Ávila y Ruiz su colaboración, empezaba a oscurecer. Poco iba a solucionar, pues, pasando por comisaría, se dijo. Además, de lo que tenía verdadera necesidad era de ver a Blanca. De verla y hablar con ella. Contarle.

Mientras conducía hacia casa, la sensación que embargó a Benegas fue la del más absoluto desconcierto. También una creciente inquietud. Nunca antes había sido consciente de las implicaciones que conllevan los avances en biología molecular o manipulación genética, nunca. Ni que los experimentos para lograr esos avances —que a veces más parecían verdaderos retrocesos— se estuviesen realizando en las mismas calles por las que él paseaba, vivía o circulaba en estos momentos. De repente, se sintió vulnerable, desprotegido frente a un futuro en el que él y las personas como él ya no contaban gran cosa, y nadie les iba a pedir su beneplácito u opinión para llevarlo a cabo o no. Y desplazado, también se sintió y se supo un desplazado dentro de su propia existencia; fuera de lugar, al margen de todos esos cambios ultracientíficos que, según las doctoras Ávila y Ruiz, cambiarían por completo incluso el concepto de «Humanidad» tal como hoy lo conocemos. Todas esas cosas se sintió Benegas. O sea, se sintió,

básicamente, un humilde ciudadano; una persona normal y prescindible.

Luego, ya por la noche, tras hablar de todo ello con Blanca —¡necesitaba verbalizar todo el caudal de información que había recibido para hacerlo real; al menos, un poco más real y tangible para sí mismo!—, intentó conciliar el sueño, pero no lo logró. Ya no estaba desconcertado ni su espíritu vagaba por un universo incomprensible de ADN o cromosomas, de placas de Petri y mitocondrias. Ahora se sentía abrumado, y su pensamiento vagaba por un mundo más terrenal y manejable, más prosaico y cotidiano; en concreto, la investigación de un posible crimen y las muchas implicaciones sociales y económicas que en Córdoba iba a tener dicha investigación dadas las personas que podían verse salpicadas por la misma; personas con mucho dinero, intachable reputación y buenas agarraderas. Al comisario Espadas y al juez Montesinos no les iba a gustar en absoluto lo que tenía que contarles. Y no lo iban a poner fácil, desde luego. Comprensible, asumió Benegas dando la enésima vuelta en la cama: nadie se juega el futuro de su carrera, de su vida, por meras conjeturas o sospechas. Hay que tener las pruebas bien amarradas por los huevos para enfrentarse a este tipo de personas y de situaciones. El que no sepa eso no es policía o no tiene dos dedos de frente. En fin, se dijo intentando relajarse un poco, mañana será otro día. No sabemos si igual o diferente, pero otro día.

Que empezó bien temprano e iba a dar mucho de sí. Día que ha echado a rodar en la sala de reuniones —entre cafés de máquina hiperedulcorados y bollitos industriales—, donde Benegas está intentando explicar de la forma más sencilla posible una materia tan árida y compleja para cualquiera que no sea científico o investigador genético, pero que, de confirmarse las hipótesis que empezaban a bullir en su cabeza, tanta importancia podría tener en el devenir del caso. Creía estar haciéndolo bien, pero, a raíz de la cara que observa en los asistentes (un poco menos a Marita, más versada en asuntos

del genoma), y las continuas preguntas e incisos aclaratorios con que lo están cortando, coincidamos en que a catedrático de biología molecular no va a llegar el hombre.

—Pero vamos a ver, jefe, es que no me queda claro —intervino Vázquez—: hablamos de embarazos y abortos programados porque lo que realmente se va buscando no es que nazca un niño a los nueve meses, sino un embrión humano de una semana aproximadamente y ahí cortamos el proceso, ¿voy bien?

—Vas bien. Esa es la clave: un embrión de entre cinco días y una semana, justo antes de que llegue a convertirse en feto. O en fetito, si lo preferís. Porque las células madre embrionarias y pluripotentes que contienen la proteína necesaria en este negocio, o sea, las células pata negra, las fetén, las que dan la pasta en toda esta historia —remarcó Benegas su importancia—, sólo existen durante un periodo muy corto de tiempo. En concreto, sólo durante esa semana de desarrollo embrionario. Porque luego, cuando ese embrión se convierte en blastocito, que es un embrión pero más grandote, más desarrollado —les explicó lo que le explicaron a él—, y no digamos ya en feto, pues esas células desaparecen. Es como si nuestro organismo las disolviera. Por eso son tan valiosas.

—Ya, pero para eso no hace falta embarazar y realizarle después el aborto a nadie, ¿no? Para eso tienes los miles de embriones congelados que pueda haber en las clínicas de fertilidad repartidas por el mundo mundial, que también son embriones humanos de pocos días y en pleno desarrollo, ¡digo yo! —Vázquez intentaba ordenar ideas y aclarar sus propias dudas—. Y al principio, hace unos años, cuando el doctor López-Merchán fundó su empresa o su laboratorio biotecnológico, como queráis llamarlo, supongo que era lo que utilizaban: los embriones sobrantes de fecundaciones *in vitro*. Como todo el mundo. De hecho, dadas las restricciones legales y morales que hay en este terreno en Europa y Estados Unidos, estoy casi seguro de que Gymné Oviplús le suministraba material bajo cuerda sin el necesario consentimiento de los dueños de esos embriones. Por eso han colaborado con tanto cariño conmigo y me

han contado este cuento tan chulo, no sé si me explico —conjeturó el inspector—. Pero a nosotros eso ahora no nos importa; así que vamos a dejar tranquilitas a las doctoras y a seguir con lo nuestro.

—Y lo nuestro es que, para lo que López-Merchán está buscando ahora, esos embriones congelados ya no le sirven —apuntó Marita—. O no sirven del todo.

—Para ser más exactos, como muy gráficamente me explicó la doctora Ávila: son mucho mejores los embriones frescos; que no hayan pasado por un proceso de congelación y posterior descongelación que pueda alterarlos, modificar su división celular o contaminarlos con toxinas del medio ambiente, por ejemplo —leyó literalmente Benegas las palabras de la doctora, recogidas con fervor de amanuense en sus aplicadas notas.

—Y tú crees, sospechas, te barruntas que —intervino ahora Sampedro— se embaraza a una cría, o a una chica muy joven, con semen de vete tú a saber quién, eso para el caso da igual, y a la semana se le practica el aborto para obtener esos embriones de los que extraer las células madre embrionarias pluri... pluripotentes —releyó sus apuntes—. Esos posibles abortos realizados en fase temprana concordarían con los daños en el útero encontrados por Sanchís en nuestra desaparecida —enhebró Sampedro posibles hipótesis y vías de investigación.

—Empiezo a creerlo, sí. Porque de esas células es de donde se extrae y se procesa la proteína llamada telomerasa, que es lo que en estos momentos están investigando y fabricando en LM Gen Biotech, los laboratorios del doctor López-Merchán. Y esa proteína sólo está activa durante unos días en las células madre embrionarias, como ya os he explicado. Eso no lo digo yo, eso lo podéis mirar en su página web —aseveró Benegas, y cada vez que pronunciaba el nombre del galeno, o el de su multipremiada empresa, notaba la sensación de alerta y preocupación en los rostros de su equipo.

—O sea, jefe, para ir resumiendo un poco este lío —sistemática y ordenada Marita, como solía ser siempre y a ella le gustaban las cosas: claritas y cartesianas, diríase impelida por sus ancestros

germánicos, suizos o austríacos, que Benegas nunca tuvo muy claro el lánder o cantón donde nació su madre—: hace unos doce o trece años, el doctor López-Merchán, de los aclamados y famosos López-Merchán de toda la vida de Dios, ¡qué mujer en Córdoba no ha pasado por alguna clínica de esta familia!, decide que el negocio de la ginecología e infertilidad se le queda pequeño y amplía horizontes con la incipiente ingeniería genética —comenzó Marita su exposición.

—Biología molecular —puntualizó Benegas—. Básicamente, todo lo relacionado con las células madre y sus productos derivados. ¡Que son más de los que creemos y mueven una pasta que te cagas! —muy gráfico el inspector.

—Bien. Las células madre son de dos clases: embrionarias, que son las que forman el embrión cuando este es muy, muy pequeñito —prosiguió Marita—; y células madre adultas. A nosotros nos interesan las embrionarias, porque son, como tú dices, pluripotentes; o sea, se pueden convertir en cualquier tejido u órgano del cuerpo.

—En cualquiera, piensa en eso —recalcó Benegas—. Y en las puertas que abre.

—¡No, no, si ya lo pienso! —exclamó Marita—. ¡No lo voy a pensar! Mientras que las adultas sólo pueden convertirse en algo concreto, no sé..., piel, tejido cardiaco, muscular, o un hueso, por ejemplo.

—¡Que tampoco está mal, coño! Ya me gustaría a mí que me inyectaran las células de un chaval de quince años en los pulmones o en el hígado. Me iban a dejar como nuevo —bromeó Maqueijan, fumador veterano.

—Pero ahora estamos hablando de otro nivel, ¿no es eso, jefe? —intentó centrar el tema Vázquez.

—Ahora estamos un paso más allá, sí. Porque todas esas técnicas de cirugía regenerativa con células madre adultas que dice Maq, o manipular células adultas para reconvertirlas de nuevo en embrionarias pluripotentes y que tengan más uso y valor, son bastante antiguas, Andrés. Todo eso ya lo ha hecho, y más que

hecho, López-Merchán. Y con mucho éxito, además, bien lo sabemos todos, que sale cada dos por tres en los periódicos y en Canal Sur.

—Telomerasa —casi silabeó Marita.

—La proteína de la reprogramación celular, de la eterna juventud. O de la vida eterna quizás, según las doctoras Ávila y Ruiz. Imaginemos que se pudiera rejuvenecer el tejido celular al completo, ¡todas las células de tu cuerpo!, o una parte al menos, y frenar o retrasar a tu gusto el envejecimiento. Si a eso le sumas que, cuando te falle el estómago o el pulmón, te hacen uno nuevo a partir de una célula madre bebé, o adulta o reconvertida, pues entonces... —aventuró el futuro cercano Benegas.

—¡Pues, entonces, ya la tenemos liada! —exclamó Maqueijan—. Porque, si no se muere nadie, ¿cómo vamos a caber todos en este planeta de cacafú, con la cantidad de gente que nace todos los días? —adelantó el veterano agente los muchos problemas de orden social, familiar o medioambiental que algo así conllevaría.

—Y no te falta razón, Maq —se la dio Benegas—. Pero intuyo que eso, a quienes están ganando mucho dinero con todo este asunto, y digo mucho, pero que mucho dinero, no les preocupa gran cosa, ¿sabes? Porque su mundo nunca es de cacafú. Y en ese su pequeño y exclusivo planeta siempre existe el derecho de admisión —razonó con lógica aplastante el inspector ante la anuencia de todos—. Por ello, y por la gente con la que nos vamos a topar: pies de plomo, queridos míos. Pies de plomo para cada meditado paso que demos —les recordó.

—¿Y cómo empezamos a transitar por este camino, jefe? —le preguntó Sampedro el reparto de tareas.

—Pues, mira, precisamente por esto que acabo de decir, para cubrirnos las espaldas, he quedado dentro de un rato con el director del Instituto Internacional de Biotecnología para que me aclare un par de cosas que mis amigas, las doctoras, no supieron decirme —les explicó Benegas—. O no les apeteció hacerlo. Antes de hablar con Espadas o con su alteza señoría, quiero tenerlo todo bien atadito en corto.

—Sí, jefe, verás... —levantó tímidamente la mano Maqueijan, pero Benegas se dirigía ya a Vázquez y no lo atendió.

—Andrés, tú métete a fondo con las ONG's, a ver si en alguna les falta una chica, o recuerdan que en algún momento les faltó —no se fiaba el inspector ni un pelo de la desorganización administrativa reinante en todo lo relativo a servicios sociales—. Tú, Marita, ponte con...

—Sí, jefe, es que... —insistió Maqueijan.

—Dime, Maq.

—Que esta mañana me ha llamado una de las chicas con las que estuvimos hablando el otro día. Tania. De las fiables al cien por cien —apostilló el policía.

Tania, sí. Benegas la conocía de vista. Una ucraniana de piel muy pálida y pelo oscuro. Era de las que, en efecto, le tenía ley a Maqueijan y no lo enredaría con cuentos. Benegas siempre intuyó que, en realidad, Tania le tenía «demasiada ley» al grandullón de su amigo, aunque éste no se diese por enterado y lo despidiera con aspavientos cada vez que se lo comentaba, se sonrió para sus adentros el inspector, siempre tan dado a chismes y celestineos.

—¿Y? —fue lo que profesionalmente preguntó. Aunque en su mundo interior de revistas del corazón estuvo a punto de exclamar: «¿Ves? ¿No te lo decía yo, Maq? ¡Ésta quiere quedar contigo y ya no sabe qué hacer para que te des cuenta!».

—Dice que ahora que lo piensa, sí que hay alguien a quien lleva varios días sin ver por los ambientes de la noche putera, tal vez un par de semanas. Pero no es una mujer. Es un hombre. Un chulo de baja estofa que suele mover chicas muy jóvenes. Tania dice que no cree que las controle, pero que las trae, las recoge y las lleva de acá para allá, de un piso a otro; y que no sabe cómo se llama, pero que le dicen «el rubio», aunque ella cree que es moro. Supongo que marroquí, o argelino. Un moro rubio. No sé, un poco raro sí que parece —se extrañó Maqueijan.

—Muy jóvenes —recalcó Benegas—. Bueno, vamos a ver —resopló, recomponiendo sobre la marcha la asignación de tareas y

encomiendas—. Lo que vamos a hacer es lo siguiente: mientras yo voy al Instituto de Biotecnología, tú, Andrés, empiezas con las ONG's, tal como te he dicho, ¿vale? Marita, tú ponte al ordenador y saca todo lo que puedas de LM Gen Biotech y de López-Merchán. Hasta el último euro que hayan movido. Y tú, Maqueijan, con Sampedro, os vais a ver a Tania y que os cuente algo más del maromo ese. Bueno, salvo que quieras ir tú solito, Maq —no se pudo reprimir Benegas. No pudo, ¡a ver, qué le vamos a hacer! Es que estas cosas le perdían.

—¡Vete a tomar por culo! —fue el aspaviento que esta vez le tocó aguantar al correveidile, que aún seguía sonriendo por lo bajini, como un malvado de dibujos animados—. Venga, Pepe, la llamo y nos vamos —instó Maqueijan al más joven agente a que lo siguiera.

*****

Benegas supo que tenía que ir al prestigioso Instituto Internacional de Biotecnología antes de dar siquiera el primer paso con el comisario Espadas o con el juez Montesinos por dos razones: una científica, y otra puramente policial.

Científica porque las doctoras Ávila y Ruiz le reiteraron una y otra vez que, si quería más y mejor información acerca de la proteína telomerasa o sobre los experimentos llevados a cabo con ella para frenar el envejecimiento o curar enfermedades espantosas, debía acudir al Instituto Internacional, perteneciente al Complejo Universitario del Hospital Reina Sofía —lo cierto es que de un tiempo a esta parte Benegas no salía de allí— y hablar con su director o coordinador jefe o lo que fuera, dado que esa era una materia científica que las dueñas de Gymné Oviplús no dominaban en absoluto.

La razón policial radicaba en la reserva y recelo que pudo observar en ambas doctoras cuando Benegas intentó sonsacarles de varias maneras si, además de la empresa de López-Merchán que ellas le ofrecían en bandeja, había otros laboratorios o

investigadores en Córdoba, ya fuesen públicos o privados, con acceso a semejante tecnología. Reservas y miedos que se iba a encontrar igualmente en el Instituto Internacional —aunque no sabía hasta qué punto—, porque el corporativismo funciona así y porque a la familia López-Merchán se le deben muchos favores en la ciudad y no se les molesta ni se les tose en la pechera por cualquier minucia o sospecha que se estuviera formando en la perturbada mente de un mindundi inspector. Así funciona el mundo y nadie sabe quién escribió las reglas, Benegas lo daba por descontado.

El caso es que, por esas dos razones, fue al ultramoderno edificio gris cromo con forma de cubo gigante —tachonado por cuadraditos de vivos colores en toda su amplia fachada— del muy prestigioso instituto biogenético cordobés, casi enfrente de donde hace unos días él acompañó a Blanca durante su ingreso hospitalario; desde la entrada principal incluso podía ver la ventana de la habitación donde estuvieron. Preguntó por el señor director (o gerente o coordinador científico, o el cargo que ostentara quien mandase allí) pero, tras exponer el motivo de su visita, sólo la primera razón, resulta que la persona indicada para atenderle no era el mandamás, sino uno de los más reputados biólogos moleculares a nivel europeo, el doctor Carlos Raigón; para su sorpresa un tipo que aún no llegaba a los treinta, barbilampiño, delgadito, con gafapasta *vintage*, y que lo atendió con unos vaqueros raídos y una camiseta negra de Metallica debajo de la bata.

Sabedor de que la irrupción de la Policía en el universo particular de una persona incomoda bastante, cuando no intimida, el inspector dejó que el joven biólogo se extendiera en su vasto y complejo campo de conocimiento e incluso le preguntó y repreguntó cosas que él ya sabía por las doctoras Ávila y Ruiz —nunca está de más cerciorarse por varios conductos de las teorías científicas, se dijo muy en su papel de genetista de pacotilla—. Así que, muy amablemente, a veces como si le estuviese hablando a un chiquillo, el doctor Raigón le fue confirmando que, en efecto, tanto Córdoba, en particular, como España, en general, se encuentran a la

vanguardia de la investigación biogenética; lo cual no dejó de sorprender a Benegas, como sorprendería al común de los españoles, tan poco dados a apreciar su propia ciencia. En concreto, en Córdoba, los dos polos principales eran el instituto donde se encontraban en ese momento —en el plano público—, y los laboratorios LM Gen Biotech, en el ámbito privado. Benegas asintió y fue preparando mentalmente el terreno, dígase la forma de encarar el asunto o de plantear la pregunta, para llegar a donde a él le interesaba. Ajeno a sus diatribas, el genetista *heavy* reconoció la labor pionera a nivel nacional de los laboratorios López-Merchán y ponderó los muchos éxitos conseguidos por el doctor y su equipo a lo largo de los últimos quince años, como reprogramar células madre adultas para que volviesen a ser células madre embrionarias, o las novedosas técnicas investigadas por ellos para que una célula madre embrionaria se convirtiera en el tipo específico de célula u órgano que se necesitaba para un trasplante u operación.

—Y no en otra célula distinta; lo cual fue un avance importantísimo para la ciencia y la cirugía, como usted comprenderá —puntualizó Raigón.

—Me hago cargo, claro —concedió Benegas pensando: «Si no, imagínate la chapuza: te quieren arreglar la retina y las células que te meten en el ojo se convierte en un hígado», ejemplificó el desconcierto que lo embargaba desde que salió de la clínica Gymné Oviplús.

—Pero lo que usted quiere es información sobre la telomerasa, que es mi territorio. Eso es lo que me han dicho, ¿verdad?

—Sí, bueno, en realidad lo que me gustaría saber es por qué es tan importante en las investigaciones que todos ustedes están llevando a cabo en estos momentos. Y si, como he leído por ahí, podríamos definirla como la proteína de la eterna juventud, incluso de la vida eterna. ¿Y por qué? ¿Qué consigue hacer en nuestro cuerpo?

—La vida eterna es mucho decir, señor Benegas. Al menos, por ahora. No puedo decirle lo que ocurrirá dentro de veinte o treinta

años, porque las investigaciones avanzan muy rápido, pero, a día de hoy, dejémoslo en que puede conseguir que vivamos mucho más tiempo y que ese tiempo de larga vida sea muchísimo mejor, tanto en salud física como mental. ¿Por qué o cómo lo hace, me pregunta usted? Pues porque frena el envejecimiento, ya que esa proteína se utiliza para alargar los telómeros que, para que usted se haga una idea, son una especie de funda protectora que tiene cada cromosoma celular.

—Los cromosomas son esas cadenas en forma de X que todos hemos visto en dibujitos —se cercioró Benegas.

—Exacto. Pues esa X tiene un telómero protector en cada una de sus cuatro puntas.

—¡Ajá! Eso se llama telómero. La fundita que protege al cromosoma; como si fuese el capuchón de un boli —repitió Benegas, al que le dio vergüenza volver a sacar la libretita.

—¡Más o menos así! —exclamó el científico al ver que Benegas comprendía rápido—. Y, cuanto más largo sea el telómero, pues más protegida y joven será esa célula. Tenga usted en cuenta que, durante toda nuestra vida, las células de nuestro cuerpo se están regenerando constantemente. Una y otra vez, desde que nacemos. Cada vez que una célula se regenera se divide, como usted ya sabe. —Benegas asintió, eso era de parvulario genetista—. Y ahí está el problema. Porque, cada vez que se divide, los telómeros protectores se van acortando, hasta hacerse muy pequeñitos, muy débiles. En ese momento, la célula, todas las células del cuerpo, se van haciendo viejas, para que usted me entienda. Y con ellas, nosotros, claro está —explicó sucintamente Raigón el proceso de decrepitud en los seres vivos.

—Pero si le suministramos telomerasa, los volvemos a alargar. O sea, a regenerar o rejuvenecer, ¿estoy en lo cierto? Es decir, esa célula nunca se haría vieja, si me permite usar su expresión.

—Así es. No envejece la célula, no envejece el organismo formado por esas células, obviamente —confirmó el genetista.

—Empiezo a sospechar que eso de la eterna juventud o la posible inmortalidad es algo más que un simple comentario o un lejano deseo del ser humano, doctor Raigón —dijo Benegas.

Y aunque lo hizo para demostrar la admiración que sentía por la ciencia y sus infinitas posibilidades, conforme pronunciaba esas palabras algo se estremeció en su interior, pues así, a bocajarro, Benegas no supo aquilatar todos los futuros peligros para la vida humana actual —temores que ya había apuntado Maqueijan en la reunión de la mañana—, si alguna vez la humanidad culminaba con éxito los experimentos que, con total seguridad, ya se estarían realizando en algunos escondidos laboratorios de ciertos lugares del mundo.

Acostumbrado como estaba al vértigo que todo lo relacionado con esta materia produce en un interlocutor no versado, el doctor Raigón lo notó enseguida y le replicó:

—Quedémonos con lo positivo, inspector. Regenerar los telómeros y frenar el envejecimiento nos evitará todas las enfermedades asociadas a la vejez, que son muchas y muy puñeteras: demencia, dolencias cardiacas, Alzheimer, diabetes...

—Cáncer —aseveró Benegas, tanteando terreno tristemente conocido en los últimos meses.

—Y también el cáncer, claro. Tenga en cuenta que un tumor no deja de ser una división celular, sólo que errónea. Nosotros la llamamos aberrante —puntualizó el doctor Raigón—. Y además crea un ente inmortal, porque la célula cancerígena no se muere. Mata al organismo en el que se encuentra, pero ella podría reduplicarse sin cesar en las condiciones adecuadas. Por ejemplo, en un laboratorio.

—¡Qué paradoja, ¿no cree usted?! Algo que nos mata puede conducirnos a descubrir la inmortalidad —susurró Benegas pensativo.

La curación del cáncer. Al menos, la atenuación de la enfermedad. Blanca. Su vida. La de ella y la de él. Juntos durante mucho tiempo más. Es lo único que Benegas pedía.

—En eso estamos, inspector. Si además tenemos en cuenta que en muchos tumores el factor de riesgo más importante es el envejecimiento celular, o sea, la edad, pues comprenderá usted que si conseguimos rejuvenecer las células podamos ser optimistas, porque con esas armas ya sí se podría ganar esta batalla —expuso un luminoso futuro el investigador.

—¿Y cuánto tiempo cree usted que nos falta para conseguir esas armas, doctor? —preguntó con desazón. Blanca. Su vida. La de él.

—Esa es la segunda paradoja, inspector —frenó expectativas el científico—. Porque, con las técnicas actuales y los experimentos realizados hasta ahora en mamíferos, resulta que el alargamiento de telómeros consigue innumerables beneficios, como ya le he comentado, pero tiene un efecto perverso: y es que también produce tumores no deseados en el organismo.

—O sea, lo que nos podría evitar un tumor en el futuro... puede producírnoslo en el inmediato presente. ¿He entendido bien? —preguntó Benegas, a punto de exclamar el muy castizo refrán: «¡coño, para ese viaje no hacen falta alforjas!».

—Nadie ha dicho que fuese fácil, inspector —observó Raigón—. Y le reitero que en eso estamos en estos momentos los más importantes laboratorios y empresas a nivel mundial: en conseguir el rejuvenecimiento celular completo sin que se produzcan esos efectos no deseados.

—Ya, claro, claro... —asintió Benegas—. Y ojalá lo consigan pronto, ¡qué le voy a decir yo! En ese sentido, doctor, imagino que todo esto costará muchísimo dinero y que, en esa frenética carrera por conseguir ese objetivo, el que llegue primero se queda con todo el pastel, ¿no es así? Con el premio Nobel y con todo el pastel, ya sabe lo que quiero decir —aseveró Benegas activando la fase dos, la parte puramente policial de su visita.

—Bueno, vamos a ver, no es tan... tan... así como usted lo plantea. Porque quizás no haya solamente un objetivo, sino varios que se van consiguiendo a lo largo del tiempo y siempre partiendo de un descubrimiento anterior realizado por otra persona u otro

equipo —le explicó Raigón, aunque era fácil deducir el prestigio mundial, la fama y los contratos multimillonarios que conllevaría un descubrimiento de ese tipo.

—Sí, es cierto. Verá, doctor, también quería preguntarle si aquí, en Córdoba, además de este Instituto Internacional y del laboratorio del doctor López-Merchán, hay alguien más que disponga de esta tecnología. O que me confirme usted que no lo hay.

Sin solución de continuidad, el doctor Raigón volvió a ser consciente de que el educado señor que tenía delante —y con el que llevaba departiendo más de media hora sobre biogenética— era en realidad el jefe del Grupo de Homicidios de la Brigada de Policía Judicial de Córdoba. De repente, la amabilidad teñida de cortés condescendencia que había mostrado hasta ese momento con su interlocutor tornó en circunspección, alerta y reserva.

—Bueno, inspector, verá..., quizás no sea yo la persona adecuada para contar nada sobre el doctor López-Merchán, ¿sabe usted? Ha sido mi mentor en mi tesis doctoral; a veces colaboro con su laboratorio y, la verdad, si quiere usted saber algo más sobre él o sobre el funcionamiento de sus líneas de investigación, o de este instituto, quizás debería hablar con nuestro director —se puso a la defensiva el joven genetista, pues ya sabemos que nadie se juega el futuro de su carrera, o sea, de su vida, por gilipolleces sin importancia; y que hay que tener la vida bien amarrada por los huevos (y las espaldas bien cubiertas) si te ves envuelto siquiera de refilón en una movida con este tipo de personas o situaciones. Y el joven investigador no tenía ninguna de las dos cosas.

Benegas lo entendió: más horas que un reloj tras el microscopio, un sueldo que no llega al día 20 por más que lo estires, contrato precario/cuasibecario a pesar del prestigio personal y profesional... Tampoco hacía falta ir más allá. Así que le dijo:

—Bueno, pues si es tan amable... —indicándole con la palma de la mano que salieran de la habitación donde se encontraban y lo acompañara al despacho del director. O gerente, CEO, coordinador de proyectos, o como se llamase el que mandaba allí.

De la pequeña salita multifuncional donde lo había atendido, el doctor Raigón condujo a Benegas a través de varios pasillos con puertas marrón cerezo que daban entrada a despachos o laboratorios de especialidades científicas con nombres tan raros y larguísimos que no fue capaz de leer del tirón ninguno de ellos. «¡Ni que estuvieran escritos en polaco o neerlandés!», se dijo el inspector, idiomas que le resultaban de todo punto incomprensibles.

En uno de esos largos corredores esperó un par de minutos a que el doctor Raigón entrase en el despacho del director y le anunciara que él ya había cumplido su parte y que le endosaba al madero preguntón, que bastante había hecho para ser el último pringado del instituto. De hecho, cuando salió y le dijo que el señor director lo estaba esperando, más que despedirse de Benegas, al joven le faltó poco para salir corriendo de allí.

El despacho del director no era la previsible estancia recargada y ostentosa que Benegas se había encontrado en otras visitas a altos cargos sociales, políticos o institucionales de la ciudad —todavía recordaba con desprecio el del señor Rector Magnífico de la poco prestigiosa universidad, tan grande como su piso, con alfombras y moquetas por doquier y amueblado como un palacio Médici—; sino un espacio relativamente pequeño y funcional, con estanterías repletas de libros y documentos ocupando la pared del fondo y una de las laterales, y una mesa de acero y cristal hasta arriba de expedientes y carpetas. Detrás de ellas lo esperaba don Luis Jaén, que sí cumplía casi todos los cánones del venerable y prestigioso médico que era: sesentón largo, de cabello y barbita cana, casi blanca, tenía puestas unas gafas sin montura y vestía camisa de cuadros y un suéter verde menta bajo la bata. Entrado en carnes, sus movimientos pausados nada tenían que ver con su conformación física: es que era un hombre en extremo calmo, parsimonioso, que no había necesitado ir deprisa desde que terminó de estudiar y ganó la oposición. De las fotos del periódico, Benegas le recordaba también una sonrisa abierta y cordial. Pero con esa no lo recibió, no.

Cuando lo instó a sentarse y le estrechó una mano blandita apenas forzó la comisura de los labios para demostrar que estaba educado, y aquí paz y después gloria.

—Verá, señor Benegas, le seré franco porque no me gusta perder el tiempo ni hacérselo perder a nadie —le soltó a bocajarro tras la advertencia que le habría hecho el doctor Raigón—: yo no sé lo que usted está buscando, pero si es algo que pueda perjudicar a este instituto o al eminente doctor López-Merchán, que además es amigo personal, pues, no sé..., pero yo creo que este no es el sitio.

A Benegas ese recibimiento le molestó. Le molestó mucho. Y le dieron ganas de contestarle: «Verá, doctor Jaén, yo no estoy buscando nada porque, en realidad, el viernes pasado ya me lo encontré: la mitad de una mujer muy joven que alguien medio enterró para que no supiéramos siquiera que algún día existió. ¿Ha visto usted como yo también sé ponerme chulo?». Prudente como era, y sabedor de que el doctor Jaén no empleaba con él altanería o displicencia, sino más bien cautela, plegó velas y lo dejó estar.

—Bueno, no sé yo qué perjuicio pueda haber en comprobar quién investiga o deja de investigar en nuestra ciudad sobre determinados campos científicos, doctor Jaén —el tono de Benegas era suave y conciliador, incluso meloso podría decir quien lo conociera—. Sólo quiero saber si, además de los laboratorios LM Gen Biotech y ustedes, hay alguien más en Córdoba o alrededores que disponga de ese tipo de tecnología biogenética.

—Verá, inspector, LM Gen Biotech son un referente internacional, muy por delante de nosotros en muchas líneas de trabajo. Además son patronos colaboradores en algunos de nuestros proyectos, ¿entiende usted?

—Entiendo —asintió Benegas. ¿No lo iba a entender? Desde que supo quién podía estar implicado en el caso lo entendió a la perfección: no hay mejor grasa para el engranaje de la vida que la mucha pasta.

—Así que, si me disculpa, ese tipo de cosas yo no se las puedo responder —zanjó el tema el director, dando por finalizada la rápida

e incómoda visita con el concluyente gesto de reordenar inútilmente varias carpetas. Y luego reordenarlas otra vez. Para acá y para allá. Y darles un par de golpecitos en la parte superior, mientras Benegas miraba todo el proceso como las vacas miran al tren.

Y hablando de trenes. Un buen policía debe saber cuándo frenar porque la vía muerta por la que transita no lleva a ningún lado. Si acaso, a empeorar las cosas. Además, a Benegas no hacía falta recordarle que, en esta vida, para lo que uno debe ser verdaderamente puntual es para marcharse a tiempo. Así que asintió un par de veces no se sabe muy bien a qué —tal vez a los propios pensamientos que cavilaba—, se dio con las palmas de las manos en los muslos antes de levantarse y, justo antes de enfilar la puerta, se giró y le dijo al director:

—No se preocupe, que ya lo ha hecho usted.

Porque todos sabemos que en esta vida, en esta perra y compleja vida trufada de intereses, hay distintas formas de contestar.

Palermo for president!

Ya de vuelta en comisaría, apenas le dio tiempo a almorzar; si acaso un rápido picoteo para mantenerse medioqué el resto de la tarde: un sándwich de esos de máquina *vending* en los que la mayonesa parece pegamento y una lata de KAS, siempre de naranja, no soportaba el inspector el sabor amargo del de limón. «La vida es un ir perdiendo el tiempo entre comidas», se dijo Benegas sin saber muy bien por qué, quizás un atisbo sobrevenido de metafísica lucidez. Mientras se tragaba el engrudo de pollo encolado pensando cómo encarar a Espadas y a su señoría ilustrísima, Maqueijan se le acercó y le entregó un pequeño dosier con el nombre, foto, aventuras y desventuras del tipo que Tania llevaba dos semanas sin ver, ese extraño magrebí rubio, según su personal y eslava apreciación, que trapicheaba moviendo carne demasiado joven. «Perfecto», se dijo, echándole un rápido vistazo antes de comenzar la reunión que había convocado para dentro de un rato.

Un poco antes, justo al llegar, cuando se dirigía a su despacho, Marita lo llamó para que se acercara a su mesa y viese un par de cosas en el ordenador. Tendría que explicarle a todo el equipo más por lo menudo el significado de esos balances de cuentas y movimientos de capital que afectaban a LM Gen Biotech, eso desde luego, pero con lo poco que Marita le adelantó —más lo que él acababa de constatar en su visita al Instituto Internacional— supo que ya era imposible postergar otra de esas incómodas visitas que tanto le caracterizaban. En este caso al prestigioso doctor don Ramón López-Merchán. Y cábalas y vueltas mil le estaba dando a cómo demonios justificarlo de forma lógica ante su jefe y, sobre todo, ante el juez. Máxime si, como Marita le sugirió, más temprano

que tarde habrían de solicitar medidas de mayor calado y contundencia que una simple vigilancia del sospechoso. «En fin...», se dijo Benegas como solía hacer cuando se le acumulaban las tareas o las preocupaciones, dando inicio a esta segunda reunión del ajetreado día. Un día que, en efecto, estaba dando mucho de sí.

—En ese nivel sólo se mueve López-Merchán, de eso ya no me cabe ninguna duda —les explicó Benegas sus pesquisas mañaneras—. Nadie lo va a reconocer porque, aunque no saben lo que andamos buscando, nadie lo ha querido señalar. Todo el mundo se pone de perfil, porque todo el mundo intuye, o supone, o sospecha, que Merchán puede estar pasándose de la raya. Así que, si nuestras hipótesis son ciertas, habrá que ponerse ya con él —razonó Benegas—. Y como dice el clásico: *cherchez la femme*, o *cherchez* la pasta —añadió él de su cosecha—. A la pobre *femme* ya la tenemos, así que Marita nos va a explicar lo de la pasta.

—Sí, jefe, verás. Ahora que lo dices y lo pienso con más calma, es posible que tenga una razón para pasarse de la raya. Intentaré explicarme —Marita esperaba no ser muy árida—: a la luz de los informes y balances que he podido consultar, aunque aún me faltan algunos a los que no tenemos acceso y ya veremos lo que dice Montesinos, Merchán nunca ha tenido problemas financieros con su empresa. Problemas destacables, quiero decir: morosidad, impagos, movidas con Hacienda o la Seguridad Social..., ese tipo de cosas.

—Ese tipo de cosas que marcan el principio del fin en este país experto en crisis —apostilló Maqueijan.

—Más o menos —concedió la oficial, antes de continuar—. Hace veinte años, le vendió a sus dos hermanos su parte en la dirección de las clínicas familiares, aunque conserva un paquete accionarial en las mismas, y montó por su cuenta uno de los primeros laboratorios que se dedicaron en España a la biología molecular, al calor del descubrimiento y secuenciación total del genoma humano, ¿recordaréis aquel *boom*, no? Yo diría que es un hombre cauto. Siempre ha ido poco a poco en LM Gen Biotech, cubriendo pérdidas los primeros años y obteniendo beneficios conforme sus

investigaciones empezaban a tener repercusión en ambientes científicos. Tengo que estudiarlos en profundidad, jefe, pero de los balances contables que he analizado así por encima y de los archivos obrantes en el Registro Mercantil, se deduce que buena parte de esos beneficios, por no decir casi todos, los reinvertía en la propia empresa —apuntó Marita.

—Imagino que, si te quieres mantener en el *top* puntero de ese mundillo, no te queda otra —dedujo Benegas.

—Evidentemente —asintió Marita—. Pero si analizas el comportamiento empresarial y financiero de López-Merchán a lo largo de dos décadas se observan unas pautas económicas muy conservadoras, de poco riesgo. Muy típicamente cordobesas, para que me entendáis. Por eso es tan extraño lo ocurrido en los últimos dos años y medio, jefe —captó Marita la atención de todos, pues más de uno ya se había perdido en el limbo interestelar de los balances contables.

—¿Y qué ha pasado en esos dos últimos años y medio? —expresó Vázquez la extrañeza de todos.

—Pues que la empresa entró en pérdidas muy llamativas. Tanto que casi quedó descapitalizada, sin músculo financiero para hacer frente a sus obligaciones contables o de pagos durante unos meses —explicó Marita.

—Podría coincidir en el tiempo con el inicio de las investigaciones de Merchán en la regeneración celular y en la proteína telomerasa —conjeturó Benegas—. Imagino que el capital que se necesita para dar ese salto cualitativo será enorme.

—Lo es, jefe; lo es. ¡Un pastizal! —le confirmó Marita—. Lo que sí coincide en el tiempo es que, para no entrar en quiebra o concurso, así de repente, LM Gen Biotech empieza a recibir inversión exterior. Mucha inversión. Algo que hasta ese entonces nunca había ocurrido —recalcó—. Una ayudita que ronda los treinta millones de euros.

—Eso es mucha liquidez —se asombró Vázquez mirando a Sampedro, que silbó de forma admirativa.

—Demasiada —asintió Marita—. De la que sólo te pueden suministrar fondos financieros muy poderosos. En concreto, TSI Worldwide, que viene a significar Trade Singapore Investment International, y el Royal Katarian for Economic Development. Ese no hace falta que os lo traduzca, ¿verdad?

—Muy poderosos y que confíen en que les vas a devolver la manteca —apostilló Benegas—. Multiplicada por diez o por mil, si es posible. Esta gente no da puntada sin hilo.

—Tú mismo has dicho esta mañana, jefe, que en este tipo de nuevas terapias de la eterna juventud, o de la vida eterna biogenética... ¡o como queramos llamarlas!, quien llegue primero a la meta se come todo el pastel —intervino Sampedro.

—No te quepa duda, Pepe. A mí, desde luego, no me cabe. Especialmente tras lo que me ha contado hace un rato el doctor Raigón, en el Instituto Internacional. —Y Benegas les explicó las últimas líneas de investigación para rejuvenecer células alargando sus telómeros protectores, así como los perniciosos efectos secundarios que eso producía en forma de tumores.

—Pues si te va a curar un cáncer en el futuro, pero por el camino pueden darte dos o tres; en fin, jefe, para ese viaje... —Maqueijan demostró que veintitantos años con una persona, y más si esa persona era Benegas, hace que acabes teniendo la misma percepción del mundo que él.

—Es lo que yo pensé, Maq. Pero coincidiréis conmigo en que quien consiga eliminar esos efectos secundarios no es que se coma todo el pastel, ¡es que se come la pastelería entera, porque los beneficios van a ser milmillonarios! —exclamó.

—Y no me digas que esa no es una buena razón para pasarse de la raya —remachó Marita el comentario con que dio inicio a su intervención—. Esta gente de los fondos buitre es de la que aprieta fuerte, pero que muy fuerte, cuando quieren algo.

—No te digo que no, Marita. Pero sólo con eso no puedo ir a Montesinos y pedirle que nos permita hurgar en lo que hace o deja de hacer López-Merchán en el cajero automático. Y menos aún que

intervenga las cuentas de su empresa en el último ejercicio fiscal, eso lo sabes tú mejor que yo. ¡Y ya con Espadas, ni os cuento! —rezongó Benegas—. Además, me da que con esos capitales moviéndose continuamente de acá para allá, y de allá para vete tú a saber dónde, es muy difícil que podamos seguirles el rastro. No sé, pero creo yo que no tenemos jurisdicción en Asia o en el Golfo Pérsico, y que el Ministerio no nos va a pagar un viajecito para que vayamos allí a interrogar a un jeque —ironizó el inspector.

—Espera un momento, jefe. Espera. Que hay más y a lo mejor no tienes que ir al desierto a interrogar a nadie —prosiguió Marita—. Esos fondos tienen miles, por no decir millones, de inversiones en todo el mundo. Y, como comprenderás, no pueden estar pendientes todo el día de todas ellas. A cada minuto. Por eso, contratan gestores delegados en cada país, o en zonas geográficas más o menos amplias, para que les controlen sus asuntos. Especialmente si es una inversión de carácter prioritario, como lo son todas las relativas a este campo de investigación biomédico.

—¿Y de quién hablamos? ¿Conocemos a ese señor delegado? —quiso saber.

—Algo sabemos de él —enigmática Marita, que esbozó una sonrisa—: Asís Morales. ¿Te extraña?

—¡Hombre, por Dios, cómo me va a extrañar! El perejil de todas las salsas. De todas las salsas que se le echan a la pasta, nunca mejor dicho —en plan culinario Benegas.

Y es que Asís Morales era un viejo conocido de toda la Brigada Provincial, dados sus contrapuestos intereses profesionales: dueño fundador del bufete Asís&Pelayo, era un mindundi que empezó de la nada porque nada tenían él o su familia, aunque ya desde esos primeros años gastase chaqueta *blazer* impecable, litros de gomina y pantalón gris con raya inglesa, bien planchadito por mamá. Era un mindundi, pero también era un tipo listo. Empezó a crecer cuando se especializó en derecho mercantil y financiero, un nicho de mercado en ebullición en los años ochenta y principios de los noventa, etapa de esplendor del universo *yuppie*. Le fue bien de inmediato. En poco

tiempo, consiguió ser el abogado y asesor económico de casi todos los empresarios de la ciudad, y a más de uno libró su sapiencia jurídica y sus artimañas legales de condena segura por delitos relacionados con el fisco, la malversación o la ligereza contable para ocultar bienes. De casi todos los empresarios de éxito era la mano derecha que manejaba, u ocultaba, el dinero. De casi todos. «Incluidos los Ripollet», se dijo Benegas.

A principios de los 2000, el despacho de Asís Morales, ya sin su amigo de facultad Pelayo del Rosal —de quien se deshizo al ser él quien más clientes atraía y el otro un pijo juerguista medio alcoholizado—, era el bufete que más facturaba en la provincia, el que mejor gestionaba el patrimonio o las inversiones de sus clientes; el que tenía los contactos más estrechos y fraternos con la judicatura, el periodismo local o el submundo de la política, y el que con mayor seguridad te podía sacar de un embrollo muy gordo si tenías dinero para pagarlo. Ese era su nivel. Y a Asís Morales, otrora un mindundi sin un sitio donde caerse muerto, le gustaba recordárselo a todo el mundo. Demasiado de continuo. Por eso no solía resultarle simpático a casi nadie. Por esa altanería acomplejada y porque seguía siendo adicto a la gomina, a la raya impecable —en el pelo ya grisáceo y en el pantalón—, a los gemelos de oro y a las chaquetas *blazer*. Su armadura de combate, la denominaba él, aficionado como era a coleccionar antigüedades y objetos históricos militares, especialmente de Roma y la Edad Media.

Sí, decididamente, Asís Morales era un hombre hecho a sí mismo, aunque solía omitir qué materiales había empleado en su construcción. Posiblemente porque era un hombre hecho a sí mismo con los escombros de otros hombres a los que había ido mandando a la miseria y a la ruina con tal de no caer nunca más en el hoyo donde la vida lo enterró el día de su nacimiento. Aun así, a Benegas no le caía del todo mal. Digamos que no lo invitaría a una cerveza, pero tampoco se cruzaba de acera al verlo venir por la calle. O sea, ni fu ni fa.

—¿Y dónde está la pasta ahora mismo, jefe? En Asia y en los petrodólares. ¡Pues ahí que está don Francisco de Asís; nunca falla! —corroboró Marita—. Desde hace dos años es cónsul honorario de Baréin y de los Emiratos Árabes Unidos para Andalucía Occidental. Ahí tenemos una bonita conexión.

—Tendremos que ir a preguntarle sobre el particular —aseveró Benegas con una doble sensación: por un lado, cierto alivio, sólo fuera para presentarse ante el juez con el expediente Merchán lo más completo posible; pues todos eran conscientes de que el abogado Morales sabía cubrirse las espaldas y qué pasos era mejor no dar. Él y sus clientes. Esa era otra buena cualidad del letrado: se puede ser distante, clasista y chulo a más no poder, pero siempre es bueno conocer los propios límites. Pero, por otro, Benegas supo que para la visita debía armarse de tiento y cautela; no hacía falta conocer a Morales para saber que, en cuanto saliera a colación el nombre de Merchán o de su laboratorio, algo se maliciaría y querría saber más de lo que Benegas estaba dispuesto a compartir con él. E inmediatamente pondría sobre aviso a Merchán, eso lo daba por descontado. Si no lo habían hecho ya las doctoras de Gymné Oviplús, cosa que tampoco descartaba porque hay gente muy dada a jugar con dos barajas.

—Ahora llamo a su despacho y pregunto si nos puede recibir mañana a primera hora, jefe.

—Muy bien. A ver, Pepe, Maq, qué nos podéis decir de un tal... —y Benegas leyó el nombre en el pequeño dosier que le había entregado Maqueijan, bajo una foto carnet de no muy buena calidad—: Munir Bossuani.

—El morito rubio, según Tania —comenzó Maqueijan—. Eso que tienes en la carpeta es lo que nos han dado en Servicios Sociales: marroquí de Tetuán, entró ilegalmente en España hace cuatro años, cuando tenía dieciséis. En patera, por Algeciras. Estuvo acogido en un centro de menores de la *Junt'Andalucía* un par de años. No era de los peores internos, pero sí conflictivo; con varias peleas y

continuas fugas de cuatro o cinco días. Ahora ya es mayor de edad y no saben mucho de él; por no decir nada.

—¿Antecedentes graves? Pero graves de verdad —preguntó Benegas pensando en abusos o violaciones.

—No hemos encontrado nada. Pero si los cometió cuando era menor..., ya sabes, jefe: lo mismo hay algún alma cándida y bondadosa que no quiere que lo sepamos —terció Sampedro, haciendo alusión a las trabas que algunas veces encontraban con los funcionarios de Asuntos Sociales.

—Tania dice que el tipo movía carne muy joven, en pisos; por el centro. Y que desde hace dos semanas o tres no le ha visto el pelo. Desaparecido total —prosiguió Maqueijan—. Como en Servicios Sociales tampoco vamos a sacar mucho más, quizás no sería mala idea pedirle al juez que nos deje investigar en el banco donde cada mes le ingresan la paga que les dan a todos estos ilegales cuando se hacen mayores de edad. Nos vendría muy bien el extracto y los movimientos de los últimos veinte o veinticinco días. A ver si sacamos algo por ahí. De todas formas, esta noche Pepe y yo volvemos a salir de ronda macarra por si alguno nos puede decir algo sobre el tal Munir.

—Muy buen trabajo —felicitó a ambos—. Le digo inmediatamente a Montesinos lo del banco para que lo tengáis cuanto antes, no os preocupéis por eso. No creo que me ponga problemas. Pero, mientras tanto, vamos a completar el retrato robot del personaje. Andrés, vente conmigo. Vamos a Familia, Mujer y Menores a hablar con Paco Palermo y cubres tú ese flanco —delegó en el subinspector, era demasiado el trabajo que empezaba a acumularse si mañana o pasado tenía que ir a interrogar al abogado Morales.

*****

La Unidad de Atención a la Familia y Mujer —uno de cuyos grupos se ocupaba específicamente de menores, el llamado GRUME— estaba en un ala del gran edificio de la comisaría provincial, un tanto

apartado del mismo, en unas oficinas más modernas, luminosas y agradables que el resto de dependencias policiales para aminorar en lo posible la mayor carga traumática que este tipo de delitos conllevan en la víctima. Ese era el hábitat de Paco Palermo, el jefe de la unidad, su homólogo en el submundo del maltrato, los celos y la violencia infantil.

Palermo era unos años más joven que Benegas, pero, al tener el pelo entrecano, una indisimulable alopecia en la coronilla —similar a una tonsura monacal—, y quizás demasiada grasa en esos sitios donde no debería haberla, pues parecía diez años mayor. En el ambiente madero eran bien conocidas —y ampliamente compartidas— sus posiciones acerca de las medidas penales, sociales o políticas implantadas en España para proteger a los menores, leyes de las que despotricaba continuamente y abogaba por modificar de inmediato. Algunos compañeros decían que Palermo estaba ya muy quemado, pero Benegas sabía que no era así. Lo que estaba es sobrepasado, esa extraña sensación interior de no llegar nunca a tiempo a ningún sitio concreto por muy rápido que corras. Sobrepasado por la realidad que te cerca. Como casi todos.

Cuando lo vio llegar, acompañado por Vázquez, le espetó desde lejos, para que lo oyeran los dos o tres agentes que pululaban por las mesas de atención al ciudadano:

—¡Hombre, Benegas, otra vez tú por aquí! Al final, estos se van a creer que somos novios. En serio, tío; últimamente hablo más contigo que con mi mujer. —No era un chiste, sino una verdad como un templo, más que nada porque llevaba dos años separado y de muy mal rollo con su ex por asuntos de la guarda y custodia compartida con los hijos. Eso sí que le quemaba la sangre, y no el puñetero trabajo.

—Munir Bossuani —le lanzó Benegas a bocajarro, sin hacerle mucho caso a las cuitas personales de Palermo—. ¿Qué puedes decirnos de él?

—¡No me jodas que el guapo tiene algo que ver con tu muerta! —exclamó Palermo.

—Es algo pronto para decir eso, Paco —contemporizó Benegas—; pero nunca se sabe. En verdad lo buscamos por proxenetismo con menores —escurrió el bulto como pudo.

—Lo cual ya tiene más sentido —aseveró Palermo—. A ese le pierden las faldas. Aunque quizás sea más exacto decir que muchas faldas también se pierden por él. En cualquier caso, las mujeres siempre son su problema.

—Los de Asuntos Sociales no dicen eso: alguna que otra pelea, varias fugas de los centros de internamiento..., pero nada de abusos o cosas por el estilo más graves, ya me entiendes —precisó Benegas, levantando el pequeño dosier que Maqueijan le había entregado mientras deglutía su sándwich.

—¡Vamos a ver, Benegas, vamos a ver: vayamos por partes, que los dos tenemos ya mucha mili a cuestas! Los de Asuntos Sociales siempre te dicen lo que más les conviene. A ellos para seguir cobrando su salario cada mes y a sus *clientes* para que sigan convencidos de que los necesitan, no lo olvidemos —mostró Palermo su recelo con el entramado administrativo asistencial—. Fugas y peleas. Sí, es cierto. Fugas con menores ingresadas en el mismo centro que él, a las que engatusaba y desaparecía con ellas durante una semana o más para irse de farra juntos. Por eso lo trasladaban tantas veces. Eso no te lo han contado, ¿verdad? Y peleas, pues también, como casi todos los *menas*. O como casi todos los adolescentes conflictivos, por mejor decir. Pero con este pájaro siempre tenían el mismo motivo: una chica de por medio. Una chica que le gustaba a alguien, o que ya era la novia de alguien y él se la levantaba para golfear... Por eso no me extraña que ande liado con la prostitución o algo parecido. Y respecto a abusos o violaciones, a nosotros no nos consta nada. Aunque ya sabes lo que dicen las tías, ¿no? Si un hombre guapo te entra en un bar es seducción. Si es tirando a feo puedes decir que es acoso. Pues a Munir no le hace falta acosar. Y esa foto que tienes en el dosier no le hace justicia —señaló Palermo—, porque, desde luego, el chaval tiene planta de galán y ahí parece un chorizo del tres al cuarto.

Benegas se quedó mirando la pequeña fotografía, no muy nítida. Realmente, parecía una fotocopia de una instantánea cutre de cabina hecha a la carrera para el carnet de identidad.

—Hombre, muy favorecido no sale —le concedió—. El rubio es teñido, ¿verdad? Porque natural no se estila en el norte de África.

—No, no, ¡qué va a ser teñido, es suyo desde que nació! Es castaño muy claro, tampoco es que sea un vikingo —precisó Palermo—. Y eso no tiene nada que ver con África; esa es su herencia española. Pura y dura. Su abuelo... ¡no, su abuelo no!, su bisabuelo... era de Tomelloso, un legionario que se encamó con una marroquí y se quedó a vivir allí cuando la movida del Sáhara. Creo que se murió hace poco, el hombre. Por eso Munir tiene los ojos verdes. O sea que, imagínate los estragos que haría en las pobres desgraciadas del Rif a las que echaba una miradita lasciva.

—¿Tiene usted idea de dónde vivía o dónde puede estar parando en estos momentos? —preguntó Vázquez, que había asistido en silencio a la conversación de sus superiores. Palermo movió la cabeza en negativo.

—Cuando cumplen la mayoría de edad salen de nuestra jurisdicción, así que desde hace un par de años le hemos perdido la pista al *prenda* este —señaló Palermo con su barbilla la carpeta que sostenía Benegas—. Si queréis saber más de él tendréis que preguntar en Protección de Menores. Pero preguntad bien —tiró la puyita Palermo—. Sí os puedo decir que, en Córdoba, cuando llegó, estuvo viviendo unos meses en la Asociación Futuro Migrante, no sé si la conocéis: un centro concertado que tiene la Junta con Cruz Roja muy cerca de aquí, en los jardines de Vallellano —indicó Palermo—. Y luego, imagino que por alguna movida de las que os he contado, lo pasaron directamente a tutela pública de la Administración, al edificio enorme que tiene Servicios Sociales en la barriada de Fátima. Las dos o tres últimas veces que tuvo problemas con nosotros ya vivía allí. Estuvo muy engallado, el chaval, y eso no nos gustó. Lo cierto es que los de Servicios Sociales se dieron mucha prisa en quitárnoslo de en medio. Más de lo normal, quiero decir.

Puede que supiera que pronto cumpliría la mayoría de edad y nos iba a perder de vista para siempre. O puede que se sintiera protegido y seguro porque sus chanchullos beneficiaran a alguien más que a él. —Con sus conjeturas, Palermo abrió todo un abanico de posibilidades. O sea, de más trabajo, pensó Benegas.

—¿Qué chanchullos y qué beneficiarios, Paco? —¡Era tan evidente la pregunta que a Benegas incluso le irritó tener que hacerla!

—¡Ostia, tío, yo qué sé! Eso no te lo puedo decir, Benegas —se tapó Palermo—. Pero tampoco es tan difícil de imaginar: yo te doy, tú me das, y todos nos llevamos bien. El tipo de delito, de irregularidad, o lo que sea..., ya lo pones tú de tu cosecha.

—No te sigo —confesó Benegas.

—A unos les interesa que haya pobreza y miseria; que siempre haya alguien a quien atender y ayudar porque eso justifica muchos sueldos y muchas subvenciones. ¿Me sigues ahora? Y a otros les interesa que existan los Servicios Sociales porque viven sin dar ni golpe, les resuelven los problemas, les dan una paga cuando cumplen los dieciocho y hasta les tapan alguna movida cuando la Policía llama a su puerta. ¿Me explico? —empezó Palermo a calentar motores.

—Ya veo —afirmó Benegas—. Has dicho centros concertados y públicos, ¿aquí también hay de eso, como en los colegios? —preguntó, un tanto extrañado.

—Aquí hay de todo, Benegas. De todo —replicó Palermo—. Pero lo que de verdad hay es mucho dinero en juego. Y ahí es donde empiezan los problemas. Mira, los Servicios Sociales son una enorme tela de araña que se extiende y ramifica por todos lados, ¡y no exagero, eh!, con conexiones desde Bruselas al Gobierno central, pasando por las autonomías, las diputaciones provinciales y los ayuntamientos, porque aquí todos se benefician de la cascada de millones de euros que nos cae encima desde Europa. Por cada persona que atiendes, tantos euros al día; por cada inmigrante ilegal que te llega al país, tantos euros cada mes... —enfatizó, dándose con el puño de la mano derecha en la palma de la izquierda, como si

todo lo estuviera pagando él de su bolsillo—. Y eso es mucho dinero, Benegas. Mucho dinero para gasto social... y mucho dinero que se va quedando por el camino, ¿me vuelvo a explicar?

—Nítido y claro —confirmó Benegas, y Vázquez asintió también.

—Y me da igual el color o el partido que esté en el gobierno: de izquierdas, de derechas o mediopensionista. Me da igual porque aquí todo el mundo muerde y no suelta su trozo. Cuando tengas tiempo y un hueco, te invito a una cerveza y te cuento cómo se reparten el pastel. No sé, a veces tengo la sensación de que no dirijo una brigada, un grupo o una unidad, como haces tú. No. Esto es un negociado. Un negociado en el sentido más literal de la palabra negocio: puro *business*.

—No me quiero ni imaginar los equilibrios que tendréis que hacer —se condolió Benegas pensando en los que tenía que hacer él con determinados asuntos o investigaciones, por ejemplo, la que los ocupaba en estos momentos.

—¡Pues sí; mejor no te los imagines siquiera! Mirad, mucha gente tiene un trabajo fijo y un buen salario gracias a la miseria y a la necesidad de los demás. ¡Cada vez lo tengo más claro! Y muchas ONG's existen solamente gracias a las subvenciones que reciben por atender a estos desgraciados. Muchas. Grandes, pequeñas, superconocidas en toda España, o de ámbito local...; hasta órdenes y congregaciones religiosas, que aquí la Iglesia también pica y ha encontrado un nicho de mercado empresarial, si me permitís la expresión —prosiguió explicándoles su punto de vista—. Por eso interesa que siga habiendo miseria y necesidad. Españoles o inmigrantes, no vamos a distinguir ahora porque no estoy hablando de eso; aunque también te digo que las oleadas de ilegales le han venido de perlas a esta gente porque eso les supone mucho más dinero para repartir. Este gigantesco entramado asistencial necesita carne pobre para seguir funcionando. Esa es la materia prima de esta nueva y rentable industria —continuó Palermo, que empezaba a venirse arriba—. Porque eso y no otra cosa es el turbio conglomerado de organismos e instituciones que llamamos Asuntos

Sociales: una puta industria que paga muchísimas nóminas y de la que viven más familias de lo que os podáis imaginar.

—El cuarto sector, lo llaman ya —apostilló Vázquez. Había leído el dato no hacía mucho en una revista.

—Correcto. Como si fuese la agricultura, las fábricas o el turismo —incidió Palermo—. Y ya sabes, Benegas, que donde hay mucho dinero y muchas influencias, tú y yo nunca somos especialmente bien recibidos, ¿sí, o sí? Y nunca olvidéis que aquí nadie juega a nuestro favor —les avisó, señalándolos a ambos con su índice regordete—: tened eso muy en cuenta. Aquí todo son garantías y cucamonas para los malos, con una pensión a fin de mes que les pagamos a escote de nuestros impuestos, ¡faltaría más!, y malas caras para nosotros si se nos ocurre meter las narices en sus mierdas. Eso es lo que hay en este país hasta que los españolitos de a pie podamos cambiarlo algún día —concluyó, varios tonos de voz más alto de lo normal, como si hablase para una amplia concurrencia de futuros votantes. «*Palermo for president*», se dijo Benegas mientras lo escuchaba con atención.

—Bueno, Paco, tampoco queremos entretenerte más —plegó velas Benegas ante lo que se les podía venir encima si el candidato exponía todo su programa—. Y, ya que tú eres el experto, ¿a quién debemos preguntar en Asuntos Sociales para ahorrarnos tiempo y que no nos peguen algún capotazo? —acusó el anterior dardo el inspector.

—Id a la cabeza —aseveró Palermo—. No te voy a decir al delegado de la Junta o cargo político similar, porque esos no tendrán ni pajolera idea de lo que les estás preguntando; pero sí a los técnicos intermedios o a algún jefe de servicio. Suelen mantener contacto con los educadores y directores de los centros para saber cómo siguen sus antiguos tutelados. Por ahí puede que saquéis algo —les aconsejó.

—Pues muchas gracias de nuevo, Paco. Espero no tener que molestarte más, de verdad. Y en cuanto tenga un hueco libre, cae esa cerveza y me cuentas todo lo que me tengas que contar —se

despidió Benegas, abriendo la puerta para que pasase primero Andrés.

—*Palermo for president*, ¡qué cosas tienes, jefe! —sonrió Vázquez cuando se lo contó, ya en el pasillo que los llevaba de vuelta a Homicidios—. Conste que en algunas cosas lleva razón el señor candidato —le siguió el juego el subinspector.

Pero no les dio tiempo a debatir sobre medidas electorales ni cambios legislativos, porque encaraban ya la puerta de la gran sala común de subinspectores y policías de la escala básica cuando Marita llamó su atención.

—Jefe, he llamado al despacho de Asís Morales y lleva varios días sin poder ir al trabajo. Está en su casa, convaleciente. Desde que pasó el coronavirus le quedan secuelas respiratorias y, a veces, tiene crisis puntuales que lo dejan hecho polvo. Pero dice que, «por ser vos quien sois», mañana te espera allí. Cuando tú puedas, me ha dicho, que él no tiene prisa.

Menuda mañanita

Si hubiera que pagarles un par de euros a los vecinos de El Brillante cada vez que uno circulara por su barrio de papel cuché, se sonrió Benegas mientras conducía de nuevo por la empedrada avenida buscando la casa del abogado Morales, a él tendrían que nombrarlo socio honorario del club o, como mínimo, ponerle un comité de recepción que le hiciera la ola cuando lo vieran venir porque, por lo que respectaba a este caso, más cómodo le resultaría trasladar el despacho a esta zona, ¡todas las pesquisas, sospechas, indicios o interrogatorios confluían aquí! Y eso no le gustaba especialmente, frunció el ceño bajando un tanto el volumen con el que Las Grecas explicitaban a pleno pulmón que estaban amando *locamenti* a un fulano que parecía no darse cuenta de cómo las dos gitanas le tiraban los tejos día sí, día también. Tampoco le gustó un pelo que comenzara a chispear; nunca llevaba paraguas en el coche y no era el inspector de los que consultaban en el móvil el parte meteorológico del día siguiente, por más que Blanca se lo recomendase, sobre todo en una época tan inestable —y con temperaturas tan dispares a lo largo de veinticuatro horas— como solía ser la primavera andaluza. En manguitas de camisa había salido él esa mañana de casa. ¡Y eran ya las nueve y media y aún hacía un frío que pelaba!

Giró a la derecha, hacia la zona que llaman Sansueña, y brujuleó un buen rato por sus calles y rotondas bajo una lluvia que iba a más. De repente, llegó a un cruce donde, dado que a pocos metros del mismo dejaba de haber asfalto y la acera se cortaba abruptamente, dedujo que la ciudad terminaba justo ahí. Sobre todo porque enfrente ya empezaba el sotobosque y el espeso matorral tan

característico de Sierra Morena. Sin embargo, desde donde estaba, podía ver a lo lejos la fachada de la casa de Asís Morales, allá, diríase en medio del campo. Lo que ocurre es que no sabía por dónde llegar y no se atrevía a meter su coche nuevo en ese camino de cabras convertido en barrizal por mor del fuerte aguacero en que se habían convertido las cuatro gotas de hace un cuarto de hora.

Decidió dejar el coche junto a ese cruce que conducía a ninguna parte y echar a correr hacia la casa por un caminito de hierba húmeda que vio a su derecha, nada más bajarse del automóvil. Fueron apenas cincuenta segundos de garboso esprint, pero llegó al soportal de la finca completamente enlluviado, le faltó sacudirse el pelaje como un perro lanudo.

Aficionado como era a la Historia, Asís Morales se había construido una vieja casona con aires e ínfulas de castillo medieval de cuento. Benegas pudo constatarlo, conforme fue acercándose a la carrera, al ver las dos recias torres semicilíndricas coronadas por almenas de mampostería que flanqueaban la fachada, y corroboró esa primera impresión en cuanto le abrió la sirvienta, traspasó el recibidor dándole las gracias y vio colgados en las paredes del salón principal un par de reposteros y varios tapices con motivos heráldicos y cinegéticos, así como una amplia panoplia de armas de escabechina repartidas por toda la estancia. Entre ellas distinguió una *katzbalger* alemana del siglo XIV y una *schiavona* florentina del renacimiento, que él —tras el caso de «los códices templarios»— también tenía su culturilla histórica en materia de armas y batallitas. Por un momento, el inspector buscó a los dos caballeros que, lanza en ristre, iban a lanzarse al galope el uno contra el otro, y se dijo para sus adentros que quizás los moradores (obsérvese que había empleado el término «moradores», completamente aclimatado al ambiente) luciesen nombres tan de la época como Guiomar, Mencía o Rodrigo, aunque a la enjuta y añosa señora que llevaba un buen rato escrutándolo desde lo alto de la escalinata (obsérvese de nuevo el vocablo para lo que no dejaban de ser tres o cuatro escalones que salvaban un cierto desnivel), el nombre que mejor le cuadrase fuera

el de Urraca: allí plantada, menuda y nervosa, ojillos vivaces y nariz ganchuda, pómulos escurridos y unos brazos aún más diminutos que acababan en unas manitas que parecían las garras de un T-Rex: doña Angustias, la mamá de Asís. Vivía con su principito desde que lo abandonó la esposa, llevándose además a los dos hijos del matrimonio, sus queridos nietos, a los que no había vuelto a ver. Porque una de las grandes aficiones de don Francisco sería la Historia, eso nadie lo iba a discutir, pero la otra eran las mujeres y, a veces, la jugada sale mal, como le ocurrió al abogado Morales cuando la legítima lo sorprendió en su bufete con una clienta demasiado efusiva que estaba agradeciéndole la victoria en un pleito sobre pago de alimentos contra su ex.

—Mi hijo lo está esperando desde hace un rato, pero, antes, pase al cuarto de baño y séquese usted —le espetó, desabrida. «Sólo falta que el desgraciado este se enfríe, se ponga a estornudar y mi Asís recaiga otra vez», pensó la mujer dando la vuelta y desapareciendo por el pasillo.

Cuando salió del cuarto de baño, tras secarse y recomponerse mínimamente el peinado con los dedos, Asís Morales aguardaba en el salón y, tras un breve y protocolario saludo, lo condujo a un pequeño gabinete que utilizaba como despacho de trabajo en ocasiones como ésta, en las que no podía acudir a la oficina durante un periodo de tiempo prolongado. Vestido con un pijama azul claro y un elegante batín grana, Benegas lo vio pálido y más delgado que de costumbre, no supo decirse si por estricta dieta y gimnasio, por los estragos del maldito virus chino, o porque —como el mismo abogado solía repetir— era un hombre tan ocupado que no tenía tiempo ni para comer. Morales pareció leerle el pensamiento. Tosió con fuerza un par de veces y le confesó:

—Cuatro años ya del puñetero virus y todavía no sabe uno por dónde le va a saltar la liebre la siguiente vez; ¡maldita sea su estampa y la del que lo inventó! —renegó Morales—. Cuando no es una cosa, es otra, ¿sabe usted, inspector? No se va nunca, el hijo de

mala madre. Unas veces te cuesta un mundo respirar, otras te duele todo el cuerpo, hay días en los que no me concentro...

Benegas asintió. Bien sabía él que, llegados a una edad, los cincuenta-y-bastantes que ambos tenían, la vida era, básicamente, eso: enfermedades y cicatrices. Quizás sea siempre así, desde el mismo día en que nacemos, aunque hasta que no pasa cierto tiempo y vamos cumpliendo esos muchos años hacemos como que no nos damos cuenta, reflexionó Benegas con tristeza, pensando en Blanca.

Tras espantar de un manotazo la metafísica sombra de Heidegger y desearle una pronta recuperación al paciente, Benegas le informó del motivo de su visita (ahora el que asintió bueyuno fue el abogado y cónsul honorario, constatando que, en efecto, se dedicaba a la gestión financiera y representaba a varios países en España); le preguntó y repreguntó sobre el funcionamiento de los fondos de inversión y el retorno de lo invertido (y aquí Morales contestaba con generalidades tan abstractas como las genéricas preguntas del inspector); ahondó en una de esas inversiones en concreto, ya con nombres y apellidos (y entonces don Asís enarcó las cejas porque algo se estaba oliendo, pero tras salir a la palestra la empresa de López-Merchán el pilotito rojo empezó a parpadear, clic-clic-clic), y, justo cuando Benegas estaba pensando cómo hacerle la pregunta clave sin tener que exponerle sus tibias sospechas para no comprometer la incipiente investigación sobre los restos humanos aparecidos en Chinales, Asís Morales lo cortó, incluso un punto socarrón le notó el inspector:

—A ver, inspector, un momento; un momento, por favor: verá, a mí me encanta que me haga una visita y charlemos un rato usted y yo porque, como ve, no tengo gran cosa que hacer en todo el día y eso puede conmigo. Pero usted no ha venido hasta aquí para preguntarme algo que ya sabe o que puede leer en los periódicos, ¿verdad? Entonces, ¿qué me estoy perdiendo? Porque le confieso que cuando ha empezado a preguntarme por operaciones financieras o contables, digamos... delicadas, he dado por supuesto que íbamos a llegar al caso de la familia Ripollet, que ya tienen juicio

señalado para el mes que viene. Pero me sale usted con el señor López-Merchán y me ha dejado descolocado. ¿Qué pasa? ¿Sospechan ustedes que la familia Ripollet ha desviado dinero a través del laboratorio de López-Merchán para no pagar a los afectados cuando les condenen por estafa, o algo por el estilo? ¿De eso estamos hablando?

Ahora el que se quedó completamente descolocado era el inspector. Por la perplejidad que se reflejó en su rostro, Morales supo que la respuesta era que no; no hacía falta que se la balbuceara Benegas.

—Pues..., no; no estamos hablando de eso, señor Morales. De hecho, no hay nada que indique que eso haya podido ocurrir. ¿Por qué iba a haberlo?

—Pues, básicamente, porque es su suegro: Ramón López-Merchán está casado con una de las hijas del señor Ripollet, Adela. Pero ella no está imputada en el caso ni tiene nada que ver en los negocios de su padre —la defendió Morales—. Y, puestos a pensar mal, he pensado que lo mismo se les ha ocurrido a ustedes que el señor Ripollet le ha pedido a López-Merchán que le eche una mano para levantar sus bienes y disminuir su patrimonio para cuando tenga que apechugar con la sentencia, ¿voy bien? —concluyó el abogado.

Y por la cara que puso ahora Benegas intuyó que el inspector ni siquiera sabía que Ripollet y Merchán eran parientes.

—¡Ajá! —exclamó Benegas, que era una muy sutil y criptográfica manera de reconocer que Morales tenía razón.

—Entonces, señor Benegas, si no estamos hablando de eso, ¡lo cual me alegra no sabe usted cuánto porque, de ser así, esta conversación debería terminar inmediatamente!, le vuelvo a preguntar: ¿qué me estoy perdiendo? ¿Por qué me pregunta por López-Merchán? Y no quiero ni pensar que sea por el caso que usted y yo estamos imaginando, inspector —ironizó, teatrero—. Porque yo también sé algunas cosas y leo los periódicos. Y si es lo que barrunto, quizás debería terminar su visita en este momento. Eso lo

sabe usted mejor que yo, porque me consta que es un policía muy respetuoso con los procedimientos.

—No sé lo que se está imaginando, don Asís, pero, que yo sepa, hasta ahora, estamos hablando distendidamente de información financiera y usted no es el abogado defensor de Ramón López-Merchán —adujo Benegas.

—En eso tiene razón. En todo caso, soy un asesor externo de la empresa. Eso es lo que soy. Pero lo que no soy es tonto.

En efecto, tipo listo el abogado. No le queda otro remedio al inspector si quiere obtener cierta información que admitir, una vez más, que Morales tiene buena puntería. Cautela y prevención, se repitió mentalmente. Prudencia y tacto. Así que, usando todas las perífrasis y digresiones posibles, medio le reconoció que, en efecto, había ciertos indicios, alguna duda, brumosas sospechas..., aún muy débiles, claro, que podrían conectar el laboratorio del doctor López-Merchán con los restos aparecidos en el polígono de Chinales. «Podrían», recalcó. En condicional.

—Pero usted no sabe nada de eso y, además, como ya hemos dicho, no es de su incumbencia —le espetó Benegas, molesto porque la charla o interrogatorio o lo que esto fuese hubiera llegado a estos derroteros.

—Bueno, depende. Desde un punto de vista penal, desde luego que no. Ahora bien, desde el punto de vista económico, eso habría que discutirlo.

—¡Pues de eso quería yo hacerle un par de preguntas y ya no lo molesto más! —vio al fin Benegas el camino expedito.

—Pues usted dirá. Veré si puedo contestarle. Adelante.

—Verá, lo que yo quiero saber son esas cosas que no se cuentan en los periódicos, ya me entiende. Por ejemplo: cuando un fondo de inversión le presta o le da un crédito de treinta millones de euros a alguien, a una empresa, ¡treinta millones!, ¿qué ocurre si no puede devolverlo? ¿Lo pierde todo? ¿Cómo actúan ustedes, entonces? Porque si el beneficiario lo pierde todo, ustedes pierden esos treinta millones, o la cantidad que fuere —razonó Benegas.

—Bueno, vamos a ver —intentó sistematizar Morales—. En primer lugar, para este tipo de inversores, esa cantidad no representa tanto dinero, créame. Ya sé que para usted y para mí es algo incomprensible, pero es así. Además, cuando se apuesta por un proyecto y se le transfiere capital, siempre se hace partiendo de la base de su viabilidad y de que va a ser rentable. Muy rentable. ¿Que a veces sale mal y se producen pérdidas? Pues sí; no lo voy a negar. Y me pregunta usted si, cuando eso ocurre, el beneficiario lo pierde todo, ¿verdad? Ese «todo» suena regular —sonrió Morales—. Somos inversores, no la mafia. Porque ese beneficiario, como usted lo llama, sí que puede perderlo todo: su trabajo, su patrimonio, su esfuerzo... Pero no todo tiene por qué perderse, no sé si queda claro esto que digo.

—Centrándonos en LM Gen Biotech, eso quiere decir que el señor López-Merchán se quedaría al margen y ustedes pasarían a gestionar el laboratorio y todos los proyectos, ¿me equivoco? —centró Benegas el asunto.

—No, no se equivoca. Es una manera de minimizar pérdidas y de poder rentabilizar esa inversión en el futuro si se dieran las circunstancias. No sé..., imagínese que la investigación con telomerasa necesitara más años, o quizás vender alguna patente intermedia, o directamente todo el laboratorio —confirmó el abogado.

—Y una última cosa, señor Morales, de esas que tampoco salen en la prensa: cuando se acuerda financiar un proyecto o una empresa, ¿se establecen algunas condiciones para controlar que todo va como debe ir, o alguna fecha límite a partir de la cual finaliza el acuerdo de financiación?

—Evidentemente, como usted comprenderá, señor Benegas —respondió Asís Morales—. En concreto, el plazo temporal que se le concedió a LM Gen Biotech fue de tres años. Tres años para obtener resultados visibles en el mercado, entiéndame. Tampoco pretendíamos que Merchán ganase el Premio Nobel en ese tiempo.

—Tres años —repitió Benegas, calculando mentalmente que encajaba con lo que Marita le había dicho: «extraños movimientos en los balances contables de los últimos dos años y medio»—. De los cuales al señor Merchán le quedan en estos momentos...

—Ocho meses —completó la cuenta Morales—. Pero me consta que están trabajando a toda máquina. Ojalá pronto tengamos esos resultados que vamos buscando. Así que no me los distraiga mucho, inspector —bromeó el abogado, aunque estaba hablando muy en serio.

Benegas se encogió de hombros —qué otra cosa se puede hacer en estos casos, cuando un poderoso te dice lo que, por tu bien, siempre por tu bien, debes o no debes hacer; qué otra cosa salvo sonreír tontamente—y le agradeció su colaboración. Morales lo acompañó hasta la puerta, y allí el inspector se despidió reiterándole sus deseos de mejora:

—Bueno, don Asís, que se recupere usted. Espero verlo muy pronto en los juzgados, en la brecha. Como siempre.

—Pues yo a usted, no —dejó caer el abogado.

—¿Disculpe? —A Benegas le pareció tan gran falta de cortesía que no supo muy bien cómo reaccionar.

—¡Ja, ja, ja! Era broma, inspector. Estaré encantado de volver a verle. —Al parecer, esta vez sí que estaba bromeando de verdad—. He visto que observaba mi colección de armas y que le gusta la Historia. Venga por aquí cuando quiera. Charlaremos, esta vez de verdad —recalcó el abogado— y nos tomaremos algo. Usted me avisa. Ha sido un placer, de verdad se lo digo.

Lo siguió con la mirada hasta que desapareció en un recodo de la estrecha vereda y esperó hasta ver cómo se alejaba el coche, camino de la ciudad. Entonces, sacó su teléfono móvil del bolsillo del batín y marcó su número personal.

—¡A ver qué coño ha hecho ahora el pijo gilipollas este! —masculló entre dientes el abogado Morales, notando cómo empezaba a recuperarse casi en un instante, de un momento a otro.

Acción es lo que necesitaba él, bastante coba le había dado ya al maldito virus chino.

*****

Un sol un tanto introvertido —sin llegar a huidizo— lo acompañó en el camino de regreso a comisaría. Al menos, había dejado de llover durante su estancia en el pliegue espacio-temporal que había pasado en el siglo XI con Morales. Mientras bajaba la avenida del Brillante camino del centro, a más velocidad de lo permitido, Benegas supo que también debía acelerar la solicitud para que Montesinos permitiera registrar la sede de LM Gen Biotech y/o pinchar el teléfono de Merchán. Era evidente que la llamada que en estos momentos le estaba haciendo el abogado Morales para informarse y ponerlo sobre aviso no la iban a poder controlar. Pero eso pondría muy nervioso al buen doctor, y es sabido que, cuando uno está muy nervioso —muy pero que muy nervioso—, es cuando la puede cagar a base de bien, asintió Benegas en su escatológico monólogo. Es lo que tiene la ansiedad y el estrés, se dijo, que afectan más de la cuenta al aparato digestivo. Llegó a su despacho a las doce menos diez, esto es, buena parte de la mañana ya se le había echado encima, pero le dijo que sí a Andrés cuando este le preguntó si aún tenían tiempo para llegarse a Protección de Menores; al fin y al cabo, apenas dos calles separaban el edificio de comisaría de las dependencias de Asuntos Sociales, minuto y medio a pie.

Antes, y dado que pensaba ir en cuanto regresaran a enfrentarse con el Ilustrísimo Montesinos para solicitarle que autorizara el acceso a los datos bancarios de Munir Bossuani y pedirle toda la cobertura legal necesaria en los siguientes pasos a dar —y toda era, efectivamente, ¡to-da!, se amostazó Benegas, dudando de hasta dónde sería capaz de llegar su señoría— y también con el jefe Espadas para informarle del estado de las investigaciones, ordenó a Marita que ampliase el exhaustivo informe económico que estaba

elaborando sobre López-Merchán. Esa era una justificación técnica. La más personal era lo mucho que le había molestado quedarse con cara de merluzo cuando Morales había sacado a colación el matrimonio del investigado.

—Hasta las notas de EGB, si puedes encontrarlas. Relaciones personales también. Especial cuidado con la familia Ripollet —puntualizó.

—¡Pero, jefe, otra vez con lo mismo! —exclamó Vázquez sonriendo, ya hasta le parecía divertido el empecinamiento del inspector.

—Ahora te voy contando. ¡Anda, vamos, tírale, que se nos hace tarde! —le impelió.

En efecto, en Córdoba, la oficina general de Protección a la Infancia y Adolescencia está muy cerquita de comisaría, en la zona de la avenida del doctor Fleming. Eso no quiere decir nada, a menos que uno sea lombrosiano confeso. Pero ya escama que justo puerta con puerta de dicha oficina se encuentre el Juzgado de Menores, y un poco más allá, a unos doscientos metros, la Fiscalía; demostración palmaria de la poca confianza que tiene la propia Administración pública en la eficacia de sus Servicios Sociales, al intuir que buena parte de los jóvenes que pasan por sus manos, más tarde o más temprano, visitan uno de esos tres lugares que están, prácticamente, en la misma manzana.

Como buena zona trufada de organismos funcionariales, en los alrededores habían florecido varias cafeterías y bares absolutamente impersonales —y absolutamente intercambiables entre sí y entre los millones que pudiera haber en todo el orbe planetario—, alicatados de arriba abajo con azulejería brillante, sillas y mesas de plástico, gran espejo tras el mostrador y tenue hilo musical donde, bien lo sabía Benegas, nunca iban a ponerle a Bambino o a Las Grecas. En una de ellas, atestada de servidores públicos en modo *stand by*, estaban haciendo hora Vázquez y él, tras haber preguntado en Protección de Menores por el jefe de servicio y haberles hecho saber

un ordenanza que, en esos momentos, estaba reunido con responsables de la Consejería y que, como mínimo, media hora larga le quedaba al hombre.

Mientras se tomaban un aperitivo, Benegas aprovechó para ponerlo al tanto de su conversación con el abogado Morales, renovado interés por la familia Ripollet incluido. Y en esas estaban, elaborando hipótesis, cuando ambos se quedaron callados ante el cariz que estaba tomando la conversación de dos mujeres sentadas tras ellos, en un ángulo oblicuo a su mesa, y en las cuales no habían reparado al llegar al atestado local.

—Mira, nena, hay dos formas de perder a un hombre: que se te escurra entre los dedos o que se te escape entre las piernas —le dijo una a la otra—. Lo primero no tiene arreglo, porque los hombres son como son y no hay que darle más vueltas. Pero, en el segundo caso, tus esperanzas dependen de ti. Y si la cosa sale mal, la culpa es tuya y de nadie más, querida.

Vázquez y Benegas se miraron divertidos. El subinspector se aguantó como pudo una carcajada ante semejante lección de sexología borrica y Benegas miró por encima de su hombro a ver si podía distinguir de tapadillo a tan bizarra terapeuta. No pudo hacerlo porque la señora estaba justo detrás de él, fuera de su ángulo de visión, pero a quien sí pudo ver perfectamente fue a la nena querida. Y, además, la conocía. No estaba vestida de ciclista fosforito, sino con un impersonal traje de chaqueta gris marengo, llevaba el pelo recogido en una cola y las gafas de competición eran ahora más discretas y con montura de aluminio, pero era ella: Soledad Almenara, la mujer que encontró los restos en Chinales. Bueno, ella no los encontró; fue su perra, Lola.

—Muy buenas tardes, señora Almenara —la saludó Benegas, acercándose a su mesa.

Sorprendida y con los ojos muy abiertos, la aludida se quedó bloqueada al verlo allí. «¿Qué demonios quería ahora la policía de ella que no podían esperar a que terminase su café?», pensó. La acompañante, una pelirroja atractiva, alta y abundosa de carnes,

también abrió mucho los ojos y sonrió con ellos, pero fue al comprobar que el subinspector Vázquez se acercaba adonde ellas estaban. ¿Sería este el hombre de quien su amiga tanto hablaba?

—Muy buenas, inspector. Yo..., verá..., estooo, no he recordado nada del otro día... No sé qué puedo... —intentó hilar algo más o menos coherente.

—No, no se preocupe —la tranquilizó Benegas—. Si es que estamos aquí el subinspector Vázquez y yo esperando a que puedan recibirnos en Protección de Menores y nos estamos tomando algo. Como la hemos visto, pues nos hemos acercado a saludar —le aclaró, sonriendo.

Aliviada y con gesto más distendido, Soledad Almenara le preguntó:

—¿A quién quieren ver ustedes en Protección de Menores, inspector? Si pueden decírmelo, obviamente.

—Sí, claro, no es un secreto. ¿Por qué me lo pregunta? —respondió Benegas con amabilidad, pero sin soltar prenda.

—Porque estoy trabajando ahí. Soy administrativa y estoy cubriendo una baja por maternidad en el departamento de Tutela y Acogimiento temporal de adolescentes. Llevo dos meses y me quedan, por lo menos, otros dos más —les informó Soledad—. Si puedo ayudarles en algo —se ofreció.

—Adolescentes —repitió Benegas, mirando a Vázquez—. Pues, mire, queríamos ver al jefe de servicio, pero a lo mejor nos estamos equivocando y a quien tenemos que ver es a su jefe, o encargado, o como se diga —aprovechó Benegas la vía abierta.

—Troncoso está hoy muy ocupado. Bueno, siempre lo está —terció la pelirroja, que se presentó como compañera de trabajo de Soledad, una auxiliar administrativa que también atendía en recepción—; pero hoy está reunido con los técnicos de la Consejería por asuntos de presupuestos, y eso va para largo; se lo digo yo.

—Si es algo relacionado con adolescentes, lo mejor es que hablen con mi jefa, no es un jefe: es una mujer. Si quieren vamos para allá

y veo si puede recibirlos ahora. Nosotras prácticamente ya hemos terminado, ¿verdad, Mari Luz?

Y Mari Luz dio un respingo, se levantó y fue todo el camino —los apenas doscientos metros que separaban la cafetería de la sede de Asuntos Sociales— en medio de Vázquez y Benegas, contándoles muy zalamera el mucho tiempo que llevaba ella trabajando allí, cómo conocía los entresijos de este o aquel departamento o negociado, la vida y milagros de muchos de los compañeros funcionarios... En definitiva, como ella misma apostilló sin que hiciera falta ninguna, porque ambos eran perfectamente conscientes de eso —y cruzaron una significativa mirada de complicidad—, que allí no se movía un papel sin que ella lo supiera.

Conforme se fueron acercando por un largo corredor de linóleo azul, y dado que tenía la puerta de su despacho entreabierta, pudieron ver que la jefa de Soledad Almenara estaba atendiendo a una visita. Cuando estuvieron a unos metros, Soledad les dijo que esperasen un momento en el pasillo —que iba a anunciarlos— y ellos se sentaron en unas sillas anaranjadas de plástico, atornilladas a una barra metálica, que estaban pegadas a la pared, muy típica decoración de toda dependencia administrativa que se precie.

Que no es grato recibir una visita de la Policía en la puerta de tu casa o en tu trabajo, básicamente porque son un incordio y no dejan de molestar, era algo que tenía muy claro Marián Larramendi desde que aprobó la oposición y sentó plaza como educadora social de jóvenes conflictivos en su Navarra natal, pero recibió la interrupción de su secretaria anunciándole que la esperaban con un alivio que no supo describir, pero que quizás verbalizó con un par de frases que Vázquez y Benegas, sentados como estaban a apenas un par de metros de donde las pronunció, pudieron escuchar con total nitidez: «Le rogaría que no insistiera usted más en ese asunto, y que, por favor, y se lo estoy pidiendo *por-fa-vor*, no vuelva nunca más por aquí».

Vázquez y Benegas se miraron contrariados: mal empezaba la cosa si desde el minuto cero ya estábamos de mala hostia. Recogieron un tanto las piernas, que tenían demasiado extendidas sobre el parqué azul, para que pudiera pasar cómodamente la joven que ya salía —una chica morena, de pelo largo, veinteañera corta, con un top morado de tirantes, un gran cuaderno bajo el brazo y una mochila ajada a la espalda: Benegas se dijo que no parecía una joven que precisara asistencia social, pero eso, al fin y al cabo, no dejaba de ser una mera apreciación, ¿qué sabía él quién precisaba o dejaba de precisar ayuda?—, y entraron en el despacho de Marián Larramendi cuando Soledad se lo indicó con la palma de la mano extendida hacia su jefa; la cual intentó sonreír levemente para aliviar la tensión que aún acumulaba y los invitó a sentarse frente a su mesa, nada de aquella acogedora esquina del fondo a la izquierda, con sillones más cómodos, servicio de café, algunas plantas y una mesita baja de cristal, digamos que la parte dedicada a sala de reuniones cuquis.

Larramendi era de estatura media y tenía ojos pequeños color de almendra. Vestía una camisa blanca y un pantalón vaquero desgastado y ceñido, tenía la piel muy blanca, la frente estrecha y el cabello muy tupido, de color gris oscuro —sin teñir desde hace tiempo— cortado a lo *garçon*. Ancestros euskaldunes, sin duda, se dijo Benegas. Al verla tan masculina, con zapato plano y nada de maquillaje, también se dijo que quizás fuese lesbiana, pero eso, al fin y al cabo, era otra apreciación personal del inspector, ¿qué sabía él de...? En fin, mejor dejarlo ahí. Lo cierto es que le pareció una mujer muy atractiva.

—Muchísimas gracias por atendernos, señora Larramendi, tan a traición como hemos venido —le agradeció Benegas la deferencia que tenía para con ellos cuando, sin duda, estaría muy ocupada.

—¡Nada, por Dios! Si puedo ayudarles en algo, inspectores —comenzó subiéndole el rango a Vázquez—. Pero sí les pediría que, en la medida de lo posible, fueran ustedes breves. Tengo que ver al jefe de servicio dentro de un rato. Estamos con los ajustes de

presupuestos y no saben ustedes lo que es eso: ¡un lío de mil demonios! —se justificó, recolocándose el flequillo *pelopintxo*.

—No se preocupe. Seremos muy, muy breves. Verá, estamos buscando a una persona que estuvo bajo tutela de la Administración hará un par de años: Munir Bossuani —fue al grano Benegas.

—El guapo Munir. ¿Qué ha hecho ahora ese sinvergüenza? —quiso saber Larramendi, y aunque intentó darle un tono distendido a la pregunta, Benegas notó cómo frunció un tanto los labios y entrecerró los ojillos, signos faciales bien claros de estado de alerta.

—No lo sabemos. Quizás nada. Por eso queremos verlo: para preguntárselo. —El inspector también era ducho en el arte de esquivar y nunca le gustó que le contestaran con otra pregunta—. ¿Siguen teniendo contacto con él? ¿Saben dónde puede estar viviendo ahora?

—¿O si tiene alguna novia o relación estable últimamente? ¿O si tal vez sigue manteniendo contacto con amigos que aún estén en algún centro tutelado? —arremetió Vázquez por el otro flanco, ahora que Larramendi había confirmado que conocía al marroquí.

—No; de Munir, como de tantos otros, no sabemos nada desde que cumplió la mayoría de edad —respondió Larramendi, abrumada—. Cumplen dieciocho años, se marchan y se buscan la vida, como dicen ellos. Así que no puedo decirles dónde pueda estar viviendo o con quién se ve o deja de verse, inspectores. Ni siquiera sé si sigue en Córdoba, o se ha marchado a Barcelona, a Madrid, o a Francia, como hacen muchos marroquíes y argelinos cuando pueden escaparse —puntualizó Larramendi, y a Benegas le llamó la atención el verbo que utilizó: escapar, huir.

—¿Y qué puede contarnos de él, señora Larramendi? —recondujo el interrogatorio Vázquez, dándole más cancha a la jefa del negociado, viendo que por el anterior rumbo a ningún lado iban.

—Pues lo tuvimos aquí un par de años, derivado desde Cádiz, porque entró en patera por Algeciras o por Tarifa, no recuerdo ahora —comenzó Larramendi.

—Desde Cádiz, desde Sevilla y desde Linares, también. Si entró con dieciséis años en España y a los dieciocho voló, muchos traslados son esos en un par de años, ¿no? —Para sorpresa de Vázquez, Benegas la cortó abruptamente. Y ello por tres razones: 1) para demostrarle que no eran tan pardillos como ella creía y que se había estudiado el expediente elaborado por Maqueijan y Sampedro, en primera instancia, y luego completado por Paco Palermo; 2) porque, a lo largo de su carrera, a Benegas le habían contado mentiras más grandes que el cine porno y la industria de la moda juntos, de acuerdo, pero que Larramendi intentara deslizar que Bossuani podía llevar dos años fuera de Córdoba y que ellos se lo tenían que creer como buenos chicos le repateó el hígado más de lo debido, y 3) porque la buena señora tenía poco tiempo para atenderlos y les había rogado que fueran breves, nada de zarandajas y rodeos.

—Sí, también pasó por esos centros que usted menciona —reconoció Larramendi, un tanto desconcertada.

—Y aquí, en Córdoba, también estuvo en otros dos, uno concertado con Cruz Roja y otro de ustedes, de la Administración —precisó el inspector—. ¿Esos traslados se debieron a alguna violación, abusos, o acoso sexual a alguna chica? —apuntó Benegas.

—¡No, no, no! En absoluto —negó con énfasis. Con demasiado énfasis, quizás, pensó Benegas—. Peleas, agresiones con otros compañeros. Lo típico. Y menudeo de drogas —respondió visiblemente incómoda Larramendi, midiendo mucho cada palabra.

La vida te enseña que las casualidades no existen, bien lo sabía ella. Y no podía ser casualidad lo que estaba ocurriendo esta mañana. Primero esa entrometida. Y ahora dos policías preguntando por Munir.

—Pero esas peleas y discusiones solían tener que ver con líos de faldas, ¿no es así? —incisivo el inspector.

—Eso no me corresponde a mí decirlo, señor inspector. Ni juzgarlo —contestó la funcionaria jefa, ya completamente a la defensiva.

—Y tampoco podrá proporcionarnos el expediente de Munir, ¿verdad? —Benegas empezó a dar por zanjada la reunión.

—Usted sabe que la Ley del Menor y la de Protección de Datos me lo impiden, inspector —muy técnica y legal Larramendi—. Para eso tendrán que venir con una orden judicial —concluyó, sonriendo forzadamente y levantándose para perderlos de vista cuanto antes.

«¡Menuda mañana!», maldijo de nuevo, cuando los vio largarse pasillo adelante. Y todavía quedaba lidiar con el jefe y con los políticos de turno para rapiñarles esos miles de euros que tanta falta le hacían.

—A Montesinos se le va a acumular el trabajo —le comentó Benegas a Vázquez mientras regresaban a comisaría, refiriéndose a las muchas autorizaciones y órdenes que ya tenían pensado solicitarle; dígase respecto a López-Merchán o a esta nueva línea de investigación que se les acababa de abrir.

—Y a Espadas el colesterol, jefe. Que el comisario se nos muere de un infarto cuando hables con él —bromeó Vázquez y Benegas asintió, sonriendo.

Y sonrió no por compromiso, como hacemos tantas veces, sino porque estaba contento. Muy contento. Porque se sentía vivo, útil ante sí mismo; sabiendo que cuando el trabajo comenzaba a acumularse, incluso a desbordarse como les ocurría en estos momentos, la investigación empezaba a marchar, a tomar forma y cuerpo. Además, en sus especiales circunstancias, le venía muy bien tener otras cosas en las que pensar. Vázquez también se alegró de tener de nuevo, junto a él, al Benegas de siempre.

El problema cuando uno está feliz y contento es que baja la guardia. Entre otras muchas cosas. Por eso ninguno se dio cuenta de que, desde que salieron de Asuntos Sociales, alguien los estaba vigilando. Y que los seguía a muy poca distancia. Acercándose cada vez más a ellos. Más y más. Por la espalda.

Lo peor de la infancia

Estuvo a punto de abordarlos un par de veces mientras caminaban, pero no le pareció lo más apropiado hacerlo en medio de la calle. Dejó que entraran en comisaría, esperó pacientemente un par de minutos y luego entró ella también, pretextando una cita con el departamento de Protocolo y Relaciones Institucionales. Vio a uno de los dos, al más joven, dirigirse junto a una mujer hacia una puerta, al fondo de un amplio vestíbulo ocupado por varias filas de mesas, y supuso que ese sería el despacho del superior o la sala de reuniones. Su intuición rara vez le fallaba. Se ahuecó la melena negra, se ajustó un tanto el top morado y agarró firmemente el cuaderno tamaño folio. Decidió que lo mejor era la desenvoltura y el desparpajo; si no queda muy descarado, y unido al factor sorpresa, a una chica guapa eso siempre le funciona.

—¡Sabía que eran policías! —dijo con una amplia y ensayada sonrisa, tras abrir la puerta sin llamar.

Vázquez, Benegas y Marita se quedaron callados de repente, mirándola desde su extrañeza y desconcierto. Fue el inspector quien primero reaccionó, un tanto desabrido el tono, pero es que estaba algo más que molesto con aquella aparición con todo lo mucho que aún les quedaba por hacer, por ejemplo, justificarle a Montesinos que debía pinchar los teléfonos de López-Merchán y Bossuani y, si fuese necesario tras los mismos, permitirles un par de registros domiciliarios.

—¿Tanto da el cante? —preguntó, sabiendo que al menos él, incluso de lejos, daba un cantazo a madero que tiraba de espaldas.

—¿Están ustedes en ello, verdad? —Al parecer, a la recién llegada también le molestaba que le respondieran con preguntas, así que

obvió la muy retórica de Benegas y siguió a lo suyo.

—¿Estamos en qué, señorita...? —volvió a preguntar Benegas en este diálogo con tantas incertidumbres como falta de certezas entre ambos.

Pregunta esta, por lo demás, muy pertinente porque, por lo que a la investigación se refería, estaban en muchas cosas al mismo tiempo..., sin estar realmente en ninguna a la vez.

—Oh, perdonen, mi nombre es Alba. Alba Millán —se presentó la joven.

—¡Ajá, muy bien! —recalcó Benegas—. Y a usted no le han dicho nunca, señorita Millán, que no se puede... —Iba a afearle su puesta en escena cuando la chica lo cortó. Para responderle lo que le había preguntado, básicamente.

—En todo lo que está ocurriendo en algunos centros de menores. He visto cómo iban a interrogar a Marián Larramendi. Según una de mis fuentes podría estar implicada en alguno de esos asuntos —les informó puntualmente Alba Millán. Porque a eso se dedicaba ella, a informar. «A investigar y a informar, como hacen los buenos periodistas», les dijo.

Los tres policías volvieron a quedarse en completo silencio, mirándose entre ellos. Porque los tres supieron al instante que —tan de repente como acababa de ocurrir con la puerta del despacho de Benegas— un amplio abanico de variables se abría en la incipiente investigación; variables que podían afectar de un modo u otro, quizás de forma muy directa, al desaparecido Munir Bossuani y sus tejemanejes con las prostitutas demasiado jóvenes que solía mover entre pisos y fiestas. Porque era evidente que la insinuación de Alba Millán iba por esos derroteros: jóvenes, sexo o drogas y abusos de poder. Como siempre. Muchos años de servicio para intuir de qué te están hablando cuando no quieren decirte algo abiertamente. Fue Marita la que, presentándose ella y a sus dos compañeros, intervino esta vez:

—Periodista, ¿verdad?

—*Freelance*. Escribo en varios medios digitales, tengo una sección en Onda Guadalquivir, la televisión local, locuto programas de radio, documentales, anuncios... En fin, lo que vaya saliendo —confirmó Millán, cada vez más locuaz al constatar que había captado la atención de los policías.

—¿Y qué es lo que está ocurriendo en esos centros de menores? Según usted, claro —la interpeló la oficial para que le confirmara sus sospechas.

—Abusos y prostitución encubierta, orgías organizadas, amenazas para guardar silencio a cambio de otros favores no estrictamente sexuales, como permitir el trapicheo de droga a cambio de un tanto por ciento... —recitó mecánicamente la periodista—. Pero no es «según yo», como usted dice. Yo no me estoy inventando nada —puntualizó, molesta—. A mí me llega esta información y, por lo que voy avanzando en mi trabajo, tiene visos de ser muy real.

—Sí, verá —continuó Marita—. Como usted sabrá, de sus palabras se desprenden hechos muy graves que, de ser ciertos, conllevarían penas de varios años de prisión para las personas implicadas. Me veo obligada a preguntarle: ¿cómo ha tenido usted conocimiento de esos supuestos hechos? —muy técnica Marita, sin pillarse los dedos.

—¿No pretenderán ustedes que les revele mis fuentes? —Puestos a ser técnicos, cada profesión tiene sus trucos dialécticos y sus líneas rojas, esas que se remarcan en la vida sólo para saltárnoslas cuando más nos convenga.

—Nosotros no pretendemos nada, señorita Millán —intervino Benegas—, pero seguro que usted es una chica muy lista y no hace falta que le diga que, si seguimos por este camino, podría incurrir también en varios delitos, entre los cuales el de obstrucción a la justicia no es el más grave. ¿Eso lo sabe, verdad?

—Claro que lo sé, inspector jefe de grupo —afirmó la periodista, llamándolo por la categoría administrativa con que lo había presentado Marita—. Como también sé que quien debe decidir si hay delito o no es la Fiscalía; no usted, ni yo. Fiscalía a la que hay que presentarle pruebas. Todo eso lo sé. Y en ello estoy: investigando,

escribiendo, entrevistando a quien se deja entrevistar... porque, desgraciadamente, pruebas, lo que se dice pruebas, aún no tengo ninguna.

—Pero indicios, testimonios y sospechas debe tener unas cuantas para presentarse así en comisaría, ¿no? —terció Vázquez, quien, aprovechando la presencia de la chica, vio la oportunidad de empezar su línea de investigación respecto a las ONG's que operaban en el ámbito de la tutela de menores y adolescentes—. ¿Y las ha publicado ya en algún sitio, o puede contarnos algo, al menos?

—Estas cosas no te las publica cualquiera, señor subinspector —replicó muy seria Millán—. Esto es una cosa muy gorda. Aquí en Córdoba ya me lo han dejado bien claro un par de diarios y una emisora. Esto tengo que sacarlo a nivel nacional, en algún periódico de los grandes o en un digital con mucha fuerza. Y sólo cuando tenga pruebas o testimonios tan contundentes que el escándalo los proteja contra demandas o cosas parecidas —admitió—. Pero en ello estoy, como les digo. Porque creo que merece la pena.

—¿Y la segunda parte de la pregunta? —incidió Vázquez.

—Claro que puedo contarles algo —sonrió Millán—. Si ustedes no me cierran ninguna puerta de las que yo voy abriendo y, en el caso de que se decidan a investigar, me vayan contando lo que buenamente puedan. Tampoco es mucho pedir, ¿no? —Se encogió de hombros, haciendo un coqueto mohín.

—Como usted comprenderá, señorita Millán —tomó la palabra Benegas—, no podemos darle información oficial sobre las investigaciones que estemos llevando a cabo. Pero le puedo dar mi palabra de que, en estos momentos, no estamos investigando nada relacionado con los asuntos que usted menciona. Ni teníamos pensado hacerlo —no le mintió el inspector—. Ahora bien, si usted nos convence... —le dio pie.

Todo empieza como un juego, comenzó Alba Millán, un matiz en la mirada, un gesto aún infantil que conlleva la semilla de una duda juguetona; una interna que flirtea con un monitor que se siente

atraído por ella, casi de casualidad, como quien no quiere la cosa, aunque todos son conscientes de que con cada palabra, con cada situación, con cada roce, están propiciando que todas las cosas del mundo puedan ocurrir. Una chica que sabe que puede obtener lo que se proponga porque posee aquello que el hombre que decide sobre su vida tanto desea. Y, además, se lo dará cuando ella quiera, cuando más lo necesite. Sí, así suelen empezar las cosas.

—Hasta que llega el momento en que ya no es ella la que decide el cómo, el cuándo ni el *con quién*, sino alguien por encima de ese pobre desgraciado que se prendó de ella a sus dieciséis o diecisiete años —prosiguió Millán—. El cual si no traga con lo que quiere su superior, pierde su puesto de trabajo o se va a la cárcel por corrupción de menores como cabeza de turco.

—Con lo que quiere y con lo que tanto desea el superior. Si aquí no salimos del monotema —apostilló Marita, parafraseando a la periodista.

—Así es —sonrió lacónicamente la muchacha—. El caso es que esa menor lo comenta con otras internas, porque en estas fiestas siempre son bien recibidas nuevas comensales. Cuando el ruido de la fiesta es atronador incluso en el silencio opresivo de las cuatro paredes del centro, los internos más fuertes quieren participar. ¿Es lógico, no? —razonó Alba—. Y quieren hacerlo de todas las formas posibles: unos de una manera, y otros de otra, ¿me siguen? Ese silencio hay que pagarlo porque ya empieza a haber mucho en juego. Mucho dinero, muchos puestos de trabajo muy bien pagados, muchas reputaciones, ciertas carreras políticas....; ya no es únicamente la cabeza del estúpido monitor enamoradizo lo que puede perderse.

—Y entonces las orgías se multiplican y el menudeo de droga campa a sus anchas. Entre otras cosas —sacó conclusiones Vázquez.

—Entre otras cosas —asintió la periodista—. Porque, más temprano que tarde, ese que es el más fuerte, o el más chulo o el más violento, impone su ley y amenaza o extorsiona a algunas chicas. Y de ahí a imponer sus condiciones para que la fiesta

continúe hay un paso, créame. Y entonces, efectivamente, las orgías se multiplican. Y los participantes también. Y las salvajadas y las exigencias, claro —susurró Alba Millán, cada vez con voz más baja y lastimera, casi inaudible cuando contó desgarros anales que necesitaban puntos de sutura; quemaduras o mordiscos en labios vaginales o pezones que dejarán cicatrices en todos y cada uno de esos días posteriores que llamamos *el futuro*. O eyaculaciones sobre el rostro desconcertado de niñas de apenas doce o trece años, tal vez menos, descendiendo el semen por sus pechos impúberes y humillados, aún sin despuntar, hasta inundarles el alma para el resto de sus vidas.

—¡Me cago en su puta sangre! —renegó Marita, dando un puñetazo sobre la mesa. ¡Dios del cielo si hubiera tenido delante a alguno de los implicados!

Benegas intentaba no imaginárselo siquiera, pero, conforme Alba Millán les iba relatando sin ahorrarles ni un sórdido detalle, recordó la pregunta que se hizo ante los restos recién aparecidos en Chinales: «¿Qué vida habrá llevado esta pobre chica para terminar así?». Y, al igual que Marita, notó una ola de ira ardiendo en su interior, al tiempo que no pudo evitar la marejada lejana de una náusea creciendo junto a esa cólera desbocada. Respiró profundo e intentó calmarse, hay veces que uno debe ser un buen profesional antes que un mediocre ser humano: «Si el mundo fuese perfecto no existirían los escritores, los curas ni las putas. Y tú también estarías en el paro, Benegas», se reconvino con toda la razón del mundo. Así que se tragó la arcada y escuchó atentamente las conclusiones de la muchacha.

—Una de las chicas, ya casi es mi amiga, me dijo el otro día que lo peor de la infancia es que sólo tienes una posibilidad, pero que no depende enteramente de ti que la cosa salga bien. De eso es de lo que estamos hablando, ¿saben? De eso es de lo que se aprovechan. Imagínense cuando toda tu vida ha sido una puta mierda, desde que naces. Al final, acabas acostumbrándote al olor y das por bueno ir a esas fiestas si consigues un beneficio. Tampoco tanto, no crean. A

veces es poder salir un fin de semana o una batería nueva para el móvil. Ese es el precio. ¿Barato, verdad? —se condolió Alba Millán.

—Porque, además, imagino que llegados a ese punto la *fiesta* no puede pararse sin tremendas consecuencias para todo el mundo —volvió a los derroteros puramente policiales Marita.

—¡Y que lo digas! Para unos más que para otros, evidentemente —apuntó Benegas—. Porque los internos, y supongo que también las chicas más espabiladas, tienen cogidos a los poderosos por donde más duele.

—Lo cual es mucho más peligroso, como usted comprenderá —aseveró Alba Millán.

—Cierto. Con gente que tiene muy poco que perder nunca puede estar uno tranquilo —razonó Benegas.

—A un monitor o a un psicólogo pueden destinarlo a otra ciudad, y además estará tan pringado en esta basura como el de arriba, así que más le vale tener cerrado el pico. Pero con los menores eso no funciona. Por eso, de repente, van, vienen, desaparecen, no se hacen seguimientos de sus vidas cuando dicen que ya han cumplido los dieciocho. ¡Cuando dicen ellos que han cumplido los dieciocho, ojo!, que no siempre los tienen. Aunque otras veces hay internos bastante más mayores y los siguen manteniendo bajo tutela administrativa porque a todos les interesa, pero ese es otro tema... En fin, yo ya no tengo medios para investigar todo eso, como ustedes comprenderán —les confesó Millán la razón por la que estaba deseando entrar en contacto con ellos desde hace un tiempo, desde que constató que sin ayuda policial su reportaje quedaría estancado.

«Desaparecen». ¿Rebotaba un cierto eco psicomental en el despacho del inspector o era que los tres habían pensado lo mismo a la vez? «De-sa-pa-re-cen». Y nadie vuelve a saber de ellos. Ni de ellas, evidentemente. Quizás se vayan a Barcelona o a Madrid a buscarse la vida; o a Francia, a reunirse con su familia, como diría la señora Larramendi. Aunque quizás no vayan a ningún lado y

desaparezcan mucho más cerca. En algún polígono industrial, por ejemplo.

«Desaparecen», y Benegas anotó mentalmente dos preguntas que debía hacerle al respecto a Alba Millán. Pero no en este momento. Ahora, no. Ahora necesitaba algunos datos para no tener que recurrir de nuevo a la sapiencia político-administrativa de su colega, Paco Palermo.

—Disculpe, señorita Millán, pero hay un par de cosas que no me quedan del todo claras. La primera es: ¿Por qué algunos internos dicen que ya han cumplido la mayoría de edad cuando aún no lo han hecho y se fugan de los centros en cuanto pueden; mientras que otros que ya han cumplido los dieciocho mienten para decir lo contrario: que aún son menores y quedarse más tiempo en el centro? ¿Y por qué dice usted que eso beneficia a todo el mundo? —quiso saber Benegas.

—Por el dinero, para qué nos vamos a engañar. Por la pasta que se mueve en todo este negocio —afirmó Millán, y Benegas y Vázquez no pudieron por menos que acordarse del discurso del señor candidato—. Mire, cada menor tutelado está en régimen de acogimiento; es decir, está acogido, viviendo con alguien. En España hay tres modelos posibles: con una familia en su hogar; en un centro concertado dirigido por una ONG, dígase la Cruz Roja, la Iglesia o quien sea; y, por último, en alguno de los muchos centros gestionados por la propia Administración pública, con sus funcionarios y personal contratado. Todo eso cuesta mucho dinero, ¿no? Porque cada menor tiene que comer, dormir, vestirse, estudiar...; en fin, una serie de gastos diarios como todos tenemos.

—Me hago cargo —concedió Benegas, pensando que ese mes vendría un recibo del seguro del coche. Y el Volvo no era como su viejo Nissan Almera, por muy modesto y kilómetro cero que fuese.

—¿Saben ustedes cuánto dinero? —los interpeló Alba Millán.

—Pueeees... —resumió Benegas el estado de la cuestión.

—Si el menor es entregado a una familia, son 450 euros al mes. Tampoco es tanto, que la vida está muy cara. Curiosamente, si el

menor está acogido en un centro concertado la suma asciende a 2.100 euros. Podría decirse que siempre ha habido clases en esta vida, ya saben —ironizó la periodista—. ¡Pero eso no es todo, que nos falta la *crème de la crème*! Porque, si el menor está acogido en un centro público puro y duro, esa suma se eleva a 9.800 euros cada mes. No me pregunten si es porque esos menores comen más, o porque hay que pagarles a los funcionarios. Cada vez a más funcionarios y variopinto personal contratado, hago constar. Pero me da a mí que ni lo uno ni lo otro.

—¡Joder, pues sí que hay clases y clases! —exclamó Vázquez—. Además, se supone que será mucho mejor vivir con una familia antes que en un centro cerrado, ¿no?, digo yo. Y habrá que ver cuánto dinero de esos nueve mil y pico euros le llega al chaval —se malició.

—Vamos bien, señor subinspector, vamos bien —dijo Millán—. Por supuesto que es mejor vivir con una familia antes que en una institución, por muy amable y abierta que sea. De hecho, la ley insta a que cada vez haya más acogimiento con familias voluntarias y menos en instituciones públicas o privadas. Pero, desgraciadamente, como ustedes ya habrán sospechado, es al revés.

—Por el fabuloso negocio que hay montado alrededor de estos desgraciados —sentenció Benegas comparando cifras: cuatrocientos miserables euros contra diez mil. No hace falta ser un pícaro español del Siglo de Oro para verlo.

—Evidentemente. Porque esto es un gran negocio y no otra cosa, señores; una máquina de generar beneficios extras sin control. Una enorme superestructura montada alrededor de la necesidad y el desarraigo. Y los pobres chavales son la materia prima necesaria para que el engranaje siga funcionando. Así de simple —se alineó Millán con las tesis de Palermo sin conocerlo. De hecho, a Vázquez y al inspector les reverberaba su eco en el discurso de la chica.

—Disculpe, señorita Millán, cuando hablamos de menores tutelados y todo el dineral que se mueve en esta historia, estamos

hablando de españoles y de extranjeros, ¿verdad? No sólo de *menas*, por ejemplo —empezó Benegas a hilvanar su estrategia.

—Aquí no hay distinción alguna. Da igual que el menor acogido sea nacional o extranjero. La cantidad asignada para cada uno de ellos es la misma. La diferencia estriba en el lugar donde ese menor sea acogido, ya les digo. Otra cosa es que, como ustedes comprenderán, la oleada de inmigrantes de los últimos años ha venido muy bien para que fluya más dinero. Mucho, pero que mucho más dinero. De Europa, del Gobierno central, de partidas autonómicas... Ese dinero se transfiere cada mes, ¿correcto? —se autopreguntó Millán para reordenar sus ideas—. ¡Y aquí viene lo mejor! Porque si un interno desaparece del centro durante unos días, o durante unas semanas, obviamente no se gastarán un euro en él, o ella, pero ese dinero que ya figura contabilizado en la cuenta de la ONG o del centro público no se devuelve, no; pues es un dinero que nadie fiscaliza —explicó la chica.

—O sea que les queda una bonita cantidad limpia de polvo y paja por cada uno de esos días en los que hay gasto cero —aclaró Marita.

—Por eso a los directores y responsables no les importa mucho que desaparezca un interno durante una temporada. Porque les interesa. O al contrario: cuando ven que pueden perder plazas porque no hay suficientes menores tutelados, aconsejan a los residentes que mientan sobre su edad para que continúen en el centro un tiempo más y así seguir cobrando esos miles de euros, aunque ya hayan cumplido la mayoría de edad —los ilustró Millán sobre los trucos contables descubiertos en su labor de documentación—. Por eso les decía que ese era otro tema, un asunto, digamos, de chanchullos económicos. Que, por cierto, no suelen ocurrir en los acogimientos con familias. Pero, volviendo a lo que nos ocupa, si ese interno que desaparece y se marcha para nunca volver es alguno de los implicados o está relacionado con los asuntos que estoy investigando, pues, como dice el refrán, ¿no? A enemigo que huye... Y un problema menos para todos.

—¿Eso es lo que le estaba usted preguntando a Marián Larramendi? —inquirió Vázquez.

—Entre otras cosas —fue muy escueta Millán.

—Porque doy por sentado que usted investiga centros de la Administración pública, ¿verdad? ¿O también hay alguno de los concertados con ONG's? ¿Quizás uno de ellos podría ser el gestionado por Futuro Migrante? ¿Le suena? Está cerca de aquí, en los jardines de Vallellano. —Esa era la primera pregunta que Benegas tenía anotada mentalmente, segunda puntada en el hilván.

—Eeehh..., bueno..., sí, es posible —intentó esquivar la andanada como pudo la periodista—. Pero, oiga, ¿no me acaba usted de dar su palabra de que no estaban investigando el asunto? —pareció reñirle a Benegas y acabó confirmándoles que, en efecto, alguna relación existía.

—¿Conoce usted a un tal Munir Bossuani, un menor marroquí? Bueno, ya no es tan menor. —Era la misma pregunta, sólo que formulada de manera diferente. Todavía le quedaba la segunda en la recámara.

—Pues, no —respondió Millán—. No me suena, la verdad.

—¿Desde cuándo supo usted o sospechó que la desaparecida de Chinales podía ser una de sus menores? —Es lo malo de las balas que se quedan en la recámara: explotan cuando menos te lo esperas. Y esta le impactó en pleno rostro a la periodista, que enarcó las cejas y no pudo evitar un gesto de contrariedad.

—Acabo de pedirles que no me cierren las puertas que yo pueda ir abriendo, no que me den con ellas en las narices —le respondió intentando ser amable. Y cuando intentamos ser amables aposta es porque sabemos que justo un instante después podemos dejar de serlo—. Además, esto no es un interrogatorio, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Aquí estamos haciendo preguntas los dos, ¿no es así? —cáustico Benegas—. Si no quiere, no me responda —le concedió. Y no incidamos más en que hay muy variadas maneras de contestar afirmativamente. De hecho, el doctor Luis Jaén, el director gordito del Instituto de Biotecnología, todavía está pensando en

ello—. Pero lo que sí nos va a permitir es que sigamos con nuestro trabajo, así que, si no se le ofrece nada más, señorita Millán, ha sido un placer charlar con usted. De verdad se lo digo. Tome mi tarjeta —le dijo, extendiéndosela—. Ahí está mi número de teléfono personal y el del trabajo, y no se vaya muy lejos por si tenemos que volver a vernos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, señores. Muchas gracias por todo. Le hago una llamada perdida y quédense ustedes también con mi número, ¿vale? —se despidió Millán, cerrando suavemente la puerta esta vez.

—Al final, Palermo va a tener razón, jefe —conjeturó Vázquez cuando supuso que la chica ya se había alejado lo suficiente.

—No te lo voy a discutir, Andrés, pero ese flanco no lo podemos cubrir nosotros ahora. Se lo comentaré a los de Delitos Económicos y que ellos vean lo que pueden hacer. Nosotros vamos a centrarnos en lo que tenemos, que me da a mí que tiene bastante relación con lo que nos ha contado Alba Millán, aunque sea como inicio de toda esta historia que no sabemos por dónde nos va a salir, ¿me explico?

—Como un libro abierto. De los que tienen dibujitos —afirmó Marita—. Supongamos que todo empieza así: abusos, drogas y sexo duro con menores en un centro de acogida cualquiera, y que Munir Bossuani controla a las chicas internas. Además de gente vinculada a los Servicios Sociales, en las fiestas participa gente de postín que no nos podemos ni imaginar. Pasta, poder e impunidad, ¡lo tenemos crudo, chicos! —adelantó complicaciones y trabas—. Supongamos también que en plena orgía a alguien se le va la mano y una de las menores muere desangrada... —prosiguió Marita hasta que su marido la cortó.

—¿Y qué relación puede tener, entonces, esa menor muerta con la investigación genética o biomolecular, o como queramos llamarla?

—Dado que todo son hipótesis, ¡cualquiera! Cualquier relación, Andrés. O no tener ninguna —argumentó el inspector jefe, que diría Alba Millán.

—¿Tal vez López-Merchán participaba en las fiestas? Y, si no lo hacía, ¿qué puede significar eso?, ¿que ahora debemos descartar la

vía Merchán? —se preguntó sin mucho convencimiento Vázquez.

—No descartes nada, Andrés. Pero tampoco demos nada por sentado. O sea, hagamos nuestro trabajo. Que bien sabéis que, básicamente, consiste en eso —razonó Benegas—. Así que vamos a aplicarnos el cuento: Marita, vete a ver a Montesinos que ya nos urge lo del teléfono de Merchán y de Bossuani, ¿vale? Y le adelantas que quizás le caigan después algunos registros domiciliarios. Llévale hasta el último informe, documento, papelajo..., lo que haga falta, pero, ¡convéncelo! Y si se pone farruco, tírale un tierno besito —le dijo el inspector sonriendo, ante el fingido sobresalto del marido, que lo miró con ojos muy abiertos—. ¡De mi parte, mujer, de mi parte! Y dile también que lo quiero mucho, si hace falta.

—Lo del besito será el argumento definitivo —se descojonó Marita—. No me harán falta informes ni pruebas.

—Bueno, ahora en serio: ¿qué os ha parecido la periodista? —les preguntó a ambos.

—Que ha venido a pedir ayuda y no creo que sea sólo porque no sabe por dónde seguir con su reportaje —contestó Marita, dando una vez más sobradas muestras de que, en cuanto aprobase la cercana oposición, sería una excelente subinspectora.

—Que Futuro Migrante puede ser uno de los centros implicados, y que parece conocer o tener cierta relación con Bossuani —apostilló Vázquez—. Quizás sea una de sus fuentes.

—Por eso te vas a poner con ella, Andrés —le ordenó el inspector—. ¿Sabéis esa mentira gordísima que soltamos cuando queremos ocultar algo muy íntimo y decimos: es que a un amigo le pasa..., o yo hago esta consulta no para mí, sino porque a una amiga o a una tía que tengo en Cádiz...? ¿Os suena, verdad? No dudo que Alba Millán sea una chica concienzuda y esté investigando a fondo, pero nos ha contado algunas cosas, algunos detalles con la voz quebrada, que son muy difíciles de contar si no los has vivido en primera persona.

—¡Vamos a ello! —diligente el subinspector, que ya tenía su punto de partida para indagar en el proceloso mundo de la asistencia social

y las subvenciones.

—Y yo me voy a hablar con Espadas para ponerlo al día, que Asís Morales ya habrá terminado su larga conversación con López-Merchán y eso nos va a venir de perlas si Montesinos nos da vía libre tras los arrumacos de Marita —concluyó Benegas.

Se disponían los tres a salir del despacho, ya estaba Vázquez sosteniéndoles la puerta, agarrado al picaporte cual criado de librea, cuando vieron acercarse a toda prisa a Sampedro, seguido a duras penas por Maqueijan.

—¡Jefe, mira lo que nos acaban de confirmar desde el banco! —exclamó, enarbolando un par de folios de papel cebolla—. Ese tío estará todo lo desaparecido que queramos, pero para cobrar la paguita sí que tiene tiempo —dijo, refiriéndose al extracto bancario que justificaba que Munir había retirado el efectivo que le correspondía como extutelado. Puntualmente, además, como solía hacer. El día 22 de cada mes.

—¿Cómo lo ha hecho? Porque el día 22 fue la semana pasada y se supone que ya estaba desaparecido, según Tania —preguntó Benegas—. ¿Por cajero, por aplicación en el móvil? —quiso saber, mirando a Marita. Lo cierto es que, cuando se lo solicitó, Montesinos no se había mostrado muy convencido de autorizarles a hurgar en los datos bancarios del marroquí, pero, a la luz de los acontecimientos, ya no podía negarse a pincharle el teléfono al pájaro este.

—No, no, él mismo retiró el dinero en una sucursal de la BBK-Cajasur. En persona. Nos han mandado el documento de reintegro con la firma del titular único de la cuenta, que es Munir. Mira, aquí está —se la mostró Sampedro.

—Gran Vía Parque —leyó Benegas la dirección de la sucursal bancaria.

Una zona muy populosa de clase trabajadora y humilde, con calles estrechas y altísimos bloques de viviendas avejentadas en las

que, en los últimos quince años, se había establecido mucha población inmigrante. Un buen lugar para esconderse, en definitiva.

—Ya he dado aviso para que las patrullas estén más pendientes de lo habitual —le informó Sampedro—. Y Maq y yo también vamos a darnos alguna vueltecita por el barrio. Si está por allí, este no se nos escapa, jefe.

Benegas lo miró. No pudo evitar un atisbo de orgullo. Fue él mismo quien se fijó en sus cualidades cuando coincidió con aquel joven patrullero en un par de casos y pidió su integración en Homicidios. Ya no quedaba nada del tímido chaval que llegó al grupo hace tres o cuatro años casi pidiendo perdón por encontrarse bajo las órdenes del más respetado investigador de la brigada. Ahora era un gran profesional que estaba listo para ascender a oficial o, directamente, a subinspector. Quiso creer que él tenía algo que ver en esa transformación. Allí estaban todos, se dijo el inspector: Vázquez, Marita, Maqueijan, Sampedro y él, el jefe de la banda. «Homicidios al completo», sonrió Benegas para sus adentros.

—Ya te digo yo que no, Pepe. ¡Ya te digo yo que esta vez no se nos escapa! —aseguró Benegas, conminándolos a salir del despacho y a ponerse a trabajar de una maldita vez.

Segunda parte

El pijo, el prófugo y el proveedor

«¡¿Aver qué cojones ha hecho ahora el pijo gilipollas este!?», volvió a mascullar mientras esperaba que le cogiera el teléfono, cada vez más cabreado. Seis o siete pitidos llevaba ya y eso lo estaba exasperando.

—Hombre, Asís, ¿qué tal? Muy buenos días. Me estaba duchando y casi no llego —contestó al fin, justificando la tardanza.

—¿Está ahí tu mujer, contigo? —le respondió cortante y severo, no eran precisamente buenos días los que se avecinaban si se cumplía su mal pálpito.

—Sí, aquí está, ¿por qué? ¿Qué pasa? —preguntó con cierta aprensión ante el tono del abogado.

—Cuelga y dile que tenga libre su teléfono —ordenó.

—Pero ¿qué pasa, Asís?, ¿pasa algo con Adela? —La aprensión había dado paso a la alarma, pero Morales acababa de cortar la comunicación.

Esperó unos segundos para llamarla. Evidentemente, Asís Morales no estaba al tanto de las cuitas y dificultades del inspector para solicitar pinchazos telefónicos; del mucho tiento que habría de observar ante los remilgos garantistas que le pondrían este o aquel juez. Eso a él le traía sin cuidado. A él le bastaba con saber que cuando un policía como Benegas se presenta en tu casa —como acababa de ocurrir— es porque algo tiene en su punto de mira, y entonces hay que actuar rápido. Supuso que tendrían bastante más que la nebulosa inconcreta de indicios, sospechas y bobadas que el inspector había medio admitido ante él, y que probablemente habría ya una investigación en marcha. Y si no era así, él tenía que actuar como si así fuese. Para eso le pagaban. Y, aunque es cierto que

mientras hablaba con Ramón no se escuchó interferencia alguna ni notó ruidos extraños, era posible que su teléfono estuviese controlado. El móvil personal y algunas líneas del laboratorio. Era mejor hablar desde uno más seguro. Marcó el número que tenía grabado en la agenda, como clienta suya que era. De inmediato, una voz al otro lado del teléfono:

—Asís, qué pasa, nos estás asustando. ¿Pasa algo con mi padre? —dio palos de ciego Adela Ripollet.

—Dile a tu marido que se ponga. Y estate tranquila. No pasa nada, ni pasará. Si hacemos las cosas como hay que hacerlas —la calmó.

Cuando Ramón López-Merchán cogió el teléfono móvil de su esposa, Asís Morales pasó a explicarle por lo menudo —con todo lujo de detalles y conclusiones de cosecha propia— la curiosa charla que acababa de tener con un inspector de homicidios. El doctor asentía contrito, sin articular palabra, entre otras cosas porque así se lo había ordenado Morales previniendo que le hubieran instalado algún sistema de escucha en el domicilio y la visita de Benegas a su castillo hubiese sido el inicio de la emboscada. Adela lo miraba con la mandíbula en tensión, hiperventilando de vez en vez.

—Pero ¿tú crees...? —iba a preguntarle, pero Morales no lo dejó terminar.

—¡Que no digas nada, joder! Ni me preguntes tampoco. ¡Que balbucees, o carraspees, o hagas lo que quieras, pero no digas una palabra, Ramón! O me dices cualquier gilipollez que se te ocurra —volvió a instarle con furia—. Yo lo que creo es que han establecido una conexión entre una cosa y otra, no sé cómo ni por qué, quizás una conexión de lo más peregrina, de acuerdo, pero la han establecido. Y en ello están, buscando algo que pueda pringarte. Así que ten cuidado, porque van a ir a por ti. Y no van a tardar mucho —le advirtió con razón—. Y ahora te pregunto: aunque esa conexión sea muy pero que muy peregrina... ¿hay algo de lo que debamos preocuparnos o algo que yo debería saber y ahora mismo no sé?

—Eeeehhh... Huummm, yooo... —balbuceó, o carraspeó López-Merchán, porque estaba tan nervioso que no se le ocurrió ninguna gilipollez coherente que decirle.

—Entiendo —asintió el abogado—. Entonces..., mira, Ramón, lo mejor es que te vengas para mi casa, no para el despacho, y hablemos tú y yo con más calma, ¿te parece?

—..... —Ese silencio y un par de sonidos guturales fue todo lo que pudo emitir el buen doctor para decir que estaba de acuerdo.

—Esta tarde no puedo atenderte porque tengo que ir al neumólogo y eso va para largo, seguro. A ver si me da ya el alta de una vez, o me permite hacer una vida medio normal —se quejó—. Pero mañana por la mañana, a primera hora, te espero aquí. Sobre las nueve, nueve y cuarto. No te retrases —se despidió Asís Morales de su recién estrenado cliente, sintiéndose completamente vivo de nuevo, otro *round* ganado al maldito coronavirus, ya hablaría él con el neumólogo o con quien hiciese falta para que la revisión de los pulmones diese como resultado «canela fina».

Nuevo cliente por un posible asunto penal, no por cuestiones financieras o económicas como ya lo era, que eso ahora sí que podía considerarse una gilipollez comparado con lo que se les venía encima. Y no estaba dispuesto Asís Morales a que nada enturbiara la buena marcha científica y comercial del laboratorio, ¡que la comisión pactada con los árabes si todo salía bien era como para solucionarle a uno varias vidas! A uno, y a sus descendientes.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa ahora, Ramón? —inquirió Adela Ripollet a su marido, con la inquietud y el cansancio de quien no tiene tranquilidad desde hace varios meses—. ¿Mi padre, otra vez?

—No, no. Tu padre no tiene nada que ver ahora. Bueno..., a lo mejor sí —se contradijo porque ya no sabía ni qué pensar—. Pero tengo que ir a ver a Asís a su casa. Mañana. A primera hora de la mañana. Sin falta.

—Pero ¿para qué? ¿Qué coño está pasando, niño? —A punto estuvo de cogerlo por las solapas para que reaccionase.

—Bueno, verás, es que tengo que contarte algunas cosillas, Adela —claudicó López-Merchán—. Algunas cosillas que a lo mejor no te van a gustar —le fue preparando el cuerpo.

Aunque esa última frase hecha —que le ha servido como acotación al narrador—, quizás no sea la más adecuada dado el tema a tratar en la conversación entre López-Merchán y su esposa.

*****

Nada más salir, hizo la llamada perdida a Benegas para que él y los subinspectores grabaran su número en las agendas de sus respectivos teléfonos. Estaba guardando el móvil en la mochila cuando el primer timbrazo la sobresaltó.

—¿Qué te ha dicho la zorra esa? —preguntó.

—Básicamente, que me vaya, que no la moleste y que no vuelva más. Y me lo ha pedido por favor. Dos veces. «Por-fa-vor» —respondió ella imitando el tono de *pelopintxo*—. Pero eso es algo que daba por descontado, como comprenderás.

—Para decirte solamente eso, has tardado mucho —calculó el tiempo desde que Alba le dijo que iba a entrevistar a Marián Larramendi y la hora de esta llamada.

—He estado hablando con la Policía —le soltó ella a bocajarro.

—¿¡¡Con la Policía!!? ¿¡Tú estás loca!?

—No, no estoy loca. Tarde o temprano había que hacerlo, no vamos a discutir otra vez sobre lo mismo. Y estas cosas..., cuanto antes, mejor —aseveró la periodista.

—¿Saben algo?, ¿qué te han dicho? ¿Han preguntado por mí?, ¿qué has podido averiguar? —la ametralló cuando comprendió que quizás llevase razón. Apenas un instante de lucidez necesitó.

—Algo saben, de eso no tengo duda; aunque me da la impresión de que aún no tienen muy claro por dónde va toda esta historia y también creo que todavía no han identificado el cadáver. Eso nos da esperanzas, ¿verdad? Poco más me han dicho o he podido sacarles —le reconoció Alba—. Y sí, sí que me han preguntado por ti. Y

también por Futuro Migrante y otras ONG's. O sea, que algo se huelen.

—¿Qué les has contado tú?

—Todo lo que podía contarles. A ver si por ahí empiezan a tirar del hilo o unen ese hilo con la investigación que ya puedan tener en marcha. Pero no sé decirte si les he lanzado yo el anzuelo, o ellos me van a utilizar como cebo a mí —receló Alba Millán.

—Alba, yo estaré todo lo pringado que tú quieras en esta movida, pero la mierda no me la voy a comer yo solo. ¡Que yo tuve la culpa, vale, lo sé, pero que llevo dos semanas encerrado y me estoy volviendo loco, ostia! Y se me está acabando el dinero y la paciencia —volvió a repetirle la misma cantinela de los últimos días, la desesperación y la ansiedad haciendo su labor de zapa.

—Tú no tuviste la culpa. Las cosas salieron como salieron y ya está. Y cálmate, que enseguida llego. Ahora lo hablamos —intentó tranquilizarlo—. Por el dinero no te preocupes, te lo he dicho mil veces. Pero quizás tengas que ir pensando que quien debe hablar con la Policía no soy yo, sino tú —también ella le reiteró lo que llevaba varios días aconsejándole.

—¡Pero antes me llevo por delante a dos o tres cabrones de esos! Los rajo de arriba abajo —amenazó.

—¡No digas eso! No digas eso ni en broma. No empeores más las cosas. Que nosotros tampoco sabemos realmente por dónde va toda esta historia —le reconvino lo más amablemente que pudo.

—Pero sí sabemos cómo va a terminar, Alba. Eso lo sabemos perfectamente: ¡el moro se come el marrón él solito y a otra cosa! —renegó de su más que probable futuro.

—Tampoco vamos a ponernos en lo peor. Vamos a esperar y ver qué pasa. Estamos haciendo lo que tenemos que hacer —contemporizó acelerando el paso para llegar cuanto antes.

—Está muerta, Alba. ¡Está muerta! Tú lo sabes igual que yo. Ella, y no sabemos cuántas más se han cargado esos hijos de la gran puta. Si es la historia de siempre. Siempre la misma historia, Alba

—se lamentó, dándole un puñetazo tan fuerte a la pared que casi se rompe el nudillo del meñique.

La historia de los desahuciados en la cuneta incluso desde mucho antes de nacer, de los que llevan tanto tiempo viviendo al filo de la navaja que ya ni sangran cuando se cortan una y mil veces; la historia de los que hasta para fracasar tienen que pedir permiso y humillar la cerviz. Eso es lo verdaderamente malo de ser pobre: que hasta por tu propio fracaso tienes que pedir perdón. ¡Como si a ella se lo tuvieran que explicar! Por eso no supo qué más decirle. Así que se agarró a lo único que al desahuciado, al pobre, al miserable, le va quedando para no explotar cada mañana en mil pedazos:

—Hemos dicho que aún nos queda una esperanza. Vamos a no derrumbarnos, Munir. Vamos a no derrumbarnos. —Y cortó la comunicación porque ya se le habían saltado las lágrimas y lo último que ella quería es que Munir la oyese llorar.

*****

Hablar con Adela le estaba sirviendo para ordenar sus pensamientos y estructurar el relato de los hechos que tendría que contarle a Asís Morales mañana por la mañana. El abogado siempre le había dicho que una duda es el primer paso para el más firme de los convencimientos, y que un matiz bien narrado son cien posibilidades de escapar. Especialmente ante un tribunal. Matices podría encontrar él muchos en este espinoso caso. Eran sus propias dudas las que lo estaban mortificando. Porque también le estaba viniendo bien el monólogo para ser consciente de la gravedad de la situación, por mucho que se empeñara en convencer a su esposa de que él, en realidad, no había matado a nadie, que hay cosas que ocurren así, y que tampoco iba a ser él el único responsable de todo lo que sucedió después, como ella comprendería mejor que nadie; intentó justificar su dudoso comportamiento con impunidad de dictadura.

Pero Adela, que en ese momento se estaba masajeando las sienes para desembotar el cerebro y así sacarlo de ese estado de

shock perpetuo en el que vegetaba últimamente, no estaba por comprender ni justificar nada. Abrió los ojos y lo miró con una mezcla de furia y estupor cuando lo escuchó decir que, aunque tenía la conciencia muy tranquila, lo mejor era cortar todo este asunto de raíz y taparlo lo antes posible, que había muchas cosas en juego, como ella bien sabía.

—¡Claro que lo sé, no me trates como si fuera imbécil! —le gritó—. Tapar este asunto —lo remedó con soniquete irónico—. ¿Cómo? ¿Cómo lo vas a tapar? ¡Si ya tienes a la puta Policía detrás!

Ramón López-Merchán iba a retomar sus argumentos tranquilizadores cuando sonó la primera llamada en su teléfono móvil. Vio la leyenda «número oculto». Un prepago. Otra vez él, y en el peor momento. Se quedó en silencio, todos los músculos faciales en tensión. Supo que tenía que contestar, porque no hacerlo sólo le podría traer complicaciones. Más complicaciones aún. Es lo que tiene la desesperación. «Quizás fuese mejor así», pensó; darse una mínima tregua, empezaban a diluirse los matices, las dudas convincentes y las escapatorias en la conversación con su mujer. Así que empezó a memorizar la sarta de frases comunes y gilipolleces recomendada por su abogado.

—Dime, qué tal, ¿cómo van las cosas? —intentó parecer lo más cortés posible.

—Para eso llamaba yo —le dio igual la cordialidad al interlocutor—. Para preguntarle si las cosas van o han dejado de ir.

—Eehhh... —empezó a dudar qué contestar, caso de que debiera contestarle algo—. Hombreee..., claro que van. Despacio, pero van. Tú ya sabes cómo funciona esto.

—Ese es el problema: que no sé cómo funciona toda esta mierda. Pero tengo ojos para ver, y veo que las cosas van a peor. Y que si no hace usted algo, ya sabemos cómo termina todo. Eso sí que lo sabemos, ¿verdad? —replicó con dureza—. Y eso no nos conviene a ninguno de los dos.

—Eeehhh... Huuummm, estooo... —aplicó López-Merchán el manual de su abogado—. Sí, sí, claro. Digo, no, no; claro.

—¿Perdón? No entiendo. ¿Pasa algo? —empezó a sospechar desde el otro lado de la línea telefónica.

—No, no, qué va a pasar —le mintió Merchán—. Déjalo todo en mis manos. ¿He fallado yo alguna vez?

—No. La verdad es que no ha fallado alguna vez. Ha fallado usted muchas veces. Cada día que pasa es un fallo, doctor. Cada día que pasa —le recordó con acidez y mucho retintín en el tratamiento profesional.

—Buenooo, eehhh..., depende. A veces sí, y a veces, no —contemporizó el médico.

—Y el que siempre ha cumplido con el trato he sido yo, se lo recuerdo. Cada vez que me lo pedía. Y han sido muchas veces, doctor. Muchas veces —de nuevo ese tono insolente que tanto empezaba a irritarle.

—Yaaa, perooo...; buenooo. A veces hay que saber parar —balbuceó, pero lo que Merchán no sabía cómo diablos parar era esta maldita conversación que tanto lo estaba incomodando ante la atónita mirada de su mujer.

Al otro lado de la línea telefónica se produjo un silencio. Sus iniciales sospechas pasaron a convertirse en una sólida certeza: algo raro estaba ocurriendo. Y él intuía muy bien qué podía ser. O era eso, o le estaba dando largas y vacilándole. Sinceramente, y por muy peligroso que les resultara a ambos, prefería lo primero.

—¿También han ido a por usted? —le preguntó, pues él sabía mejor que nadie que la Policía intentaba establecer conexiones entre los restos encontrados en Chinales y algún asunto relacionado con esas menores que tanto necesitaba Merchán.

—Eehhh, no sé de qué estás hablando, francamente —contestó Merchán.

—Ah, no lo sabe —aseveró—. Ahora no lo sabe, claro.

—..... —De nuevo varios sonidos guturales, como en la anterior conversación con su letrado. Eso fue lo único que pudo articular el médico.

—Pero sí sabe que ahora ya no podemos parar —le advirtió—. Y que no me va a dejar solo a estas alturas. ¡Eso sí que no!

—Eeehhh..., mira, estooo..., no sé... Estas cosas no se pueden tratar así. Mejor nos vemos un día y ya lo vemos —intentó Merchán ir concluyendo—. Ahora tengo que dejarte, ¿vale?

—¡Ni se le ocurra dejarlo, y ni se le ocurra colgarme! ¡Aún no hemos terminado! —le gritó.

Pero ya no había nadie al otro lado del hilo para escuchar bravuconadas, insolencias o amenazas. López-Merchán acababa de colgar. Aún estaba pensativo, mirando al suelo, escrutando la nada infinita que, al parecer, se escondía en el punto exacto donde se unían cuatro baldosas de su salón.

—Que quién era, Ramón —le preguntó Adela.

—Nadie —le contestó él—. Un proveedor. ¡Bastantes problemas tenemos encima como para estar pendientes de tonterías como ésta! —zanjó el tema.

Pies de plomo

Con todo lujo de detalles y alguna que otra conclusión personal fruto de su larga experiencia como investigador para mejor redondear el relato —y así evitar reproches y requiebros que le dificultasen el ulterior trabajo—, Benegas le fue contando a su comisario todos los pasos que les habían conducido a la situación en la que en estos momentos se encontraban.

—O sea, un caso que empieza a bifurcarse en dos. ¿Eso es lo que me quieres decir?

—O quizás en más —ahondó Benegas—. Depende de las ramificaciones que vayan surgiendo por el camino.

—Ya, pero a ver si nos centramos y a mí me van quedando las cosas medio claras —intentó el comisario Espadas sistematizar el aluvión de datos, nombres e informaciones suministradas por Benegas—: Tenemos los restos de una chica, aparentemente menor de edad, cuya muerte podría estar relacionada con ciertas investigaciones de un laboratorio de biología molecular para encontrar la proteína no sé qué —no consiguió recordar Espadas la palabra *telomerasa*—. Eso nos llevaría a López-Merchán a través del testimonio de varias doctoras relacionadas con ese tipo de investigaciones, ¿voy bien?

—Va bien, jefe. Pero no son únicamente los testimonios. El nivel científico requerido para ese tipo de investigación sólo lo tiene en Córdoba y alrededores el laboratorio de López-Merchán. Bueno, y el Instituto Internacional de Biotecnología. Pero a esos les faltan huevos para hacer lo que está haciendo Merchán y, además, al ser un ente público están sometidos a todos los controles del mundo.

—Perfecto. Y luego están los factores tiempo y dinero —remachó Espadas.

—Que también apuntan en la misma dirección. Mucho dinero invertido y poco tiempo para rentabilizarlo: ocho meses, en concreto —razonó el inspector—. Y el que apunta es Asís Morales. O sea, que más vale que nos andemos con ojo.

—Del teléfono del abogado, olvídate, Benegas —le adelantó el comisario—. Si le pido eso a Montesinos, a ti te corta las alas en el caso, y a mí las pelotas.

—Eso lo doy por supuesto, jefe. Pero el móvil de López-Merchán y el de su despacho en el laboratorio nos serían de mucha utilidad. Y eso sí estaría más que justificado, ¿no cree? De hecho, Marita está en ello en este momento. A ver si así podemos establecer una conexión entre la menor fallecida y el sospechoso.

—Lo cual nos llevaría a la segunda variante del caso, ¿correcto? —profundizó en su esquema Espadas—. Porque, según tú, esa menor fallecida podría estar relacionada, al mismo tiempo, con una trama de explotación sexual de menores organizada por responsables de Servicios Sociales a través de un proxeneta marroquí.

—Así es. Munir Bossuani —confirmó Benegas—. Un exmenor tutelado por ellos. Y no estoy afirmando que Merchán esté necesariamente relacionado con esa trama, jefe —quiso dejar claro—. Aunque tampoco podemos descartar que supiera algo, o participara de cierta manera, y utilizase a alguna de esas menores para sus experimentos.

—Porque la menor pudo morir como consecuencia de alguna intervención en el laboratorio; de hecho, la forense asegura que murió desangrada, pero también en alguna de esas orgías, fiestas o como queramos llamarlas. Eso también es correcto, ¿verdad, Benegas?

—Son las hipótesis con las que trabajamos —le confirmó el inspector.

—¡Joder, pero no tenemos ni una puñetera prueba que sustente toda esta historia que nos estamos montando! Salvo la declaración de una dudosa periodista que, además, sospecháis que esté implicada en el asunto —le espetó Espadas.

—Por eso nos urge lo de los teléfonos, jefe. Y le pido que nos eche una mano, o las dos, si Montesinos se nos pone remolón; y por eso voy a ir mañana a hablar con López-Merchán. A su casa, no lo vamos a citar a declarar aquí, en la comisaría. Por ahora. Pero depende de lo que me cuente, quizás me lo tenga que traer para acá; eso lo sabe usted como yo —martilleó Benegas sus razones para pedir el respaldo de su superior.

—De acuerdo. Con Merchán haz lo que tengas que hacer, pero tampoco le aprietes mucho, dado lo poquito que tenemos —recomendó Espadas—. Y con respecto a lo otro, pues vamos a andarnos con mucha prudencia y a atar cada cabo suelto con cadenas de hierro si hiciera falta, ¿entendido, Benegas? Este tipo de escándalos se sabe cómo empiezan, pero no cómo acaban. Y no tenemos ni idea de a quién nos podemos encontrar en el reservado de una de esas fiestas —lo embridó el comisario, mostrando sus temores por esta variable del caso.

«Cómo acaba la fiesta y, sobre todo, a quién puede salpicar», se malició Benegas. Y es que, tal como él se barruntaba, no fue la posibilidad de investigar a López-Merchán y a su laboratorio de ciencia ficción la que más preocupó al comisario —aunque también lo hizo, dadas las conexiones sociales y económicas del sospechoso en una ciudad donde el pedigrí sigue siendo fundamental—, sino la posible lista de implicados de un modo u otro en las orgías con menores tuteladas y a cargo del erario público. Bien sabía Benegas la razón última que atemorizaba al viejo zorro de su jefe: a punto del retiro y tras muchos años de servicio, el muy taimado tenía aspiraciones políticas; le daba igual si en las filas del PSOE, del PP o de VOX, el primero que le lanzara la oferta. De hecho, su nombre llevaba un par de años sonando para un cargo de libre designación en el Ministerio de Interior o en alguna subdirección general de la

Junt'Andalucía. Eso quizás fuese picar muy alto, porque con una buena concejalía relacionada con la Seguridad se daría por más que satisfecho. Y en semejante amplitud de miras tenía razón el buen hombre respecto a no tener preferencias o simpatías por ningún partido en concreto, pues, llevándose bien con todos, algo caería llegado el momento, pensaba Espadas, rezándole a todo el santoral para no encontrarse con ningún político de alto cargo o baja bragueta tras las gruesas cortinas del reservado donde se prostituía y drogaba a las *cuasi*menores.

Todo eso pasó por la mente de Benegas en apenas un segundo. Quizás en su subconsciente, desde que Alba Millán fue a verlos, e incluso antes —desde sus iniciales visitas a El Brillante y la posible conexión de Merchán con el caso—, él intuía que este era el verdadero muro a franquear: las reticencias y trabas que Espadas pudiera ponerles en la investigación como consecuencia de su acercamiento al poder, de sus fundadas aspiraciones de pertenecer a esos círculos. Por eso había ido retrasando tanto enfrentarse a ese muro invisible, una mera excusa el garantismo o la soberbia del juez Montesinos. Eso a él se la traía al pairo. Lo que sí le preocupaba, siendo completamente sincero y honesto consigo mismo, es no estar del todo seguro de las decisiones que tomaría su superior si, en un momento dado, las pruebas incriminatorias contra algún sospechoso afectasen a esas aspiraciones. Pero se guardó muy mucho de decir nada de eso. Educado como estaba en los Salesianos y de natural cortés, lo único que contestó fue:

—Entendido, jefe. No se preocupe que, desde el principio, vamos con pies de plomo.

Lo cual era verdad. Luego, se levantó y salió del despacho del comisario, camino de las plantas inferiores, las destinadas a ese común de los mortales que intentan no mezclar las componendas ni el tacticismo político con el honrado resultado de su trabajo diario. Pero lo hizo muy lentamente, de manera muy trabajosa, como si varias toneladas de ese pesado metal lastraran ya cada uno de sus pasos.

Conforme bajaba las escaleras, Benegas no supo si sonreír por lo patético de la situación o asquearse por la misma razón. «La vida es como es y yo no he inventado las reglas del juego», solía decirse para sus adentros cuando se enfrentaba a circunstancias que escapaban a su control. Y últimamente habían sido bastantes en muy poco tiempo, se acordó de la enfermedad de Blanca. «En fin, ya veremos cómo termina este asunto», se dijo también, esperando que en estas casi dos horas que había estado despachando con Espadas, Marita hubiese tenido suerte con su señoría y Vázquez hubiera puesto al menos los cimientos con que iniciar una sólida y concluyente investigación sobre Alba Millán. Ahí estaba el probo de Andrés, Benegas lo vio mientras se dirigía a su despacho, en la gran sala donde se repartían las mesas de trabajo de los subinspectores y oficiales y brujuleaban los «básicos»; encorvado sobre su ordenador, contrastando datos y verificando váyase uno a saber qué información sobre esa extraña periodista que aún no tenían muy claro para qué demonios se había presentado ante ellos esa misma mañana.

*****

—No, eso no procede, oficial Céspedes. Y yo no se lo voy a autorizar, como usted comprenderá —fue tajante Montesinos—. Como mucho, la línea que usa personalmente en su despacho. ¡Como mucho y siendo muy escrupulosos! Pues a él, y solamente a él, afecta la investigación —recalcó.

—Eso no lo podemos asegurar, señoría; por eso solicito que sean todas las líneas del laboratorio —insistió Marita—. No sabemos si hay más implicados.

—Mire, si nos ponemos a discutir sobre tecnicismos jurídicos lleva usted las de perder. Porque coincidirá conmigo que, del mismo modo que puede haber más implicados, como usted dice, también puede no haberlos, y si intervengo sus comunicaciones estaríamos vulnerando los derechos de muchos inocentes —se mantuvo en sus

trece Montesinos para desesperación de Marita, quien, por un instante, sopesó la idea de darle ese par de besos recomendados por Benegas, de tornillo tendrían que ser para que cediera, y decirle lo mucho que lo idolatraba su jefe.

—Lo entiendo, lo entiendo —concedió intentando disimular su contrariedad—. Pero, respecto a los registros... —volvió a la carga, pero a eso ya no estaba dispuesto el juez.

—Señora Céspedes, ¡deje de apretar ya! —exclamó Montesinos irritado—. No voy a autorizar registro alguno en un organismo público o en una empresa privada, y mucho menos en un domicilio, sin una base probatoria bien fundamentada. Y ustedes no la tienen en este momento.

—Pero los indicios son más que contundentes —se defendió Marita, intentando arañar en el último minuto algo más de lo que ya tenía.

—Y muy lógicos y racionales, no se lo discuto. Están ustedes haciendo un muy buen trabajo —alabó su señoría, intentando rebajar el ambiente—. De ahí que les autorice el control de los teléfonos. Pero ya tiene usted todo lo que necesita y yo le puedo dar en este momento —nada sutil manera de decirle a Marita que la reunión había concluido y debía largarse.

—Perfecto —asintió ésta, levantándose—. Le iremos informando de cualquier avance, señoría.

—Como debe ser —remachó el Ilustrísimo.

Pero no era altanería o petulancia, sino una especie de broma del magistrado, que incluso arqueó levemente la comisura de los labios en algo parecido a una sonrisilla. En cualquier caso, a Marita no le dio tiempo a constatar si era una cosa u otra, tan rauda salió del despacho del juez. ¡Estaba segura que el muy capullo era capaz de recitarle de memoria el artículo de la Ley de Enjuiciamiento Criminal que establece la obligación de mantener informada a la autoridad judicial en todo momento y bajo cualquier circunstancia!

*****

—Y no hubo manera de sacarlo de ahí, jefe —rezongaba su frustración Marita, ya en el despacho de Benegas, a la espera de que su marido terminase de verificar unos datos en el ordenador y se les uniese—: que si pinchar todas las líneas podría ser revelación de secreto, que si vulneramos el derecho a la comunicación, que si señora Céspedes por aquí, que si señora Céspedes por allá; ¡por favor, qué tío!

—Tenemos sus cuentas, sus teléfonos personales y también el de Munir. Tampoco está tan mal, Marita —repuso el inspector.

—No sé yo si nos va a servir de algo pinchar el teléfono de Bossuani. Entre las tarjetas prepago que están de oferta en el mercado negro y que esta gente se compra un móvil cada día, fácil no va a ser, desde luego.

De ese halo de pesimismo la sacó el subinspector Vázquez, que entró al despacho de sopetón y sin llamar, diríase sobre las olas de un torrente de entusiasmo. Se quedó mirando a ambos muy fijamente, afirmando con la cabeza como si estuviera convenciéndose a sí mismo de una verdad insondable, un atisbo de sonrisa complaciente le brillaba en los ojillos chispeantes.

—¿Interpretamos que tienes algo, Andrés? —le preguntó Benegas, cáustico.

—Interpretáis bien —respondió Vázquez—. ¿Sabéis lo primero que he hecho cuando os habéis marchado los dos?

—Eeehhh, ¡no! —respondieron al unísono—. ¿Pipí? —se burló Benegas.

—Ja, ja, ja; no, hombre, no. A eso no me ha dado ni tiempo —no pudo evitar la carcajada el subinspector ante las gansadas del jefe—. Alba Millán es periodista, ¿verdad?

—Eso dijo ella —constató Marita.

—¿Y quién puede saberlo todo sobre periodistas, periodismo o lo que haga falta en esta ciudad? —preguntó al tendido Vázquez.

—Juan Rodrigo Jiménez —le respondió el inspector sin dudar.

Su viejo y querido amigo Juan Rodrigo Jiménez, alias «Rodri», ya jubilado de la profesión y sus cabronadas, sabueso emérito al que

todos los periodistas de la ciudad tenían en un pedestal porque con todos había trabajado, se había peleado o bebido cien whiskies antes de que cerraran el último bar; un tipo entrañable, desaliñado, aficionado a los churros con chocolate y fumador empedernido que había dado tumbos por todas las cabeceras cordobesas desde la Transición —ya fuesen diarios o revistas semanales—, se había pateado todas las emisoras de radio de la provincia y había puesto en marcha las incipientes televisiones locales a finales de los noventa y principios de los 2000. De una incluso llegó a ser director. Dos o tres meses duró en el cargo. A él lo que le gustaba era la calle, el cuerpo a cuerpo y el ambiente canalla. Gracias a sus contactos e intuición, a Benegas le fue de gran ayuda en uno de los casos más endiablados que le cupo en mala suerte resolver: «Quién mató a Frankie Jurado», aquel turbio asunto de compraventa de premios literarios entre mediocres escritores, con bancos y cajas de ahorros a punto de quebrar de por medio. «Una verdadera jodienda donde todos perdieron», recuerda Benegas con pesar.

—Pues lo primero que he hecho es llamarlo.

—¿Y cómo sigue ese viejo golfo? ¿Conoce a Alba Millán? —se interesó el inspector, al ver que Andrés iba bien encaminado.

—Superficialmente. Apenas coincidieron unos meses en Onda Guadalquivir, la tele local. Él estaba a punto de jubilarse y ella entró como meritoria, con contratos en prácticas y cosas por el estilo. Pero, aun así y todo, Rodri habla muy bien de ella —se detuvo un instante en la narración Vázquez, preparando a sus interlocutores para lo que iban a escuchar—. Porque no es fácil que alguien con una vida tan complicada salga adelante como esa chica lo ha hecho, me dijo.

—Complicada —repitió Benegas—. ¿Es lo que imagino?

—Desde los once o doce años, jefe. En casas de acogida, con familias, siempre de un lado para otro. Su madre perdió la patria potestad por desatención y alcoholismo.

—¿Una de esas casas de acogida fue Futuro Migrante? —ahondó Benegas.

—No, señor —negó Vázquez—. Estuvo siempre en centros públicos dependientes de la Junta. Es lo último que he estado comprobando. Pero hay un dato que me ha llamado la atención, jefe, y que no tiene nada que ver con las casas de acogida ni con su vida anterior, sino con la actual —nuevo impás de suspense por parte del subinspector—: su dirección. Alba Millán vive desde hace año y medio en Gran Vía Parque, justo encima de la sede de Cajasur donde Munir Bossuani retiró el dinero de su última paga o pensión. He mandado a Maqueijan con dos agentes para que vigilen toda la noche el portal —concluyó su informe.

—¡Vaya, vaya, vaya! —exclamó Benegas su satisfacción—. Pues la vas a llamar y le vas a decir que, como nos ha caído tan simpática, queremos volver a hablar con ella —lo instó—. Pero más le vale que esta vez sea de verdad y sin medias tintas. A las ocho en punto la quiero aquí, Andrés. Si te pone objeciones o ves que quiere escaquearse, le dices que o viene o le mandamos un coche patrulla para que se monte en el asiento de atrás junto a un abogado; ella decide. ¡Verás qué rápido lo hace! La lleváis a una sala de interrogatorios y que esté allí media horita, pensando lo que más le interesa. Yo intentaré estar aquí en cuanto me sea posible. Mañana Blanca empieza otro ciclo de radioterapia y quiero estar con ella en el hospital, al menos un rato —les adelantó el motivo por el que igual se retrasaba un tanto.

TERCERA PARTE

Guapa y «*echá pa'lante*»

Si bien era cierto que los acontecimientos se estaban precipitando de un tiempo a esta parte y Benegas cada vez tenía más frentes que atender, al menos los hechos parecían seguir un difuso orden cronológico —en absoluto establecido por ellos, sino por el azar o la fortuna— para que el inspector pudiera estar presente en aquellos que verdaderamente necesitaban que los gestionase y dirigiese él. Y así, aunque su intención inicial para esa mañana era hablar a primera hora con López-Merchán —acudiendo a su domicilio para no incomodarlo demasiado ante sus trabajadores—, dicho propósito quedó truncado cuando Vázquez llamó a Alba Millán y esta no puso objeción alguna en acudir a comisaría a las ocho en punto. «No hace falta mandarle el coche patrulla, jefe. Parecía estar esperando nuestra llamada», anunció Vázquez a Benegas y a su mujer, quien en ese mismo momento llamó al laboratorio LM Gen Biotech y habló con la secretaria del doctor, que vino a decirle que tan temprano no podía ser, «imposible, porque don Ramón ya tiene un compromiso», aunque no podía aclararles cuál porque a ella nada le había comentado; pero que a partir de media mañana estaba a su disposición para lo que gustasen; no sabía la buena mujer que a las nueve en punto su eximio director jefe tenía que acudir al despacho de Asís Morales sin dilación, a que éste lo aleccionara sobre lo que debía declarar cuando lo citase ese maldito tocapelotas que andaba tras él. «Así me da tiempo a interrogar a los dos, tras llevar a Blanca al hospital», se dijo Benegas camino de su casa, conduciendo tranquilamente por avenida de la Victoria y Ronda de los Tejares tras la agotadora jornada.

Cuando llegó, constató que los sobresaltos y disgustos no terminaban al salir de comisaría, pues Blanca tenía fiebre y no se encontraba del todo bien, estado que perduró durante buena parte de la noche y a punto estuvo de obligarles a llamar al servicio de Medicina Interna para suspender la sesión. Por suerte, tras conciliar un sueño veleidoso y entrecortado, la fiebre remitió, la medicación acabó con las náuseas y Blanca se recuperó definitivamente ya en el coche, cuando el viento fresco y primaveral de la incipiente alborada andaluza la besó en el rostro y le recordó que aún seguía viva.

Estuvo con ella hasta que unos celadores la llevaron en camilla a la sala de radiación propiamente dicha, donde los acompañantes tenían vedado el paso por su propia seguridad, y vio cómo la introducían en una especie de nave espacial que dirigiría rayos y átomos contra los restos tumorales que pudieran quedarle. En lo más profundo de su corazón, Benegas estaba convencido de que todo iba a salir bien —no sabría describir esa insensata intuición que tuvo justo en el mismo instante en que Blanca recibió el diagnóstico—, de que todos estos durísimos tratamientos y sus peligrosos efectos secundarios eran el peaje obligatorio para que todo volviera a la normalidad, pero suspiró profundamente y cerró los ojos durante unos segundos, maldiciendo que fuese el cuerpo de su mujer el flagelado por el dolor y la enfermedad, musitando algo parecido a una plegaria.

Poco más le quedaba por hacer en el hospital. Blanca le había asegurado que podría regresar perfectamente en taxi si no había complicaciones, así que salió como pudo del atestado aparcamiento y enfiló camino de comisaría. Colegios y gente rumbo a sus trabajos; tráfico muy denso a esas horas en las principales arterias de la ciudad. Eran las ocho y veinte cuando llegó a su despacho. Si todo marchaba según lo previsto, Alba Millán debería llevar más de un cuarto de hora cavilando en la sala de interrogatorios.

—Me ha dicho el subinspector que querían ustedes verme —fue la forma de presentarse de Alba Millán cuando Vázquez la subió al

despacho del jefe. Jovial y desenfadada, el truco de la primera vez. Pero ahora no le funcionó, fácil intuir una cierta sobreactuación y una sonrisa demasiado forzada—. ¿No irá a detenerme, verdad?

Benegas se quedó mirando el medio cuerpo que asomaba por la puerta entreabierta y le contestó:

—Tú verás, Alba. Si empiezas con las milongas y no nos cuentas lo que queremos saber, a lo mejor no nos dejas otra opción.

—Pues, usted dirá —concedió Millán, sentándose, repentinamente muy seria.

—No. Tú, dirás; que no es lo mismo, Alba —golpeó Benegas la mesa con la palma de la mano, sobresaltando a la chica—. Tú dirás, y nos explicarás, por qué no nos dijiste nada sobre tu pasado en los centros de acogida que ahora investigas; ¡qué casualidad!; tú nos dirás y nos explicarás por qué mentiste cuando te preguntamos si conocías a Munir Bossuani, que cobra su pensión en el banco que hay justo debajo de tu casa; ¡otra casualidad!, y al que muy probablemente tengas escondido en tu piso o vaya a visitarte muy a menudo. ¿Qué es? ¿Tu novio? —disparó Benegas la primera andanada con la munición que ayer le suministró Vázquez y la que acababa de proporcionarles Maqueijan tras una noche de vigilia frente al domicilio de Millán.

En efecto —le aseguró el veterano policía—, a través de las ventanas de un piso de la primera planta que había justo encima de la sucursal bancaria sometida a vigilancia, casi un entresuelo, pudieron observar algo parecido a una discusión entre dos personas, hombre y mujer. Y, aunque no pudieron escuchar su acento, el sujeto encajaba en los rasgos del prófugo Munir. Posteriormente, a lo largo de toda la madrugada, nadie salió del domicilio. Bossuani debía seguir allí, concluyó Maqueijan. Por eso Marita estaba otra vez en el despacho del juez Montesinos —no creía el inspector que les volviese a denegar una orden de registro domiciliario— y un coche patrulla vigilaba discretamente la zona. Muy discretamente, tampoco hacía falta que Munir se pusiera más nervioso de lo que ya estaba.

—¿Por qué, Alba? ¿Por qué? Siempre es la misma pregunta —intervino Vázquez—. Y también: ¿de qué? ¿De qué conoces a Bossuani y a la chica desaparecida? Porque los conoces, ¿verdad? —dirigió el interrogatorio el subinspector.

—Sí, sí que los conozco —admitió, cabizbaja—. Pero no es lo que ustedes creen.

—Nosotros no creemos nada. Por eso hacemos tantas preguntas —la cortó Benegas. Era evidente que hoy le tocaba hacer de poli malo, más suave y tranquilizador Andrés. Tampoco le iba a costar mucho: entre el hospital, el tráfico y las mentiras de la periodista se había puesto de muy mala hostia.

—¿Y por qué nos mentiste? —volvió a preguntarle Vázquez.

—Porque estoy muy asustada, subinspector. Porque no sé cómo manejar todo esto ni cómo va a terminar este asunto, pero seguro que termina mal. Lo siento aquí —y se dio varios golpes con la punta de los dedos a la altura del corazón—. Ni siquiera sé muy bien qué está pasando ahora mismo con toda esta mierda que tengo encima; no sé dónde está Nazaret, si es ella la chica muerta que encontraron en Chinales, no sé nada —se sinceró—. Y tengo miedo. ¡Mucho miedo de que me la hayan matado!

—Nazaret qué más. ¿Quién es? ¿Una de tus confidentes? —preguntó Benegas bajando el tono al ver que la chica empezaba a derrumbarse.

—Nazaret Cortés —contestó Alba—. No, no es una de mis confidentes. Bueno, quizás sí. Mi confidente, mi amiga, mi hermana, mi... ¡todo! —Se vino definitivamente abajo y rompió a llorar.

Vázquez y Benegas se miraron. Debían parar un instante, concederle una mínima tregua.

—¿Quieres un vaso de agua? —le ofreció Benegas y la chica asintió—. Si no te importa, Andrés —requirió a su subinspector que se lo trajera—. Y dile a Sampedro que venga, por favor.

Vázquez salió y no tardó ni un minuto en cumplir los dos encargos.

—Toma, aquí tienes —le tendió un vasito de plástico. Alba bebió y se recompuso, secándose las lágrimas con un pañuelo de papel que le ofreció Sampedro.

—Pepe, llama al Anatómico y dile a Sanchís que se pase por mi despacho con el kit completo, hazme ese favor —le ordenó Benegas que buscase a la nueva forense—. Y, si puede darse prisa, le quedaríamos muy agradecidos. Díselo.

—¿Estás ya mejor? —se interesó Vázquez antes de continuar.

Alba Millán asintió, bebiendo otro pequeño sorbo de agua.

—Bien. Vayamos por partes, Alba —intentó Benegas centrar su discurso para ordenar los acontecimientos—. Dices que los restos sin identificar podrían ser los de tu hermana, que lleva un tiempo desaparecida y que se llama Nazaret Cortés. Pero no tenéis el mismo apellido —observó el inspector.

—Somos hermanas por parte de madre. Técnicamente, hermanastras. Nuestro apellido en común es el segundo: Montero. Yo a mi padre ni lo conocí, se largó poco después de que yo naciera. Y el de Nazaret es un cantaor flamenco medio gitano que estuvo una temporada con mi madre y del que hace tiempo no sabemos nada. Al menos, la reconoció en el registro y estuvo unos años con nosotras, yendo y viniendo, como quien dice. Entrando y saliendo, discúlpenme la expresión.

—Ya. Entiendo —se hizo cargo el inspector de la situación familiar que ya conocían.

—No, no creo que lo entienda, inspector; perdone que se lo diga —repuso Alba con la mirada perdida en la pared del fondo—. Porque es muy difícil entender que tu madre sólo te hable, y eso cuando podía hacerlo, para decirte que te vayas a otra habitación o a la puta calle mientras se la están follando por delante y por detrás los dos borrachos que ese día había conocido en el bar, ¿sabe usted? Para una niña es muy difícil entender que no te lleven al cole como a los demás, que no sepas ni el día en que vives, ni si es la hora de la merienda o de desayunar... Es muy difícil entender y explicar que para Nazaret y para mí fuese una liberación que la Junta le quitara la

tutela a nuestra madre y perderla de vista para siempre. A tu propia madre. Todo eso es muy difícil de entender, inspector, porque tiene muy difícil explicación. Muy difícil. Por lo menos para mí.

—Tú tienes veintitrés. ¿Qué edad tiene Nazaret? —preguntó Vázquez tras el prolongado silencio que siguió a las últimas palabras de Millán.

—Tres menos —contestó—. Acababa de cumplir veinte cuando desapareció.

Vázquez y Benegas volvieron a mirarse. Veinte años. Ya hacía dos que había dejado, legalmente, de ser menor. Quien quiera que estuviese detrás del entramado de abusos sexuales y proxenetismo en los centros de acogida no era tonto, desde luego, y conocía muy bien la ley. Todos esos factores —mayoría de edad, prestación libre del consentimiento y bla-bla-blá— podrían complicar una ulterior investigación del caso, así como las distintas penas que pudieran corresponderles a los implicados, hasta dejarlo prácticamente en nada.

—Bien, Alba. Mira..., ahora va a venir la forense y, si tú das tu permiso, te va a tomar unas muestras de ADN para cotejarlas con el de la fallecida; ¿te parece? —preguntó Benegas y la chica asintió—. Mientras llega, cuéntanos desde el principio de qué conoces a Munir Bossuani y cuál es su relación con tu hermana Nazaret.

—Es su novio. No el mío, como usted dice. Munir es el novio de mi hermana —aclaró Alba.

—¿Desde hace...? —quiso saber Benegas.

—Desde hará dos o tres años, por lo menos. Se conocieron en el centro de Futuro Migrante, el último donde estuvo Nazaret, que acoge a menores nacionales y extranjeros. Yo ya no estaba con ella porque era mayor de edad y empecé a estudiar y a trabajar por mi cuenta, a buscarme la vida. Pero fue allí donde se conocieron.

—Era su novio, pero se dedicaba a chulearla —apretó Benegas.

—Al principio. Como a otras tantas. A eso se dedicaba Munir desde antes de salir de los centros de acogida: a mover chicas para

fiestas y puticlubs de lujo; eso ya lo saben ustedes porque se lo he dicho yo —aseveró Alba—. Pero después, no. Después, ya no.

—Porque se enamoró de ella.

—Se enamoraron. ¿Tan extraño le parece, inspector? —un tanto molesta la chica por el tono, a pesar de que Benegas no hizo el comentario con ironía ni chanza.

—¿Por qué iba a parecérmelo? —se defendió, sorprendido.

—Disculpe, son los nervios. No quise...; créame.

—No pasa nada, Alba; es comprensible —intervino Vázquez, dando continuidad al interrogatorio.

—Munir la quería. O la quiere, ya no sé ni cómo decirlo —a punto de echarse a llorar otra vez, Alba—. Y Nazaret está loca por él. Por eso sé que no se ha marchado por propia voluntad, que le ha pasado algo. Querían irse los dos y empezar una vida nueva lo más lejos posible. Pero eso cuesta dinero, inspector, mucho dinero. Y por eso seguían haciendo lo que hacían. Aunque Munir intentaba protegerla: no quería que fuese ya a más fiestas ni, por supuesto, que siguiera yendo al laboratorio cada equis tiempo...

—Te refieres al laboratorio LM Gen Biotech —la cortó Benegas, a punto de levitar. Es lo que solía ocurrirle cuando se alineaban varias coordenadas del universo y él encontraba eso que llamamos una conexión entre dos puntos aparentemente muy alejados entre sí, tan alejados y distantes como las malditas coordenadas del universo infinito, por ejemplo.

—Sí, a ese. Y a algunos otros también —afirmó Millán.

—¿Gymné Oviplús podría ser uno de esos otros? —intervino Vázquez.

—Podría ser. Creo que sí —dudó un tanto, Alba—. Pero a esa clínica y a otras parecidas íbamos a hacer donaciones de óvulos, lo normal si quieres sacar un dinerito. Digo «íbamos» porque yo también lo he hecho —les confesó—. Pero lo de Biotech no tiene nada que ver con eso. Nada de nada. Nazaret no entraba en detalles, quizás para que no me preocupara, pero una no es tonta y tiene ojos, ¿saben? Y había veces que se pasaba un par de días en

la cama y se encontraba regular tirando a mal cuando terminaba uno de esos tratamientos, o lo que sea que le hicieran allí.

—Nos consta —le confirmó Vázquez—. Agradable no debía ser, desde luego.

—Por eso Munir quería que lo dejase. ¡Cuanto antes! Incluso prefería que siguiera yendo a fiestas antes que a esa mierda. Y ella que si era un dinero que no podían despreciar, que si esto, que si lo otro. Y entonces discutían y discutían..., porque serán muy diferentes en casi todo, pero en cuanto a carácter son almas gemelas.

Justo cuando Alba mencionó el nombre del marroquí, se abrió la puerta del despacho y apareció Marita, sonriente.

—Ya lo tenemos, jefe. Montesinos me la acaba de firmar —se ufanó, mostrándoles la orden que permitía el registro domiciliario en el piso de Alba Millán.

Benegas le explicó a la interrogada lo que Marita acababa de conseguir y si tenía algo que alegar al respecto.

—No hace falta una orden judicial, inspector. Podrían habérmelo pedido y ya está. Munir, en efecto, vive en casa, conmigo. Desde que Nazaret desapareció. No es tonto y sabe cómo funcionan las cosas. Está tan asustado como yo. O más. Es un golfo y ha podido hacer muchas tonterías en su vida, no lo negaré, pero no es un asesino. Y no le haría nada a Nazaret, de eso estoy segura. Si ustedes quieren, en cuanto terminemos, nos vamos para allá y yo misma les abro la puerta.

Benegas y sus subinspectores se miraron. Podían perfectamente enviar a Sampedro y Maqueijan a la casa, o a un coche patrulla, y que lo trajeran de inmediato. Pero no sería mala opción que fuese Alba quien los llevara al domicilio, con calma, con tranquilidad, sin alharacas policiales, y hablase antes con él si hiciera falta.

—Así lo haremos —afirmó Vázquez en nombre de los tres.

—Dime una cosa, Alba —quiso saber Benegas—: Si Munir no la ha matado, ¿qué crees tú que le ha podido pasar a Nazaret?

—No lo sé, inspector. No tengo ni idea. ¿Para qué cree que vine a verlos ayer? —replicó la chica.

—Pero alguna teoría tendrás, ¿no? Tienes entre ceja y ceja a Marián Larramendi. ¡Por algo será! —prosiguió Benegas.

—Esa zorra está metida hasta las trancas en la organización de orgías y fiestas con prostitutas, inspector. Ella, algún jefe de servicio muy pez gordo y un par de directores y educadores de centros. Esos son los que mueven el cotarro. ¿Por qué cree usted que se vino de Navarra tan a la carrera? Para tapar una movida muy chunga que tuvo allí con niños de doce o trece años de por medio, inspector. Así funciona esta gente: perro no muerde a perro y se tapan las vergüenzas unos a otros. Munir dice que esa le pega a toda la carta, a la carne y al pescado, que es una enferma, una obsesa que cada vez pide más y más. —Alba se lanzó de carrerilla contra Larramendi—. Si Munir pudiera, acabaría con todos ellos sin que le temblase el pulso —conjeturó Millán.

—¿No has dicho que no es un asesino? —replicó Marita.

—Y no lo es. Pero de boquilla todos somos los matones del Far West, ¿no dicen eso? —se salió Alba por la tangente.

—O sea, que tú crees que se la han podido cargar en una de esas fiestas salvajes; que se les fue la mano o vete tú a saber qué —dedujo Benegas.

—Yo no creo nada, inspector. Yo lo que quiero es que lo averigüe usted.

—Nos has dicho que, tras finalizar los tratamientos en Biotech, Nazaret solía encontrarse un par de días mal, en cama. ¿Sabes si alguna vez ha tenido problemas de circulación, o en las venas o algo parecido? —preguntó, preparando el interrogatorio que dentro de un rato le haría a López-Merchán. Podrían mirar su historial médico pero, ya que estaba allí la hermana mayor, aprovechó la ocasión para ganar tiempo—. Tampoco digo que sea hemofílica; no sé, algo raro, de tipo cardiovascular.

—Pues, no sé yo... —dudó Alba—. Siempre ha sangrado mucho con la regla, eso es verdad. Y ahora que lo pregunta, cuando tenía

nueve o diez años creo que tuvo púrpura, que es una enfermedad de la sangre, ¿no? Creo, no estoy segura.

—¡Ajajá! —asintió Benegas, subiendo mentalmente el porcentaje de posibilidades de que la fallecida fuese, en efecto, Nazaret Cortés.

Les hizo una señal visual a Andrés y a Marita para que le tomasen la vez y continuaran el interrogatorio durante unos minutos, mientras él buscaba en Google la sintomatología y características de la referida enfermedad. Se metió en internet y, cuando estaba tecleando una página médica de prestigio, tres golpecitos en la puerta lo interrumpieron. Se detuvo, levantó la vista y vio cómo Carolina Sanchís abría la puerta.

—Disculpe, he venido lo antes que he podido, pero el tráfico hoy está infernal —se excusó, poniendo su maletín sobre la mesa del inspector y abriéndolo de par en par—. Bueno, pues usted dirá qué hacemos —se dispuso para el trabajo.

Benegas le explicó quién era la joven allí presente y, tras tomarle una muestra de saliva, otra de tejido epitelial de la palma de la mano y una última de cabello —«esto no te va a doler nada de nada, reina mora», fue muy expresiva Carolina, Carol para los amigos de comisaría—, cerró mecánicamente el maletín, se comprometió a tener los resultados lo antes posible y se dispuso a salir. Benegas se lo agradeció, pero como seguía parpadeando en la pantalla de su ordenador el nombre de la enfermedad que acababa de teclear, antes de que se marchara quiso informarse de primera mano:

—Oye, Carol, ¿la púrpura qué es, exactamente?

—Es un trastorno que dificulta la coagulación sanguínea por falta de plaquetas. ¿Por qué? ¡Ah, ya entiendo! —no hizo falta que le contestara el inspector.

Alba Millán bajó la cabeza, cerró los ojos y se masajeó las sienes con los dedos pulgar y corazón de la mano derecha, tapándose la cara a modo de visera. Por mucho que se lo negara a sí misma, el porcentaje de probabilidades empezaba a rozar el cien por cien.

—Pero no me has dicho que hayas visto nada de eso en los restos analizados, ¿me equivoco? —la interpeló Benegas, que no recordaba haber leído nada al respecto en el pormenorizado informe de la forense.

—No, no te lo he dicho porque no he visto nada. Aunque tampoco le hemos realizado un análisis hematológico exhaustivo. Ten en cuenta, jefe, que es una enfermedad que, normalmente, cursa en edad infantil. —Benegas y Alba asintieron—. Y, aunque raras veces se cura, queda latente, como dormida, en la edad adulta. Aunque, bueno... —dudó Sanchís si continuar, dado que era evidente que se encontraba ante un familiar directo de la víctima—; dicho trastorno de coagulación se activa al padecer procesos infecciosos, víricos y también durante el embarazo —concluyó con pesar.

Y en ese justo instante, justo en ese instante y no en otro, Alba Millán supo que ya no había nada que hacer. Carolina Sanchís salió del despacho del inspector jefe diciendo: «Lo siento mucho, lo siento de corazón», pero ella ni siquiera escuchó el pésame, absorta como estaba en sus turbios recuerdos de infancia y en su mundo interior ya para siempre resquebrajado. Dos lágrimas recorrieron sus mejillas y un dolor áspero le culebreó todo el abdomen y la espalda, electrizándole la nuca, como si se le hubiesen roto por dentro vísceras que ella desconocía tener. Estuvo un par de segundos sumida en una especie de trance, y luego profirió un gemido telúrico y animal, un grito ahogado del que se sabe para siempre solo en el mundo, un crujido del alma que sobrecogió a Vázquez, a Marita y al inspector, que agacharon la cabeza y no supieron qué decir durante un buen rato, salvo compadecerse en silencio de esa muchacha devastada.

—¿Nazaret estaba embarazada? —les preguntó—. Ni Munir ni yo lo sabíamos. Lo juro.

—No, no estaba embarazada, no te mortifiques por eso —la tranquilizó Vázquez.

—Lo que ocurre es que esos tratamientos tan dolorosos a los que iba Nazaret consisten en implantar en el útero embriones

fecundados para luego extraerlos a los pocos días, y así conseguir un tipo concreto de células que sólo existen en la primera semana de la fecundación embrionaria —le resumió Marita el proceso científico en el que su hermana participaba como gestante mercenaria, y del que Nazaret nunca quiso hablarle al detalle; era evidente, bastaba observar la estupefacción de su rostro.

—O sea, que la embarazaban para hacerla abortar inmediatamente —resumió también Alba dicho proceso científico, pero en román paladino—. Y así varias veces, ¿no? ¡Pero qué hijos de la gran puta! ¿Cuántas veces? —preguntó.

—Algunas —fue parca Marita—. Quizás demasiadas.

—¿Y ustedes creen que eso fue lo que la mató?

—Nosotros aún no creemos nada, Alba. Aún —puntualizó Benegas—. Y, mucho menos, podemos asegurarte nada.

—Pero alguna teoría tendrán, ¿no? —le devolvió Alba la pregunta que el inspector le había hecho hace un rato.

—La tenemos. ¡Claro que la tenemos! Y en ello estamos, no te preocupes por eso —afirmó Benegas, deseando terminar cuanto antes con Alba y dirigirse a la casa de López-Merchán.

Supo que poco o nada más le iban a decir. Estaba desconcertada, se reconoció a sí misma. Hasta hace unos minutos, ella hubiese jurado que la desaparición de Nazaret estaba relacionada con alguna sórdida trama de abuso sexual, prostitución y escándalos con menores organizada por Marián Larramendi o algún gerifalte de Servicios Sociales. Pero ahora ya no sabía qué pensar.

—¿Y qué puedo hacer yo, mientras? —les preguntó.

—Pues, además de acompañar a Marita y a Andrés a tu casa para presentarles a Munir, quedarte tranquila y dejarnos trabajar —contestó Benegas—. ¿Sí o sí, Alba?; ya se ha terminado el tiempo de jugar —le advirtió.

—No hace falta que lo diga, inspector —fue consciente Alba.

—Pues, entonces, nos vamos —la instó Marita a ponerse en marcha, abriendo la puerta para salir los tres, rumbo a su casa.

Alba se levantó y se quedó de pie, inmóvil, en el centro del despacho del inspector. Tragó saliva. Le costó, pero tragó saliva un par de veces. Suspiró y les dijo a los tres policías allí presentes:

—Nazaret tuvo dos problemas en esta vida, inspector. Bueno, tuvo mil desde que éramos pequeñas, pero se pueden resumir en dos, ¿sabe usted? Dos problemas que hay gente que no le perdona a una mujer: era muy guapa y siempre fue muy «*echá pa'lante*», como decimos aquí, no dejaba que nadie le dijera lo que tenía que hacer, decir o pensar. Cojan a quien le haya hecho esto. Cójanlo, antes de que lo haga yo o lo haga Munir. ¿De acuerdo?

Jurar en arameo

En la pantalla de su móvil vio que eran ya las diez menos cuarto. «¿Ya? ¿O solamente?», se preguntó Benegas. No sabría decirse si esa hora entraba de lleno en el concepto «media mañana» —impreciso momento a partir del cual la secretaria de Merchán les aseguró que el doctor estaría a su entera disposición— o aún era un poco temprano para desplazarse hasta su casa. Decidió concederle un margen de tiempo y hacer una llamada que podría ayudarle a orientar mejor sus preguntas. «A esta hora, la clínica ya estará abierta y plenamente operativa», se dijo. Además, así se aseguraba que los técnicos informáticos hubieran hecho su trabajo y el teléfono del doctor estuviese ya convenientemente controlado, tras la autorización concedida por Montesinos.

—Gymné Oviplús, dígame —contestó al teléfono la jovencísima recepcionista de cincuenta y siete años.

—Buenos días. ¿Podría hablar un momento con la doctora Ávila? Me gustaría hacerle una pequeña consulta técnica. Dígale que soy el inspector Benegas, por favor —se presentó y dijo lo que quería.

—Le paso con ella. —No lo hizo esperar esta vez ni le dio largas, sin duda aleccionada por sus jefas, intuyó Benegas: si volvía a llamar el pesado ese, más valía colaborar y no poner excusas baratas.

—¿Qué se le ofrece, inspector? Muy buenos días, a todo esto —saludó la doctora.

—¿Qué tal, señora Ávila? Me alegro de oírla y le agradezco de corazón que me atienda. Seré muy breve. Verá, quería preguntarle una duda sobre lo que comentamos el otro día, sobre la donación de óvulos y la implantación de embriones, en concreto.

—Pregunte, pregunte —lo instó la ginecóloga.

—Verá, doctora..., cuando una chica va a donar óvulos a una clínica, no digo a la suya, hablo así, en general, doy por supuesto que le harán ustedes una prueba o unos análisis para ver que todo está en orden, ¿no?; que no tiene enfermedades raras que se puedan transmitir al feto, me refiero.

—Evidentemente —confirmó la ginecóloga—. Raras o normales, inspector. Cualquier tipo de enfermedad hereditaria, como usted podrá comprender. Se llama diagnóstico genético preimplantacional, y es un análisis que nos sirve para detectar esas enfermedades raras, que usted dice, anomalías cromosómicas o enfermedades más normales, pero que tienen una base genética y podría heredarlas el embrión. Sí, claro que sí —se reafirmó.

—Lo cual descarta a esa posible donante, como es lógico.

—Como es lógico —contemporizó Ávila al otro lado del teléfono—. También se informa a la chica de cualquier anormalidad que pudiera haber para que ella tome las medidas oportunas en el futuro, si decide ser madre. Es un doble beneficio.

—¿Una de esas anomalías invalidantes podría ser ese trastorno sanguíneo que llaman púrpura, por ejemplo? —Benegas se ciñó a lo que iba buscando.

—Bueno, la púrpura no es una enfermedad genética, inspector. Tampoco es hereditaria y no se contagia. Aunque puede ser crónica en algunos casos. O sea que, en un principio, no tendría por qué ser un obstáculo para una donación. Aunque en Gymné Oviplús no la admitiríamos.

—¡Ajá! En relación con este punto concreto, quería preguntarle si alguna vez acudió a su clínica para donar óvulos una chica llamada Nazaret Cortés —empezó a acotar espacios Benegas.

—Eehhh..., pueeess, no sé, déjeme que lo mire. —La doctora Ávila dudó si debía compartir esa información, pero empezó a teclear en la base de datos de su ordenador portátil—. Sí, sí que lo hizo. Hace un año y medio —le confirmó tras una breve búsqueda.

«Hace un año y medio», anotó mentalmente Benegas. Justo un año y medio.

—Y fue rechazada —aseveró el inspector.

—Así consta —le confirmó Ávila.

—¿Y usted podría confirmarme el motivo? Por ejemplo, si está relacionado con esa enfermedad por la que yo le acabo de preguntar. ¿O eso ya es mucho pedir? —Desde luego, la fingida inocencia y el desparpajo no se le daban tan bien como a Alba Millán.

—Eso ya es mucho pedir, inspector. Básicamente por la confidencialidad que le debemos a los pacientes y porque me lo prohíbe la ley, como usted sabe.

—Ya, ya; lo entiendo —no insistió Benegas, apiadándose de Marita, que tendría que volver de nuevo al despacho del juez.

—Pero una cosa sí le puedo decir, inspector, aunque yo *no-le-esté-diciendo-nada*, ¿me explico? —recalcó la doctora para soslayar la irregularidad—: no anda usted muy desencaminado.

—¡No sabe cómo se lo agradezco! —correspondió Benegas el detalle—. Una última cosa, doctora, y ya no la molesto más; de verdad: aunque en Gymné Oviplús no admitan ese tipo de donantes, ¿podría haber otras clínicas que sí lo hacen?

—Bueno, cada uno lleva su casa como quiere, pero lo dudo mucho, inspector. Mire, tras las dos crisis económicas que llevamos a cuestas en los últimos años tenemos tanta oferta que, sinceramente, siempre hay donde escoger. No merece la pena complicarse la vida, ¿sabe usted? —se despidió la doctora Ávila, deseando que, en efecto, aunque no le caía mal del todo, ese pesado no la llamara nunca más.

Benegas también cortó la comunicación pulsando el circulito rojo del móvil. «Claro que lo sé», se dijo a sí mismo anotando en su libreta todos los detalles y pormenores de la conversación. «Lo sé perfectamente». Tanta oferta de jóvenes necesitadas, sin trabajo, con muy poco dinero y sin horizontes en la vida como les hiciera falta. También anotó el tiempo transcurrido desde que Nazaret acudió por primera vez a donar y fue rechazada: un año y medio. Y

lo subrayó dos veces. Un año y medio. Ninguna clínica la aceptaría con su dolencia; tonta no era para no saberlo.

Por eso aceptó sin pensárselo una oferta tan peligrosa como era participar en experimentos biogenéticos de última generación. Porque pagaban bien, no preguntaban gilipolleces y ella buscaba otros horizontes un poco más amables en los que olvidar la vida que hasta ese momento le había tocado vivir. «Claro que lo sé», siguió razonando Benegas con tristeza y desasosiego. «Todos lo sabemos desde bien pequeños porque tampoco es tan difícil la lección: esa perra vida da muchas vueltas, es verdad, pero, por muchas vueltas que dé, a algunos los deja siempre en el mismo sitio: un lugar pestilente y desabrido donde nunca huele a confort, a estabilidad laboral ni a comida recién hecha. Un lugar en el que el resto de personas que giran contigo en ese tiovivo no quieren bajarse nunca. Pero nunca, nunca, del verbo «ni a tiros voy yo allí»», enarcó un par de veces las cejas y frunció el ceño, asintiendo a su descarnado análisis social mientras miraba, absorto, a algún punto inconcreto del vacío de la pared que tenía enfrente.

En ese momento, Maqueijan pasó por delante de la puerta que habían dejado abierta Marita, Vázquez y Alba Millán al marcharse. Venía de la máquina del café con un cortado humeante en la mano y lo vio rodeado de sus cavilaciones. Demasiados años juntos para no intuir la más leve irritación, el más incierto malestar.

—¿Va todo bien, jefe? —le preguntó.

—Supongo que va como tiene que ir, Maq —contestó con un deje amargo.

—¿Blanca? —incidió con inquietud el agente, dadas las circunstancias.

—¡No, no! —lo tranquilizó—. Blanca sí que va como debe. No es ella, es el caso. Y los contrasentidos de la vida. Que los tenemos más que asumidos, no te voy a discutir yo eso ahora, tío; pero que, cuando se nos presentan todos juntos y piensas un poco sobre ello, te das cuenta de lo desequilibrado, o drogado, que debía estar el que inventó las reglas del juego.

—¡Ya! Sí, es jodida la cosa —parco como siempre Maqueijan.

—Tú y yo no hemos tenido hijos, Maq, así que quizás no sepamos muy bien de qué va todo esto, pero pienso en Marita y en Andrés, bueno, y en tantos como ellos, dejándose el pellejo y la salud para tener un niño, al límite están; ¡para quererlo, criarlo, para darle todo lo que haga falta y un poco más! Y luego ves a gente que los tiene sin querer. Y, sobre todo, sin quererlos ni un solo día, sin valorarlos, sin cuidarlos lo más mínimo... Niños abandonados a su suerte. Que nunca será buena porque siempre dependerá de la mala leche que tenga el hijoputa que se les cruce en el camino. No sé, Maq... Yo no tengo hijos, pero imagino que ser un buen padre no es precisamente eso. Y por eso tenemos entre manos un caso como éste, ¿sabes? Por eso y no por otra cosa —verbalizó Benegas su pesadumbre, dando tres golpecitos con la punta del boli sobre la pasta de cartón de la libretita y levantándose—. Bueno, pues me voy a hablar con Merchán. Que, jodidos o no, los casos no se resuelven solos.

—¿Quieres que vaya contigo? —le preguntó Maqueijan, sólo fuera para darle cháchara por el camino.

—No te diré que no —aceptó Benegas, invitándolo con un gesto de cabeza a que lo siguiera.

Fueron a pie, imposible circular con el coche o aparcar —sin tener que apoquinar la zona azul— en esa ratonera en que se había convertido el centro histórico y sus alrededores. Y es que, contrariamente a lo esperable, López-Merchán no vivía en El Brillante (allí tenía su laboratorio), sino en la calle Nueva, que es como los cordobeses de toda la vida llaman a la ancha y egregia vía dedicada al fundador romano de la urbe, el cónsul y general Claudio Marcelo, allá por los albores de nuestra era; más que bimilenaria era ya la ciudad que empezó siendo un humilde campamento de legionarios veteranos. Atravesaron la plaza de san Miguel, con su iglesia fernandina y su rosetón gótico que todo lo ve y escruta, y se dejaron caer por la calle Alfonso XIII, una zona con cierto aire entre neoclásico y *art decó* donde abundaban las casonas de gran fachada

y los bloques de pisos con cien habitaciones y altísimos techos pertenecientes a la vieja y acrisolada burguesía cordobesa, bien la agraria y rentista, bien la que ascendió socialmente triunfando en las distintas profesiones liberales: médicos, abogados de postín, políticos o avispados comerciantes. En cualquier caso, la mayoría de esos almibarados inmuebles estuvieron al borde del derrumbe por abandono o descuido pero, tras su reforma a finales de los noventa, ahora eran locales comerciales, oficinas inmobiliarias y, sobre todo, pequeños hoteles y apartamentos turísticos a tutiplén, establecimientos que han enterrado para siempre en el olvido las antiguas tascas, tabernas y colmados que caracterizaban a estas calles, pero que, según sesudos analistas, eran absolutamente imprescindibles para satisfacer la creciente demanda del turismo masivo y barato, de orgía cervecera y alquileres *week-end,* que acude a ese parque temático en que —además de en una ratonera— se está convirtiendo para satisfacción de políticos chuscos y empresarios voraces el casco histórico de la que en su día fue capital del califato omeya y faro cultural de Occidente. *Gentrificación*, leyó Benegas en el periódico que llamaban a eso. «Una putada muy gorda», es lo que pensarán los vecinos obligados a mudarse de sus barrios por no poder pagar rentas o alquileres cada vez más altos, y también muchos cordobeses que empiezan a estar un tanto cansados de ese maldito modelo de negocio.

A unos doscientos metros de la casa estaban cuando vieron entrar un enorme BMW X6 en la cochera del inmueble, una de esas de ascensor nada aptas para claustrofóbicos en las que se debe bajar encajonado hasta el sótano y luego allí estacionar donde y como puedas, tan típicas de los cascos viejos de muchas ciudades europeas. No podría asegurarlo —porque ayer aún no tenían pinchado su teléfono—, pero sería perfectamente lógico que Merchán viniese del despacho de su abogado o de verse con Asís Morales en cualquier bar o cafetería. Alertado estaba, pues, y a la defensiva. «Muy bien», se iba diciendo Benegas conforme se

acercaban al portal y llamaban a un interfono automático desde el cual inmediatamente les franquearon la entrada tras identificarse, «entonces, habrá que andarse listos desde el principio».

Fue Adela Ripollet, la esposa del doctor, quien los recibió con calculada frialdad —no esperaba Benegas que los invitara a un café con porras, va de suyo, pero tampoco hacía falta que demostrase tan a las claras lo mucho que le molestaba su presencia— y los instó a esperar a su marido en una pequeña sala de estar de la planta baja. «Ramón no tardará mucho», los dejó allí plantados sin otra despedida que su desprecio.

Cinco minutos después se abrió la puerta que comunicaba la vivienda con la cochera y apareció López-Merchán, que intentó ser cordial al saludarlos y sonreír tímidamente cuando los invitó a acomodarse en un sofá de cuero beige mientras él lo hacía en un bonito sillón de diseño danés, pero que no pudo disimular su recelo y desconfianza ni en sus movimientos ni en la manera en que se quedó mirando al inspector, a la expectativa, sopesando posibilidades y turbulencias futuras. «Tú, tranquilo, Ramón, que nada tienen contra ti, ¡cuentos chinos! Querrán hacerte unas preguntas, es lo normal; pero no se trata de un interrogatorio ni te van a imputar un marrón así como así. Si estoy yo presente, estaremos transmitiendo un mensaje equivocado y van a ir a saco a por ti. Tú, colabora con ellos. Amabilidad y tranquilidad», le había repetido una y mil veces Morales.

Amable y cortés, quizás. Pero, tranquilo, lo que se dice tranquilo y calmado, es lo que no estaba precisamente don Ramón, un nudo de saliva y temor le subía y bajaba de la garganta al estómago, y de ahí hasta los huevos; a veces no necesariamente por ese orden. Sobre todo durante los treinta o cuarenta segundos que Benegas permaneció callado, sosteniéndole la mirada y calibrando que, dado que ambos ya estaban pertrechados para el enfrentamiento, no merecía la pena dar rodeos ni perder mucho el tiempo. Además, así le demostraba a Merchán y a su representante legal que, aunque aún no hubiera pruebas concluyentes, algo sí que tenían.

—¿Le suena de algo el nombre de Nazaret Cortés, señor Merchán? —le preguntó mecánicamente, y en el gesto de sorpresa que compuso éste mientras encajaba el uno/dos al mentón de sus miedos y en el micro-ratito que estuvo pensando: «y ahora a ver qué coño le contesto yo a éste», supo que la respuesta era que sí.

—Eeehh..., no. No sé quién es —mintió, sorprendido por el inicio de lo que no iba a ser un interrogatorio, pero tenía toda la pinta de haber empezado como tal: esto no es lo que había ensayado con Asís. ¿Cómo que un cuento chino? ¡Pero si tenían hasta el nombre de la protagonista!

—¿Y el de Munir Bossuani, un inmigrante marroquí, un chaval joven? ¿Lo conoce usted de algo? —dio dos pasos seguidos Benegas.

—¡Tampoco! Tampoco sé quién es ni lo conozco de nada. ¡Yo no conozco a ningún inmigrante marroquí! —exclamó.

Absolutamente desconcertado, a Merchán le faltaba hiperventilar. La zozobra fue a más cuando Maqueijan se levantó, se puso a curiosear por la habitación y se quedó de pie, enorme y amenazante presencia, cerquita de su sillón danés; demasiados años junto a Benegas para no saberse la coreografía de la presión a un sospechoso.

Benegas dio por descontadas las mentiras, sonrió condescendiente, dándole a entender a Merchán que comprendía que intentara engañarlo para defenderse —son las reglas del juego, al fin y al cabo—, y prosiguió martilleando la línea de flotación del doctor.

—Entonces tampoco sabrá que Nazaret Cortés estuvo varias veces en su clínica, o laboratorio, porque era una de las chicas que participaba en uno de sus experimentos, ¿verdad? —cáustico el inspector—. Porque usted tiene un laboratorio y allí investigan con la biogenética y las células; en eso sí estamos de acuerdo, ¿o tampoco?

—No hacemos experimentos —lo rectificó Merchán con dureza—: trabajamos en proyectos de investigación genética y molecular. Del

máximo nivel, como usted sabrá.

—Sí, bueno, eso es lo que yo quería decir —volvió a sonreír Benegas.

—Y en esos programas participan muchas personas. Puede que esa mujer por la que usted pregunta sea una de ellas. Puede ser. Pero yo no conozco personalmente a todos nuestros colaboradores ni sé lo que hacen cuando salen por la puerta de LM Gen Biotech —se ciñó Merchán al guión que le había escrito Morales—. Además, no sé lo que le ha ocurrido a esa señora ni la relación que eso pudiera tener conmigo o con mi laboratorio. Así que, salvo que sea usted tan amable de explicármelo, me va a disculpar, inspector; porque yo tengo todavía muchas cosas que hacer a lo largo de la mañana —no supo muy bien Merchán cómo pudo soltar ese discurso de corrido, palideció por completo cuando Morales lo instó y presionó para que, si fuese posible, averiguase cualquier detalle del estado actual de la investigación.

Benegas se quedó mirándolo fijamente otra vez. Unos treinta segundos que al doctor le parecieron la antesala de una larga condena. Asintió ante la aplastante lógica exculpatoria de López-Merchán y le dijo:

—No tan deprisa, don Ramón. Yo le explico, verá usted.

Y entonces, entrando en los pormenores imprescindibles para mantener la coherencia en el hilo argumental, le relató cronológicamente todo lo acontecido desde la aparición de unos restos humanos en el polígono de Chinales días atrás, «como usted ya habrá leído en la prensa, don Ramón»; «restos que presentaban anomalías en el útero que resultaban compatibles con la realización de varias inseminaciones y posteriores abortos en un período no superior a una semana o diez días desde cada implantación embrionaria, según análisis forenses y la opinión de varios expertos», puntualizó Benegas para que don Ramón no creyese que estaba ante un patán.

—Que dicha técnica está relacionada con la obtención en el mejor estado posible de una proteína llamada telomerasa es algo que no le

voy a explicar, señor Merchán, porque eso lo sabe usted mejor que yo, ¿no es cierto?

—Una de ellas, pero desde luego es la más efectiva —asintió el doctor.

—Sobre todo si la donante es joven. O muy joven, ¿voy bien? —añadió más indicios el inspector—. Si a ello le sumamos que, en Córdoba, sólo su laboratorio tiene el nivel científico para llevar a cabo ese tipo de investigaciones de medicina biogenética y que, tras arduas labores de identificación, los restos hallados pertenecen sin ningún género de duda a Nazaret Cortés Montero, una chica de veinte años que participaba en dichos programas de obtención de telomerasa, pues, quizás, a lo mejor, tal vez..., y observe todos los condicionales que estoy empleando, sí que existe una relación entre LM Gen Biotech y la fallecida.

—¿Me está usted acusando de haber matado a esa chica, inspector? —Merchán sabía que podían llegar a este punto, de hecho llevaba temiéndolo desde que aparecieron los restos en Chinales, pero le pareció extraño escucharse a sí mismo pronunciando esas palabras.

—Yo no he dicho eso, doctor Merchán, porque eso cambiaría muchas cosas y, entonces, nuestra conversación debería acabar en este momento —aseveró Benegas—. Pero usted es un hombre de ciencia, así que saque sus conclusiones.

—¡Es que quizás esta conversación deba acabar justo en este momento! ¡Voy a llamar a mi abogado! —levantó la voz Merchán, viendo cómo el cerco era cada vez más estrecho.

—Usted puede hacer lo que quiera, don Ramón. Está en su derecho, faltaría más. Pero, déjeme que le diga antes una cosa: mire, hay dos maneras de hacer todo esto, la fácil y la difícil. Si a usted le parece bien, yo le cuento lo que creemos que ha ocurrido y, luego, usted me dice qué le parece mi versión de los hechos —expuso, ofreciéndole una salida al interrogado, consciente de que una confesión de parte beneficiaría a todo el mundo. Salvo opinión en contra de don Asís Morales, por descontado.

—¡Ojalá hubiera sólo dos maneras de hacer las cosas, inspector! ¡Ojalá! —afirmó Merchán bajando la mirada—. Usted no sabe... —la alzó de repente y se detuvo, sin saber muy bien cómo continuar—, ¡ni siquiera es capaz de llegar a entender lo que nos estamos jugando! Estamos a punto de conseguir algo que ni imaginábamos, señor Benegas; que hace unos años era impensable: manipular y controlar el reloj biológico de cada ser humano, ¿lo entiende? Si la mayoría de las enfermedades que nos matan o nos dejan como un vegetal están relacionadas con el tiempo, con la vejez, con la propia decrepitud de nuestro organismo..., reparar y reconstruir cada célula, cada órgano que haga falta, ¡y cuando nos haga falta!, es la cura perfecta. Eso es lo que podría significar la telomerasa y la regeneración de los telómeros: un antídoto contra el envejecimiento. La posibilidad de detener el tiempo a nuestro antojo. Es así de simple.

—Tan simple como la eterna juventud. Como la inmortalidad —suspiró Benegas.

—Bueno, yo no diría tanto. Vivir todo el tiempo sería tan terrible como no vivir el tiempo suficiente, ¿no cree? —replicó Merchán—. Se trata de vivir más y en mejores condiciones. Prefiero pensar eso. Y que podremos evitar enfermedades hereditarias raras, congénitas; además del Alzheimer o el cáncer. No hace falta que se lo explique, ¿verdad? —era un golpe demasiado bajo, pero Benegas sabía que no podía entrar a ese trapo. Desde que encauzaron el caso y conocieron sus claves y derivadas llevaba meditando sobre el particular. Había que centrar el interrogatorio en el plano puramente técnico. En el otro, tenía las de perder.

—Qué paradoja, doctor —se repuso—. Para usted, tener todo el tiempo del mundo depende de ocho meses. Sólo ocho meses. Esa es su eternidad. Y ese tiempo no se puede detener ni manipular. Por eso, imagino que habrá que pisar el acelerador, arriesgar en los experimentos acortando plazos y procesos sin cumplir los absurdos protocolos que todo lo enfangan, sin tener muy en cuenta si las voluntarias cumplen las condiciones físicas necesarias para participar

en esta o aquella línea de investigación, tal vez inseminándolas como animales...

—No sé de qué me habla. Pero, si sigue por ese camino, llamo inmediatamente a mi abogado.

—Hablo de que con una de ellas, Nazaret Cortés Montero, veinte años, ¡sólo veinte años, doctor!, eso nunca es tiempo suficiente —aguardó unos instantes en silencio para que sus palabras hicieran todo el daño posible—, quizás hubo un problema y la chica se desangró en la camilla o en la mesa de operaciones debido a una patología previa que su clínica no detectó, que probablemente ni le preguntó si padecía. De eso estamos hablando, doctor. Porque así es como ocurrieron las cosas, ¿verdad? Así, o de una forma muy parecida.

El doctor Merchán se quedó inmóvil, en silencio, en completa tensión todos los músculos de su cuerpo.

—Cuando a uno le preguntan es de buena educación contestar, señor Merchán —le indicó con sequedad Maqueijan.

Pero el interrogado no podía ni hablar. Sin previo aviso, un desagradable pitido le taladró el oído derecho, el paladar se le secó y empezó a dolerle la parte frontal de la cabeza. Debía tener la tensión arterial en la estratosfera, se dijo Merchán. Por un momento, temió que le fuera a dar un ictus.

—No se preocupe, ya sigo yo. Le repito que esta es mi versión de los hechos, solamente eso; no estoy diciendo que sea usted un asesino —continuó Benegas con tacto procesal—. Entonces, al ver lo ocurrido, se asustó. No porque Nazaret se hubiera desangrado, que quizás también —le concedió—, sino por lo mucho que podía perder con esa muerte. Y digo «mucho» cuando debería decir todo, porque lo perdería todo. Los inversores no perdonan un error. Pero ahí es donde tenemos el problema, don Ramón: su problema. Porque lo que podía haber sido perfectamente un accidente, una mala praxis profesional que ustedes solventan con una disculpa y una multa, se convierte en algo más serio cuando alguien decide diseccionar el cadáver y ocultarlo. Como usted comprenderá, don Ramón.

«¡Menos mal que no tenían nada!», quería gritarle a la cara a Asís Morales mientras lo abofeteaba a dos manos. Ese maldito policía que no dejaba de mirarlo fijamente para intimidarlo aún más había ido desgranando con precisión quirúrgica lo ocurrido en la sala de extracción del laboratorio hace cinco meses. Con que tuviesen una sola prueba de todo lo que le acababa de contar iba a pasarse varios años en una celda. Además de abofetear a Morales en su imaginación, recordó alguna de sus indicaciones por si la cosa se ponía verdaderamente fea: «No reconozcas nada y llámame». Merchán intuyó que este era el momento en el que él debía reconducir esta pesadilla a un plano puramente técnico. En todos los demás, ya había perdido.

—Viene usted a mi casa, inspector, a insinuar sin ninguna prueba que soy responsable de una muerte que, en efecto, puede acabar con mi prestigio, con mi carrera, con mi vida entera, ¿y cree que me voy a quedar de brazos cruzados? ¿Puede venir mi esposa un momento? —le preguntó.

Benegas asintió en silencio y miró a Maqueijan, orden tácita para que fuera a buscarla.

—Con permiso —dijo Maqueijan al pasar entre ambos.

El inspector era consciente de que su tiempo se acababa. Había llegado a un punto en el que, a partir de ahora, para respetar todas las garantías legales —y en eso Montesinos era muy escrupuloso y el abogado muy perro viejo—, el bueno de don Asís debía estar presente y aconsejarle en cada declaración. Por eso, para aprovechar un último segundo, Benegas lo intentó por última vez.

—No elija la manera más difícil, doctor. No lo haga —le aconsejó cuando Maqueijan salió y se quedaron a solas—. Entiendo su posición, créame. Entiendo que hay veces que las circunstancias se nos van de las manos, que todo se va a la mierda en el momento menos pensado; pero si usted nos ayuda, nosotros le ayudaremos a usted —tendió puentes Benegas, pues aún le quedaban aristas por pulir en este caso: el papel de Munir como suministrador de jóvenes para los experimentos, sin ir más lejos, y si esa faceta del marroquí

se enhebraba con el tráfico y prostitución de menores, como una rama más del mismo tronco delictivo; un tronco profusamente regado desde altas instancias administrativas de los Servicios Sociales.

Ramón López-Merchán seguía instalado en el mutismo más absoluto, sólo se escuchaba su agitada respiración en la pequeña salita. Benegas no sabría decirse si estaba sopesando sus últimas palabras o viajaba mentalmente por el espacio interestelar. La puerta se abrió y Maqueijan entró acompañado de Adela Ripollet.

—Adela, estoy un poco nervioso y no me encuentro muy bien. ¿Te importa llamar a Asís Morales y decirle que venga, por favor? Acompaño yo a estos caballeros, que ya se marchan —resolvió don Ramón.

—Entiendo. —Benegas aceptó el fin de la partida—. Nosotros nos marchamos, pero el que no debe ir a ningún sitio es usted, señor Merchán. Esté siempre disponible por si necesitamos alguna cosa más de usted. Coménteselo a su abogado, por favor. Él le explicará —se despidió.

—¿Qué te tiene que explicar Asís y por qué no te puedes mover de casa? —le preguntó Adela cuando se quedaron a solas, el miedo resonando en cada palabra—. ¿Te van a detener, Ramón? Ramón, ¡dime la verdad!

—No lo sé, Adela. No lo sé. ¿Quieres llamar ya a Asís y decirle que venga cuanto antes para acá? —elevó demasiado la voz a su mujer, proyectando su furia e impotencia contra ella.

Desde la ventana observó cómo los dos policías se habían detenido unos instantes en la acera de enfrente, al parecer para hablar por teléfono. En su fuero interno supo que iban a detener a su marido y quizás estuviesen llamando a un coche para que se lo llevaran a comisaría en cuanto llegase Asís. Deseó en lo más profundo de su corazón que no tuviera distintivo alguno ni sirenas, ¡bastante escándalo se formaría en la ciudad cuando todo el mundo lo supiera! Con esos pensamientos rondándole la cabeza, Adela Ripollet marcó el número personal de Asís Morales. Notó que le

temblaban demasiado las manos. Y también que se le había soltado un poco el vientre.

Ya en la acera, antes de hacer o decir nada, Benegas sacó su teléfono móvil y volvió a conectarlo, pues tenía por costumbre desactivarlo cuando afrontaba un interrogatorio complicado para así evitar interrupciones o injerencias que lo distrajesen. No lo ponía en modo vibración porque las cosquillitas que hacía el aparato le molestaban sobremanera. Además, no era muy ducho con la configuración de este móvil nuevo y supermoderno que le había regalado Blanca para Reyes, así que no sabía reinstalar el sonido normal, asunto que normalmente terminaban solucionando Marita o Sampedro.

Vio que tenía tres llamadas perdidas. Dos de Andrés y una de centralita. Por eso, precisamente, desconectaba el teléfono. Llamó a su subinspector, que descolgó al instante.

—Dime, Andrés, ¿qué pasa?

—..... —le respondió éste.

—¿Qué? —exclamó Benegas—. ¿Cómo coño ha pasado?

—..... —le explicó someramente.

—Pero ¿vosotros dónde estáis ahora mismo? ¿Ya en comisaría? Con ella, doy por supuesto —quiso saber.

—..... —le confirmó.

—Pues, quedaos ahí. Y no hagáis nada hasta que yo llegue. ¡Ya vamos para allá, no tardamos ni cinco minutos! —cortó la comunicación, maldiciendo en arameo, en latín y en cualquier lengua vernácula que uno pudiera imaginar.

Como un perro

Diez. Fueron diez minutos. A paso ligero y tragantón. Maqueijan casi asfixiado a mitad de camino. Un buen tiempo, no obstante; pues la distancia entre comisaría —en la zona de Fleming Avenue— y la casa de Merchán no era precisamente corta.

—Se lo dije mil veces, por activa y por pasiva: que no tenía nada que temer, que ibais a ayudarnos y que me esperase en casa, ¡mil veces!, pero está muy nervioso. ¡Y muy asustado! —se excusó Alba Millán, con las lágrimas saltadas, cuando Benegas le pidió explicaciones.

—En esa calle, jefe, casi todos los bloques tienen locales comerciales en los bajos, no una vivienda o un entresuelo; así que los patios interiores están en las primeras plantas. Al parecer, del suyo saltó a un patio del bloque de al lado, un piso donde no había nadie en ese momento, bajó al portal y, desde ahí, accedió directamente a las cocheras a través de una puerta de servicio. La patrulla no pudo verlo porque la salida de vehículos de esa cochera está a unos trescientos metros y da a una calle lateral —prosiguió la explicación Vázquez, ante un atónito Benegas.

—Se ha llevado un ciclomotor, jefe —apostilló Marita—. Uno de los vecinos lo ha echado en falta. Un *scooter* Piaggio de color azul, de esos chiquitillos. Con eso no llega a la autovía y, además, es eléctrico, o sea que tampoco tiene mucha autonomía. Ya hemos mandado la foto, la descripción del vehículo, la vestimenta que llevaba y la orden de busca y captura a todas las patrullas para que se anden con ojo. A ver si hay suerte —concluyó el informe preliminar la subinspectora.

Munir se les había escapado. Había que asumirlo, se dijo el inspector. Por miedo a la Policía, a los proxenetas para los que trabajaba, a algún cliente demasiado celoso de su intimidad o, simplemente, para no responder a determinadas preguntas cuando Benegas lo sentase cara a cara con el doctor López-Merchán; ese bonito plan que tenía en mente para esta mañana y que se le acababa de ir al traste.

—¿Sabes si Munir tiene algún pariente o alguien que pudiera ayudarle? —le preguntó a Alba.

—¿Quién va a querer ayudarle, inspector? —verbalizó Millán el puro desamparo del huido—. Tiene un tío abuelo, o tío bisabuelo, no sé yo qué le toca. Un hermano de su antepasado español, pero vive en Ciudad Real, en una residencia de ancianos, porque el hombre debe tener ya, por lo menos, noventa años. Sinceramente, no creo que pueda ayudarle mucho ni esconderlo allí.

—Bien. Pues muy atenta por si Munir da señales de vida o te acuerdas de algo que debamos saber y no nos hayas dicho. Y no te vayas muy lejos, ¿entendido? —despidió Benegas a Alba.

—Entendido, inspector. Cuente conmigo para lo que haga falta y, por favor, no le tengan demasiado en cuenta a Munir esto que ha hecho. Yo respondo por él si hiciera falta. —Ya no supo qué más decir para excusarlo.

—Nada, no te preocupes más de lo debido, Alba —no quiso cargar las tintas Benegas, planificando ya los siguientes pasos a dar—: Andrés, coge un coche y vete con Maqueijan a casa de Merchán. Le leéis bien claritos sus derechos, y os lo traéis para acá. No me ha reconocido nada, pero está a punto de caramelo, así que vamos a apretarle un poco más aquí, en comisaría. Su abogado ya habrá tenido tiempo de sobra para hablar con él, así que, supongo, no le vais a dar ninguna sorpresa. Por el camino, que Maqueijan te vaya poniendo al tanto por si me tienes que echar una mano en el interrogatorio.

—Entendido, jefe —se levantaron los dos al unísono, camino de las cocheras.

—Marita: según lo que nos cuente Merchán, quizás te tengas que llegar de nuevo por el despacho de Montesinos para pedirle una orden de registro del laboratorio del doctor.

—En concreto, ¿para qué, jefe? —inquirió la oficial—. Si se lo digo así, en abstracto, no me la da. ¡Como si no lo conociéramos!

—Para buscar posibles restos de sangre de Nazaret. Estoy convencido de que murió allí y no en una fiesta loca en medio de drogas y alcohol. Y le dices a Montesinos que si no te la da... En fin, que si todo va como espero que vaya, mejor que te la firme cuanto antes —no quiso concretar Benegas lo que tenía pensado decirle o hacerle al juez.

Lo único medio potable que encontraron en las cocheras fue una dotación común y corriente, con el parachoques abollado, un intermitente roto y sin lucecitas ni sirenas en el techo, tal como doña Adela pidió a su Virgen de los Dolores mientras llamaba a Asís Morales para darle la enhoramala. Aparcaron sobre la acera, identificaron convenientemente a la persona que iban buscando y le pidieron que los acompañara. Asís Morales llevaba más de media hora en la casa, pues, temiéndose lo peor, en cuanto Adela colgó entre lágrimas, canceló una reunión que tenía para esa tarde, pidió un taxi y salió disparado hacia el domicilio de Merchán. Ni el virus de la meningitis lo habría detenido en ese momento. Al menos, hubo tiempo para que su cliente le contase lo ocurrido y tener una visión de conjunto. Poco más se podía hacer, porque, tras leerle sus derechos en presencia del letrado, el subinspector Vázquez invitó a López-Merchán a entrar en el decrépito vehículo, repitió la cortesía con Morales y, juntos los cuatro en sepulcral silencio, regresaron a comisaría todo lo rápido que Maqueijan pudo conducir por las atestadas calles de Córdoba.

—Ahí abajo lo tienes ya, jefe —fue el anuncio del subinspector.

—Pues, vamos para allá. Marita, ve adelantando eso que te he dicho, ¿vale? —la urgió.

En las dos plantas que tuvieron que bajar hasta la sala de interrogatorios, Benegas preguntó a Vázquez si tenía alguna duda tras lo que le había contado Maq en el coche, y lo puso al corriente de las conclusiones a las que había llegado él tras las respuestas y evasivas de Merchán en su bonito gabinete de diseño.

Luego, durante un rato, justo un par de minutos antes de entrar, estuvieron repasando las preguntas que iba a hacerle cada uno y sus posibles derivadas según la contestación que les diese el interrogado y la postura de la defensa. A través de la puerta, Merchán escuchaba voces, aunque no lo que decían, y se puso aún más nervioso, sin saber gestionar su carga de problemas y su tremenda impotencia para resolverlos; otra de las variantes del desamparo, aunque uno no sea pobre como una rata ni ande huido de la justicia. Miró a Asís, sentado junto a él, pero éste no le hizo caso ni le devolvió la mirada o una sonrisa tranquilizadora, tenso como estaba a la espera de acontecimientos.

Benegas abrió la puerta de sopetón y López-Merchán no pudo evitar el sobresalto al ver entrar a los policías, arrastrar con estrépito las sillas y sentarse ambos frente a él.

—Si va a retener a mi cliente sólo porque cree que puede hacerlo o para presionarlo y que le diga lo que usted quiere escuchar —le recriminó muy técnicamente Morales, por no decirle: para putearlo un par de días, o porque a usted le sale de sus santos cojones—, entonces va a tener un serio problema conmigo, inspector. Si tiene algo firme contra él, póngalo a disposición judicial. Si no, nos vamos inmediatamente de aquí. ¿Me he explicado con claridad? —lo retó.

—No se ponga nervioso, señor Morales. Hemos estado charlando con el doctor Merchán porque queríamos comprobar unos datos, y lo hemos traído aquí para aclarar algunos detalles que aún nos faltan de una historia muy interesante que hemos estado repasando esta mañana —contemporizó Benegas—. Bien, don Ramón, vamos a seguir con lo que estábamos, pero ahora de verdad —comenzó Benegas, muy serio—. Usted me ha dicho que no conoce ni sabe

quién es Nazaret Cortés, que no la ha visto en su vida, pero eso no es del todo cierto, doctor.

—Y si hace falta, para demostrarlo, registraremos su laboratorio, su despacho, los quirófanos o lo que tenga usted en LM Gen Biotech. Y encontraremos rastros de su sangre. En eso estamos, por si le interesa saberlo. Ahora, dentro de un rato, nos vamos todos para allá. Porque Nazaret murió en el quirófano, ¿no es así? —disparó Vázquez, adelantando acontecimientos.

—No contestes, Ramón. No te molestes en hacerlo —intervino Morales—. Y ustedes no van a registrar nada, porque no tienen base legal para hacerlo.

López-Merchán no escuchó a su abogado, pero, de todas formas, no iba a responderles. No podía porque estaba descompuesto. Había limpiado con lejía e incluso con desinfectante quirúrgico hasta el último intersticio de la sala de extracción —además, no fue allí donde la chica entró en *shock*—, pero no podría asegurar que, en un exhaustivo registro, la Policía no encontrase nada. Siguió en silencio. Pero no porque se negara a contestar, como le había aconsejado Asís Morales, sino porque tenía tanto miedo que no le salía la voz. En pocos segundos, Merchán comprendió que todo empezaba a estar perdido, y que, aunque hasta ahora había seguido al pie de la letra las indicaciones de su abogado, quizás fuese momento de reconocer ciertos hechos y aceptar las consecuencias, por mucho que Morales y los asesores jurídicos de los fondos de inversión que financiaban LM Gen Biotech estuviesen en profundo desacuerdo. Asís se lo había reiterado varias veces en la reunión que habían mantenido a primera hora de la mañana en su castillete de la sierra y también hacía apenas unos minutos, justo antes de que llegara la Policía a detenerlo; varias veces y de distintas maneras.«¿¡Cómo no iban a estar en desacuerdo, con el dinero que dejarían de ganar, los muy hijoputas!?», pensó López-Merchán, sabiendo que, aunque lograran convencer a la Policía y al juez de que todo fue un accidente, una concatenación de infortunios y él no saliera penalmente muy malparado, verse envuelto en un escándalo con

una muerte de por medio acabaría para siempre, para siempre jamás —a qué engañarse—, con el laboratorio y sus líneas de investigación, con su carrera profesional y su prestigio científico, con su estatus y su posición en la cúspide de la sociedad; esto es, con su vida misma, como le había reconocido a Benegas hace un rato, cuando éste lo acusó directamente y sin miramientos en la salita de su casa. También se acabaría su matrimonio con Adela, de eso estaba seguro, pero para ese contratiempo siempre encontraría un plan B. Habría que ir formalizando la relación que desde hace dos años mantenía con Mercedes, su secretaria personal, pero estaba seguro de que ella le diría que sí.

—¿Y cuál es el papel de Munir Bossuani en todo esto? ¿Suministrarle chicas para los proyectos de LM Gen Biotech? —lo sacó de sus cuitas conyugales una nueva carga de Benegas.

—Cuando dice chicas, el inspector quiere decir menores, señor Merchán. Menores, ¿me sigue? —dio un paso más Vázquez—. Que, suponemos, serán las mismas que Munir movía en fiestas con mucha droga y sexo duro. ¿Le suena todo esto de algo, doctor? ¿Y el nombre de Marián Larramendi? ¿La conoce, o tampoco le suena de nada, como le pasa con el marroquí?

—No contestes, Ramón —volvió a recomendarle el abogado—. Miren, señores, si no tienen nada más que esto, entonces vamos por muy mal camino. Mi cliente no sabe quiénes son esas personas.

—Sabemos que ella sola no puede mover tantos hilos —razonó Benegas, como si no hubiese escuchado a la defensa—. Y mucho menos un *pringao* como Munir. ¿Quiénes más están implicados en esa historia con las menores, señor Merchán? ¿Quiénes? Ya le dije que, si usted nos ayuda, por nosotros no va a quedar —le reiteró Benegas su oferta de buena voluntad.

—Parece que hoy estamos olvidadizos, jefe —tiró de retranca gallega Vázquez ante el silencio del interrogado.

López-Merchán estaba aturdido, perplejo. Y con el cuerpo pegajoso por el sudor. Miró a su abogado y agachó la cabeza durante unos segundos. Su situación real era bastante más

inexplicable que las turbias pesadillas con las que se había acostumbrado a vivir desde aquella noche en que murió Nazaret, y comprendió cabalmente que la Policía pretendía vincularlo con una serie de delitos con los que él no tenía nada que ver. Porque Asís estaba diciendo la verdad: ¡no sabía quién diablos era ese moro por el que no dejaban de preguntarle! ¡No conocía a la tal señora Larramendi ni le sonaba de nada ese nombre! ¡Y no tenía ni idea de fiestas con drogas, ni orgías con menores! Pero ¡¿qué demonios era todo esto?! ¿En qué maldita locura querían involucrarlo?

A punto estaba de claudicar y reconocer las culpas que ya tenía asumidas cuando notó que la mano de su abogado le apretaba el brazo con firmeza. Asís carraspeó para aclararse la voz y preguntó dos cosas:

—¿Me dejan cinco minutos con mi cliente, por favor? Porque aún no está detenido, ¿verdad?

—No —le contestó lacónicamente Benegas la segunda—. Por ahora, no. Sólo le estamos haciendo unas preguntas, como usted ve. Y respecto a los cinco minutos que me pide, ya ha tenido tiempo suficiente para hablar con su cliente, ¿no cree?

—De estos nuevos hechos que usted menciona, no; créame usted a mí. Y los desconocemos por completo —apostilló Morales.

—Que sean sólo cinco minutos, abogado —concedió el inspector.

Cuando los policías salieron, e intentando serenarse poco a poco, López-Merchán le reiteró una y mil veces que no sabía quién diablos era el tal Munir, ni conocía a Marián Larramendi, ni LM Gen Biotech estaba implicado en fiestas con menores ni orgías con drogas. Pero, sobre todo, le expresó su terror por el inminente registro del laboratorio, de su domicilio y de su despacho, tal como ya le había comentado esa mañana en su primera cita, un miedo cerval que ahora cobraba cuerpo. Morales lo tranquilizó como pudo. Lo único positivo de la situación era que, al menos, Ramón no se había venido completamente abajo, aunque a punto estaba de hacerlo, no hacía falta mucha experiencia procesal para intuirlo. Algo tenía que hacer. Y rápido. Poco después, tres golpecitos en la puerta

anunciaban que los cinco minutos no tenían prórroga y Benegas y Vázquez volvieron a entrar. Aún no habían tomado asiento cuando Morales se dirigió al inspector.

—Mire, inspector, con todo el aprecio que sabe usted que le tengo, debo decirle que con sospechas e indicios no se va a ningún lado. Y mucho menos ante un tribunal. Dicen ustedes que van a solicitar un registro, ¿no es así? Pues muy bien: cuando llegue esa orden, nos la enseñan y nosotros colaboraremos encantados —replicó Morales—. Pero, ahora, el señor López-Merchán se marcha a su casa y allí queda a su disposición. ¡Vamos! —le conminó a levantarse y salir huyendo de allí.

—Vuelvo a pedirle que se calme, señor Morales. No vaya tan deprisa ni se ponga nervioso, que ahora el que le pide cinco minutos soy yo. Permanezca aquí con su cliente, por favor. No va a tardar mucho esa orden, ya verá —le anticipó Benegas, pues Marita ya estaba en ello, tal como le había ordenado él durante el receso que Morales acababa de solicitar.

Tras ofrecerles un poco de agua, los policías volvieron a salir de la sala de interrogatorios y, a través del estrecho pasillo, iban camino de la escalera cuando la puerta se abrió. Era Morales. Al parecer, se le había quedado algo de veneno dentro:

—¡Una cosa, señor Benegas! Yo no estoy nervioso ni tengo que calmarme. Yo hago mi trabajo. No quiera usted verme nervioso, señor inspector. No quiera —le espetó, cerrando la puerta con fuerza sin esperar réplica.

—¿Y eso? —se extrañó Vázquez por la salida de tono del abogado.

—Eso es que vamos por buen camino, Andrés. Por muy buen camino.

Efectivamente, Marita consiguió que Montesinos le firmara la orden de registro para las dependencias solicitadas. No puso muchas trabas su señoría ante la posible gravedad de los hechos, el estado de la investigación y la posibilidad de que Merchán borrase pruebas si regresaba sin vigilancia a su casa, aunque sí estableció algunas

condiciones, pues «como garantes de la ley, las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado no deben traspasar los límites fijados taxativamente en la propia orden», le recalcó a Marita. Benegas llamó entonces a Lucas Lucena, jefe de la Brigada de Policía Científica, y éste dispuso a todos sus hombres para el arduo trabajo que tenían por delante. «Dos o tres días no nos los quita nadie, compañero», le adelantó. «Y una cosa te digo: vamos a buscar restos o fluidos de hace tres o cuatro meses, con todo lo que eso conlleva. Y en lugares muy concurridos o con mucho tránsito. O sea que vestigios vamos a encontrar por un tubo, pero no te hagas muchas ilusiones, ¿de acuerdo?».

Y eso estuvieron: dos largos días buscando la más mínima prueba o indicio («vestigios» en jerga técnica, como dijo Lucena) que vinculara a Nazaret Cortés con López-Merchán y su línea de experimentos biogenéticos. Comenzaron con el domicilio. Dado que la ley obliga a que en el registro esté presente el interesado y la defensa del mismo, mientras los agentes de la Científica cuadriculaban y peinaban al milímetro el despacho, la cocina y los baños principalmente, Merchán y su abogado estuvieron todo el día observándolos, aburriéndose hasta decir basta —aunque eso era mejor que permanecer en un calabozo o en la sala de interrogatorios, le repetía Morales a su defendido—, y cumpliendo de vez en cuando los requerimientos de Benegas o Marita sobre estos o aquellos documentos, sobre ciertos balances o bases de datos que les gustaría investigar, algunos de los cuales se llevaron a comisaría en varias carpetas y cajas de cartón. Por lo demás, nada; ni rastro de Nazaret Cortés.

El segundo día, desde muy temprano, los hombres de la Científica lo dedicaron por completo a LM Gen Biotech. La detallada orden de registro incluía aquellas dependencias administrativas en las que Merchán desarrollaba su trabajo —dígase su despacho principal en la clínica— y, sobre todo, la zona quirúrgico-sanitaria, pues Montesinos les exigió garantizar la intimidad tanto del resto de trabajadores como de los clientes y usuarios que pudieran haber pasado por el

laboratorio en ese lapso de tiempo; no quería ser tachado de invasivo ni desproteger derechos de terceras personas ajenas por completo a la investigación. No desentonaban en absoluto Lucena y sus hombres con los genetistas e ingenieros moleculares que los miraban con perplejidad, con sus monos blancos, el gorro protector, mascarilla y cubrepiés. Tras varias horas de intenso trabajo, Lucena —que peinaba en ese momento el quirófano principal— resopló, se quitó las gafas empañadas por el vaho y se quedó mirando a Benegas, que conversaba con Marita allá al fondo del pasillo. Podría hacerle mentalmente el informe definitivo en este momento: «Como era de esperar, se ha encontrado en el registro un número considerable de material susceptible de análisis genético forense, pero dado el mal estado, la contaminación de la mayoría de dicho material y la degradación del mismo, la fase probatoria sería difícilmente concluyente».

O sea, y traducido al román paladino: lo que Asís Morales le está diciendo a su cliente en estos momentos, tras la conclusión del registro, mientras la furgoneta de la Científica abandona el aparcamiento de la Clínica y se marcha.

—Nada. ¿Ves lo que te dije, Ramón? No tienen nada. Cuentos chinos y muchas ganas de dar por culo —saboreó su triunfo el abogado.

Ramón López-Merchán suspiró con fuerza, liberando por primera vez la tensión acumulada en los tres últimos días. Se sabría vigilado a partir de ahora, es cierto, «la Policía escrutará minuciosamente cada movimiento que hagas, Ramón. Y cuidado con el teléfono, que hasta que tengan resultados concluyentes del registro te lo van a controlar», le había advertido Morales, pero su situación procesal era muy clara: en libertad sin cargos. Lo cual no lo convertía en un ciudadano normal y corriente —también le dejó muy claro don Asís—, eso sería muy precipitado, pues bien sabía él que un profesional como el inspector Benegas no pondría a disposición judicial a su cliente sin una confesión o una prueba muy sólida, pero que no iba a parar hasta encontrarla. Y sirva como ejemplo la

intervención del teléfono. Y es que, cuando se trata de personas como López-Merchán, las meras conjeturas o las teorías sin fundamento no le valen a su señoría.

—No sé qué decirte, Asís. ¡Ya no sé ni qué decirte! Muchas gracias, en primer lugar. —Al parecer, ya se le habían pasado las ganas de abofetearlo a dos manos—. No creía que fuesen a encontrar nada contra mí, pero cuando los he visto merodear por el jardín y por el aparcamiento casi me da un infarto, ya me entiendes —le confesó.

—Cabeza fría, Ramón. Cabeza fría —le recomendó Morales, tocándose con el dedo índice la sien—. Como hiciste ese día, que lo hiciste muy bien, ¡coño!

Recordó Morales con íntima satisfacción lo que le había contado su cliente sobre cómo ocurrieron los hechos aquella tarde-noche de hace cuatro meses y pico ya: eran casi las ocho, él mismo estaba realizando la extracción. Una intervención tan simple que cualquier becario podría llevarla a cabo sin ayuda. La chica se quejó varias veces de dolores abdominales, pero todo transcurría con normalidad, como las dos veces anteriores que esa donante había estado allí. De repente, empezó a perder sangre. Al principio, la contuvo sin problemas —unas gasas y varias compresas que después incineró en el crematorio le bastaron—, pero pronto entró en evidente *shock* hipovolémico y el corazón empezó a no responder. Supo lo que iba a ocurrir. Lo intuyó. Lo presintió. No debían preguntarle cómo, pero lo supo. Era ya muy tarde y no quedaba nadie en la zona de clínica y quirófanos. Como pudo, en volandas, sacó de allí aquel cuerpo semiinerte y, atravesando el pequeño jardín, lo trasladó al almacén de lencería y plancha, un anexo junto al lavadero y el aparcamiento que estaban asfaltando en aquel tiempo, finales de noviembre. Una zona que no cubría la orden de registro del juez Montesinos. Por suerte para Merchán. Allí, la hemorragia interna de Nazaret fue a más y, a través de la vagina y de intensos vómitos, se desangró por completo; un charco oscuro y viscoso fue su lecho postrero. Falleció sin que Ramón López-Merchán, el egregio doctor, pudiera ni quisiera

hacer nada por ella. Nada, ni siquiera mirarla a los ojos para acompañarla mientras se le apagaban poco a poco. Nada. No hizo nada, paralizado por el miedo a las consecuencias.

—Se murió como un perro, ¿sabes, Asís? Tirada en el suelo y gimiendo como un perro. Así se murió, la pobre —susurró cabizbajo Merchán, no dejaba de remorderle la conciencia por más que intentara justificarse su comportamiento con la quincalla de cualquier excusa barata.

Y eso era algo que temía sobremanera Asís: esa absurda debilidad humana para asumir los hechos y confrontarlos. Si él no hubiera aprendido a hacerlo desde su infancia no habría llegado a nada en la vida. ¿Cuántos cadáveres tenía él sobre su conciencia, imaginarios o de verdad? «¡Mejor no contestar según qué preguntas!», se dijo el abogado.

Mejor no contestarse algunas preguntas, ni recordar ciertas cosas.

Dos días transcurrieron hasta que Benegas tuvo sobre su mesa los resultados oficiales de la analítica realizada a todas las pruebas y fluidos encontrados en los distintos registros, los cuales venían a coincidir, punto por punto, con el informe mental que elucubró el jefe de la Científica cuando todavía estaban en plena faena; esto es: el tiempo transcurrido, la multiplicidad de posibles donantes y la degradación de las muestras no conducían a efecto probatorio concluyente.

Dos días en los que, según les aseguraba Alba Millán, Munir Bossuani no había dado señales de vida ni tenían pista alguna sobre su paradero, más allá de la aparición del ciclomotor Piaggio en una cuneta de la autovía, en la salida hacia Madrid, cerca de una zona de asentamientos chabolistas de rumanos dedicados a la chatarra. Lo encontró un pastor, sin gasolina y con un neumático reventado. Alba creyó recordar que Munir tenía cierta relación con un chaval de esa nacionalidad que estuvo un tiempo tutelado por desatención paterna y desnutrición. Marita y Maqueijan se recorrieron el barrizal

destartalado de naves industriales y casamatas de uralita en el que vivían quince o veinte familias gitanas sin obtener otra cosa que el clamoroso recelo de los jóvenes hacia la Policía española y un prudente y distante silencio del patriarca del clan.

Un impás de espera estas cuarenta y ocho lentas horas que, al menos a Benegas, le sirvieron para corroborar esa extraña intuición que le había comentado a Vázquez de ir por buen camino en la investigación. Fue gracias a un encuentro casual, común y corriente. Vázquez estaba en la cafetería donde solían ir de vez en cuando y volvió a toparse allí con Mari Luz, la ordenanza/administrativa que todo lo sabía de la Delegación de Menores. Solícita y sonriente se le acercó para pegar la hebra y estuvieron charlando un rato. Le dijo que Marián Larramendi se había pedido todos los días libres de que disponía y, tras agotarlos, se había dado de baja por alguno de esos difusos motivos que se les permite a los funcionarios. Benegas sonrió cuando Vázquez se lo contó. «Ésta se quiere quitar de en medio, Andrés. Tendremos que estar al tanto», razonó.

Pero lo que más le preocupaba era el asunto de las intervenciones telefónicas. De su prórroga, en concreto, si no encontraban algo sólido que las justificase. Estaba seguro que de ahí podrían sacar algo. Por medio del comisario Espadas, intentaron convencer a Montesinos para que, al menos, respecto al móvil personal de Merchán y sus líneas profesionales del laboratorio, mantuviese la autorización hasta que la Científica, con la calma y el rigor que la ciencia necesita, presentase sus informes y conclusiones tras los registros. Sólo eso. Nada más. Tampoco era tanto. Pues bien, ni eso les concedió: les dijo que cuarenta y ocho horas serían más que suficientes; así que ese era el plazo que Lucas Lucena y sus hombres tenían para encontrar algo. Un plazo que concluía esa misma noche a las diez en punto. Ciertamente, con el de Munir no tuvo tantos remilgos su señoría. Como era de esperar, el teléfono del huido no registró actividad alguna desde su desaparición. «O lo ha tirado porque sabe que lo estamos controlando o funciona con móviles y

tarjetas *full* de prepago», aseguró Sampedro, que era quien estaba al cargo de la coordinación y vigilancia telefónica.

Por su parte, López-Merchán debía estar demasiado afectado tras los días de extrema tensión que había vivido, porque no acababa de retomar su ritmo habitual de vida y apenas se dejaba caer por el laboratorio —únicamente fue un par de horas la segunda tarde para solventar cuestiones de carácter administrativo, como pudieron constatar por sus escasas llamadas desde el despacho de LM Gen Biotech, tanto entrantes como salientes—, y su teléfono móvil no registraba sino anodinas conversaciones con su mujer cuando caminaba por la calle, llamadas ocasionales de algún amigo o conocido para interesarse por su situación (en Córdoba todo se sabe, incluso lo que uno no quiere saber, que diría doña Adela) y mecánicas directrices dictadas a Mercedes, su amada secretaria personal, para este o aquel asunto relacionado con el laboratorio o con su agenda; básicamente que le cancelase alguna reunión o cita pendiente para la próxima semana.

—Todo muy aburrido, Sampedro. Como siempre —comentó el subinspector de la Científica que monitorizaba las llamadas en ese momento, justo al darle el relevo al policía de Homicidios—. O este tío lo tiene todo bajo control y no suelta prenda, o su vida es realmente una mierda. ¡Menudo coñazo! Aquí lo más divertido son los bostezos que pegamos. —Se despidió dándole una palmada en el hombro y deseándole buen servicio.

Sampedro se acomodó en el cubículo que les servía como habitación de escuchas y se dispuso a almorzar. Abrió un paquete de patatas fritas, otro de *snacks* salados, alineó cuatro gominolas de colorines y dos dónuts sobre la mesita y le dio un trago largo a la lata de Trinaranjus que había sacado de la máquina que ronroneaba en el pasillo. «Menudo planazo para las próximas seis o siete horas», se dijo con una sonrisa, pensando que Benegas tenía razón: comía como un niño, un menú infantil desquiciante para un tío que medía más de metro ochenta y cinco.

Cuatro horas habían transcurrido —pronto habría que desmontar el dispositivo completo— sin que se hubiese producido novedad alguna. Munir, completamente inactivo; y Merchán apenas había hecho una llamada al laboratorio para que le enviasen por correo electrónico una documentación que necesitaba sobre cierto compuesto químico relacionado con los telómeros, según creyó entender y así apuntó Sampedro en el croquis de anotaciones horarias.

Al rato entró una llamada en su móvil. Un amigo del gimnasio, su pareja ocasional de pádel o del tenis. Un tal Segis. Que qué tal estaba. Con los cascos puestos y mordisqueando lo poco que quedaba de uno de los dónuts —el de chocolate—, Sampedro escuchó por undécima vez una pequeña sinopsis de las aventuras de don Ramón en comisaría, algunos chistes y chascarrillos de dudoso gusto y un sucinto resumen de su situación actual y planes para el futuro inmediato. Casi podría recitar de memoria cada frase. Intentó evitar el famoso bostezo, pero no pudo. Al otro lado de la línea, el interlocutor apenas pronunciaba algún que otro monosílabo y, de vez en cuando, se solidarizaba con Merchán insultando a esos torturadores que interrogaron a su probo amigo tenista.

—¡Qué cabrones, pero qué cabronazos! Así tratan a una persona decente, Ramón. Y luego dejan libres a los chorizos. ¡Así está España! —remató Segis su cosmovisión política, obviando que Ramón no estaba precisamente detenido, sino repantingado en el sofá de su salón.

Ganas le dieron a Sampedro de intervenir en el diálogo para puntualizarle al osado politólogo que las cosas no son exactamente así, mesurada precisión que resultaría por completo irrelevante, sobre todo porque ya conocía la respuesta que Merchán le iba a dar:

—¡Ya te digo, Segis; ya te digo! El mundo al revés. Eso es lo que hemos conseguido por callarnos siempre y consentirlo todo: que se nos llene el país de mugre, de gentuza y de chorizos. Desde arriba hasta abajo.

Y luego seguiría la retahíla de lugares comunes sobre los honrados ciudadanos que pagan impuestos y cumplen la ley —siempre perseguidos injustamente por los poderes públicos—, en contraposición a esa panda de ladrones, violadores y asesinos que, era evidente para don Ramón y sus amigos, parecían estar protegidos por la Policía y el Gobierno.

Pero esta vez no hubo lugar para frases hechas ni topicazos de barra porque, para sorpresa de Sampedro, que prácticamente había desconectado sus neuronas de la conversación, López-Merchán se quedó callado de repente. Cuando volvió a hablar, su voz parecía lejana y amortiguada, era evidente que había separado el teléfono de su cara o lo había dejado en cualquier sitio, dedujo Sampedro. Además, el tono era ahora inquisitivo y airado, nada que ver con el de la distendida charla con Segismundo.

—¿Qué coño haces tú aquí? —preguntó—. ¿Adela? Adela, ¿estás ahí? ¡¡Como le hayas puesto la mano encima a mi mujer!! —amenazó.

Completamente alerta, Sampedro se irguió intentando concentrarse para captar cualquier matiz, cualquier sonido por tenue que fuera. También marcó el número del móvil de Benegas.

—Jefe, ha pasado algo raro en casa de Merchán. Ha entrado alguien y se ha enfrentado a él.

—..... —preguntó Benegas con evidente nerviosismo.

—Ahora mismo. Sí, todo está grabado, claro que sí —le respondió Sampedro—. De repente, ha dejado de hablar por teléfono, se ha encarado con alguien y lo único que se ha escuchado después han sido varios ruidos y lo que parecían golpes, jefe. Uno de ellos muy fuerte. Imagino que para romperle el móvil, porque a partir de ahí se ha cortado la comunicación.

—..... —inquirió con lógica Benegas.

—Ni una sola palabra, jefe. No ha dicho nada. Imposible identificarlo, como comprenderás; pero por la forma de dirigirse a él, o a ella —puntualizó Sampedro—, yo diría que Merchán lo conoce.

—..... —le informó de los próximos pasos a dar. No había tiempo que perder.

—Perfecto. ¡Y cuanto antes mejor, jefe; esto no me gusta nada! No te preocupes, que yo aviso a los demás. Pero no entres solo en la casa, por favor. Espera a que lleguen Andrés y Maq. ¡O el coche patrulla! —le rogó el eficaz agente.

Sesión de cine

Recibió la llamada de Sampedro mientras se dirigía con Blanca al aparcamiento del Hospital Provincial, esa tarde le tocaba una larga sesión de quimioterapia y no quería que la soportara sola. Fue dura, en efecto, incluso vomitó dos veces durante la misma. Y al finalizar le costó mantener el equilibrio cuando se puso de pie. A pesar de la urgencia, no podía consentir que regresara a casa en un taxi —tal como ella propuso— y la llevó él mismo. «Total», se dijo, «no serán más de dos minutos si tengo suerte con los semáforos y, para lo que nos vamos a encontrar allí, ese tiempo ya no cuenta».

Suerte hubo y no tardó demasiado desde el hospital hasta su domicilio gracias a las rondas que circunvalan la ciudad. El problema fue cuando —tras dejar a Blanca en el ascensor— enfiló hacia el centro histórico; con un tráfico lento, embotellado y una furgoneta de reparto bloqueando el paso de un microbús en una zona demasiado tortuosa y laberíntica para tanta circulación. «La ratonera», se dijo, «que cierra sus candados cuando más prisa tienes». Más que aparcar, puso las luces de emergencia y dejó el coche abandonado sobre la acera un par de calles antes de llegar a casa de Merchán. Eran las seis y media en punto. Veintisiete minutos habían transcurrido desde que Sampedro lo llamó.

Conforme se acercaba al domicilio vio llegar —bajando a toda prisa por la calle Nueva— a Vázquez y Maqueijan, que habrían tenido que hacer lo mismo que él y dejar el coche donde buenamente hubieran podido (quizás en la mismísima plaza de las Tendillas, junto al caballo del Gran Capitán), con la sirena encendida para evitar la multa y el traslado al depósito municipal. Los tres confluyeron en el coche patrulla que los estaba esperando; uno de

los agentes intentaba forzar la puerta con una palanca, aunque Sampedro también les había advertido que no entrasen hasta que llegara su superior.

La cerradura cedió a los pocos segundos y los tres se internaron en el largo pasillo que llevaba al salón, el subinspector Vázquez con el arma en la mano, Maqueijan también muy pendiente de ella. Uno de los agentes los acompañó, y el otro se quedó fuera para asegurar el perímetro y sonreír a los curiosos que ya empezaban a remolonear y acercarse más de lo debido.

—¿Señor Merchán? —lo llamó Benegas haciendo un alto en una estancia lateral que parecía una salita de costura—. Don Ramón, ¿está usted ahí? —repitió luego desde la cocina.

—Está aquí, jefe —alzó la voz Vázquez, que se había adelantado con Maqueijan y ya estaban en el espacioso salón—. Pero no te puede responder —confirmó las peores sospechas del inspector.

Porque López-Merchán yacía en un lateral de la estancia, bocabajo y con una evidente fractura de cráneo, sobre un charco de sangre no tan abundante como cabía esperar cuando a uno le abren la cabeza y se la parten prácticamente en dos. «Él, que tanto deseó una vida intemporal, se ha ido con la Muerte bastante antes de lo que la naturaleza le hubiese permitido», pensó Benegas agachándose para observarlo mejor. No muy lejos del cadáver, y completamente destrozado, vio su teléfono móvil; ese último golpe que Sampedro escuchó antes de cortarse la comunicación. Un poco más allá, tirada en el suelo, casi en el rincón, una pequeña escultura de Hermes, el dios alado del comercio. Pequeña pero muy pesada, calculó a simple vista el inspector. El arma del crimen. Era evidente la mancha de sangre en la base de la peana sobre la que levitaba el astuto hijo de Zeus, mensajero del Olimpo y también protector de ladrones, golfos y delincuentes.

Fue él mismo quien llamó a Lucas Lucena para decirle que lo volvía a necesitar, pero que se diese toda la prisa del mundo porque esta vez él y sus hombres podrían recoger las muestras todo lo frescas que

quisieran. Inmediatez: el principal elemento de trabajo de la Científica; mil veces se lo había escuchado decir a Lucena. Inmediatez: ese tren que siempre hay que aprovechar, les dijo él a Vázquez, a Maq y al agente que los acompañó al interior de la casa al ordenarles que se hicieran con las grabaciones de todas las cámaras que pudiera haber en los hoteles, comunidades de vecinos, comercios o tabernas de los alrededores. ¡Todas! Incluso el móvil de algún turista despistado que hubiera estado haciéndose un *selfie*.

—De toda la tarde si las han tenido grabando, pero especialmente de los últimos cuarenta y cinco o cincuenta minutos, ¿entendido? —los conminó el inspector calculando mentalmente la franja horaria en la que habían ocurrido los hechos.

Esto es: si Sampedro lo llamó a las seis y tres minutos, tenían incluso el momento exacto en el que Merchán fue atacado. Él y sus hombres tardaron veintisiete minutos en llegar, a las seis y media justas, aunque un poco antes lo había hecho la dotación del coche patrulla sin observar ningún movimiento especialmente sospechoso en los alrededores. O sea, cavilaba Benegas para sí mientras esperaba a que llegase la Científica, deambulando de un lado para otro del pasillo y del vestíbulo, el asesino —¿o quizás debería decir mejor el homicida?, porque tanto por el arma utilizada como por el correlato de la acción que escuchó Sampedro por el teléfono, estaba seguro de que no se trataba de un crimen planificado—, ha tenido ese colchón de tiempo para huir sin ningún problema. Veintisiete minutos en una ciudad como Córdoba es mucho tiempo para ir adonde uno quiera. «Ojalá alguna cámara hubiese captado alguna imagen extraña, fuera de contexto, que les ayudara», deseó.

También habría que revisar minuciosamente, como poco, los diez o quince minutos anteriores al momento de la agresión, aunque en este punto Benegas sopesaba una doble posibilidad: por un lado, suponía que el atacante no debía llevar mucho tiempo en la casa a juzgar por la reacción telefónica de Merchán, si bien no era descartable una segunda hipótesis, que hubiera entrado con antelación en la vivienda y se hubiese escondido hasta cerciorarse

que el doctor estaba solo. Él se inclinaba por la primera opción pero, en ambos casos, quizás hubiese estado merodeando por los alrededores antes de decidirse a entrar. También tendrían que comprobar, entonces, desde cuándo estaba Merchán solo en su casa y a qué hora salió su mujer, a quien ya habría llamado Marita para ponerla al corriente de la situación, tal como Benegas le había solicitado cuando la llamó para informarla del hallazgo del cadáver y que empezara cuanto antes a pulsar todos los resortes burocráticos que una muerte violenta conlleva.

Entre otros, el levantamiento del cadáver por parte del juez —esta vez fue el de guardia, y no Montesinos— o la presencia de la forense, Carolina Sanchís, a quien Benegas saludó al despedirse camino de su despacho, tras comprobar que no les quedaba por visitar ni un solo comercio, taberna o portal de vecinos con posible cámara de circuito cerrado de televisión; y con las cintas de cinco de ellos en su poder, dispuesto a llevárselas a Sampedro para que empezara a visionarlas cuanto antes. Esta noche le aguardaba otra sesión de cine y menú infantil, pues.

Pero antes, aunque fueran ya las nueve menos cuarto de una noche que apuntaba a primaveral y aún no tuviesen todos los datos necesarios para llegar a ciertas conclusiones —eso ocurriría mañana a lo largo de la mañana, tras ver las cintas, hablar con Adela Ripollet, que quedó en estado de *shock* y necesitó medicación tras la llamada de Marita, y tener al menos un informe preliminar de Carolina Sanchís y de Lucas Lucena—, dadas las circunstancias y el giro imprevisto que había dado el caso (acababan de quedarse sin el principal sospechoso), quiso reunir a todo el equipo en su despacho para poner en común ideas e ir prefigurando posibles hipótesis.

Por ello, tras explicarles con todo lujo de detalle el tenor de sus cavilaciones horarias sobre el crimen mientras aguardaba a la Científica, les preguntó:

—¿Qué os parece a vosotros?

—O Munir por venganza o algún implicado en la trata de menores para tapar su nombre —se lanzó Marita la primera.

—¿Y en ese orden, verdad? —coincidió Benegas con ella—. Por lo cual, habrá que empezar a citar a la gente de Servicios Sociales. Larramendi, en primer lugar. Y que ella nos cuente los pasos a seguir —aseveró el inspector, pues, en cuanto tuviesen huellas o rastros encontrados en el lugar de los hechos, habría que cotejarlos con los de los altos funcionarios, políticos o gerifaltes presuntamente implicados que ella les fuese indicando.

—De Munir voy a estar especialmente pendiente —terció Sampedro consultando en su libreta la indumentaria del marroquí cuando huyó: sudadera Nike azul celeste, con capucha, y pantalón vaquero negro—. Y respecto a la franja horaria, no te preocupes, jefe; voy a revisar las grabaciones de toda la tarde, como es lógico.

—¿Me invitas al cine? —se brindó Maqueijan a acompañarlo, y Sampedro asintió con una sonrisa.

—Perfecto, Maq, os quedáis los dos —convino Benegas—. Aunque me incline por Munir como primera opción, lo cierto es que no me acaba de cuadrar lo del arma homicida. Si alguien va a ajustar cuentas, y va a hacerlo en serio, como mínimo va preparado. Y aquí parece que todo ocurrió sin planificación previa. Parece, ¡ojo! Habrá que esperar a ver qué nos cuentan mañana Carolina y Lucas Lucena.

—Una cosa, jefe —terció Sampedro—. Aunque es evidente la sorpresa de Merchán al ver al agresor en su salón, eso se nota en su voz, y concluyamos que el atacante es un hombre por la fuerza con que decís que le ha abierto la cabeza, también habéis dicho que la puerta no estaba forzada y que os la abrió un agente con la palanqueta. Me pregunto, entonces: si no le abrió Merchán, tampoco encontrasteis ventanas o puertas rotas y no había nadie más en la casa, ¿cómo diablos entró? ¿Tenía llave propia? De ser así, el abanico de sospechosos no puede ser tan amplio —razonó el agente, mirando a sus compañeros.

—No sé qué decirte, Pepe —admitió Benegas—. Impaciente espero el resultado de las cintas. A ver si pueden aclararnos algo.

—¿Y si no fuese el mismo caso, jefe? ¿Y si fuesen dos casos distintos? —se preguntó Vázquez.

—Bueno, eso es más o menos lo que hemos dado por sentado hasta ahora, ¿no? O un caso que se bifurca en dos, si lo preferís: Merchán con Nazaret, por un lado, y la red de prostitución de menores, por otro; con ambos, el doctor y la paciente, relacionados en las dos bifurcaciones de un modo u otro. El resumen no es para tirar cohetes, ya lo sé: una trama parecía medio resuelta y ahora se alarga con la muerte del principal sospechoso, y otra en la que no sabemos por dónde tirar para conectar ambos, porque los dos principales protagonistas están muertos y el tercero en fuga —resumió Benegas.

—Ya, sí, sí... Evidentemente. Quizás no me haya explicado bien —le dio la razón Vázquez—. Lo que yo quiero decir es que, siendo dos casos distintos o uno con ramificaciones, a lo mejor nos hemos quedado cortos, jefe. —Estaban dentro del campo de las conjeturas, ¿no? ¡Pues allá que iba él con la suya!—. Sabemos que Nazaret Cortés murió en alguno de los experimentos de Merchán y que su novio está relacionado con la prostitución de menores. Bien. Pero, por ejemplo, no sabemos si pudo haber más víctimas de esos experimentos.

—Pues no. No lo sabemos —concedió Benegas.

—Y tampoco digo que Merchán se haya cargado a más chicas, lo cual no es descartable; pero, aunque no te mate, si algo va mal con este tipo de cosas te puedes quedar hecho polvo, con secuelas para toda la vida, o quedarte estéril. Digo más —se vino arriba Vázquez, viendo que todo el equipo lo observaba atentamente—. Deberíamos hablar con Asís Morales. No como su abogado que era, sino porque, cuando hay tanto dinero en juego, quizás los dueños de la pasta hayan querido recuperar la inversión, o una parte de la misma, no sé..., vendiendo el laboratorio, por ejemplo, y Merchán no se lo estuviera poniendo fácil. Cabe entonces la posibilidad de que quisieran darle un aviso y, en fin, la cosa no saliera como estaba planeada, como tú bien dices —y ahí lo dejó el subinspector.

—No descartemos nada —convino Benegas—. Porque todo es posible. Así que imaginaos lo que tenemos por delante si, en lugar

de un caso, resulta que tenemos dos o tres —casi se condolió de la cantidad de trabajo que les aguardaba—. Pero eso ya será mañana, cuando tengamos los informes, y Pepe y Maq se hayan estudiado las cintas. Os espera doble o triple sesión de cine, queridos —les dijo—. Que sea leve y no os aburráis demasiado. ¡Buen servicio y buena noche! —fue la clausura de la reunión.

*****

Con el paso de las horas y la toma de su brutal dosis de medicación, Blanca se encontraba bastante mejor cuando Benegas llegó a casa. No pasó una mala noche del todo, aunque la oyó removerse de vez en cuando en su lado de la cama, inquieta. Peor estaba él. Apenas durmió un par de horas, de modo que el alba lo sorprendió dándole otro repaso a las muchas variables que podía ofrecerles la investigación y deseando que llegara una hora razonable para levantarse sin preocupar demasiado a Blanca, tomarse un café rápido y llegar cuanto antes al despacho para empezar a despejar incógnitas conforme fuesen cerrando frentes y anudando alguno de los muchos flecos que tanto le preocupaban.

A las siete y diez ya estaba en comisaría. No hacía ni una hora que Sampedro y Maqueijan habían terminado de visionar las cintas y se habían marchado a sus casas a descansar un rato, tal como le indicaban en una nota manuscrita dejada sobre su mesa que hacía las veces de sucinto informe audiovisual. «Nada de Munir», subrayó Sampedro. «Posible salida gran BMW por cochera a las 17:23 horas. No se ve en su totalidad. Es en la cinta número 2: Taberna El Tablao», le señalaban también. «¡¡Importante el minuto cuarenta y dos, en la cinta número 3: cámara vestíbulo hotel Califato (visionar otra vez)!!», escribió en mayúsculas el más joven agente de policía.

Dado que aún no había llegado nadie del equipo, y mucho menos disponía de los informes preliminares a tan temprana hora, cogió esa última cinta —identificada con la cirílica letra de Maq como «*Califato H.*»—y la introdujo en el viejo reproductor. Sampedro había dejado

la grabación cerca del minuto señalado, así que no tardó mucho en comprender lo que éste quería enseñarle: aunque la imagen no era del todo nítida, en el plano fijo podía verse perfectamente el portal de la casa de Merchán. Un reloj digital parpadeante marcaba las dieciocho horas y quince minutos en la parte superior de la pantalla. Ahí no ocurría nada, personas anodinas que pasaban delante de la gran cristalera del hotel, divagando sobre sus cosas; gente que iba y venía dentro de los límites de sus propias vidas, en definitiva. Ahora bien, en la parte izquierda de ese plano fijo, casi en escorzo, se observaba la puerta del ascensor que daba acceso a la cochera del inmueble, por la que Sampedro había visto salir el BMW X6 en la cinta número 2, a las 17:23 horas exactamente.

Dicha puerta de cochera estaba a unos cinco o seis metros del portal principal y la cámara no la captaba en su totalidad, sólo la mitad de la misma, el batiente que quedaba más a la derecha. Eso era cierto. Pero Benegas pudo ver cómo la figura pareció emerger de la nada, dudar un instante, desconcertado, y apretar el paso hacia el otro lado de la calle, donde ya ninguna otra cámara —según Sampedro— pudo seguir grabándolo. Pero, para él, eso fue más que suficiente. Lo había reconocido y lo entendió todo al instante. En la parte superior de la pantalla seguían siendo las dieciocho y quince minutos de la tarde. De repente, creyó saber cómo había entrado el asesino en casa de López-Merchán. Lo tenía ahí, delante de sus narices.

Ni siquiera miró el reloj y no le importó que Sampedro y Maqueijan no hubieran tenido tiempo ni de calentar su lado de la cama. Los llamó. También a Marita y a Andrés, que estaban camino de Gymné Oviplús para una decisiva prueba de donación de óvulos que, a la vista estaba, tendría que ser otro día. «Reunión inmediata», les dijo, y en el tono de su jefe entendieron que algo importante estaba a punto de ocurrir.

—¡Ya te digo si era importante, Pepe! —Casi le gritó a un Sampedro que lo miraba con cara de boxeador sonado, con un café

doble de máquina en la mano y el pelo aún revuelto—. Está bastante más delgado, viste más juvenil que la última vez que lo tuvimos por aquí, pero ¿no lo reconocéis? —les preguntó.

—¡Es Ripollet! Arturo Ripollet —se sorprendió Vázquez cuando fijó la vista un poco más en la pantalla—. ¡No, si al final vas a tener razón! El suegro enterrador.

—¡Ostia, no lo había reconocido! —confesó Sampedro—. Te apunté esa cinta porque me parecieron sospechosos los movimientos de ese tío. No sé, como si estuviera huyendo. ¡Y mira tú por dónde!

—¡Mira tú por dónde nos va a tener que explicar qué cojones hacía justo ahí, en casa de su yerno, y justo a esa hora, además! —parafraseó Benegas a Sampedro.

—Pero ¿tú crees, jefe...? —iba a argumentar con lógica Maqueijan.

—Yo no creo nada, Maq —lo cortó—. Por eso tenemos que hablar con él. Así que ahora, en cuanto acabemos, tú y Sampedro os vais a su casa y os lo traéis para acá —empezó a repartir tareas el jefe—. También creo saber, gracias a tus cintas, cómo pudo entrar el asesino en casa de Merchán y, tal vez, incluso la hora en que lo hizo —afirmó Benegas.

—¡Vaya, me alegro de haber sido útil! —bromeó Sampedro.

—Sí, veréis, os lo explico: la cinta fundamental es la número 3, la del hotel Califato, pero nos vamos a fijar antes en la número 2 —comenzó Benegas su explicación poniéndola en marcha—. En la imagen se ve pasar el BMW a las 17:23. No se le ve salir de la cochera, es verdad, puesto que esa cámara concreta no llega a enfocar esa parte de la calle debido a su colocación, pero es fácil deducir que Adela Ripollet sale con su coche, gira y se incorpora al sentido natural del tráfico donde ya la capta perfectamente la cámara de la taberna El Tablao. Nuestra denominada cámara número 2. ¿Es correcto?

—Es correcto, jefe. Hasta ahora, vamos bien —recogió Marita el sentir unánime.

—Pues justo a esa hora, a las 17:23, López-Merchán se queda solo en su casa y Arturo Ripollet entra. No digamos «para matarlo» hasta que no escuchemos su declaración. Prosigo. Lo hizo por la cochera, cuya puerta permanece unos instantes abierta tras salir o entrar un coche; como suele ocurrir en todas las cocheras, por otra parte. Pero no podemos verlo porque la cinta número 3, la del hotel Califato —y Benegas la introdujo en el reproductor y le dio al ON—, sólo capta el batiente derecho de la puerta del ascensor, ¿veis, que está abierta? —les señaló con un bolígrafo la pantalla—, y Ripollet entró pegado a la parte izquierda, imagino que porque sabía que hay varias cámaras en los alrededores. Ese es el motivo, Pepe, por el que la puerta principal no estaba forzada cuando llegamos: porque desde el ascensor de la cochera se accede directamente a la vivienda, como pudimos comprobar Maq y yo cuando fuimos a interrogar a Merchán a su casa, hace unos días.

—Supongo que la señora me dirá que sí, pero llamo de inmediato a Adela Ripollet para que me confirme que era ella la que conducía el BMW a esa hora —dijo Marita, pues en las imágenes el rostro del conductor era indescifrable—. Y que no había nadie más en casa cuando ella salió, evidentemente —apuntó.

—Y mientras Maq y Sampedro nos traen a don Arturo, tú y yo, Andrés, nos vamos a hablar con la Científica y con nuestra simpática forense, a ver qué nos cuentan —dio por terminada la reunión Benegas, instando a todo el mundo a ponerse en marcha.

O sea, todo el Grupo de Homicidios en modo ON, como a él le gustaba.

El Grupo IV de Tercera División

Doña Adela Ripollet confirmó sin ambages ni dudas que era ella la conductora que no se identificaba con nitidez en las imágenes, en tanto en cuanto salió de su domicilio más o menos a esa hora; y también que, en efecto, cuando esa tarde abandonó la casa su marido se quedó solo, «hablando por teléfono con alguien estaba en ese momento», precisó ante la insistencia de Marita para que su recuerdo fuese lo más exacto posible.

—¡Aquí no vengáis a achuchar, compañeros! —fue la reconvención de Lucena a Vázquez y Benegas cuando estos lo interpelaron sobre las muestras recogidas en casa de Merchán—. Dadnos un respiro y, a lo largo de la mañana, os envío resultados y la preliminar —fue todo lo que pudieron obtener en las asépticas dependencias de la Científica tras confirmarles Lucena que había un par de huellas parciales que podían ser interesantes, pero que tendrían que cotejarlas y eso llevaba su tiempo.

Comido por la impaciencia, Benegas instó a su subinspector a llamar al Instituto de Medicina Legal. De Carolina Sanchís no obtuvieron sino la confirmación de muerte violenta por fractura craneal con pérdida de masa encefálica —muy poca, remarcó la forense—, llevada a cabo con el objeto contundente ya identificado por Benegas en el lugar del crimen y ejecutada con, al menos, dos golpes con la suficiente fuerza para indicar que el agresor podría ser un varón y diestro, conjeturó Sanchís.

Varón y diestro total era don Arturo Ripollet. Sí, es verdad. Era eso y algo más, allí, en la pequeña sala de interrogatorios: un hombre demacrado, con la camisa arrugada, barba canosa de varios días, pómulos afilados por reciente y súbita pérdida de peso y

mirada huidiza, sabedor de su complicada situación. Es verdad que tenía setenta y un años, pero se le veía fuerte y fibroso para asestar un certero golpe mortal llegado el caso. Y no había perdido del todo ese carácter enérgico, esquinado, incluso altanero y retador, que le caracterizaba y por el que era sobradamente conocido en la ciudad.

—¿Le habéis leído la cartilla? —preguntó Benegas a Maq y Sampedro.

—Sí, pero dice que no quiere abogado porque a él no le hace falta nadie para solucionar una tontería como esta —le contestó el veterano policía.

—Me parece perfecto. Pero llama al Colegio y que manden uno de oficio. Por si la tontería se nos tuerce —estableció el inspector.

Chulo y con un puntito subido de soberbia lo había sido toda su vida. Ahora bien, tras reconocerse en la grabación de la cámara del hotel Califato se vino abajo. Unos instantes. Apenas unos segundos. De inmediato, se recompuso y siguió con la misma cantinela que llevaba repitiendo desde que Sampedro y Maqueijan le pidieron que los acompañara a comisaría para aclarar una cuestión:

—Que sí, que ayer estuve en su casa; es verdad. ¿Cuántas veces lo voy a tener que repetir? Pero cuando llegué, Ramón ya estaba muerto. Me cagué de miedo y salí corriendo de allí. Eso es lo que pasó y eso es lo que se ve en la imagen —puntualizó, señalándose a sí mismo en la pantalla—: un hombre asustado que no sabe ni *p'adónde* tirar. ¿No lo veis vosotros?

—Salió corriendo por la cochera. No por la puerta principal, que le quedaba más cerca. Por la cochera —inquirió Benegas buscando contradicciones en la coriácea declaración.

—Porque es de donde tengo llave, ya se lo he dicho. Salí por ahí porque tengo llave de la puerta que comunica la cochera con la vivienda. Que también sirve para abrir el ascensor y subir o bajar el coche. Y, además, cualquiera sabe que, en una movida de estas, cuantas menos cosas toque uno, mucho mejor, que todos hemos visto alguna serie americana. Así que me fui por donde había venido.

—¡Tanto como «cualquiera»...! En una movida de estas hay que pensar muy bien las cosas. Y, hablando de pensar: ¿no pensó, por ejemplo, en acudir a comisaría a denunciar lo que acababa de pasar? —insistía en su recelo Vázquez.

—¡Pues no; no lo pensé, así a botepronto, con lo que yo tengo encima! —resopló Ripollet su hastío por el próximo juicio que debía enfrentar—. Y cuando lo pensé fríamente, con más calma, me di cuenta de que sería mejor que no me relacionasen con eso que acababa de pasar —parafraseó al subinspector.

—Siga contándonos lo de la cochera y la puerta del ascensor —volvió Benegas a centrarse en lo que más le importaba.

—Pueees..., verá, cuando voy al centro, dejo el coche en casa de mi hija. De lo contrario es imposible aparcar —puntualizó lo que todos sabían—. Por eso Ramón y Adela me dieron la llave hace tiempo. Pero sólo tengo esa llave. Insisto: solamente esa. Las del resto de la casa, no. Nunca las he tenido. Cuando voy a visitar a mi hija, siempre accedo por la cochera. Siempre. Abro el ascensor en la calle, meto el coche, lo bajo y lo aparco. Y luego, con esa misma llave, abro la puerta de acceso a la casa y entro. Es mi rutina, no tengo que pensar o dejar de pensar en las cosas —repitió enojado.

—Aunque esta vez no vino en coche al centro, sino andando —aseveró Vázquez.

—Así es. Vine andando desde El Brillante. Ya lo saben. Preferí dar un buen paseo para despejar la mente y ordenar ideas. Y tampoco tuve que utilizar la llave, porque la puerta de la cochera estaba abierta, como les he dicho —reiteró Ripollet.

—Ordenar ideas, dice usted —repitió Benegas las palabras de Arturo Ripollet—. Porque esta vez no iba a visitar a su hija, sino a su yerno, ¿me equivoco? —cambió el enfoque del interrogatorio el inspector.

—Eeeeehhh... Sí, y no —dudó el compareciente—. Para ver a Adela no me hace falta ningún motivo, como usted comprenderá, pero también quería hablar con Ramón para que se aclarara de una vez.

—¿Con qué? —preguntó Benegas, un tanto extrañado.

—Con lo de su secretaria, ¡coño! ¿Con qué va a ser? —le faltó encararse con el inspector—. Lo sabe toda Córdoba ya, menos Adela; y no podría yo asegurar que no sepa los cuernos que tiene encima, la pobre mía. O se está al caldo, o se está a las tajadas, ¿no sabe usted ese refrán? Pues mi hija no es segundo plato para nadie, que sólo falta que se metan mano en plena calle, los tortolitos. Estas cosas hay que cortarlas cuanto antes. Especialmente en una situación como la que estamos pasando en la familia —aseveró Ripollet.

—Porque de eso es de lo que realmente quería usted hablarle, ¿verdad? —apretó Benegas.

—No le entiendo. Explíquese —repuso Ripollet.

Pero antes de que el inspector pudiese contestar, la puerta de la salita se abrió y Maqueijan asomó la cabeza.

—Cuando te haga falta, jefe —anunció que el abogado de oficio ya estaba listo para cumplir sus obligaciones.

—Sí, gracias, Maq. Verá, señor Ripollet, llegados a este punto quizás sería mejor que se lo explicase también a un abogado. Ya que usted no ha querido llamar al suyo, nos vemos en la obligación de ofrecerle asistencia letrada gratuita porque su posición puede cambiar de un momento a otro, créame —aseveró el inspector.

—¡Me parece increíble! ¿Qué va a detenerme? ¡Esto es increíble! —bufó Ripollet.

—Maq, que pase, por favor —solicitó Benegas la entrada del abogado de oficio.

Que, en realidad, era una abogada. No es que acabase de salir de la facultad, pero era muy joven, aunque ciertamente de lo mejorcito que podía haberle tocado en suerte a Ripollet, porque Beatriz Portales era una prometedora penalista que llevaba un par de años haciendo prácticas y fogueándose en uno de los mejores bufetes de Córdoba. Benegas la conocía de vista, de brujulear por comisaría y los tribunales. Con apenas maquillaje —en realidad, no le hacía

falta— vestía un traje chaqueta verde botella, de Zara, y llevaba tacón alto y el pelo recogido en una cola de caballo.

—Muy buenas, señores. Con su permiso —se dirigió a Benegas antes de entrar—. ¿Está detenido? —preguntó señalando a Ripollet—. Apenas he tenido tiempo para echarle un ojo al atestado.

—En este momento, técnicamente, no —muy escueto, Benegas.

—Bien, pues entonces, si es usted tan amable... —le pidió que lo dejara a solas con su nuevo cliente para ponerse al tanto del asunto que acababa de caerle entre manos. Ripollet permanecía en absoluto silencio, con los ojos muy abiertos, mirando a ambos alternativamente según tomaban el uso de la palabra.

—Faltaría más. —Benegas accedió al necesario trámite legal de la entrevista letrada—. Tómese el tiempo que necesite, doña Beatriz; que luego continuamos —dijo, saliendo al pasillo, camino de su despacho.

*****

La media hora larga que Ripollet estuvo contándole sus cuitas a su joven defensora —de muy mala gana y con continuos desplantes, cuando no palpables faltas de respeto— la aprovechó Benegas para llamar a Marita y preguntarle por sus progresos con las cintas que tanto necesitaban para establecer el recorrido, los horarios y las coartadas del sospechoso. Llevaba un buen rato pateándose todo el centro de la ciudad, le contó Marita, pero la cosa pintaba bien, aventuró optimista. Al poco de colgar, Vázquez le anunció que podían reanudar el interrogatorio.

—Bien, nos habíamos quedado en el verdadero motivo por el que usted fue a casa de su hija para hablar con su yerno, señor Ripollet; ¿no es así? —retomó Benegas su discurso en el exacto punto en que lo había dejado.

—Si usted lo dice —condescendió el interrogado—. A ver, explíquenoslo. Usted, que lo sabe todo —cáustico Ripollet, ante la mirada reprobatoria de la letrada.

—Claro, yo se lo explico rápidamente —intentó no picarse el inspector por el tono de Ripollet, aunque le costaba trabajo—: Verá, usted quería hablar con su yerno para asegurarse de que, a pesar de la vigilancia policial que tenía encima por la aparición de los restos de Nazaret Cortés, no iba a decir nada que lo incriminara a usted aún más. O sea, para asegurarse que iba a mantener la boca cerrada. Que el señor López-Merchán accediera o no a su petición es lo fundamental en toda esta historia. ¿Lo entiende mejor ahora? —concretó Benegas un posible móvil. Móvil y oportunidad, el abecé de cualquier caso criminal.

—Tiene usted una capacidad inventiva digna de mejor causa, inspector —escupió Ripollet—. No decir nada ¿de qué? A ver, ¿por qué iba yo a querer matar a mi yerno? Una cosa es que fuese un payaso que engañaba a mi hija y otra muy distinta que yo le abra la cabeza por eso.

—Su hija y el matrimonio de su hija no tienen nada que ver aquí. Usted lo que pretendía es que Merchán no lo delatara. Porque usted troceó los restos de Nazaret y, probablemente, incineró los que nunca vamos a encontrar, ¿verdad? —le enseñó Benegas sus cartas. Y era una mano ganadora.

—¡No responda usted, don Arturo! No tiene por qué contestar una acusación así, basada en meras conjeturas —exclamó Beatriz Portales.

Arturo Ripollet se quedó mirándola con los ojos un tanto humedecidos, diríase que incluso con cierta ternura. Siempre le habían gustado las personas que intentaban hacer bien su trabajo, fuese el que fuese. Luego, hundió la cabeza entre los hombros, se masajeó las sienes y resopló. Resopló varias veces, renegando con la cabeza en silencio. Estaba cansado, demasiado cansado de que, desde hacía varios meses, su otrora segura y confortable vida se pareciera cada vez más a la de un miserable ratero.

—No, déjelo, abogada. Déjelo. Si el policía tiene razón —confesó a botepronto—. Si más tarde o más temprano van a encontrar lo que vayan buscando; ¿para qué voy a seguir mintiendo? Sí, yo incineré

los restos, inspector, eso es cierto. Como hemos hecho con tantos cadáveres, no lo voy a negar; ¿qué importaba uno más o uno menos? Pero yo no troceé a esa chiquilla, como usted dice; eso lo hizo mi yerno, que es quien sabía de esas cosas. Me lo pidió por favor. Estaba muy asustado porque se le desangró en plena operación o algo parecido, ¿sabe usted? Allí, en los lavaderos de la clínica... —Ripollet volvió a quedarse en silencio, colgado de esos puntos suspensivos, mirando al vacío.

Ahí tenía delante, en esa confesión del otrora poderoso don Arturo Ripollet, la resolución del caso de los restos aparecidos en el polígono industrial de Chinales. Y también la razón por la que no habían encontrado ninguna prueba biológica durante el reciente registro de LM Gen Biotech: porque su señoría había acotado tanto el terreno a batir debido a sus santos cojones garantistas que toda esa zona quedó fuera de su jurisdicción. Ahora tendría que autorizar un nuevo registro sí... o sí. Y, entonces, punto final. Ahora había que resolver la maldita prolongación de ese enrevesado caso. O lo que quiera que la muerte de López-Merchán supusiera o representara. Por eso, siguiendo la misma línea argumental, aseveró:

—Y usted no se pudo negar porque su yerno también le hacía un pequeño favor. Pequeño o grande, depende de cómo se mire: esconder parte de sus bienes para cuando condenaran a la funeraria por estafa, ¿no es así, don Arturo? —muy lógico el inspector.

—Bueno, si usted quiere verlo de esa manera no seré yo quien se lo discuta; pero, básicamente, uno tiene que arrimar el hombro cuando se lo pide su familia. Y Ramón era el esposo de mi hija, así que no lo dudé. Eso también tenía pensado decírselo para que se aclarara de una vez con la secretaria —apostilló Ripollet.

Benegas asintió y Beatriz Portales no supo qué decir para romper el mutismo al que la había abocado la confesión de su cliente y el giro que esto conllevaba. Era obvio, se dijo la letrada, que ella lo estaba asistiendo por una acusación concreta —y muy grave, la de un posible homicidio— de la cual se declaraba inocente y aún no había pruebas reales en su contra; pero ahora don Arturo había

reconocido la comisión de un nuevo delito. Por ello, con toda la prudencia de la que pudo hacer acopio, dijo:

—Inspector, mi defendido insiste en su inocencia respecto a la muerte de su yerno, así que, salvo que tenga usted algo que lo incrimine y lo ponga a disposición del juez, solicitaré su inmediata puesta en libertad. Y, en relación con los restos hallados en Chinales, estaríamos hablando de un asunto completamente distinto al que nos ha traído hasta aquí, ¿no es cierto? Por ello, si mi defendido confiesa y coopera, tal como está haciendo hasta el momento, espero que lo tengan ustedes en cuenta para el presunto delito de encubrimiento.

—No le quepa duda, señora Portales. Es lo que solemos hacer —afirmó Benegas—. Pero antes, don Arturo, dígame una cosa: ¿por qué no incineró todos los restos de Nazaret Cortés y tuvo que enterrar una parte de ellos en el polígono industrial? Estamos aquí precisamente por eso —se retrotrajo Benegas al inicio del caso.

—Por ese puto borracho que nos denunció, ¡joder! —explotó Ripollet.

—Entiendo —concedió Benegas, hilando mentalmente fechas y coincidencias.

Y es que tanto la muerte de Nazaret Cortés como el estallido del escándalo de los ataúdes reutilizados en la funeraria —tras la denuncia del trabajador despechado— ocurrieron entre mediados y finales de noviembre, con un intervalo de tiempo relativamente corto.

—Le prometí a Ramón que no habría problema —continuó recordando Ripollet—, que nos desharíamos de esos restos que podrían incriminarlo mezclándolos con otros, según la práctica habitual; pero nos detuvieron a mí y a mis hijos y no me dio tiempo a hacerlo del todo, así que, cuando volví a casa tras pagar la fianza, tuvimos que enterrar una parte en el polígono de Chinales.

—¿Tuvimos? —puntualizó Vázquez.

—Sí, tuvimos. Fuimos él y yo. Mis hijos no tienen nada que ver en esto. Ni saben nada. —¿Qué iba a decir un padre, si no? ¿Que sus

hijos también estaban pringados?

—Confesado lo cual, inspector —intervino la letrada Portales—, dado que la participación de mi cliente en la desaparición de restos humanos es otro asunto bien distinto del hecho por el cual ustedes lo han detenido, y si no tiene más preguntas que hacerle, me gustaría tener de nuevo un aparte con él, si fuesen tan amables.

—¡Yo no tengo que hacer un aparte con nadie, abogada, porque yo no he matado a Ramón! Lo he dicho por activa y por pasiva, inspector —se dirigió alternativamente a su defensora y a Benegas—. ¡Yo lo que quiero es irme a mi casa a la voz de ya! —exigió—. Ramón estaba muerto cuando llegué. Y no entré en su casa a las cinco y veinte pasadas, como usted se empeña en repetir, sino más tarde. Sobre las seis y diez, más o menos. Recuerdo haber escuchado el carrillón del reloj de las Tendillas dando las seis en punto, mientras bajaba por la calle Claudio Marcelo. Se lo he dicho cien veces, inspector. No sé..., ya que ahora hay tantas cámaras en todos sitios, busque en alguna. Seguro que se me ve cerca de la casa de mi hija a esa hora —empresario como era, quiso planificarles someramente el trabajo a realizar.

—En ello estamos, no se preocupe usted por eso —le informó Benegas—. Pero, hasta que tengamos esas imágenes que confirmen su coartada, se tendrá que quedar aquí con nosotros. Lo siento, señor Ripollet. Le voy a dejar un momento con su abogada, tal como nos solicita la defensa, mientras nosotros seguimos trabajando.

Benegas salió al pasillo y encaró la escalera para subir a su despacho. Lo hizo calmosamente, quizás queriéndose tomar el tiempo necesario para analizar el caso y las palabras de Ripollet desde todas las perspectivas posibles. Tenía una extraña sensación: la de una enorme duda que crecía en su interior. Porque Benegas dudaba. A pesar de los indicios que señalaban a Arturo Ripollet como posible homicida, albergaba serias dudas al respecto. Y ello por varios motivos.

Para empezar, la tozuda negativa del sospechoso a reconocer los hechos y declararse culpable, justificando con solidez la horquilla

horaria a la que, según él, llegó a casa de Merchán: no eran las 17:23, sino las 18:10, aproximadamente. Comprobar esa posible coartada se convirtió en absoluta prioridad. Por eso Marita llevaba media mañana recorriéndose todos los locales, comercios y establecimientos que pudieran tener circuito cerrado de televisión, tanto en la calle Nueva, en Alfonso XIII —ambas perpendiculares a la pequeña calle de Merchán—, como en la plaza de las Tendillas. Pero, sobre todo, había solicitado ayuda al servicio de Policía Local del Ayuntamiento, pues en la muy céntrica zona conformada por las avenidas del Gran Capitán, Ronda de los Tejares, las Tendillas, Claudio Marcelo y Gondomar —por donde Ripollet afirmaba haber llegado caminando a casa de su hija— abundaban las cámaras reguladoras del tráfico rodado, básicamente para sancionar a los conductores que circularan sin permiso por el carril bus o fueran a más de veinte por hora por el casco histórico.

De ser cierta la afirmación de Ripollet sobre la hora de su llegada a la casa, se dijo Benegas atando cabos —ya en su despacho, dibujando un croquis temporal de los hechos—, éste se encontró la puerta de la cochera abierta y entró por ella justo porque acababa de huir por ahí el verdadero asesino. No haría más de dos o tres minutos que lo hizo, pues ese suele ser el tiempo que permanecen abiertos los batientes corredizos de este tipo de puertas, en concreto ésta, como Sampedro ya había comprobado varias veces. Era un razonamiento lógico, dado que la agresión se produjo justamente a las seis y tres minutos. El asesino entró aprovechando que Adela salió en su coche, a las 17:23 horas. Estuvo más de media hora en la casa, quizás escondido, planeando el asesinato; o quizás asustado sin saber muy bien qué hacer si no era esa su intención inicial. Se enfrentó a López-Merchán y lo golpeó a las seis y tres minutos exactos, y salió de nuevo por la cochera un poco antes de las seis y diez. Muy poco antes. La cronología cuadraba con total exactitud. Le dio un escalofrío pensar que Ripollet y el asesino se podrían haber cruzado perfectamente en el ascensor. Y entonces, sin duda, el

escenario que habrían encontrado él y sus hombres al llegar hubiese sido muy distinto, era obvio.

El resto del poso de sus dudas no quedaría por completo disipado hasta que Lucas Lucena y su equipo terminaran de cotejar las dos huellas parciales encontradas en el lugar de los hechos. Maqueijan los había vuelto a llamar para urgirlos en la tarea. Un par de veces, mientras sus compañeros interrogaban a Ripollet.

—¡Que en ello estamos, Maq, coño! Justo ahora, de verdad. ¡Pero esto no es como en las películas! —le contestó Lucena con cajas destempladas—. Aunque te adelanto que ninguna de las dos coincide con la de Munir Bossuani. Eso se lo puedes decir ya a tu jefe.

«Ninguna. ¡Ajá!», encajó Benegas. Y el inspector sopesaba seriamente que, aunque eso no significase una completa exculpación de don Arturo (porque podría haber limpiado cualquier rastro en el lugar del crimen, que eso también lo sabe cualquiera que vea una serie B), tampoco iban a coincidir con las de Ripollet. A la espera de la llamada de Lucena estaba, en ascuas.

Y, mientras tanto, a ver si le daba tiempo a picotear algo antes de seguir con la faena, se dijo, aunque fuese ese sándwich gomoso de máquina *vending* que se estaba zampando en el capítulo 5. Con su lata de KAS fresquita y algo de mayonesa, ¡faltaría más! ¡No había quien se tragase ese engrudo de pollo reseco a pecho descubierto.

Pero antes tenía algo muy importante que hacer. Algo impostergable.

*****

Supo que tenía un deber moral con ella. Descolgó el teléfono del despacho, la llamó y se lo contó todo. Cómo había ocurrido, cómo y dónde había muerto Nazaret, quién fue el responsable último, y también por qué una parte de sus restos habían aparecido enterrados en un lodazal del extrarradio mientras que nunca iban a encontrar lo que faltaba. Conforme iba desgranando los hechos, un

magma burbujeante de ira y tristeza fue, poco a poco, emergiendo desde sabe Dios qué profundidades de su ser y lo inundó por completo.

—Ya sé que todo esto no te la va a devolver, Alba, pero siempre ayuda saber lo que pasó —quiso transmitirle un mínimo consuelo.

Al otro lado de la línea, Alba Millán asistía en silencio a sus explicaciones. Intentó amordazar el llanto, pero finalmente no pudo contenerlo al imaginar el calvario y agonía de su hermana.

—Muchas gracias por todo, inspector —fue lo único que acertó a susurrar antes de sumirse de nuevo en el más absoluto mutismo. Lo cierto es que ella también tenía algo que decirle, pero no sabía si debía contarle lo que ocurrió ayer por la noche.

—Bueno, Alba, me vas a disculpar pero tengo muchísimo trabajo —empezó a despedirse Benegas—. Si necesitas algo, aquí nos tienes para lo que sea; no hace falta que te lo diga. Y si sabes algo de Munir...

—De eso quería yo hablarle, inspector —lo cortó Alba Millán, disipando sus dudas—. Ayer me llamó. Está en Algeciras, según me dijo. Intentando pasar a su país.

—¿Te dijo algo más?, ¿dónde vive?, ¿cuándo piensa hacerlo?, ¿si está con alguien? —ametralló Benegas. Estaba visto que el infame sándwich tendría que esperar. De inmediato, habría que solicitar una orden de requisitoria policial a los compañeros de Algeciras, y aun de todo el Campo de Gibraltar, para que estuviesen alerta ante el inminente intento de huida de Munir.

—No, no me dijo nada más. Que está buscándose la vida. Como siempre —parca y concisa Alba Millán.

—Escucha, Alba —intentó Benegas encontrar las palabras precisas para verbalizar lo más correctamente posible todo lo que tenía que decir; no en vano de ello dependía buena parte del resto de la investigación—: si te vuelve a llamar o sabes algo de él...

—Dijo que me llamaría antes de marcharse para siempre —confesó ahogando otro sollozo.

—Bien, pues, cuando lo haga, le cuentas todo lo que te he contado yo a ti. Dile que sabemos quién lo hizo y todo lo que pasó, que no tenemos nada contra él y nada debe temer. Nada —subrayó Benegas—. Y dile también que tenemos que hablar con él, Alba. Díselo. Dile que si quiere ayudar a Nazaret lo mejor que puede hacer es volver a Córdoba y hablar con nosotros. Díselo con esas palabras, por favor. Munir comprenderá —cortó Benegas la comunicación, rogando para que así fuera.

Al final terminó almorzando un café con leche y un bollo industrial relleno de chocolate. Estaba apurando el brebaje ya medio frío cuando por fin llegó Marita, también casi en ayunas.

—Tengo las cintas de dos fachadas de escaparates del *Cort'inglés*: las que dan a Tejares y al Gran Capitán. Me he llegado también a la central de Cajasur, porque los cajeros automáticos graban durante veinticuatro horas. Me han dado los cortes de ayer entre las cuatro y las siete de la tarde.

—Buen trabajo, Marita —aprobó el jefe.

—Y me he venido para acá porque me han dicho en la jefatura de la Policía Local que me van a enviar dos o tres archivos con las imágenes de las cámaras del carril bus. A ver si hay suerte y vemos algo.

—O no vemos nada —puntualizó Benegas, sin saber si eso sería tener suerte o todo lo contrario.

Instalados en esa incertidumbre andaban cuando sonó el teléfono. Línea interna. Al menos, Lucena iba a disiparle de inmediato alguna nebulosa.

—Ni rastro de tu sospechoso —afirmó tajante—. Ninguna de las dos huellas coincide con las suyas. Te envío informe completo dentro de un rato.

—¡Ajajá! —Benegas asumió una información que, en puridad, llevaba unas horas dando por segura—. Muchas gracias por todo, Lucas; muchas gracias por la rapidez, de verdad —lo despidió, casi preparando mentalmente la conversación que, tras las pruebas

realizadas por la Científica, debía mantener de inmediato con su superior, el comisario Espadas.

—O sea que nada por aquí, nada por allá. —Por el tono de voz de su jefe, Marita interpretó lo que acababa de decirle Lucena y fue muy gráfica para describir el momento en que se encontraba la investigación.

—Nada de Arturo Ripollet, al menos —precisó Benegas—. Pero no quiero descartarlo del todo hasta que no veamos las cintas y podamos situarlo donde él dice que estaba —tiró de profesionalidad el inspector—. Así que avisa a todo el mundo y empieza a repartirnos los vídeos, Marita; porque, si don Arturo tiene razón, no debemos retenerlo ni un minuto más por este asunto.

Como los distintos archivos audiovisuales estaban cronológicamente muy bien ordenados —eso era algo que se daba por descontado cuando Marita estaba al cargo de cualquier trabajo— y, además, eran bastantes los espectadores, lo cierto es que no tardaron mucho en constatarlo: en efecto, Arturo Ripollet decía la verdad. No entró en casa de su hija y del fallecido López-Merchán a las 17:23 de la tarde. Unos instantes después se le veía caminar por Gran Capitán, captado fugazmente por la cámara del pequeño recinto donde estaban los cajeros automáticos de la BBK-Cajasur, y, justo a las seis y tres minutos —esto es, cuando estaban golpeando al doctor—, Sampedro lo identificó (misma ropa, mismo porte decidido) cruzando a la carrera delante de un microbús en la confluencia de Ronda de los Tejares con la muy comercial calle Cruz Conde, enfilando ya hacia Claudio Marcelo, camino de casa de Adela; donde llegaría minutos después y a punto estuvo de cruzarse con el asesino de su yerno.

Así se lo explicó Benegas a Beatriz Portales y a su defendido a modo de despedida, ya muy al final de la tarde; casi había anochecido.

—Pruebas más que concluyentes, don Arturo. Espero nos perdone el tiempo que le hemos retenido aquí, pero es nuestro trabajo y nos gusta hacerlo bien. Mucha suerte para dentro de unos días, en el

juicio —le deseó a Ripollet. Juicio por la estafa de los ataúdes, pues en el horizonte se le cernía otra causa penal a don Arturo, la del encubrimiento de su yerno, ya lo citaría el juez Montesinos para que le diese cuenta de unos hechos que podrían conllevar hasta tres años en la trena.

Aunque, sinceramente, con lo que él tenía por delante a partir de mañana, las cuitas procesales del estafador Ripollet y su familia le importaban tanto como los resultados de esa jornada en el Grupo IV de Tercera División.

Por cierto, se dijo, ¿cuál era el Grupo IV de la Tercera División? ¿El navarro? ¿El gallego? ¿El balear?

Plomo en las alas

Esa mañana Espadas llegó bastante temprano, así que no eran más de las ocho y cinco cuando Benegas llamó a la puerta de su despacho y entró con un par de cafés cortados de máquina en una bandejita de plástico grueso, dispuesto a evacuar informe de la situación tras la palmaria inocencia de Arturo Ripollet.

—El abanico de sospechosos se nos abre demasiado, jefe, no lo voy a negar —resumió tras contarle con pelos y señales el interrogatorio del empresario y las pruebas obtenidas por la Científica—. O venganza por alguna movida en el laboratorio que aún desconocemos, ya sea con resultado de muerte o con secuelas de por vida, como apunta el subinspector Vázquez; o bien alguien relacionado con la trata de menores y los abusos sexuales. Yo me inclino más por esto, como ya le digo.

Y, cada vez que Benegas apuntaba en esa dirección, al comisario le temblaba ligeramente el labio superior y un difuso malestar se apoderaba de él. El muro. El plomo. Plomo en los pies y en las alas. Que pesa mucho. Que pesa demasiado. Depende de adónde quiera uno llegar volando, claro.

—Ya, ya, bien..., veamos —balbuceó Espadas, intentando ordenar sus pensamientos—. Primero los funcionarios, ¿entendido? Tal como dijimos la otra vez —le recordó la primera reunión que mantuvieron—. Funcionarios y gente que tenga algo que ver con esa administración de tutela y de jóvenes inmigrantes. Perfecto: psicólogos, educadores, el director del centro... en fin, lo que sea. Ya hablo yo con el juez para las posibles órdenes de detención si hubiere lugar. Pero también con mucho tiento, Benegas. No podemos entrar allí como un elefante en una cacharrería. Y luego,

según vayamos avanzando, tiramos para arriba a ver qué sale —al comisario no le quedó más remedio que asumirlo, deseando en su fuero interno no tener que subir esos peldaños en la jerarquía política, cuya confianza tanto trabajo le estaba costando ganarse.

—No se preocupe, jefe. Hasta ahora hemos manejado bien la situación. Y así seguiremos —se despidió Benegas con el tono más neutro que pudo, levantándose y saliendo del despacho tan rápidamente que no escuchó cómo Espadas, contrito y meditabundo, murmuró entre dientes: «Eso espero, Benegas, eso espero».

Que el comisario iba a reforzar ese cortafuego político era algo que el inspector asumía desde que Vázquez lo llamó para decirle que López-Merchán había sido asesinado. Las cosas son como son en las humanas relaciones y ni él ni el comisario Espadas habían inventado las reglas del medro, la adulación y las aspiraciones desorbitadas. Era obvio que sentía una íntima y puñetera satisfacción interior por el aprieto en que se veía su jefe —bastaba verle el semblante al pobre hombre cuando imaginaba la implicación de algún alto cargo municipal, de la *Junt'Andalucía* o del Gobierno—, pero, cuando llegó a su mesa y descolgó el teléfono para llamar a Alba Millán, debió reconocerse que, aunque el interés de Espadas en hacer las cosas de esta manera no obedeciese solamente a la pura ortodoxia policial, lo cierto es que era la forma más lógica de proceder.

Por eso quería hablar primero con Alba, para construir unos cimientos sólidos sobre los que trabajar con tiento. Así que, antes de llamar a nadie a declarar, llevar a cabo cualquier detención o, incluso, una simple ronda de interrogatorios, quería concretar con la mayor exactitud posible el grado de relación o implicación de cada cual en la trata o en los posibles abusos acaecidos en Servicios Sociales —una especie de «quién es quién, cuáles son sus gustos, y a qué diablos se dedica»—, y Alba podría aportarles datos e información al respecto no sólo por su cercanía a Nazaret y a su novio, sino por el terreno que ya tenía recorrido gracias a su labor periodística.

—Deme una hora, hora y media como mucho, que tengo un par de gestiones que hacer en Hacienda y en la Seguridad Social, y nos vemos en su despacho —concedió la chica.

—¿Has hablado con Munir, te ha vuelto a llamar? —preguntó, expectante.

—He hablado con él, sí —le confirmó Alba.

—¿Y qué te ha dicho?

—Llamó ayer por la noche, ya bastante tarde, para despedirse —contestó Alba.

—¿Y qué le dijiste tú? —se le aceleró el pulso a Benegas, acordándose de la requisitoria enviada a Algeciras.

—Todo. Todo lo que usted me dijo que debía contarle. Todo lo que ocurrió y todo lo que debemos hacer para acabar con esto. Con puntos y comas, inspector —subrayó Millán.

—¿Y...? —la instó a seguir.

—Me dijo que ya no sabe qué pensar, ni qué hacer. Que quizás lo mejor sea largarse lo más lejos posible y olvidarse cuanto antes de toda esta historia.

—¿Y qué crees tú que hará, Alba? ¿Vendrá?

—Al menos, no se ha ido, inspector. Me lo prometió. Y ya sabe que, a los que no tenemos nada, al menos nos gusta creer que lo único que no nos pueden quitar es nuestra palabra. Por eso nos cuesta tanto darla. Bueno, no me enrollo más. Nos vemos dentro de un rato —cortó la comunicación.

El inconcreto lapso de tiempo que cabe en el sustantivo «rato» nunca ha sido fijado por Real Academia alguna, pero Alba Millán había dicho que necesitaba, como poco, hora y media, así que —dado que no podían permitirse perder ni un minuto— Benegas aprovechó para ir adelantando trabajo. En una de sus conversaciones al inicio del caso, Paco Palermo le había dicho que podría pensarse que ciertos funcionarios de Servicios Sociales tenían especial interés en que Munir Bossuani no pasara demasiado tiempo en las dependencias de una comisaría cuando tenía la desgracia de

ser detenido. Lo llamó y le explicó que necesitaba los informes de las últimas actuaciones llevadas a cabo contra el marroquí, «todas las veces que lo detuvisteis o se vio envuelto en alguna movida, Paco; aunque fuera una estupidez», puntualizó. Palermo se anduvo presto y no hizo demasiadas preguntas o comentarios esta vez, así que allí los tenía todos juntos, ordenaditos sobre la impoluta mesa del Jefe de la Unidad de Familia, Violencia contra la Mujer, los niños y movidas familiares varias; tres o cuatro carpetas no excesivamente gruesas. Tampoco necesitaba más. A Benegas le daba igual el pequeño delito o falta por el que se le incoase cada uno de esos expedientes. Él quería comprobar los nombres de quienes se ocupaban de Munir tras su inmediata puesta en libertad exprés, la firma de sus solícitos protectores. Por pura cortesía —ya que no era necesario— pidió permiso a Palermo para fotografiar con el móvil los folios que le interesaban y su homólogo se lo concedió por el muy sutil método de darse media vuelta y ponerse a silbar una marcha de semana santa mientras, melancólico, miraba a través de la ventana.

Por eso estaba ahora como estaba: tan contento. Tan contentísimo, asintiendo en silencio con la cabeza, sosteniéndose la barbilla con la mano derecha, diríase una pose de pensador grecolatino moderno. Y es que, tras despedirse amigablemente de Palermo y reiterarle que le debía ya unas ciento cincuenta invitaciones a cerveza o a café, recibió a Alba Millán en su despacho. Le explicó por qué la había hecho venir y la importancia de su colaboración en ese punto de la investigación. Alba se sintió íntimamente satisfecha de poder ayudar en algo, de devolverles el favor a quienes tanto habían hecho por Nazaret. Pidió un botellín de agua, una pizarra portátil para dibujar esquemas y líneas de relación entre las distintas personas que fuera mencionando —cuyas fotografías claveteaba con chinchetas en un corcho que también le suministraron—, y se dispuso a ello. Estuvo casi hora y media desgranando la exhaustiva información que había recopilado los dos últimos años sobre cargos técnicos de la

Consejería, funcionarios de distinto nivel administrativo, personal eventual o externo que ella o Munir considerasen que también pudieran haber participado en la trama de un modo u otro, o que se hubieran beneficiado de alguna forma de los menores... Hiló nombres con fechas, indicios con presunciones salpicadas de dudas personales, les explicó por lo menudo el organigrama de trabajo en el centro de acogida Futuro Migrante... Hora y media larga bajo la total atención del inspector, de Vázquez y de Marita; ninguno de los tres dejó de tomar notas sobre diversos aspectos de lo que Alba les iba relatando, aunque procuraron interrumpirla lo menos posible.

—Pero, de todos esos nombres y cargos que nos has ido diciendo —y señaló Benegas a la pizarra garabateada y al corcho con las fotos—, si yo te pidiera que nos los redujeras a cuatro o cinco, ¿tú cuáles dirías, Alba?—le preguntó Benegas para ir acotando el terreno—. Funcionarios y trabajadores, básicamente. De políticos, asesores y jefazos ya hablaremos luego, si eso. Ya sabes —puntualizó Benegas, poniéndose kilo y medio del mucho plomo que le chorreaba a su jefe en cada bota.

Y, tras un breve paréntesis para meditar su respuesta, Alba fue y les dijo. Cuatro nombres les dijo. Más el de Marián Larramendi, eso lo daban por descontado. Cuatro nombres que resumían la bien tejida y sórdida trama de impunidad con la que aprovecharse de las carencias y penurias de demasiados menores sin fortuna. Y de esos cuatro nombres, dos coincidían con las firmas fotografiadas por Benegas hacía un par de horas en el despacho de Paco Palermo, esos probos funcionarios con demasiado celo en forzar la ley o los procedimientos administrativos con tal de proteger a Munir, su proveedor de carne fresca.

Por eso estaba tan contento. Tan contentísimo.

*****

El primer nombre coincidente era el de Juan Pedro Torralba, director del centro concertado con la Administración «Futuro Migrante». El

señor que mandaba y decidía, en palabras de la periodista. El segundo, el de Luis Menéndez-Torrás, licenciado en Relaciones Laborales y adscrito al departamento de Marián Larramendi —esto es, un funcionario de carrera—, que se encargaba de buscar trabajo para todos los chavales tutelados por la Junta de Andalucía en Córdoba y provincia conforme fuesen alcanzando la mayoría de edad; si bien es cierto (subrayó varias veces Alba) que mantenía una especial relación y un estrecho contacto con los internos del centro dirigido por Torralba, donde conoció a Munir y a Nazaret Cortés hace tres años.

Un escalón por debajo de los anteriores, el tercero en discordia era el educador adjunto a la dirección del centro, Álvaro Ruiz Mérida, la persona que más contacto tenía con los internos y mejor conocía cada uno de sus secretos, debilidades y anhelos. «Las mejores cartas para jugar cada mano», fue muy gráfica Millán. Y, ya que de juego hablaba, el póker de esa partida siniestra lo cerró con Diego López Laserna, otro funcionario del grupo A, psicólogo jefe en la Delegación de Asuntos Sociales, con una sospechosa querencia a visitar en demasía la sede de Futuro Migrante, «aun cuando sus servicios no hubiesen sido requeridos», concluyó Alba su listado de principales implicados. Aunque añadió un nombre más.

—No dejaría yo fuera a su mujer, su pareja o lo que diablos sea: Bibiana Robles —y señaló su foto en el corcho con la punta de un bolígrafo, una morena atractiva, de pelo largo, ojos inquietos y boca sensual—. Todos la conocen como Bibi. Es una especie de enlace o coordinadora entre Servicios Sociales y los distintos centros concertados que hay en Córdoba. Munir no pudo asegurarme al cien por cien que participara en alguna fiesta u orgía con drogas, pero yo diría que sí, porque ésta es otra como Larramendi, que le pega a la carne y al pescado —recalcó Millán—. A mí me tiró los tejos un par de veces, la guarrona —se sonrió—. Y, en cualquier caso, ya sea por su cargo o por su marido, seguro que sabe todo lo que se cuece allí.

—Pues ¡no sabes cómo agradecemos tu colaboración, Alba! —exclamó Benegas el sentir general por la ayuda recibida—. Muchas

gracias, de verdad. Y, bueno, tal como se están poniendo las cosas, seguimos muy pendientes de Munir. Si se pusiera en contacto contigo, ya le dices que tiene que venir sí o sí. Porque, si no, lo tendremos que traer nosotros —se volvió a acordar de los compañeros del Campo de Gibraltar.

—No se preocupe, inspector, que será el primero en saberlo —lo tranquilizó Alba con cara de cansancio tras la prolija exposición, despidiéndose de los tres.

Todos estaban cansados, muy cierto, así que Benegas propuso levantar el pie del acelerador para despejar un tanto la cabeza e irse cada cual a su casa a almorzar con calma —¡un día, al menos; tampoco es tanto pedir!—; sistematizar luego, durante esa tarde, toda la información que Alba les había ido dando para preparar la estrategia a seguir con cada uno de los señalados por ella, y dejar los interrogatorios para el día siguiente, a primera hora de la mañana.

Decidieron también que el de Larramendi fuese el último.

Por lo demás, siguieron el orden de prelación que Alba había establecido en su última respuesta a Benegas, así que, a las nueve y cuarto de la mañana, en las dos principales salas de interrogatorios se encontraban el director de Futuro Migrante, Juan Pedro Torralba, y el formador laboral o conseguidor de trabajos precarios, Luis Menéndez-Torrás, treintañero bien largo que vestía una camisa de cuadritos celestes y pantalón vaquero tipo chino; un tipo difícil de describir, se dijo Marita mirándolo con detenimiento, pues no era ni alto ni bajo, ni guapo ni horroroso, ni era un hombre que te llamase la atención por nada en particular: dígase una sonrisa turbia o agradable, o un flequillo revoltoso. No, la verdad es que no. Un tipo inconcreto, se dijo la subinspectora; de esos que te das cuenta que ha estado en la fiesta cuando ves las fotos colgadas en redes sociales al día siguiente, o sabes que estudió la carrera contigo durante cuatro o cinco años al echarle un vistazo a la orla final de graduación. Un tipo de esos. De los que no sabes si está, nunca estuvo o ya desapareció sin que nadie se diese por aludido.

No era así Torralba, pues a Benegas —que era quien lo interrogaba junto a Sampedro, ya que Vázquez y Marita se quedaron con el hombre invisible— le causó una cierta grima nada más verlo recatadamente sentado en la pequeña silla blanca, con las manos muy juntas clavadas entre sus muslos regordetes, a modo de punta de lanza, y la mirada baja, huidiza. Parecía estar rezando o pidiendo perdón por algo inconfesable. Torralba tenía cuarenta y cuatro años, estaba un tanto pasado de peso, sobre todo de cintura para abajo, escandalosas nalgas y pantorrillas, que parecían columnatas jónicas, y su cutis ligeramente grasiento no dejaba de brillar por efecto del sudor, fruto de la tensión del momento, pues aunque esperase este mal trago desde hace unas semanas (sin duda advertido por Larramendi, al igual que habría hecho con el resto de sospechosos, como enseguida constataron), lo cierto es que nunca es agradable verse donde en estos instantes se veía él. El inspector no quería ser malvado, pero varias veces se dijo para sus adentros que era comprensible que un hombre así necesitase prevalerse de su posición para ciertos desahogos. De su posición o de su tarjeta de crédito. Bueno, en realidad no lo pensó varias veces, sino constantemente durante todo el interrogatorio. Y sí quería ser malvado. Muy malvado. Porque, en realidad, desde que aparecieron sus restos y fueron sabiendo quién era Nazaret Cortés y sus circunstancias no había dejado de estar de muy mala hostia.

Además de la advertencia a todos sus compañeros, lo que Larramendi también parecía haberles dado era un manual de instrucciones ante preguntas insidiosas y una estrategia clara para despejar el balón de la culpabilidad, muy bien aconsejados los cinco por el bufete de abogados que contrataron para que los asistiera nada más recibir la citación: el de Ambrosio Ordóñez e hijos, penalistas especializados en abusos de toda índole y violencia sexual —¡pero qué casualidades tiene la vida, ay, Dios!, intercambiaron miradas y mueca cómplice Vázquez y Benegas al verlos llegar—, era muy evidente la existencia de un patrón común, ya que ambos interrogados mostraban su estupor ante la llamada de la Policía,

insinuando veladamente responsabilidades para los inspectores al cargo si continuaban en su proceder, y hacían especial hincapié en que ningún delito se había cometido pues, que ellos supieran, ninguna menor se había visto envuelta en unas fiestas privadas que, en tanto en cuanto involucraban a personas mayores de edad, adultos hechos y derechos, no eran incumbencia de la Policía ni de nadie. Y Munir Bossuani no era un proxeneta o un chuloputas, esa acusación sería demasiado aventurada, aseveró Torralba. Munir Bossuani simplemente hacía un trabajo de intermediación.

—Bueno, pues ya han escuchado a mi defendido —resumió don Ambrosio, que era quien acompañaba al director Torralba en su interrogatorio. Su hijo, del mismo nombre y apellido, lo hacía con el difuso Menéndez-Torrás. El padre era un abogado veterano, de barba canosa bien recortada, delgado tirando a enjuto, dado que no era muy alto, y hablar calmoso. De la quinta de Asís Morales debía ser, pero sin tanta gomina ni raya en el pantalón, aunque vestía un pulcro traje azul oscuro y corbata a juego con pasador de oro.

El mismo argumentario, ya por la tarde, siguieron el psicólogo Laserna y el educador, Álvaro Ruiz Mérida, otro cuarentón con coronilla alopécica y sonrisa ensayada que se empeñaba en seguir pareciendo un chaval, con su camiseta mostaza de los Golden State Warriors, pantalón ancho de loneta marrón oscuro y sandalias estilo monje cartujo. Un moderno guay de manual, masculló Vázquez cuando lo tuvo enfrente. Uno de esos que, si no existieran los servicios sociales, habría que inventarlos para que pudiesen encontrar un trabajo en el que sentirse útiles, le dijo a modo de resumen a Benegas cuando éste le preguntó qué le parecía el tipo. Según Ruiz Mérida, todas las chicas y chicos que querían participar en algún evento (así definió a las fiestas y orgías: como un «evento») eran ya mayores de edad. De hecho, Larramendi bien se había cuidado de que así fuese, tras los antecedentes que la perseguían. Munir no era sino el contacto de esos antiguos menores tutelados para obtener alguna invitación, puntualizó Mérida, siguiendo las instrucciones de su bufete defensor —fue Ordóñez

padre quien estuvo presente en su interrogatorio—. El psicólogo Laserna también abundó en ello, y recalcó varias veces en su declaración que «los invitados» siempre lo hacían por propia voluntad. Benegas tuvo que ahogar una risita cuando escuchó esto último. Voluntad y libertad, ese binomio filosófico. Él no había leído a Hegel o a Schopenhauer, pero se había pateado las calles desde joven y algo podría decir al respecto.

Lo que ni el director Torralba ni Luis Menéndez-Torrás por la mañana, ni Ruiz Mérida o el psicólogo Laserna, ya por la tarde, tenían ensayada era la cara de sorpresa cuando el inspector o Vázquez respectivamente les preguntaban por el recién fallecido López-Merchán: ninguno de los cuatro lo conocía más allá de las referencias públicas o periodísticas, y juraron y perjuraron que nunca lo habían visto en ninguna fiesta —esto es, «evento»— en la que ellos hubieran estado presentes. Nunca.

—¿Qué ocurre, inspector? Que Nazaret Cortés haya participado en algunas fiestas y hace unos años estuviese sometida a tutela de la Junta, ¿me convierte ahora en un asesino? Pues, créame, no parecía estar a disgusto cuando la llamábamos —le chuleó. El joven abogado Ordóñez se tensó como una vara en su silla—. Así que, si está insinuando que tengo alguna relación con el asesinato del doctor Merchán, va por muy mal camino.

—Yo no insinúo nada, señor Laserna. Yo hago mi trabajo —replicó Benegas con la misma dureza, áspero y bronco este último interrogatorio al psicólogo—. Y le recuerdo que el que va por muy mal camino es usted. En todos los sentidos —se la devolvió—. Una última cuestión: usted es riojano, pero trabajó en Servicios Sociales en Navarra. Con la señora Larramendi, ¿no es así?

—¿Y eso qué tiene que ver con lo que nos ocupa, señor inspector? —intervino Ordóñez hijo, vestido en la misma sastrería que su padre, muy parecido a él, sólo que diez centímetros más alto. También empezaban a notársele las primeras canas en las sienes, a pesar de su juventud.

—No, déjelo, si ya sé por dónde va —lo cortó el cliente, sin bajar el diapasón—. Soy riojano. De Arnedo, para más señas. Pero lo que usted está pensando ocurrió hace mucho tiempo, inspector —respondió el psicólogo, sin bajar la guardia.

—¡Ajajá! —se limitó a gruñir Benegas—. Pero esos sí eran menores, tengo entendido. Muy menores.

—Marián no abusó de nadie. Y menos de niños de once o doce años, inspector. Eso son chismes y habladurías, que cuantos más haya y más tiempo vaya pasando, pues peor parece la cosa —bajó el tono Laserna para defender a su gran amiga y compañera; no en vano terminó trabajando en Andalucía cuando ella lo reclamó, tras verse envuelto también, de forma tangencial, en aquel asunto ocurrido en Pamplona, al intentar ocultar el caso y falsificar la edad del implicado.

—¿Y qué es lo que pasó, entonces? A mí es que no me gustan los chismes —mintió descaradamente el inspector.

—Pues lo que pasó es que Marián se enamoró como una loca de un interno de dieciséis o diecisiete años. Eso fue lo que ocurrió. ¡Fíjese qué cosa más simple! No le voy a decir que le pueda pasar a cualquiera..., pero a veces pasa, ¿sabe usted? Esas cosas siempre acaban mal o fatal, no hace falta que se lo diga, ¿verdad? —Benegas negó con la cabeza, completamente de acuerdo con el interrogado—. Perdió su trabajo cuando alguien destapó la relación, su matrimonio se fue al garete, no le concedieron la custodia de su hija, era obvio; y el pobre chaval, asustado al verse hasta en los periódicos, puso tierra de por medio poco después. Aquello la dejó muy tocada. De hecho, no se ha recuperado del todo y, desde entonces, pues... en fin, quizás haya hecho cosas o tomado decisiones de las que no se sienta orgullosa, es cierto; pero de ahí a que haya vuelto a tropezar con la misma piedra y vea usted aquí prostitución o una extraña red de trata de menores, créame, media un abismo.

Los cuatro interrogatorios les ocuparon prácticamente toda la jornada, casi anochecía cuando Laserna salió de las dependencias policiales a buen paso y sin mirar atrás, no fuera a ser que ese pelmazo de inspector tuviera aún una última pregunta por hacerle. Varias horas escuchando más o menos la misma versión de la historia, con muy ligeras variaciones cuando cada cual llegaba al terreno de la autoabsolución por su conducta, hizo que Benegas reuniese a todo el equipo antes de enfrentarse a la voz cantante y organizadora de todo el entramado.

—Ya habéis visto. ¿Qué creéis que nos va a decir mañana Larramendi? ¡Pues, más de lo mismo! —se contestó el inspector.

—¡Joder, tenemos que encontrar a los participantes en esas fiestas! A algunos, al menos —bufó Marita, sabedora del ímprobo trabajo que lo que acababa de proponer conllevaba si buscaban a todos—. Y ver si esta panda dice la verdad o no. ¡Y como me encuentre a un solo crío de diecisiete años que me diga que lo han forzado a chupársela a alguien les voy a meter sus putas mentiras por donde más duele y a ellos más les gusta!

—Eso no te lo van a decir nunca, Marita —repuso Maqueijan—. Lo perderían todo. Y esos chavales tienen mucho que ganar con todo esto. Ten en cuenta que parten de cero. O de menos cero.

—Y también cabe la posibilidad de que todos estos sinvergüenzas nos estén contando la verdad. Porque las cosas no suelen ser tan fáciles como las imaginamos en un principio, eso no hace falta que nos lo explique nadie. Así que vamos a actuar en dos frentes —planificó Benegas los siguientes pasos de la investigación, una vez que el entramado de abusos a menores como móvil del asesinato de Merchán comenzaba a difuminarse.

—Pues tú dirás, jefe; porque yo sigo creyendo que la muerte del médico está relacionada con toda esta mierda de los menores —expresó Vázquez su frustración.

—Y yo también, Andrés; y yo también. Y no te quepa la menor duda de que le daremos traslado a Montesinos para una segunda fase del caso, o que instruya un caso nuevo, ¡me da igual!, porque

este asunto de las orgías está podrido por mucho que estos miserables se empeñen en que lo que ellos hacen es una labor filantrópica —renegó Benegas—. Pero antes vamos a sistematizar el trabajo que tenemos por delante.

—Jefe, la conexión más lógica entre Merchán y sus pacientes más jóvenes sería la de esas fiestas con droga dura y borracheras —abundó Marita en la tesis de su marido.

Por otra parte, fuese la más lógica o la más disparatada, es la única que tenían.

—No te digo que no. Pero también tenemos que empezar a pensar que quizás no sea así, ¿qué queréis que os diga? Por eso, mañana yo interrogaré a Larramendi, ese flanco tenemos que cerrarlo. Pero desde primera hora, Andrés y Maqueijan —se dirigió a ambos—, os ponéis y vais cribando toda la documentación que encontramos en casa del doctor Merchán y en LM Gen Biotech. Quiero nombres y apellidos de todas las participantes en los programas de inseminación con aborto posterior para la extracción de telomerasa. Veremos si alguna chica más falleció o quedó con secuelas irreparables. Y también cuáles procedían de centros de tutela o albergues parecidos, o tienen antecedentes de haber pasado por Servicios Sociales. Eso es un filón para conseguir candidatas que no pongan condiciones ni hagan demasiadas preguntas, como ya sabemos que ocurrió con Nazaret.

—¡Ajajá! —imitaron al unísono Vázquez y Maqueijan a su jefe.

—Y tú, Marita, te pones con Sampedro y elaboráis una lista de los chavales que hayan salido de Futuro Migrante en los tres últimos años, ¡o los últimos cuatro!, que ahora deben tener entre veinte y veintidós, más o menos. A ver con cuántos somos capaces de dar y cuántos quieren contarnos si hicieron algo cuando todavía eran menores. Si es que lo hicieron —asumió Benegas que, a este paso, iban a concluir la investigación en 2035.

Si es que lo hacían.

—Si el señor Laserna ya le ha contado toda mi vida y milagros, ¿qué más quiere que le diga yo? —preguntó Marián Larramendi, la última de la lista en pasar por las dependencias de comisaría. A su izquierda, Ordóñez padre esbozó una leve sonrisa—. Así fueron las cosas porque así es la vida, ¿no dicen eso? ¡Tonta que es una! —se resignó al lastre que suponía su pasado—. Y, respecto al abuso de menores que menciona, pues, mire, inspector, no lo estoy retando, de verdad, pero dudo mucho que encuentre usted una sola persona que haya estado conmigo en los últimos quince años que no sea mayor de edad. ¡Muchísimo lo dudo, qué quiere que le diga!, porque después de lo que me pasó en Pamplona, en fin..., que una puede ser tonta, pero hasta cierto punto.

Benegas la miró en silencio, sopesando la respuesta de Larramendi y las de cada uno de los interrogados el día anterior. De sus palabras podría desprenderse un reproche moral, humano, también profesional, en tanto en cuanto un grupo de personas aprovechaban su estatus, su posición y sus conocimientos y contactos dentro de la Administración Pública para satisfacer sus pulsiones e instintos más o menos bajos, más o menos depravados.

Otra historia era la responsabilidad penal que eso conllevase, pues, a pesar de que pondrían en conocimiento de Montesinos todo el entramado, bien sabía el inspector que si ya es difícil probar ante un tribunal la coacción, anulación de voluntad o la falta total de consentimiento cuando se trata de menores y abusos sexuales —y para eso estaban allí los Ordóñez con sus melifluas sonrisitas—, si encima los implicados ya habían cumplido los dieciocho años el recorrido procesal era, por decirlo piadosamente, poco o nada halagüeño.

—Entienda que nuestro trabajo es comprobarlo —dijo Benegas sin mucho convencimiento.

—Me parece bien, pero ¿qué pretende conseguir usted con esto, inspector? Dígame. ¿Un escándalo? ¿Destrozar alguna familia? —se refirió Larramendi sin citarlos a Torralba, quien les había suplicado casi sollozando que, en la medida de lo posible, sus padres ya

ancianos, con quienes convivía, no supieran nada; y sobre todo a Luis Menéndez-Torrás, que acababa de tener una hija con su segunda esposa, tras una traumática separación anterior. Éste también imploró contención a los señores subinspectores que lo interrogaron.

—No, aquí no buscamos escándalos, señora Larramendi. Esa no es labor de la Policía. Simplemente es que hay cosas que no están bien. Y a mí me gustan que estén mejor.

—Eso lo asumo. Y se lo reconozco. Si es eso lo que quería escuchar, ¡ya ha ganado! —concedió Larramendi—. Pero le vuelvo a repetir que no conocía de nada a Ramón López-Merchán ni ese señor estuvo nunca en mi casa. Nunca, inspector. Así que, ya le digo, salvo que usted quiera llevarse por delante a alguno de esos politicuchos del tres al cuarto de los que le he hablado, que tampoco lo va a conseguir, pues, sinceramente, no sé qué hacemos aquí.

—Eso lo doy por descontado, señora Larramendi —replicó Benegas, pensando en su comisario, en el plomo en las alas.

Politicuchos de todos los colores del arco parlamentario, lo ilustró Larramendi durante el interrogatorio. Y en cada uno de sus partidos lo sabrían con casi total seguridad, conjeturó; pero, como nadie quiere que algo así termine salpicándole, pues nadie hace preguntas. Así que si a Troncoso o a su anterior jefe de servicio les decían desde altas instancias que tampoco las hicieran y dejaran las cosas como estaban, pues un tipo inteligente mantiene la boca cerrada, se cruza de brazos y no hay más que decir. «¿Me comprende usted, inspector?», resumió Larramendi lo que había pasado y lo que iba a pasar.

Lo de siempre.

El puto tiovivo que siempre te deja en el mismo sitio por más vueltas que dé.

—Mire, yo sé que no he obrado bien, que mi vida se fue a la mierda en cuestión de unas semanas y no he sabido enderezarla. No, no he sabido. Al contrario, cada vez me he ido hundiendo un poco más, siempre queriendo y buscando ese poco más, ¿sabe

usted? Forzar los límites. Y no me estoy refiriendo solamente al sexo duro, como usted comprenderá —confesó así Larramendi que las drogas y el alcohol no eran únicamente para los jóvenes que reclutaba—. Supongo que es lo que ocurre cuando una le guarda rencor al mundo. Supongo, porque puestos a buscar justificaciones siempre encontramos algo a lo que agarrarnos, ¿no es cierto? Pero hay veces que tengo ganas de parar. Muchas ganas de acabar con todo y que las cosas fuesen como eran antes: sencillas, simples, normales —comenzó Larramendi a deslizarse por el despeñadero de sus recuerdos, pero tres golpes en la puerta la interrumpieron.

Era Andrés. No es que él o Maqueijan hubiesen encontrado algo relevante en la documentación intervenida en LM Gen Biotech. No era eso. Era algo mucho más importante, de ahí la excitación del subinspector.

—Jefe, acaba de llegar Munir —anunció—. Está con Alba. Lo esperan en su despacho.

Otro día de cojones

El demasiado tiempo de tensión, huida y miedo acumulado habían hecho mella en Munir. Tenía la mirada cansada, los hombros un tanto cargados y el cabello descuidado y falto de un buen corte. De complexión delgada como era, había perdido varios kilos en estos días —de hecho la sudadera parecía quedarle dos tallas grande— y en el rostro demacrado se le marcaban sutilmente los pómulos y la mandíbula inferior. No es que pareciera un adefesio, pero no superaría un *casting* para interpretar a un galán, se dijo Benegas comparándolo con el otrora guapísimo Munir.

Tras agradecerle que hubiese acudido a comisaría y no se hubiera marchado a su país, el inspector le dio el pésame por la muerte de su novia y valoró sobremanera que quisiera ayudarles a resolver el asesinato del causante directo de la misma. No todo el mundo actuaría así, de eso estaba seguro Benegas. Munir se limitaba a asentir, cabeceando, el gesto muy serio y la mirada al frente, perdida entre la pizarra y el corcho sobre los que Alba Millán había escrito los nombres y pegado las fotografías de diez o quince sospechosos, quizás más. A pesar de saberse a salvo en esta ocasión, lo cierto es que no podía dejar de sentirse incómodo, por completo fuera de lugar: al fin y al cabo, aquello era una comisaría, y normalmente los clientes como él sólo entran para una cosa en este tipo de establecimientos. Para una cosa muy concreta. Por eso no le extrañaría en absoluto ver su apellido o su cara junto a las del resto de figurantes que se enmarañaban entre flechas, líneas de colorines y extrañas abreviaturas garabateadas por Alba.

Al observarlo tan ensimismado, fue por ahí por donde comenzó Benegas:

—A la mayoría los conocerás, ¿no? —preguntó señalando la pizarra con la barbilla, al tiempo que enarcaba las cejas.

Y Munir les confirmó que, en efecto; a unos más que a otros, pero que sí, que los conocía bastante bien de sus distintas etapas en centros de acogida, básicamente porque les movía a las adolescentes exmenores para que los altos cargos follasen gratis cuando quisieran, apostilló. A las medioniñas y también la droga para que nada (ni nadie) se viniera abajo, apostilló Benegas en sus entendederas, pero nada dijo porque no era esa la cuestión que les incumbía en este momento.

—Pero no eran menores. Eso me lo advertía siempre la Marián. Y con esa tía más vale no tener un mal rollo, ¿sabe usted? Y tampoco les pagaban dinero por ir a las fiestas, no sé si me entienden. Regalos, sí. De los caros. Otra cosa es que, a veces, alguien gordo le echara una mano a alguna que lo necesitara, un favor en forma de doscientos o trescientos euros, no digo que no; pero que no funcionaban así las cosas, ya sabe a qué me refiero.

—Y dices que a este hombre nunca lo has visto por allí. Haz memoria, por favor, Munir —le rogó Marita, señalándole una fotografía de Merchán.

—Mire, señora, yo no me quedaba a la fiesta —quiso aclarar Munir—, pero habré visto a todos los que participaban más de lo necesario para quedarme con sus caras, créame. Unas cuarenta o cincuenta personas y me quedo corto. No siempre iban todos, como usted comprenderá. Pero a ese señor doctor no lo vi nunca ni en casa de la Marián ni en el par de locales de las afueras donde también se organizaban a veces algunos pifostios. Otra cosa es que hicieran algo por la puerta de atrás y yo no me enterara, no sé...; pero lo dudo mucho, porque tarde o temprano alguna chica me habría contado que me estaba perdiendo una parte de la película —les explicó Munir.

—Alba nos ha dicho que Nazaret y tú discutíais porque no te gustaba que fuera a LM Gen Biotech...

—¡Claro que no me gustaba, joder! Tenía problemas en la sangre y terminaba fatal cada vez que iba a esa mierda. ¡Pero fatal, no sé qué coño le hacían allí! —exclamó Munir, cortando la argumentación de Benegas.

—Ya —asintió éste—, pero, entonces, si no fue a través de las fiestas con esta gente, ¿cómo crees tú que Nazaret entró en contacto con la clínica del doctor Merchán, con los experimentos y todo eso? —fue muy directo el inspector.

—Pues, no lo sé, señor. No lo sé. Tampoco se lo pregunté porque sabía que no me lo iba a contar —casi esbozó una sonrisa al evocar la tozudez de Nazaret—. Pero, imagíneselo usted mismo; tampoco es tan difícil. La gente con dinero sabe dónde moverse, dónde buscar lo que quieren conseguir. Y Nazaret y yo necesitábamos ese dinero —se condolió Munir de las cartas que le habían tocado en la vida.

—Eso no lo vamos a discutir —repuso Benegas, mirando alternativamente a Vázquez y a Marita, los tres empezando a barruntar que quizás la muerte de Merchán no tuviera ninguna conexión con el asunto de las orgías organizadas en Servicios Sociales con sus extutelados.

—Munir, Alba nos ha dicho que Nazaret no mantenía contacto estrecho o relación habitual con antiguas compañeras de centros de acogida, ni ella recuerda que le hablase de amigas más o menos íntimas. ¿Sabes tú si las tenía? —exploró Marita una de las pocas vías que empezaban a quedarles.

—Nosotros no tenemos amigos, señora. Tenemos gente a la que circunstancialmente le interesa estar con nosotros. Sólo eso —le dio Munir toda la razón a Alba, que asintió en silencio—. Nos teníamos el uno al otro. Y a ella, que siempre estaba cuando su hermana la necesitaba —la señaló Munir con la cabeza, y a Alba se le humedecieron los ojos—. En todo caso, lo más parecido a una amiga que tuvo Nazaret podría ser esa de ahí —prosiguió Munir, mirando fijamente una de las fotografías pegadas el día anterior por Alba en el corcho.

Benegas se levantó de su sillón y siguió la dirección de esa mirada.

—¿Ésta? —señaló una de las quince fotos con el dedo índice.

—Sí, bueno... —dudó Munir—. La vi hablando con Nazaret varias veces, en una cafetería cercana al piso donde vivíamos. Y también me dijo Nazaret que quedaba con ella alguna que otra tarde.

—Ya, pero al fin y al cabo era una de las participantes en las fiestas, ¿no? Estarían hablando de eso, supongo —razonó Benegas.

—No, la Bibi no era una asidua, créame. Alguna que otra vez, como mucho, que a todo el mundo le gusta darse una alegría de tarde en tarde. Además, de la organización me encargaba yo. Ellos me avisaban y yo me ponía en marcha, avisando a los demás. Nazaret no se metía en esos líos y no tenía por qué hablar con nadie sobre eso —explicó Munir—. También fue la única que vino a visitarla cuando se puso tan mal. Las dos veces, ahora que lo pienso. La tercera, en fin... —se le quebró la voz al joven.

Los investigadores se quedaron en silencio, mirándose los tres, pensando lo mismo.

—Sí, Munir, verás, intenta hacer un esfuerzo porque esto es importante: ¿recuerdas si alguna de las veces que viste a Nazaret tomando café con Bibiana Robles fue inmediatamente antes, o un poco antes, de cada ciclo de experimentos en LM Gen Biotech? —fue Vázquez quien verbalizó esos pensamientos.

—Pueesss..., no lo sé. Pero podría ser. Sí, podría ser perfectamente.

—Bien. Muchas gracias, Munir. ¡No sabes lo que nos has ayudado! —intervino Benegas a modo de epílogo, ante el desconcierto del muchacho, que aún no daba crédito a que todo hubiese terminado y pudiera marcharse tranquilamente sin que nadie le hubiera puesto las esposas.

—La pregunta entonces, jefe, es: ¿por qué le interesaría tanto a la señora Robles tomarse ese café con Nazaret, y visitarla después en el lecho del dolor? —se acogió Marita a la misántropa teoría de Munir sobre la amistad.

—Pues eso es algo que tendremos que preguntarle a ella. ¡Y ya estamos tardando! —se levantó Benegas para ordenar a Sampedro que fuese inmediatamente con Maqueijan a por la coordinadora general entre los Servicios Sociales de la Administración pública y los distintos centros concertados que en toda la provincia de Córdoba había: Bibiana Robles, la esposa, novia, pareja de hecho o lo que quiera que fuese de Diego López Laserna, ese psicólogo chulo y soberbio que tan estupendamente le había caído al inspector.

Empezó a las ocho y cuarto de la mañana interrogando a Marián Larramendi. Luego la aparición estelar de Munir que lo descabaló todo. Y ahora, a la carrera y sin avisar, en cuanto Pepe y Maqueijan la trajeran, una nueva vía de investigación e interrogatorio que les iba a llevar toda la tarde. «Un día de cojones», como le gustaba repetirse a Benegas cuando el trabajo se encarrilaba y no tenía tiempo ni para afeitarse. «Otro día de cojones», mejor dicho, se reconvino el inspector, recordando que así se tituló ya el primer capítulo de la primera novela que lo tuvo como protagonista, y que era el libro que se estaba leyendo en estos momentos en sus escasos ratos libres. Uno de esos días, en definitiva, que tanto le gustaban a él. ¿«Un ratito para almorzar?», le recordó vagamente su estómago. «¿Almorzar?, ¿qué era eso?», se contestó a sí mismo el inspector, constatando que, al paso que llevaban —perdiendo comidas cada dos por tres—, se le iba a quedar un tipín de banderillero que sería la envidia cochina de todos los barrigones de la Comisaría Provincial.

Bibiana Robles era una madura atractiva de cuarenta y pocos, rasgos mediterráneos muy marcados y ojos grandes, pelo largo negro, muy liso, planchado al modo japonés, y piel canela clara. A Benegas le pareció que, con unos cuantos años más, ciertamente le daba un aire a Nazaret Cortés.

Aunque le habían leído sus derechos y habían esperado la pertinente llegada de su abogado —el joven Ordóñez era quien la asistía, pues su señor padre se encontraba atendiendo a un cliente

en Puente Genil—la habían llevado al despacho del inspector, no a una sala de interrogatorios. Y la habían sentado frente al corcho con las fotografías de los sospechosos, aunque la suya estaba ahora en el centro, convenientemente separada de otras que hubiese alrededor; esto es, le habían hecho a la pobre eso que los puristas del baloncesto llaman un *aclarado*. Para que se viese bien y no tuviera dudas de quién era la protagonista de la jugada.

Había estado, pues, un buen rato sola, sopesando hipótesis y transpirando incomodidad hasta que llegó Ordóñez júnior para repasar mínimamente la declaración. Al poco, se abrió la puerta y entraron Benegas, Marita y Sampedro. El inspector se sentó frente a ella, en su ajado sillón, sin decir ni una palabra; y el agente y la oficial, una a su derecha y el otro a su izquierda, ambos también sin decir ni mu. Al instante, entró Maqueijan, que se situó a la espalda de Robles y su abogado. Bibiana no pudo evitar un leve giro de cuello para mirar de reojo al gigante que la escoltaba, también en absoluto silencio. Instintivamente, tragó saliva. Sospechaba por qué querían interrogarla (se lo acababa de confesar a su abogado, que quizás esta vez las orgías no tuviesen nada que ver); desde la muerte de Nazaret tenía interiorizado que la Policía vendría a buscarla, eso era cierto, aunque en estos momentos no acertara a decirse qué querían de ella, pues, tras la muerte del doctor Merchán, se había relajado un tanto, como si, por lo que a ella respectara, el caso se hubiese cerrado del todo; como si con ambas muertes —la de Nazaret y la del doctor— el peligroso círculo en el que se había visto envuelta sólo por ayudar, solamente por salvar a una de las personas que más amaba en este mundo, se hubiera evaporado por ensalmo y la vida volviese a una agradable y cotidiana rutina.

Bien, pues no era así. Ni mucho menos.

—Señora Robles, ¿de qué conocía usted a Nazaret Cortés, cuyos restos mortales fueron encontrados en el polígono de Chinales recientemente? —fue el saludo de «buenas tardes» del inspector.

—Era una antigua niña tutelada —respondió ella con la verdad. Un tanto titilante el tono de voz, pero la pura y dura verdad.

—Como tantas otras —intervino ahora Marita—. Pero con todas ellas no mantiene usted un trato cercano ni un seguimiento continuo cuando alcanzan la mayoría de edad. Por eso, nos gustaría saber por qué se veía usted con la fallecida Nazaret Cortés Montero justo antes del inicio de cada ciclo experimental de la citada para la extracción de la proteína telomerasa tras la práctica de un aborto en el laboratorio LM Gen Biotech.

—Yooo... —balbuceó Bibiana ante semejante avalancha.

—Yo, ¿qué? —turno ahora para Sampedro bajo la atenta mirada de Benegas—. Porque también queremos saber el motivo por el que la visitaba en su casa tras cada aborto provocado para extracción de células embrionarias. A punto estuvo de desangrarse dos veces, la chiquilla. La tercera ya no lo superó —recalcó Sampedro lo que Bibiana bien sabía.

—Yooo..., yo sólo quería saber cómo se encontraba Nazaret. Sólo eso. Y también decirle que no hacía falta que siguiera con todo esa mierda, que parase ya —susurró Bibiana, cabizbaja, mordiéndose el labio inferior—. Durante un tiempo me hacía caso y yo me sentía aliviada, como si me hubiese quitado un peso de encima, ¿me comprenden? Pero luego volvía otra vez y, la verdad, tampoco hacía yo mucho por quitárselo de la cabeza, sobre todo cuando coincidía con alguna recaída de Catalina, o con una de sus crisis de dolor. Hasta que ya no hubo «otra vez» —se le saltaron las lágrimas con la última frase.

—¿Quién es Catalina? —preguntó Benegas.

—Mi hermana. Mi hermana pequeña —intentó reponerse.

—¿Y qué le pasa a su hermana? —inquirió Marita.

—Tiene una enfermedad de mal pronóstico —contestó la interrogada—. Muy malo. Como su hija; mi sobrina Adriana, que en paz descanse, mi niña. Una enfermedad de la sangre —ahogó un gemido Bibiana.

La sangre. Ahí tenían el nexo de unión entre Nazaret Cortés y los experimentos genéticos que llevaba a cabo el doctor Merchán en su laboratorio: una enfermedad sanguínea con mala pinta que afectaba

a un familiar de alguien relacionado con los centros tutelados. No era el móvil que siempre habían esperado —esto es, el más simple y normalito del sexo, la pasta fácil y las drogas—, pero lo cierto es que siempre habían tenido razón en la conexión de la muerte de Nazaret Cortés con algún cargo o responsable de los Servicios Sociales.

—Una enfermedad genética. O hereditaria —coligió Benegas de sus explicaciones, y del previo fallecimiento de la pequeña llamada Adriana.

—Anemia de células falciformes. ¡Maldito sea su nombre! —renegó Bibiana.

—Bien. Vamos a ir por partes, señora Robles —intentó sistematizar el inspector—. ¿Por qué no nos lo cuenta todo desde el principio? Es que hay partes donde no la seguimos, ¿sabe usted? —reconoció el inspector que aún le faltaban algunas piezas por encajar, aunque ciertamente estuviesen muy cerca de la resolución definitiva del caso.

—Llegados a este punto, quizás deba aconsejarte, Bibiana... —quiso su letrado prevenirla ante la posible responsabilidad penal que sus palabras pudieran causarle.

—No, no, déjelo, señor Ordóñez. No tengo nada que ocultar. Pregunten lo que quieran saber —concedió Robles—. Si está en mi mano, yo les contesto.

—¿De qué conocía usted al doctor López-Merchán, Bibiana? —comenzó Benegas.

—¿Yo? De nada. Lo conocían mi hermana y su marido. De hace unos doce o trece años, cuando tuvieron a Adriana por fecundación artificial. Bueno, cuando empezaron a buscarla, porque tardaron un tiempo en tenerla. En aquel entonces, la clínica ginecológica de los doctores López-Merchán era la mejor de Córdoba en ese campo.

—¿El nombre de su cuñado es...? —quiso saber el inspector.

—Gonzalo Troncoso Ruiz.

—Troncoso —repitió Benegas, extrayendo el dato de su archivo mental del caso.

—Digamos que es compañero de trabajo. Es jefe de Negociado y de Personal en Servicios Sociales. Un alto cargo —apostilló Bibiana.

—¡Ya, ya! —asintió el inspector, encajando poco a poco alguna de esas piececillas sueltas: el tipo que estaba reunido con políticos por asuntos presupuestarios cuando fueron a visitar a Larramendi por primera vez. O el jefazo que también se cruzaba de brazos bajo instancias superiores para no molestar a algún político implicado en la trama. Sí, ese mismo.

—Imagino que lo habrán investigado también, como a mí. Aunque no veo su foto ahí —repuso Robles, mirando el panel de la pizarra.

Porque lo cierto es que la foto no estaba y no era uno de los investigados. Ni lo habían llamado para interrogatorio alguno. Alba Millán nunca había mencionado su nombre como uno de los posibles participantes en la red de aprovechamiento sexual. Nunca. Por eso, llamó a Pepe Sampedro, le dijo que dejara lo que estuviese haciendo y se pusiera con el mencionado: todo lo que encontrara sobre él en una somera búsqueda virtual en redes o en la nube, en el BOE o en los periódicos locales. Lo que fuera.

—Y esa enfermedad que usted menciona, la anemia falciforme, podría curarse con las nuevas terapias genéticas, ¿no es así? Por eso su cuñado y usted convencían a jóvenes que salían de los centros tutelados para que participasen en esos experimentos. Cuantas más, mejor. ¿Me equivoco? —resumió Benegas sus primeras conclusiones.

—Se equivoca en una cosa: esa enfermedad aún no tiene cura, inspector —le dio la razón la interrogada en la segunda premisa—. Pero los experimentos del doctor López-Merchán eran el clavo al que nos agarrábamos. O eso, o nada. Como nos ocurrió con la niña —se condolió la mujer.

—¡Ajá! —asintió el inspector—. Pero las prisas de Merchán para que no le cerraran el negocio sus inversores y, sobre todo, la muerte de Nazaret lo trastocó todo. Ustedes se pusieron nerviosos y se les fue la mano con el doctor, ¿voy bien? —argumentó Benegas.

—A mí no se me ha ido la mano con nadie ni tengo nada que ver con la muerte de ese hombre, señor inspector. Yo sólo he intentado

ayudar a mi hermana. Es más, el día que lo mataron yo ni siquiera estaba en España. Estaba en Portugal, en Sintra, en un encuentro para planificar proyectos de ayuda asistencial en las regiones del sur de Europa. Tengo algún billete del AVE, y también puede mirar las reservas del hotel o las dietas que he pasado a la delegación... En fin, pongo a su disposición lo que les haga falta —dijo, construyendo su sólida coartada.

—¿Fue su cuñado con usted a Portugal? —le preguntó Marita.

—No, no. Él no vino. Pero si quieren saber dónde estaba o dejaba de estar ese día tendrán que preguntárselo a él, porque yo poco más les puedo decir. Salvo que siento mucho la muerte de Nazaret, muchísimo. Y que me arrepiento de haberla metido en este asunto; pobre chiquilla. ¡Toda mi vida me arrepentiré! —rompió a llorar Bibiana.

Aún no se había serenado del todo la interrogada cuando el subinspector Sampedro entró en el despacho con su móvil en una mano y una carpetita con dos o tres folios en la otra.

—Jefe, así, a primera vista, Gonzalo Troncoso es un tipo normal: sin antecedentes, al corriente de impuestos, alguna que otra multa por aparcamiento indebido y poco más. Pero he llamado a Servicios Sociales y lleva un par de días sin ir, sin dar señales de vida —alertó peligros—. Mira, aquí tengo algunas fotos de él por si nos hacen falta. —Les mostró a sus compañeros la pantalla de su teléfono, donde se veían algunas instantáneas de Troncoso en Facebook e Instagram—. Las típicas y tópicas.

—¿Esta señora de aquí es su hermana, Catalina? —preguntó Benegas a Bibiana, señalándole una mujer con rasgos parecidos a los suyos a quien Troncoso abrazaba por la cintura en una fiesta ibicenca en un chalet, datada en el verano de hace cuatro años.

Bibiana Robles intentó esbozar una media sonrisa que terminó en un gesto de resignación y dolor.

—Esa «era» mi hermana —contestó, contemplando el cutis bronceado, los ojos expresivos, su media melena azabache y la sonrisa amplia y feliz que le devolvía la instantánea—. Ahora es ésta

—dijo, sacando su móvil y mostrándoles una foto actual de Catalina, de hace un par de días, juntas las dos hermanas en el centro de la ciudad.

—¡Vaya, lo siento mucho, créame! —se condolió Sampedro al ver el estado actual de la mujer, con bastantes kilos menos, ojos hundidos, piel macilenta y apergaminada y un pañuelo cubriéndole la cabeza.

—Poco después de esa foto, en septiembre, Adriana empezó a sentirse mal. Se nos fue en pocos meses, después de Reyes. Tenía nueve años, ¿saben ustedes lo que es eso? —recordó el trago más amargo de la vida de esa familia.

No, Benegas no lo sabía. Afortunadamente no tenía ni idea, se dijo, en uno de esos momentos en los que agradecía a la vida que no le hubiera dado descendencia. Porque una cosa así te debe destruir el alma.

—Dígame, Bibiana, ¿dónde podríamos encontrar al señor Troncoso? ¿Sabe usted dónde puede estar en estos momentos: si sigue en Córdoba o se ha marchado a algún sitio? —inquirió Marita, profesional, deseando cerrar el caso de una maldita vez.

Bibiana Robles le iba a contestar que no sabía dónde podrían encontrar a su cuñado, que le extrañaba mucho pero llevaba un par de días sin noticias de él, aunque lo había llamado varias veces esa misma mañana por asuntos relativos a la medicación de Catalina. Pero no le dio tiempo a hacerlo porque se le adelantó el inspector jefe:

—¿Qué día es hoy, Marita? —preguntó intempestivamente.

—Huummm... miércoles. Creo —contestó ella con retranca tras dudar, tampoco tenía ya muy claro la ordenadísima oficial el día en que vivían. Ni la hora que era, ya bien entrada la tarde-noche de una jornada agotadora.

—Pues, entonces, yo sé dónde estará mañana —aseguró Benegas ante la sorpresa de todos los presentes—. Al menos, ella, la esposa.

—¿Y eso, jefe? —verbalizó esa extrañeza el subinspector Vázquez.

—Yo conozco a esa mujer —dijo el inspector señalando la foto que Bibiana les había enseñado en su móvil, la de Catalina devastada por la enfermedad—. En las del Facebook no la había reconocido, pero ahora creo que sé quién es. ¿Me permite un momento esa foto, señora Robles? —solicitó Benegas amablemente.

—Se la envío. Dígame su número —concedió Bibiana.

Cuando sonó la campanita que confirmaba que la fotografía había llegado correctamente a su WhatsApp, Benegas llamó a Blanca.

—Te he mandado una foto, cari. No estoy seguro del todo, pero dime si tú crees que esa señora morena del pañuelo podría ser la que vemos muchas veces cuando vamos al hospital, al tratamiento. Esa que siempre va con su marido, un hombre alto y fuertote, ¿sabes quién te digo, no?

—Sí, sí que es —confirmó Blanca—. ¿Por qué?

—Por nada, por nada. Cosas del trabajo, no te preocupes —generalizó, despidiéndose de su esposa—. Bueno, pues ya sabéis por qué la conozco —despejó Benegas las interrogantes que había en cada mirada, incluida la de Bibiana Robles—. Y si hoy es miércoles, como dice Marita, entonces mañana es día de sesión. Tenía pensado ir con Blanca, como siempre. Pero ahora me vais a acompañar también vosotros. Mañana a las siete en planta, queridos míos —estableció el plan de trabajo el inspector jefe.

Seguimos adelante, pues

«La anemia de células falciformes es una de esas raras enfermedades de carácter genético-hereditario que hace que los glóbulos rojos de una persona tengan forma de media luna y sean duros y rígidos —en lugar de redondeados y flexibles—, razón por la cual no pueden circular fácilmente por venas y arterias, ya que se atascan o quedan enganchados en ellas; *ergo*, no pueden repartir con normalidad el oxígeno desde los pulmones al resto del organismo», leyó Benegas, retrepado en el sillón de su despacho (muy de mañana era) el pequeño resumen que Vázquez y Marita habían elaborado para sus compañeros esa noche desde casa, consultando páginas médicas en internet. Cada cual había hecho lo propio después de cenar, pero el matrimonio había incluido hasta fotos y dibujitos para que todo se entendiera mejor, lo cual Benegas agradecía sinceramente. Y Maqueijan también. Además, prosiguió la lectura con verdadero interés, «esta enfermedad destruye continuamente los ya debilitados glóbulos rojos, produciéndose una perenne escasez de los mismos, así que los pacientes siempre presentan fatiga por cuadros anémicos, de ahí su nombre», apostillaban los esposos. No tiene cura, remarcaban, y los tratamientos sólo sirven para paliar los demoledores efectos derivados de la enfermedad, pues, además del evidente riesgo de provocar accidentes cardiovasculares al bloquearse las arterias (dígase un ictus o un infarto), deteriora el aparato respiratorio —ya que produce infecciones torácicas o hipertensión pulmonar— y daña sin remisión otros órganos vitales, como el bazo o el hígado, que suelen inflamarse. Amén de un terrible dolor, a veces crónico, tal como les contó Bibiana que le

ocurría a su hermana Catalina, cuando esos glóbulos deformes se estancan junto a algún hueso o articulación.

—Lo cual la hace, además de una verdadera putada, potencialmente mortal, jefe. Si no es por una cosa, es por otra —aseveró Marita.

—Lo imagino —asintió Benegas—. Por eso Catalina Robles necesita transfusiones continuas y tratamientos hematológicos varios. Y por eso la conocemos Blanca y yo: porque la sala de espera de las unidades de Oncología y Hematología es la misma, allí estamos todos revueltos, aunque luego cada cual vaya a consultas o terapias distintas. Vamos a ver... —reflexionó el inspector—: hoy, jueves, a las nueve y cuarto, Blanca tiene cita con su médico y después le dan una sesión de radio. Eso nos llevará una hora, hora y pico. Las veces que hemos coincidido con la señora Robles y su marido en el hospital siempre hemos salido nosotros antes que ellos, pues se pasan allí toda la mañana. Bien. Yo estaré con Blanca como hago casi todos los días y comprobaré que Troncoso y su mujer también han acudido hoy a lo que tengan que hacerle a la señora. Si están, dejamos que las cosas sigan su curso y actuamos cuando salgan, ¿de acuerdo? No quiero espectáculos allí.

—Por supuesto, jefe —expresó Vázquez el sentir general. También asintieron Maqueijan y Sampedro.

—Marita, tú te vienes conmigo y, cuando comprobemos que están allí, entras por si tienes que seguir a Catalina a algún servicio de señoras o zona que a mí me resulte más complicada, sobre todo si tengo que quedarme un rato con Blanca.

—Perfecto —afirmó la aludida.

—Maq y Sampedro, os quedáis por los alrededores o en cafetería, en alerta; por si acaso hay problemas —siguió repartiendo cometidos—. Y tú, Andrés, además de seguir con todo lo que puedas sacar de Troncoso más en profundidad de lo que hicimos ayer, llégate a la clínica ginecológica de los hermanos López-Merchán y que te den todo el expediente de Adriana Troncoso Robles, la niña que concibieron allí por inseminación artificial. Pero, todo, ¿eh?

Desde que empezaron a intentarlo, no desde que se quedó embarazada Catalina Robles.

—Entendido, no te preocupes —contestó Vázquez, un tanto contrariado por quedarse fuera de la jugada final del caso.

—Y no te metas prisa, que nosotros vamos a estar en el hospital toda la mañana. ¡Y, si no, ya lo veréis! —concluyó la reunión poniéndose en pie y cogiendo su americana beige del perchero. Blanca ya debería de haber llegado al hospital en taxi y estaría esperándolo en el vestíbulo, tal como habían quedado antes de salir él de casa, ni clareaban aún las del alba, que diría el místico.

El hecho de que Gonzalo Troncoso no acompañase a su mujer ese día en el hospital corroboró las sospechas. Benegas avisó a Maqueijan para que estuviesen pendientes de los coches aparcados en las cercanías —especialmente un Opel Insignia azul oscuro, vehículo matriculado a nombre de Troncoso, le confirmó Vázquez desde comisaría, dictándole también los números y letras identificativos de la matrícula— y Marita vigiló a la señora Robles con toda la discreción que pudo, salvo cuando Catalina entraba a alguna consulta. Al ver que llamaban a otra paciente justo donde ella había entrado media hora antes —sin que la hubiese visto salir—, abrió la puerta, se identificó ante el sobresaltado doctor que atendía y el pobre hombre que esperaba los resultados de su revisión y constató que acababa de salir por otra puerta, hacia un pasillo secundario donde, muy al fondo, la esperaba un hombre alto y fornido, con gafas oscuras y una gorra negra calada hasta media frente de Las Vegas Raiders, uno de los equipos de la NFL que le caían simpáticos a Andrés, con ese escudo que semeja la bandera pirata.

Llamó a su jefe conforme los seguía a cierta distancia, dando su posición según los distintos departamentos clínicos o unidades que iban pasando y Benegas —que, para su desgracia, conocía perfectamente aquellos pasillos— se le unió a la altura de Traumatología y Rayos X, a pocos metros de una pequeña y poco conocida puerta de salida que solía utilizarse únicamente por el

personal laboral de cocina y los médicos que terminaban sus guardias de veinticuatro horas.

Al salir al exterior, Catalina —que caminaba siempre agarrada al brazo de su marido— hizo visera con su mano libre, molesta por el golpe de luz solar y descendió aún más el ritmo de la marcha, demasiado cansada ya. Parándose cada poco, Troncoso y ella atravesaron el amplísimo parking y se dirigieron hacia una estrecha vereda que separaba esa explanada de asfalto de la parte trasera de un edificio bien conocido por Benegas: el del Instituto Internacional de Biotecnología, ese cubo gigante de colorines donde los doctores Carlos Raigón —el *heavy* metalero— y Luis Jaén, el director reticente y gordinflón, seguirían haciendo experimentos con células manipuladas y bichitos varios, ¡y cagándose en sus muertos todos los días!

Justo en esa vereda, semioculto por unos arbustos salvajes demasiado crecidos, Sampedro y Maqueijan acababan de encontrar por fin el coche que andaban buscando, tras bastante tiempo peinando entre los dos los varios aparcamientos legales o irregulares que había en la ciudad universitaria. El subinspector sacó el móvil para llamar a su jefe y comunicarle la buena nueva, pero no hizo falta porque...

... conforme encararon el caminito polvoriento, Troncoso los vio, apoyado en el guardabarros lateral, uno, un gigante de casi dos metros, y en la puerta del conductor el otro. Frenó en seco y, quizás de forma subconsciente, se soltó del brazo de su mujer y giró la cabeza, planificando una posible huida. Pero lo que vio a su espalda no era una expedita vía de escape, sino a Benegas y a Marita, que venían tras él y se acercaban al matrimonio, cerrándole una posible salida. Troncoso se quedó mirándoles muy fijamente y ambos se detuvieron, a unos cuatro o cinco metros de él, sin dar un solo paso más, alerta los dos. No creía que un hombre así actuase violentamente, y menos con una persona enferma junto a él, pero nunca se sabe cómo va a reaccionar alguien que ha sido capaz de matar a un semejante cuando se ve en una situación así. Maqueijan

también llevaba demasiados años en el oficio y disimuladamente se puso de perfil, medio protegiéndose tras el capó del coche, mientras Sampedro guardó su móvil en el bolsillo del pantalón dejando esa misma mano cerca del arma reglamentaria.

—Ya está, Gonzalo, ya está. Ya está todo, ¿no lo ves? —musitó Catalina—. Acuérdate de ella, de nuestra niña, y diles la verdad. Verás como todo se arregla. Prométeme que lo harás. Prométeme que lo harás siempre, aunque yo ya no esté.

Gonzalo Troncoso, que en realidad no sabía muy bien qué hacer ni cómo salir de allí, bajó los brazos y asintió en silencio, dejando que Benegas y Sampedro llegaran hasta él y lo detuvieran sin más contratiempo, mientras Marita y Maqueijan se hacían cargo de Catalina Robles, la cual suplicó la dejaran estar cerca de su marido en la medida de lo posible a partir de ese momento.

—Conocimos al doctor López-Merchán hará unos doce o trece años, cuando fuimos a su clínica para ver si allí podríamos tener suerte —les corroboró Gonzalo Troncoso lo que ya les había dicho Bibiana Robles el día anterior—. Y la tuvimos. Por increíble que nos pareciera a Catalina y a mí, esa vez la tuvimos: se llamaba Adriana y es lo mejor que nos ha pasado en la vida —se le quebró la voz al recordar algunos momentos pasados junto a su pequeña: los absurdos juegos infantiles, su primer día de colegio, el tacto de su piel cuando la abrazaba antes de dormir, el olor de su largo pelo tras la ducha, los arrumacos y achuchones...—. Pero imagino que eso ya lo saben, ¿no? —se recompuso, señalando el escueto dosier que había elaborado el subinspector Vázquez y que estaba depositado sobre la mesa, frente a él.

—Sí, lo sabemos —le confirmó Benegas quien, junto a Marita y mientras bajaban al detenido a la sala de interrogatorios tras los pertinentes trámites administrativos, había leído el informe realizado a lo largo de esa mañana por Andrés—. Y permítame decirle antes que nada lo mucho que siento el fallecimiento de su hija. Lo sentimos de corazón —le dio el pésame Benegas.

—Gracias —dijo lacónicamente Troncoso; qué más iba a decir.

Con un leve asentimiento de cabeza, pareció sumarse al pésame el abogado que lo asistía, asignado de oficio al haberlo rechazado el detenido en primera instancia. Se trataba también de un letrado joven, pero este no era como Beatriz Portales —la que le tocó en suerte al enterrador Ripollet, que, aunque en precario y medio becaria, ya apuntaba maneras en un bufete caro—, sino que pertenecía realmente a la clase proleta de la abogacía, esa que no tiene pedigrí familiar ni contactos y pasa necesidades para pagar sus gastos y medio subsistir; ese enjambre de chavales que está deseando dejar la profesión en cuanto se le presente cualquier cosa medio decente, díganse unas oposiciones municipales a bedel o un puesto de administrativo o de asistente en un puticlub. Da lo mismo. Delgadito y moreno de piel, vestía una americana de espiguilla pasada de moda, camisa blanca sin corbata y unos pantalones vaqueros color garbanzo que le quedaban bastante anchos. De su hermano mayor, parecían. Se llamaba Mario no sé qué, Benegas no se había quedado con los apellidos, y tampoco lo conocía de nada, ni siquiera de haberlo visto por allí, por comisaría. Da lo mismo, también. Probablemente, la próxima vez que lo viese sería en la Delegación Municipal de Urbanismo, llevando papeles de aquí para allá, se dijo el inspector.

—Adriana falleció a los nueve años, va a hacer ahora cuatro de eso —prosiguió Benegas el interrogatorio. Troncoso asintió ante el dato—. Sin embargo, ustedes vuelven a retomar el contacto con López-Merchán hace un año, aproximadamente, ¿no es así?

—Cuando mi mujer empezó a tener síntomas parecidos a los que ya conocíamos, los que se llevaron finalmente a Adriana —confirmó el detenido.

—La anemia falciforme —intervino Marita.

—Sí. Adriana siempre tuvo problemas respiratorios leves, algunos dolores esporádicos que achacábamos a mil causas, y siempre iba un poco más retrasada en el crecimiento que los demás niños de su edad; eso es cierto. Pero nunca imaginamos la gravedad real de

todo eso hasta que le diagnosticaron hipertensión en los pulmones por falta de oxígeno, y luego... en fin, se le complicó con una neumonía, unos trombos en el bazo..., y ahí se acabó todo: con un fallo multiorgánico. Nos dijeron que la maldita anemia sólo da la cara cuando ambos padres son portadores de ese gen defectuoso. Ya ve, al parecer, Catalina y yo lo teníamos aunque sin haber desarrollado la enfermedad, es lo que nos dijeron. Pero nadie lo había rastreado porque hace quince o veinte años no se hacían análisis tan exhaustivos cuando pagabas por una reproducción asistida, y no se detectaban este tipo de anomalías cromosómicas. Y ni en mi familia ni en la suya habíamos tenido casos parecidos.

—¡Ya! —asintió Benegas—. Y es ahora, una vez su esposa sí la ha desarrollado, cuando vuelven ustedes a ponerse en contacto con el doctor López-Merchán.

—Así es. Hasta hace unos meses ella era portadora, pero no enferma. Hace cuatro o cinco años no se pudo hacer nada; esta enfermedad no tiene cura con la medicina actual, como ya saben. Solamente podría curarse manipulando ese gen defectuoso y modificándolo. ¡Sólo así! Como en tantas otras enfermedades que ahora mismo no tienen solución —aseveró Troncoso, y a Benegas le pareció estar escuchando de nuevo al doctor López-Merchán redivivo. Y sus golpes bajos sobre Blanca y el cáncer. Eso también lo escuchó de nuevo, repiqueteándole en el cerebro.

—¿Y quién mejor que el otrora ginecólogo de Catalina para buscar una solución? —se preguntó Vázquez, a tenor de las decenas de llamadas que en ese período de tiempo realizó el matrimonio a Merchán, como constaba en la investigación de sus teléfonos a las que él había tenido acceso esa misma mañana tras la orden de Montesinos.

—¿Quién mejor? —le confirmó Troncoso con la misma pregunta—. Era una eminencia en biotecnología molecular, uno de los mejores de España. Si había una opción, por mínima que fuese, esa opción era él.

—Pero todo se torció cuando el tiempo empezó a apretar, a no correr de igual modo para todos, ¿no? —conjeturó Marita.

—No tiene por qué responder a esa pregunta, señor Troncoso. Por otra parte, casi lo ha hecho la oficial —se vio en la obligación de intervenir Mario *no sé qué*, abstraído como hasta ese entonces estaba, pensando en el temario de su futura oposición.

—No pasa nada, no se preocupe. Las cosas fueron más o menos así —concedió el detenido. El defensor se encogió de hombros y volvió al mutismo que lo caracterizaba.

—El tiempo, señor Troncoso. Estábamos hablando de que se quedaron sin tiempo —le recordó Marita.

—Bueno, como siempre suele suceder, ¿saben? Esto es sota, caballo y rey. Catalina tenía cada vez más síntomas. Y cada vez peores. Todos muy parecidos a los que tuvo nuestra hija. Estábamos desesperados. Y el doctor, de repente, empezó a tener problemas: de dinero, de proveedores, con varios experimentos genéticos que no iban todo lo bien que él esperaba... En fin, teníamos que pisar el acelerador. Cuando me dijo que ya no podíamos hacer nada más se me encendió la bombilla: le dije que, si a él le parecía bien, yo podría facilitarle voluntarias para ir más rápido en lo que quiera que tuviese entre manos con tal de salvar a mi mujer.

—*Do ut des* —citó Benegas el latinajo.

—Carne fresca a cambio de ser el primero de la lista —confirmó el detenido—. Ahora hasta me hace gracia, ¿sabe usted?, pero mi subordinada, esa mala víbora de Larramendi, me dejaba hacer y deshacer con sus jovencitas para que yo no denunciara sus asuntos a nuestros superiores. Qué ironía, ¿verdad? Cuando el más beneficiado haciendo la vista gorda era yo con tal de suministrarle a Merchán muchas de esas pobres chicas para que las usara como cobayas. En fin, toda esta mierda no podía acabar bien —concluyó Troncoso.

—Dígame, don Gonzalo —terció Vázquez—, ¿por qué llegado un determinado momento en lugar de llamarlo desde su teléfono móvil, o desde el de su despacho, ocultó usted su número? Porque todas

las llamadas que recibió López-Merchán desde un número anónimo deben ser suyas, ¿no es así? —razonó el subinspector a la luz de sus investigaciones matutinas.

—Supongo que sí, no puedo asegurárselo —conjeturó Troncoso—. Pero bastantes de esas llamadas anónimas las hice yo, sí. Y lo hice precisamente por eso: porque supe que todo esto no podía acabar bien. Al final, ni me cogía el teléfono. Por eso fui a su casa.

—Para acabar con esto de una vez —dejó caer el inspector jefe la confesión de parte.

—Para hablar con él —la esquivó Troncoso—. Llevaba dos o tres días que no podía ni vivir, ¿me comprenden ustedes? Mi esposa se puso bastante peor, casi no podía respirar, como le ocurrió a Adriana los últimos días. Tenía que ver a López-Merchán, yo sabía que tenía problemas con la Policía tras la aparición de los restos de una de las chicas que yo le había enviado, ¡claro que lo sabía!, pero eso a mí ya me daba igual; ¡me había prometido que seguiríamos adelante, y ahora se había cagado y se echaba para atrás, el muy cabrón! Fui a su casa sin saber muy bien qué decirle o qué hacer si se presentaba algún problema.

—¿Había estado usted allí con anterioridad? —quiso saber Benegas.

—Dos o tres veces. Quizás, más. Cuando empezamos a colaborar con lo de las chicas, ya me entiende.

—¡Ajá! —asintió el inspector.

—Vi la puerta de la cochera abierta y entré. Le juro que en el rato que estuve allí, medio escondido en la casa, sin saber muy bien si Merchán estaba solo o no, pensé en salir corriendo unas quinientas veces, pero cuando lo oí reírse y hacer chistes como si nada, me pudo la rabia. Sí, eso fue lo que me pasó: que no me pude contener. Se comportaba como si nada estuviese ocurriendo, cuando el mundo se estaba desmoronando. Mi mundo, claro. Salí de donde estaba y, bueno, no hace falta que siga contándole lo que ocurrió, ¿no? Después, me marché por donde había entrado, por la misma puerta que comunicaba con la cochera y subí en el ascensor, que pude abrir

manualmente desde dentro y, así, salir a la calle. No sé cuántos botones pulsé y golpeé, casi me vuelvo loco pensando que me iba a quedar encerrado allí dentro. Pero, bueno, imagino que en ese dosier ya estará todo reflejado —señaló Gonzalo Troncoso los papeles que tenía delante.

Benegas se quedó mirando al detenido que acababa de confesar sin ambages la autoría de la muerte de Merchán y la forma en la que entró y salió de la vivienda. Entró aprovechando que el portón de la cochera estaba abierto tras la salida de Adela Ripollet en su BMW, tal como ya había aventurado el inspector. Salió con cierta facilidad porque las llaves que el matrimonio le había dado a Arturo Ripollet para que aparcase en su sótano sólo eran necesarias para acceder al ascensor y a la casa desde la calle, algo absolutamente lógico, pero no hacían falta para salir desde la vivienda al exterior, pues para eso bastaba con girar manualmente el picaporte de la puerta, y luego, para hacer funcionar el ascensor y abrirlo —como una mínima medida de seguridad—, bastaba pulsar dos veces seguidas el botón de asterisco que estaba en el panel de mandos. Y el pobre señor Troncoso habría aporreado todo el panel hasta la extenuación, se dijo Benegas.

No le competía a él —porque no es ese el trabajo de la Policía— discernir si Troncoso acabó con la vida del doctor en un acceso de ira no premeditada, como parecía inducirse de sus palabras, o se lo pensó muy bien y planificó el ataque antes de fracturarle el cráneo con la estatuilla del dios griego alado; aunque bien es cierto que romperle antes el móvil para que el interlocutor con el que en esos momentos hablaba no pudiera identificar su voz no decía mucho a favor de la primera hipótesis. Pero, para evaluar teorías y conjeturas en uno u otro sentido, ya están los Asís Morales de turno y toda la maquinaria procesal a la que desde este mismo momento —en el que quedaba a disposición judicial— habría de enfrentarse Gonzalo Troncoso. Ellos habían terminado su trabajo, les dijo a todos cuando dos agentes se lo llevaron esposado de la sala de interrogatorios,

camino de los calabozos, y Mario *fulano de tal* les firmó todos los documentos que tenía que firmarles y salió corriendo de allí.

*****

Dos o tres días después, a media mañana, Benegas estaba en su despacho redactando informes y agilizando documentos y trámites varios solicitados por su señoría Montesinos, tanto de la recién concluida investigación como papeleo atrasado. Intentaba con ese trabajo mecánico distraer los nervios y desviar los peores pensamientos y augurios, esos que siempre nos rondan cuando hay dos opciones demasiado contrapuestas. Porque estaba nervioso, muy nervioso, con la cabeza en otro sitio. Blanca ya debía de haber llamado. No quiso que la acompañara esta vez, y él concedió a regañadientes. La dejó en el hospital, se fue al despacho y empezó a dar vueltas sin sentido hasta que llegaron Sampedro y Maqueijan, con los que charló un buen rato, pero ahora estaban tomándose un café al que él no quiso acompañarlos. Estuvo a punto de llamarla él un par de veces, pero no le pareció procedente por si, justo en ese momento, estaba dentro de consulta hablando con el doctor. Echó un vistazo al periódico y leyó que, dada la repercusión social y mediática que el caso López-Merchán había suscitado, el juez había decretado prisión provisional sin fianza para Gonzalo Troncoso.

Transcurrió un cuarto de hora. Maq y Sampedro estaban de vuelta y Marita y Andrés acababan de llegar; hoy tenían que ir a Gymné Oviplús después de varias citas canceladas con su doctora por motivos de agenda. Como siempre. Los cuatro se dirigieron a su despacho, los vio acercarse a través del cristal de la puerta.

—Dime que es verdad lo que estoy pensando, Marita —le dijo al ver su expresión, radiante de felicidad.

—Si todo va bien queremos que seas el padrino, jefe. —Marita le confirmó que, finalmente, esta vez y por increíble que a ella y a Andrés les pudiera parecer, como diría Troncoso, habían tenido suerte.

—¡Pues no sabéis cómo me alegro de tener a uno más en el equipo! —exclamó Benegas, levantándose y abrazándola, haciendo lo mismo después con el futuro padre—. Y para mí será un placer ser el padrino, ¡por supuesto!, lo que quiera que eso signifique —aceptó—. Por cierto, ¿puedo elegir el nombre yo?

—¡No! —exclamaron ambos al unísono, sabedores del extraño sentido del humor de su jefe. O aún peor, no fuera a ser que quisiera ponerle el suyo propio.

Todos se echaron a reír y Benegas se encogió de hombros, aceptando la derrota. De repente, su móvil sonó. Dos veces. Maqueijan y Sampedro, que sabían por él que Blanca había acudido esa mañana a una importante cita tras finalizar su tratamiento, se quedaron mirándolo, en tensión. Porque era ella, en efecto. Vázquez y Marita intuyeron también. Todos aguardaron en silencio a que contestara, a ninguno se le ocurrió salir de allí y dejarlo a solas.

Benegas pulsó el botón y escuchó.

—..... —se extendió Blanca.

—O sea que todo está bien, ¿no? En remisión completa. ¡No sabes la alegría que me das, Blanca; no lo sabes tú bien! Te veo en casa —respiró aliviado, aunque era perfectamente consciente de que su mujer debía estar levitando de felicidad al otro lado del teléfono.

Cortó la comunicación y se quedó mirando a su equipo, sin decir palabra pero a punto de echarse a llorar, los cuales se abalanzaron a felicitarlo por esta segunda buena noticia en apenas unos minutos.

—¡Pues no sabes cómo nos alegramos nosotros de que siga habiendo una más en el equipo! —lo parafraseó Marita.

—Sí, sí que lo sé. Y vosotros también sabéis que lo sé. Así que, bueno, en fin... ¡qué queréis que os diga! Que seguimos *pa'lante*, pues.

FIN

CÓRDOBA - NÚREMBERG - EL PUERTO DE SANTA MARÍA.
2021-2023

La novela *Plomo en las alas,* de Francisco José Jurado, resultó ganadora del VII Premio de Novela Policía Nacional. El jurado tuvo como presidente al comisario principal José Manuel Pérez y estuvo compuesto por el comisario principal Ignacio del Olmo, el inspector jefe Rubén Sánchez, Espido Freire, José Ángel Mañas, Jerónimo Tristante y, actuando como secretario, el inspector jefe Carlos Sánchez.





Edición en formato digital: 2024

© Francisco José Jurado, 2024
© Algaida Editores, 2024
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
www.literaria.algaida.es

ISBN ebook: 978-84-9189-950-1

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.